

SELLO DE LIBERTAD

Bicentenario de la
Batalla de Ibarra

Academia Nacional de Historia Militar



Sello de Libertad



Bicentenario de la Batalla de Ibarra



Contenido

Presentación	5
1823. Año clave en la historia iberoamericana Crnl. Galo Cruz Cárdenas	7
La Batalla de Ibarra en contexto Grae. Paco Moncayo Gallegos	31
Ibarra a comienzos del siglo XIX Amílcar Tapia Tamayo	61
De la Batalla del Pichincha a la Batalla de Ibarra. Contexto de dos jornadas que sellaron la Independencia Pablo Rosero Rivadeneira	73
Historias de la Batalla de Ibarra David Andrade Aguirre	99
Bolívar, el Libertador Gral. Fernando Dobronski Ojeda	117
El legado del Libertador Crnl. Iván Borja Carrera	127
Agustín Agualongo Sisneros Gral. Juan Francisco Donoso Game	135
Documentos de la Historia. La primera semblanza de Bolívar	155
Uniformes de las guerras independentistas Crnl. Jaime Anda Sevilla	161

Bicentenario de la Batalla de Ibarra

ISBN: 978-9942-44-817-0
2023

General Luis Lara Jaramillo
Ministro de Defensa Nacional

Academia Nacional de Historia Militar

General Paco Moncayo Gallegos

Director

David Andrade Aguirre

Subdirector

Crnl. Galo Cruz Cárdenas

Presidente del Comité de Admisiones

David Andrade Aguirre

Presidente del Comité Editorial

Crnl. Jaime Anda Sevilla

Presidente del Comité Administrativo

Crnl. Iván Borja Carrera

Secretario General

Comité editorial

Teniente coronel Édison Macías Núñez

Dr. Amilcar Tapia

Coronel Cristóbal Espinoza

Edición

David Andrade Aguirre

Ministerio de Defensa Nacional

Crnl. Cristian Regalado

Coordinador Militar de Comunicación Social

Mg. Alicia Rodas

Directora de Comunicación Social

Diseño y diagramación

Ing. Marcelo Argoti Páez

Fotografías

Dirección de Comunicación Social del MDN.

Archivo de los autores

Academia Nacional de Historia Militar

Sede Antiguo Círculo Militar

Venezuela 10-34, entre Mejía y Olmedo

Telf. (593) 2 2570-123

Sitio web: www.historiamilitarecuador.com

Nota: El contenido de los artículos del presente libro es de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Presentación

Batalla de Ibarra, sello de libertad

Tras la gloria de Pichincha, en la que los territorios de la antigua Real Audiencia de Quito conquistaron su independencia, se produce un intento del ejército realista, liderado por el coronel Agustín Agualongo e integrado en su mayoría por voluntarios de Pasto, por reconquistar lo que en ese momento era el Departamento del Sur de la Gran Colombia. El triunfo de las tropas comandadas por el Libertador Simón Bolívar en Ibarra, consolida de manera definitiva la independencia de Quito, Guayaquil y Cuenca, convirtiendo en el sello de la libertad del actual Ecuador.

Esta obra analiza de manera exhaustiva el contexto histórico, económico y político de esos años; relata los acontecimientos que van desde la independencia hasta la última batalla por la libertad en nuestro suelo; presenta una visión de la ciudad y su entorno; entrega una visión histórica y literaria de los días previos a la batalla y del combate en las calles de la Villa de Ibarra; así como un retrato de sus principales protagonistas.

Inicia el libro con una visión de la era de las revoluciones que constituye el marco referencial del análisis histórico de un año, 1823, en el cual la independencia de las naciones americanas estuvo en riesgo ante la decisión de la restaurada monarquía absolutista de España de reconquistar sus dominios americanos. Su autor es el coronel Galo Cruz.

El general Paco Moncayo profundiza en el análisis del contexto histórico, político y estratégico de América en el primer cuarto del siglo XIX. Tras revisar la situación de España, su artículo presenta una visión panorámica de los movimientos independentistas en los países de América del Sur y, finalmente, describe la situación económica y social de los pueblos que al finalizar el proceso independentista conforman el Distrito Sur del gran Estado colombiano.

Por su parte, el académico Amilcar Tapia hace una descripción de Ibarra y su entorno a inicios del siglo XIX, desde las perspectivas económica, social, religiosa e histórica. Incluye una bella descripción de la ciudad en los días de la independencia.

El historiador Pablo Rosero aborda la relación y el contexto entre dos episodios que marcaron la emancipación política del Ecuador: la Batalla del Pichincha ocurrida el 24 de mayo de 1822 y la Batalla de Ibarra suscitada poco más de un año después, el 17 de julio de 1823.

Tras la toma de Pasto por las fuerzas realistas, el Departamento del Sur está en peligro. Los tensos días previos a la batalla; la decisión de Bolívar de asumir personalmente el mando de las operaciones; el saqueo de la Villa de Ibarra por las tropas pastusas; la estrategia del Libertador y los pormenores de la batalla son narrados por el escritor David Andrade Aguirre.

El retrato de Bolívar Libertador, de la pluma del general Fernando Dobronski; la semblanza de Agualongo de la autoría del general Juan Donoso Game y un certero análisis del legado de Bolívar realizado por el coronel Iván Borja Carrera completan esta obra que aborda de manera integral un episodio histórico que sella de manera definitiva la independencia del Departamento del Sur de la Gran Colombia.

El libro presenta además un estudio sobre los uniformes y las armas de los ejércitos que combatieron en las guerras de la independencia escrito por el coronel Jaime Anda Sevilla y reproduce un gran documento la primera biografía de Simón Bolívar, publicada en Italia en 1818, cuando aún no se había convertido en el Libertador de cinco naciones.

La Academia de Historia Militar del Ecuador presenta con orgullo esta obra que rinde homenaje a un episodio histórico poco conocido, la Batalla de Ibarra, sello de libertad.

David Andrade Aguirre
Editor

1823. Año clave en la historia iberoamericana

CrnI. Galo Cruz Cárdenas



“La dinámica de la guerra produce nuevas líneas divisorias y lleva a la construcción de nuevas identidades [...] la guerra divide, pero reúne a la vez”.

Clément Thibaud.

Estudio introductorio

Uno de los períodos más intensos y decisivos en la historia del mundo contemporáneo, constituye ciertamente lo que el célebre historiador británico Eric Hobsbawm denomina la “Era de la Revolución” y comprende el espacio entre la gran Revolución francesa de 1789 y la Revolución industrial inglesa de 1848. Este período significó el triunfo de la sociedad burguesa, pero, ante todo para el mundo supuso:

“la mayor transformación en la historia humana desde los remotos tiempos, [...] esta revolución transformó y sigue transformando el mundo entero. [...] su consecuencia más importante para la historia universal fue el establecimiento del dominio del globo por parte de unos cuantos regímenes occidentales (especialmente por el británico) sin paralelo en la historia.” (Hobsbawm, 2007, págs. 9,11)

Entre las potencias mundiales y regionales, se presentaba una marcada rivalidad y disputa por los recursos valiosos y también por la primacía de poder, lo que muchas veces, daba paso a la guerra. Esto fue una constante en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, períodos en los cuales, los imperios británico y francés, protagonizaron una disputa por el dominio colonial, en la mayoría de los continentes. Así también, se daba un acelerado descenso estratégico del imperio otomano y en el centro de Asia, la India caía bajo el dominio colonial de la Compañía Británica de las Indias Orientales. En Extremo Oriente, a finales del siglo XIX, China pasaba a ser un país pobre y con un peso estratégico irrelevante, mientras Japón, con las reformas producto de su apertura, experimentaba un importante desarrollo industrial y militar, convirtiéndose en una potencia emergente del Asia Pacífico.

España continuaba con un prolongado período de crisis y sus dominios de ultramar se pronunciaban por la separación e independencia, la mayoría de ellos con el apoyo británico. Como nos señala Rafe Blaufarb (2016), finalizadas las guerras napoleónicas, las fuerzas europeas se desmovilizaron y las armas, municiones y recursos financieros quedaron listos para ser empleados por el imperio británico en otras regiones del mundo. Así, cambió abruptamente la balanza estratégica y después de 1815, se dinamizó la rebelión en Nueva España (México), Venezuela y Nueva Granada, pasando las fuerzas independentistas a tomar la iniciativa.

En Iberoamérica, a mediados de esta era revolucionaria, se suceden hechos claves en la historia de sus pueblos, cruentas guerras civiles y luchas contra los Estados potencia, para lograr la fundación de los nuevos Estados y que son conocidas como las guerras por la independencia. Uno de los momentos clave en esta etapa decisiva fue, sin lugar a duda, el año 1823, en el mismo que se sucedieron una serie de acontecimientos que definieron el futuro de un mundo que estaba en transformación.



Ilustración 1 La doctrina Monroe de 1823

Fuente: Keep off! The Monroe Doctrine must be respected. Library of Congress, - Lithograph by Victor.1896.

A partir de 1823, como se menciona en los documentos oficiales británicos (Mitchell, 2016), Inglaterra comienza a adoptar una política más activa hacia los nuevos Estados hispanoamericanos. Fue así como en ese año, Gran Bretaña informó al gobierno español sobre el envío de cónsules a América del Sur. En octubre Woodbine Parish desembarcó en el puerto de Buenos Aires, en calidad de comisionado y cónsul general, con la responsabilidad de resolver los conflictos que podrían surgir entre el comercio británico y la Provincia del Río de la Plata. El mismo mes, Christopher R. Nugent llegó a Valparaíso, principal puerto de Chile y uno de los tres más importantes del Pacífico Sur, en calidad de cónsul general. También en octubre de 1823, llegó a Nueva Granada, una delegación británica conformada por el coronel J P Hamilton, teniente coronel Patrick Campbell y James Henderson, con el propósito de aclarar la situación existente y además, neutralizar la influencia y posible injerencia francesa y presencia norteamericana.

En los inicios de 1823, el presidente norteamericano James Monroe había decidido enviar representantes diplomáticos a los nuevos Estados de México, Colombia¹, La Plata y Chile. Al Perú se consideró la designación de un encargado de negocios. El 27 de enero, los Estados Unidos reconocieron oficialmente a Chile, con la designación de Heman Allen como ministro plenipotenciario ante este gobierno. En el mismo día, se designó también a Caesar A. Rodney, como ministro plenipotenciario ante el Gobierno de Buenos Aires; la designación del encargado de negocios en Perú tuvo que esperar la confirmación hasta 1826. (Robertson, 1918, pág. 261)

¹ En 1822 Colombia había sido reconocida por Portugal y EE. UU. A finales de ese año, había arribado a Bogotá el coronel Carlos Todd, con la misión de informar al gobierno de Colombia, el reconocimiento de los Estados Unidos a su independencia.

El 2 de diciembre de 1823, durante su mensaje al Congreso de la Unión, el entonces presidente estadounidense James Monroe, por influencia de su secretario de Estado John Quincy Adams, advertía a las potencias mundiales que no interfirieran en los asuntos del hemisferio Occidental y en ese sentido no tolerarían más colonizaciones ni tampoco la instauración de gobiernos “títeres”. Así también, los EE.UU. no interferirían en los asuntos europeos. A partir de entonces, la doctrina Monroe² pasaría a ser la representación clásica de la tendencia hegemónica de los EE.UU. sobre el espacio americano y si bien a finales del siglo XIX, no poseía la capacidad militar para hacerla cumplir; en cambio a partir del siglo XX fue invocada preferentemente, junto con su ampliación por parte del denominado “Corolario Roosevelt”. “La mayor extensión de la doctrina se dio con el Corolario de Theodore Roosevelt, que invirtió el significado original de la doctrina y pasó a justificar la intervención unilateral de Estados Unidos en América Latina.” (*Foreign Service Institute*, 2016)

Mientras tanto, en el norte continental, a finales de marzo de 1823 el emperador mexicano José de Iturbide presentaba su abdicación y marcaba el fin del Primer Imperio; con esto, daba paso a un período de acentuada conflictividad política en el extenso territorio de aproximadamente cuatro millones y medio de Km². Como consecuencia de esta crisis, el 1 de julio de 1823, los países de la subregión centroamericana se separaban de México y conformaban las Provincias Unidas del Centro de América. En el acta del Congreso Constituyente se establecía entre otras consideraciones las siguientes:

“Los representantes de las Provincias Unidas del Centro de América, congregadas en virtud de la convocatoria [...] declaramos solemnemente: 1. Que las expresadas provincias, representadas en esta Asamblea, son libres e independientes de la antigua España, de México y de cualquiera otra potencia así del antiguo como del Nuevo Mundo; y que no son ni deben ser el patrimonio de persona ni familia alguna...” (OEA, 2023, pág. 9).

Este proceso culminaría el año siguiente, cuando el 22 de noviembre de 1824 la Asamblea Constituyente promulgaba la Constitución de lo que se denominaría Federación de Centro América, como Estado federal que estaba integrado por: Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala, con la previsión de que Chiapas podría pasar a ser parte de esta.

Uno de los aspectos más importantes y a su vez dramáticos, constituyó también el desenlace de las luchas por la libertad en España peninsular, con el dramático final del Trienio Liberal y la vuelta a escena del peor rey que tuvo esta potencia: Fernando VII, ejemplo de traición y absolutismo que no solo colaboró con las fuerzas francesas para ahogar los intentos liberales, sino también desacreditó definitivamente el legado histórico de su pueblo. Esto incidió ciertamente en el resultado final de la larga guerra de independencia hispanoamericana.

² Después de 1823, la doctrina Monroe fue invocada varias veces por los EE. UU. En 1865 cuando apoyó el gobierno del presidente mexicano Benito Juárez contra la intervención francesa; en 1904 cuando acreedores europeos amenazaron intervenir militarmente en de varios países latinoamericanos para cobrar las deudas. A partir de 1904 fue ampliada por el presidente Franklin D. Roosevelt mediante el «Corolario Roosevelt».

España y el retorno absolutista

El año 1823 cerraba en España e Hispanoamérica una etapa promisoriosa y avanzada en la que se intentó afirmar a las ideas liberales. La nación española, cansada de las últimas guerras y conflictos internos, no respaldó a quienes luchaban por sus derechos y veía en la segunda restauración monárquica alguna posibilidad de que mejore su difícil situación; fue así como el Trienio Liberal llegaba a su fin, ahogado por la conspiración absolutista y huérfano de apoyo popular. La llegada nuevamente al poder de Fernando VII frustró uno de los mayores acontecimientos libertarios españoles y extendió la crisis interna.

Años antes, el pronunciamiento militar de enero de 1820, liderado por el teniente coronel Rafael del Riego³, en las Cabezas de San Juan, en Sevilla, había obligado al absolutista rey español Fernando VII, a jurar la Constitución de 1812⁴, iniciando un período de aproximadamente tres años de régimen constitucional. Este movimiento revolucionario constituyó un segundo intento por establecer una monarquía constitucional y por tanto obligar al monarca a garantizar las libertades ciudadanas, mediante su juramento de respetar la Constitución y en alguna manera, fue uno de los mayores aportes de España al mundo de esa época.

“Fue cuando Patria y Nación significaron revolución. No solo por su desafío a la opresión...en cualquiera de sus formas, sino porque cuestionaban, de raíz, un mundo de privilegios estamentales y no de derechos. El Trienio fue un «susto», más que un «disgusto». Otra vez unos plebeyos volvían a proclamar que la Soberanía residía esencialmente en la Nación.” (Chust, 2020, pág. XIII)

Como lo manifiesta Ivana Frasquet (2022:9), el Trienio Liberal desató un torbellino libertario que se propagó por el mundo euroamericano, enfrentando a los espectros liberal y reaccionario, polarizando a la sociedad y afectando no solo a los territorios bajo el dominio español, sino que también trascendió a otros países europeos. Su impacto fue definitivo en la estructura político social, económico e institucional del Estado. Además, sus efectos se hicieron sentir decisivamente en los territorios americanos y la constitución de Cádiz de 1812 fue nuevamente el centro del debate político.

A inicios de 1823, Europa entraba en una etapa retardataria, en que las grandes potencias trataban de contener y eliminar cualquier iniciativa revolucionaria y las potencias continentales europeas se pronunciaban amenazantes para destruir el Gobierno constitucional español, al cual consideraban como un peligro y mal ejemplo para el continente⁵. La Santa Alianza conformada por Rusia, Prusia y Austria advertían sobre el no reconocimiento al gobierno español, mientras que Gran Bretaña se mostraba molesta por la vigencia de una constitución casi republicana y Francia, más beligerante y amenazada por las ideas libertarias, se preparaba para la guerra.

3 Del Riego, como nos refiere José Ruiz-Doménec (Ruiz-Doménec, 2017), fue promovido al grado de mariscal de campo y no tuvo la experiencia y el carácter para dominar las riendas del poder. En el período liberal se agudizó las confrontaciones entre moderados y radicales; la prensa se puso en posición contraria a los líderes liberales y Evaristo San Miguel pasó a ser la figura gris que detentó el débil poder político de ese período.

4 Fernando VII juró la Constitución el 10 de marzo de 1820, afirmando: “Marchemos francamente y yo el primero, por la senda constitucional”; sin embargo, desde ese momento se comunicaba con los monarcas europeos, conspirando veladamente para obtener el apoyo militar de las potencias absolutistas.

5 En los últimos meses de 1822 se celebró el Congreso de Verona que reunió a las potencias europeas y en el cual Rusia, Prusia, Austria y Francia se comprometieron a cambiar el régimen liberal español, considerando que el rey Fernando VII estaba cautivo. Inglaterra, en esa oportunidad, se declaró neutral.



Ilustración 2. Rafael del Riego, líder del Trienio Liberal, ejecutado en Madrid en 1823
Fuentes: alchetrón.com y lh4.ggpht.com

El 28 de enero de 1823 Luis XVIII, rey de Francia, informó al Parlamento su decisión de enviar a cerca de cien mil soldados franceses, los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis», bajo el mando del duque de Angulema, para poner fin al proyecto liberal español y devolver el poder absoluto a Fernando VII. El 5 de abril de 1823 las tropas francesas, algo más de noventa y cinco mil, cruzaron la frontera y avanzaron rápidamente hacia Madrid, ocupándola el 23 de mayo; la división interna del pueblo español y la conspiración monárquica facilitaron la rápida progresión de la ocupación gala. En octubre, la suerte se decidía en favor de los invasores que tuvieron el apoyo de simpatizantes de la monarquía y la guerrilla antiliberal. Rafael del Riego fue humillado y ejecutado en la plaza de la Cebada, en Madrid el 7 de noviembre de 1823⁶ y Fernando VII con el apoyo de las tropas francesas que permanecieron hasta 1828, cumplía otro período de pronunciado absolutismo.

“Fernando VII, vendiendo literalmente al país, pudo reinar de nuevo como monarca absoluto a partir de 1823 [...] lejos de poner orden en un país que se hundía en el caos, se dedicó fundamentalmente a reprimir a sus enemigos ideológicos, pero también a sus propios partidarios [...]” (Esparza, 2016, pág. 570)

El fin del Trienio Liberal representó en los territorios de ultramar, un fallido intento por extender los derechos que la Constitución de Cádiz había presentado a la nación española de los dos hemisferios, en 1812. Esta situación aumentó la inestabilidad política y militar en los territorios americanos, ya que estos cambios nunca fueron apreciados por los potentados criollos que vieron disminuir sus privilegios y en este sentido, para los territorios de América española, fracasaron las intenciones peninsulares para, mediante las iniciativas liberales, lograr contener el influjo independentista.

⁶ Rafael del Riego fue ahorcado el 7 de noviembre de 1823 en la Plaza de la Cebada de Madrid y su cuerpo fue descuartizado y esparcido por los campos. A la muerte de Fernando VII, la reina regente, María Cristina de Borbón rehabilitó el nombre de los héroes liberales, entre ellos Del Riego, en octubre de 1835.

Por ello, Ivana Frassetto, notable historiadora hispanoamericana resume convenientemente esta situación, al afirmar que: “Las consecuencias que se pagaron por intentar constitucionalizar a un rey absoluto como Fernando VII fueron tremendamente altas. No sólo se perdió América, sino que arrastró en su caída al régimen liberal entero” (2020:199).

“España emprendió su propia «guerra de independencia» de 1808 a 1814, y luego su propia «revolución» de 1820 a 1823. Como resultado a los ojos de los españoles que tomaban las decisiones políticas, las largas guerras de la independencia eran «insurrecciones» o «rebeliones» de menores consecuencias directas que los acontecimientos que entonces vivía su país. [...] Fundamentalmente, España nunca llegó a concebir una política coherente que pudiera enfrentarse al reto de la independencia de América.” (Anna, 1986, pág. 10)

La situación económica de España peninsular comenzó a ser seriamente afectada por la guerra de la independencia de los pueblos hispanoamericanos, a tal punto que le llevó a lo que Timothy Anna (1986:337) describe como “penuria fiscal”, ya que entre 1797 y 1821, el oro importado al puerto de Cádiz se situó en aproximadamente 183 millones de pesos y sólo en 1809 las riquezas que recibió este puerto, como resultado del comercio americano fue de casi 43 millones de pesos. En 1821 estos ingresos terminaron, se agotaron⁷.

Suramérica 1823. Un puente hacia el objetivo final

El encuentro de Guayaquil

Con posterioridad al 26 de julio de 1822, fecha histórica en que tuvo lugar el mayor encuentro de líderes que haya presenciado la región suramericana en el siglo XIX y posiblemente en la época contemporánea, la entrevista de Guayaquil⁸, la situación estratégica cambió radicalmente en la región. El trágico desenlace del encuentro entre el Libertador Simón Bolívar y el Protector José de San Martín, significó la salida de escena de San Martín y la certeza de que el destino de los pueblos del centro y norte suramericano estaba bajo responsabilidad del Libertador y fue así como se fueron sucediendo los hechos que establecerían el desenlace de la guerra por la independencia de España.

Alfonso Borrero resumió los prolegómenos de esta histórica y reservada reunión que congregó a los dos líderes de la independencia suramericana, en los siguientes términos:

“San Martín arribo a la ría de Guayaquil [...] encontrándose con la desagradable noticia de que Bolívar le había ganado la partida, obteniendo la incorporación de [...] Guayaquil a la república de Colombia la Grande. [...] Tal noticia desconcertó, como era natural al Protector, y no lo dejó bien predisposto para la conferencia [...]” (1924:247)

⁷ En 1824 Fernando VII decretó la prohibición de comercio con las antiguas posesiones, con lo que completó el desastre de los puertos españoles.

⁸ Según nos refiere Aurelio Espinoza Polit (Espinoza Polit, 1954, pág. 107), Bolívar junto con tres mil soldados realizó su ingreso en Guayaquil el 11 de julio de 1822, enarbó al día siguiente la bandera de Colombia y procedió también a destituir a la Junta Superior de Guayaquil. Su presidente, José Joaquín de Olmedo renunció públicamente.

De allí que la reunión⁹ habría sido muy tensa y cargada de incomprensiones y posiblemente disputas por el poder. Por ello, cuánta razón tenía el historiador ecuatoriano, Pedro Fermín Cevallos, cuando afirmaba que “los grandes hombres se comprenden a largas distancias” (1870:4).

Los dos personajes culminantes de la independencia suramericana tenían aspiraciones, objetivos y una personalidad diferente, por lo cual era muy difícil que lleguen a ponerse de acuerdo, en especial en la configuración política de las nuevas naciones, una vez lograda la independencia. Como nos presenta John Lynch:

“Escribir una vida de Bolívar no es difícil. De hecho, si se le da la oportunidad, él la escribirá por usted. El historiador tiene que defenderse de Bolívar y proteger su propia versión de la independencia contra el torrente de palabras con el que el libertador busca explicarse y convencer. San Martín es diferente. No poseía el estilo y la desenvoltura del general venezolano, su sentido de la decencia le hacía reticente a hablar de su vida privada y mantuvo una reserva natural acerca de su papel en las guerras independentistas. San Martín constituye un desafío para el historiador, que tiene que descubrir al hombre detrás del silencio [...] Fue una figura enigmática, austera, estoica y profundamente comprometida con la independencia americana. Guardaba sus emociones para sí mismo [...]. La disciplina era la clave de su conducta, dentro y fuera del campo de batalla.” (2009:10)

Lo cierto es que, poco tiempo después de la reunión, el Protector salió reservadamente de la escena libertaria, mientras que el Libertador, visible triunfador del encuentro, orientó todos sus esfuerzos hacia el cierre de la guerra de la independencia, con la campaña sobre el centro político, administrativo y militar de España en América del Sur, el virreinato del Perú. Para esto, el centro de gravedad operativo paró a ser el territorio del distrito del Sur, en el cual se concentraron los medios bélicos, abastecimientos y tropas para decidir la campaña y la guerra.

“Simón Bolívar tenía clara la responsabilidad que asumía al concentrar las responsabilidades y por supuesto, las expectativas de los pueblos del occidente suramericano para sellar la independencia. La salida de escena de San Martín, exigían que evidencie su poder y capacidad de decisión y para ello debía enfrentarse a muchos problemas internos, en especial al protagonismo que iban adquiriendo los nuevos caudillos locales, cada cual con aspiraciones más allá de sus capacidades.” (Cruz, 2022, pág. 401)

Los teatros de Guerra

A partir de 1823¹⁰, según sostiene José Maita (2022:41), en la guerra de Independencia Suramericana se ubicaron dos teatros de guerra: el Teatro de

⁹ Además de José de San Martín y Simón Bolívar, la historia nos refiere que estuvieron presentes en esta reunión de aproximadamente 50 horas, únicamente el secretario General, general José Gabriel Pérez y el secretario Particular, teniente coronel Tomás Cipriano Mosquera.

¹⁰ En 1823 las fuerzas de tierra de la Gran Colombia sumaban aproximadamente 25.000 hombres, de las cuales la caballería constituía el arma decisiva. La escuadra estaba conformada por 1 fragata, 5 corbetas, 7 bergantines y 6 goletas de guerra (Maita, 2022, págs. 120-123).

Guerra del “Perú – Pacífico” y el Teatro “Atlántico – Caribeño”. En el primer teatro se producía la actuación de las fuerzas de Colombia, Chile y la del Río de la Plata, teniendo como objetivo principal el apoyo a la campaña del Perú, en la que con la caída de Chiloé y la rendición del puerto y plaza fuerte del Callao en 1826 se concluyeron las operaciones. Mientras que, en el segundo teatro de guerra, las actividades de la escuadra española provocaron una extensión de la situación de conflicto en esta región. En adelante, para efectos de esta publicación, al primer teatro se lo denominará Teatro de Guerra Perú-Pacífico Sur.

El Teatro de Guerra Atlántico–Caribeño

En el Caribe grancolombiano, en 1823 la situación era difícil, en especial por el sinnúmero de rebeliones armadas promovidas por las fuerzas peninsulares que se encontraban todavía presentes en el territorio y en especial, en las ciudades fortificadas de Maracaibo y Puerto Cabello. En gran medida, la actitud decidida y violenta del general José Antonio Páez, mantenía algo controlados los connatos de insurrección en los llanos venezolanos y en el nororiente de Nueva Granada.

El general español Francisco Tomás Morales había asumido el mando de las tropas peninsulares del norte suramericano y desde junio de 1822 tomó el puerto de Maracaibo, convirtiéndole en una importante base de operaciones realistas. Sus fuerzas contaban con aproximadamente tres mil soldados veteranos y bien equipados, lo que le asignaba una superioridad de enfrentamiento con relación a las fuerzas patriotas del ejército de Riohacha, en las que más de la mitad eran reclutas y que estaban disminuidas por deserciones y enfermedades; estas tropas se encontraban bajo el mando del general Manuel Manrique.

En el ámbito marítimo la situación se complicó cuando el 1 y 2 de mayo, en un combate naval, se perdió a dos de los mejores navíos de guerra colombianos: las corbetas “Carabobo” de veinte y cuatro cañones y la “María Francisca” de veinte y dos cañones. La victoria obtenida por el capitán de navío español Ángel Laborde, obligó a que sea levantado el sitio que las fuerzas libertarias imponían a Puerto Cabello.

En la tarde del 24 de julio de 1823, se produce un evento bélico que define la situación militar en el norte suramericano. El almirante neogranadino José Padilla, forzó la entrada al lago Maracaibo y derrotó a la escuadra española que se encontraba bajo el mando del capitán de navío Ángel Laborde. La victoria fue completa; once buques españoles fueron capturados, setenta y ocho oficiales y trescientos sesenta y nueve de la tropa realista fueron tomados prisioneros. Luego de una difícil negociación, las fuerzas españolas del general Morales acordaron la capitulación finalmente el 4 de agosto, la cual fue cumplida recién el día 14, ante la inminente llegada de refuerzos patriotas del coronel José Francisco Bermúdez.

Después de la capitulación de Maracaibo, únicamente Puerto Cabello permanecía en suelo venezolano, como plaza fuerte bajo dominio español. Por ello, cuando el general José Antonio Páez se enteró que desde la Habana se estaba preparando una escuadra naval para reforzar este puerto, realizó los preparativos para dar el golpe definitivo. Así, en la noche del 7 de noviembre

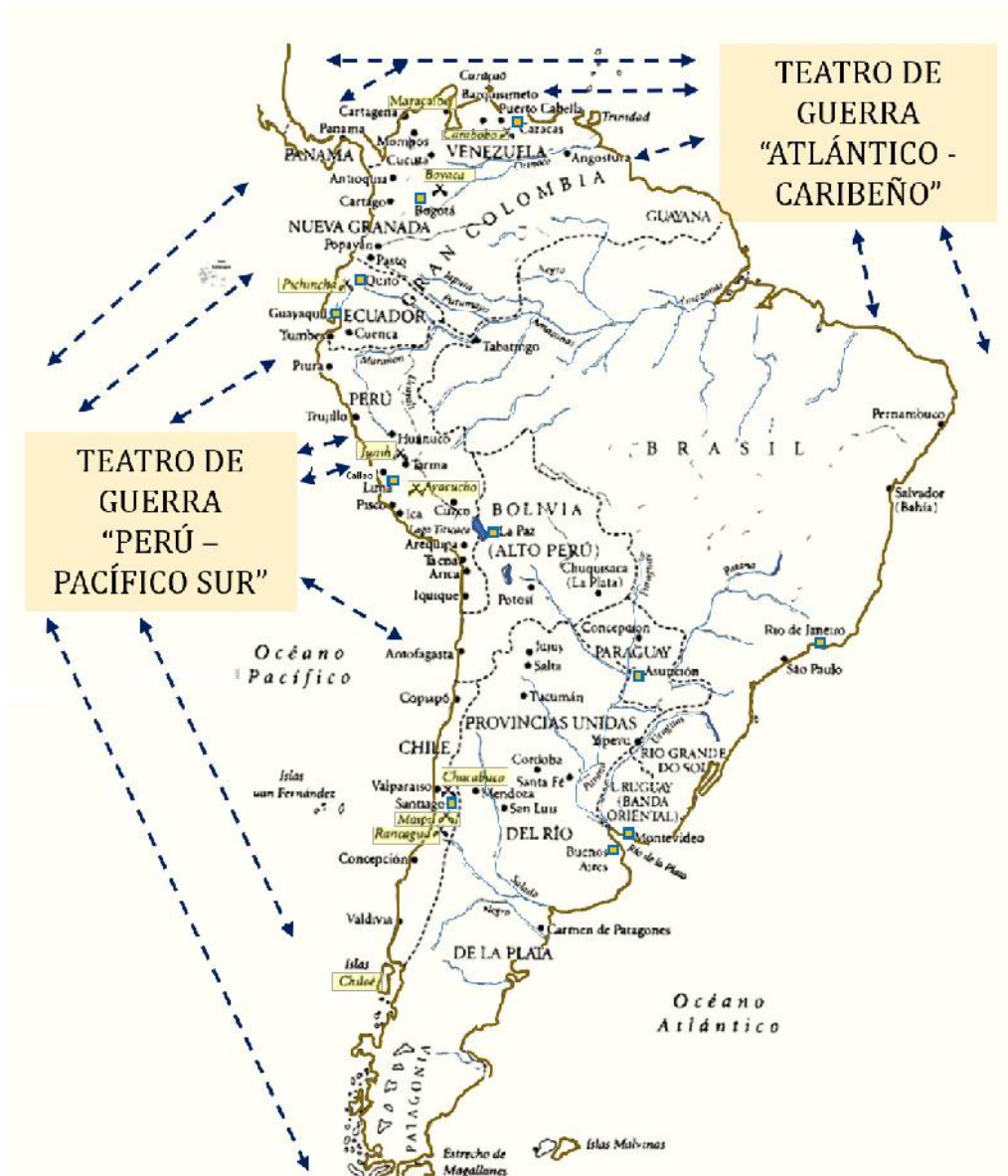


Ilustración 3 Teatros de Guerra en Suramérica 1823

Fuente: adaptado sobre la base del mapa de Sudamérica 1800 -1830 de (Lynch, 2009) y (Maita, 2022).

se inicia la infiltración de tropas colombianas y el combate por la ciudad fortificada se decidió en la madrugada del día siguiente. Las fuerzas españolas comandadas valerosamente por el brigadier Sebastián de la Calzada aceptaron la capitulación el 10 de noviembre y ésta se completó el día 15 de noviembre.

“Entre los sitiadores que presentan armas, desfilan los vencidos: los oficiales con sus espadas; los soldados con fusil, mochila, correa, sesenta cartuchos y dos piedras de chispa. Habían obtenido, literalmente, todos los honores. El 15, entre salvas, se arria el pabellón español. Así, entre gestos corteses, acabó la feroz guerra por la emancipación de Venezuela. La guarnición, cuyo núcleo estaba formado por lo que quedaba del II de Burgos, parte para Cuba.” (Albi de la Cuesta, 2019, pág. 390)

Con las victorias y conquistas de los dos últimos bastiones españoles del norte suramericano, en Maracaibo y Puerto Cabello, cambia el escenario en el Teatro de Guerra Atlántico-Caribeño. “Al concluir 1823 no quedaba en las provincias de Venezuela un solo puesto por el rey de España, ni buque que en sus aguas arbolase su bandera en el pico.” (Madueño, 2012, pág. 78)

En la costa atlántica, el proceso de independencia brasileño fue muy diferente con relación a las demás naciones suramericanas que estuvieron bajo dominio español. Después de la proclamación del imperio en 1822, el año siguiente constituyó un período de consolidación del nuevo Estado, el mismo que afrontó situaciones complejas, como producto de la incorporación a la autoridad del imperio de Brasil, de los territorios del norte, así como de la posición antagónica entre los portugueses nacidos en Portugal, que apoyaban a la Corte portuguesa de Lisboa y los originarios de las tierras brasileñas.

Las tropas portuguesas durante 1823 continuaban realizando actividades de hostigamiento e intentos de desembarco en varios puntos del noreste brasileño. A finales de año, agrupadas en la División Expedicionaria, se encontraban atrapadas en el puerto de Montevideo y fueron expulsadas, dirigiéndose al continente europeo. (Barroso, 2019, pág. 31)

Así también, a finales de mayo el Libertador tomaba conocimiento de la oferta de la corona portuguesa al gobierno de Buenos Aires para la constitución de una alianza o liga defensiva¹¹ entre Portugal, España, los Estados Unidos, Grecia y los gobiernos del Sur de América, para hacer frente a la Santa Alianza y sus deseos expansionistas. Esto era bien visto por el Libertador y encajaba en sus proyectos. (O’Leary, 1883, págs. 57, 61)

El Teatro de Guerra Perú- Pacífico Sur

En el Perú de 1823, la situación era compleja y como nos refiere Natalia Sobrevilla (2021:18), en el Perú regían dos gobiernos: una República con sede en Lima y que dominaba la parte norte y el Virreinato que por iniciativa del virrey La Serna tenía su capital en el Cuzco y toda vez que regía la Constitución de Cádiz de 1812 y los principios del Trienio Liberal español, se regía por esa norma constitucional.

“El Perú pasó a ser el epicentro del gran conflicto; allí convergieron las fuerzas del norte y del sur de la región suramericana, empeñadas en la resolución de una guerra que significó miles de pérdidas humanas y destrucción material, dejando para el futuro del país, una estela de revanchismos, disputas y odios.” (Cruz, 2022, pág. 397)

Desde los primeros días del año, los resultados de las operaciones militares eran favorables para el Ejército Real del Perú, mucho más disciplinado y entrenado que las fuerzas patriotas. La primera Campaña de Intermedios terminaba de manera desfavorable para las fuerzas patriotas, las cuales fueron ampliamente superadas por la mayor capacidad profesional y organización del Ejército Real del Perú, bajo el mando de los generales Gerónimo Valdés y José de Canterac. Las batallas de Torata y Moquegua del 19 y 21 de enero, respectivamente, significaron una contundente victoria realista, elevándose la confianza de sus tropas y en

¹¹ Este intento de integración no llegó a constituirse, debido a la coyuntura crítica que se presentaba en el continente europeo de aquel entonces, así como por la situación de la guerra de independencia suramericana.

especial de sus mandos. Los restos del Ejército Libertador del Sur, bajo el discreto mando del general Rudecindo Alvarado, fueron embarcados desordenadamente en el puerto de Ilo.

La situación política peruana era también complicada, concentrada en las disputas por el poder central y la excesiva ambición política de sus líderes, lo que generaba un ambiente de peligrosa polarización de su sociedad. Las derrotas de Torata y Moquegua incidieron en la moral de las tropas y ahondaron las disputas internas, a tal punto que la primera Junta Gubernativa del Perú presidida por el general José de Lamar y conformada además por general Felipe Antonio Alvarado y por Manuel Salazar y Baquijano fue cesada en febrero, por un pronunciamiento militar conocido como el «motín de Balconcillo», el mismo que tenía como líder visible al general Andrés de Santa Cruz. El Congreso que evidenciaba una posición de debilidad pronunciada designó el 28 de febrero al coronel José de la Riva-Agüero como primer presidente del Perú y el 4 de marzo era designado como “Gran Mariscal de los Ejércitos de la República”, a pesar de que nunca había participado en combates ni batallas. Santa Cruz mientras tanto, fue nombrado comandante en jefe.

Las fuerzas patriotas se veían obligadas a actuar en varios frentes, toda vez que la situación inestable de Venezuela, con tropas realistas cada vez más activas y, además, la inestabilidad en Pasto provocaba la distracción de fuerzas y medios bélicos. Sin embargo, para Bolívar la situación del Perú era la más crítica, toda vez que, como bien refiere Restrepo (1858:301), si las fuerzas realistas tomaban Lima y el Callao, era probable que la mayor parte de la población apoye a la monarquía y desde el puerto y base del Callao podrían afectar a Colombia, convirtiendo al distrito del Sur en el teatro de guerra principal. Además, en esos días, arribó a Guayaquil el ministro plenipotenciario peruano, general Mariano Portocarrero con la misión de informarle al Libertador, personalmente, sobre la crítica situación del Perú y lograr que asuma personalmente el mando de la guerra libertaria.¹²

Los aprestos para la campaña del Perú fueron rápidos y demandaron de los pueblos del Sur grancolombiano notables sacrificios para soportar el esfuerzo de guerra. Las poblaciones y haciendas en el camino hacia el sur eran continuamente afectadas por el reclutamiento de soldados y disposiciones para la entrega de recursos e impuestos, empobreciendo aún más a los pueblos de paso.

“Así fue como los departamentos de Ecuador, Azuay y Guayaquil, hicieron en aquellas circunstancias grandes y dolorosos sacrificios, [...] El más rico por su comercio y producciones agrícolas, el de Guayaquil, proporcionó al Libertador un empréstito de cien mil pesos para hacer frente a los gastos; los otros dos contribuyeron con igual suma, fuera de los víveres y vestuarios que dieran. Estos sacrificios que aseguraron para siempre su independencia no deben olvidarse.” (Restrepo, 1858, pág. 302)

Inmediatamente, el día 18 de marzo se iniciaría el envío de importantes fuerzas patriotas hacia el Perú y fue así como la División Auxiliar Colombiana,

12 En el convenio firmado el 18 de marzo de 1823 entre el general peruano Mariano Portocarrero y el general grancolombiano Juan Paz del Castillo, Colombia se comprometía a enviar seis mil soldados y las fuerzas disponibles. El Perú se hacía cargo, entre otros aspectos, a afrontar los costos de transporte de ida y regreso, los sueldos de las tropas, así como el equipo, municiones, reemplazos. Además, el Perú se comprometía a respetar el principio del *Uti Possidetis* de 1809.

zarpó del puerto de Guayaquil rumbo al Callao; posteriormente se embarcaría, el 12 de abril el batallón Rifles de Bombona con lo que ya sumarían cuatro mil doscientos cincuenta soldados sobre lo cual, en disposiciones transmitidas por el general José Gabriel Pérez, Secretario del Libertador, se indicaba la obligación de mantener una férrea disciplina, en especial con los integrantes del batallón Rifles, famoso por su composición multinacional y por tener malas costumbres. (O'Leary, 1883, pág. 8)

Las noticias que llegaban desde el Perú, sobre el desarrollo de las operaciones, eran preocupantes y el general J. Gabriel Pérez, secretario del Libertador, informaba el 13 de abril al secretario de Guerra de Colombia, en el sentido de que, pese al triunfo de inicios de año en la batalla de Moquegua, las fuerzas patriotas en suelo peruano, de las cuales la mitad eran colombianas, no pasaban de doce mil hombres, y de estos un alto porcentaje eran reclutas. Por ello era peligrosa la situación peruana y sus posibles efectos que tendría en los territorios del norte. Esto obligó a disponer de las tropas veteranas de los departamentos del sur, quedando únicamente los batallones Yaguachi y Vargas disminuidos, ya que sus cuadros de veteranos también fueron incorporados a la campaña del Perú.

Ante estas deplorables condiciones, el Libertador decidió enviar al general Antonio José de Sucre al Perú, para ponerse de acuerdo en las operaciones que la División Colombia ejecutaría y, además, “va a reclamar las provincias de Jaén, de Bracamoros y de Mainas¹³, y a pedir la ratificación del tratado celebrado con el gobierno de Perú y Colombia, el 6 de julio del año pasado” (O'Leary, 1883, pág. 11). El 14 de abril Sucre partía hacia el Perú para hacerse cargo de las tropas colombianas en ese país y además, como ministro diplomático de Colombia.

Sucre trabajó de manera ardua, desde su llegada a Perú, tratando de dar un orden y disciplina indispensable al caos que allí imperaba. Así, el 24 de mayo, daba cuenta al Libertador del estado deplorable en el que se hallan equipadas los oficiales y tropas de la División Colombiana; además, tanto el Congreso peruano como el general Sucre pedían la presencia inmediata de Bolívar, para que, con poderes extraordinarios se haga cargo de la campaña.

En las fuerzas del Ejército Real del Perú, bajo la autoridad del virrey José de la Serna, las fuerzas militares estaban divididas en dos bandos: los que eran favorables a la Constitución de Cádiz y por tanto a la monarquía constitucional, en la cual se incluía el propio virrey y quienes eran fieles seguidores de la línea absolutista de Fernando VII y que se agrupaban en torno al general Pedro Antonio de Olañeta¹⁴, jefe militar del Alto Perú, quien desconoció la autoridad del virrey La Serna, por lo que este tuvo que luchar en dos frentes: contra los patriotas y contra Olañeta.¹⁵

¹³ Estas provincias se habían agregado provisionalmente al Perú cuando José de San Martín liberó Lima en 1821.

¹⁴ Olañeta sostenía que “[...] tanto el virrey de La Serna, como los generales Canterac y Valdés habían sido nombrados durante el Gobierno constitucional de España, y que, en virtud del Real Decreto del 1 de octubre de 1823, se declaraba nulo todo lo actuado en tiempo de aquel Gobierno; consideraba, por tanto, que los nombrados han dejado de serlo, y que entonces él está en su derecho de no reconocer en su territorio otra autoridad que la que él detentaba” (Albí de la Cuesta, 2019, pág. 402)

¹⁵ La guerra interna entre los españoles alcanzó su máxima expresión en diciembre de 1824 cuando se desarrollaba la batalla de Ayacucho y “el general Olañeta, que debía acudir en su ayuda, se rebeló contra La Serna y se autoproclamó virrey del Alto Perú” (Rosas Lauro, 2021, pág. 212).

Para el virrey De la Serna “tras las victorias de Ica y Primera y Segunda Campaña de Intermedios, en 1822 y 1823 su posición y la de su gobierno se vieron reforzadas”. Sin embargo, “la caída del régimen liberal en España y la utilización aviesa de la situación por parte del general Olañeta, rompieron la unidad en el frente realista y abrieron una oportunidad que Bolívar supo aprovechar.” (De Haro, 2021, pág. 218)

Entre mayo y octubre de 1823, el gobierno de Riva-Agüero y su general en jefe, Andrés de Santa Cruz, planificaron y desarrollaron la segunda campaña de Intermedios, para lo cual se preparó una fuerza expedicionaria de algo más de cinco mil hombres que partieron, a partir del día 14 de mayo desde el Callao hacia el sur. Mientras tanto la División colombiana y apoyos de Chile y Buenos Aires, protegían Lima y el puerto de Callao. Esta segunda expedición a Intermedios también se convirtió en una dura derrota de las fuerzas peruanas, a manos del general Gerónimo Valdés y Sierra, uno de los comandantes más competentes que tenía el Ejército Real del Perú. En ese contexto, Lima quedaba expuesta a ser atacada por fuerzas realistas muy superiores a las de Sucre y el ambiente era el siguiente:

“Una ciudad que no ignoraba la amenazadora presencia de las victoriosas columnas realistas cómodamente acantonadas trasponiendo los Andes centrales. Una ciudad atiborrada con oficiales y tropas provenientes de Chile, Argentina, Colombia y aún europeos, muchos de estos a la deriva y con sus batallones desarticulados. La proliferación de desertores y tránsfugas, el consiguiente ambiente de desbande y de sospecha.” (Montoya & Paredes, 2018, pág. 169)

A mediados de junio, las noticias de la campaña de Perú eran cada vez más alarmantes y el gobierno peruano informaba que se veía obligado a la evacuación de su capital Lima, toda vez que, las fuerzas monárquicas habían desplegado nueve batallones y mil doscientos soldados de caballería, lo que triplicaba la capacidad de las fuerzas patriotas. En la ciudad la situación era caótica y el general Sucre advertía al ministro de Guerra del Perú lo siguiente:

“La situación en esta plaza es la confusión más completa que yo he visto jamás [...] Se me ha dicho y los ciudadanos creen que esta plaza está confiada a mi cuidado como jefe del ejército; pero al mismo tiempo todos mandan y estamos en medio de un caos que un ejército audaz puede aprovechar con ventajas.” (O’Leary, 1883, pág. 125)

Con sus fuerzas motivadas por los recientes éxitos en combate, el general José de Canterac, al mando de aproximadamente siete mil hombres ocupaba temporalmente Lima el 18 de junio¹⁶, mientras que Antonio José de Sucre, como comandante del Ejército Unido, de forma ordenada y calculada se retiraba al Callao, en donde organizaba la defensa.

Como producto del fracaso político y estratégico en la conducción del gobierno y la guerra, el Congreso peruano cesó el 22 de junio al presidente Riva-Agüero y designó en su reemplazo un “Poder Militar”.¹⁷ El presidente cesado no acató esta medida y se dirigió al norte, a la ciudad de Trujillo en donde estableció su propio

¹⁶ Al no tener un efecto operativo ni táctico de importancia, la ocupación de Lima que realizó el general José de Canterac fue temporal y nuevamente abandonó la ciudad con sus tropas, el 17 de julio, con rumbo a Huancavelica.

¹⁷ El Congreso peruano “nombró un Poder Militar, que hizo recaer en Antonio José de Sucre [...]; y autorizó interinamente al ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Francisco Valdivieso, como encargado del despacho de Gobierno en todos los lugares que no sirven de teatro a la guerra.” (Castañeda, 2023, pág. 13).

gobierno apoyado por una fuerza militar de tres mil hombres. Además, comenzó negociaciones con el virrey De la Serna, por lo que se le consideró como un traidor a la causa de la independencia.¹⁸ También se había designado como encargado de gobierno a Francisco Valdivieso y Prada; posteriormente, en agosto se designó a otro presidente, José Bernardo de Tagle, marqués de Torre Tagle. Esta situación anacrónica recién fue superada en el año siguiente, cuando el Libertador asumió todos los poderes¹⁹, como principal autoridad dictatorial del Perú.

Mientras tanto, en el norte del actual territorio ecuatoriano la victoria de la batalla de Pichincha, si bien tuvo un efecto regional inmediato, había dejado todavía aspectos importantes por consolidar y las fuerzas libertarias se vieron enfrentadas a la oposición de la región de Pasto, cuyos habitantes no aceptaban la separación de España y manifestaban, de manera resuelta y violenta, su aversión hacia Bogotá y Quito.

A finales de 1822, como nos refiere el insigne historiador José Manuel Restrepo (1858:273), había tenido lugar en la región de Pasto un importante levantamiento liderado por el teniente coronel español Benito Boves, quien formaba parte de las fuerzas realistas que se rindieron, luego de la capitulación en la batalla de Pichincha de mayo 2022, dándose a la fuga de su confinamiento, para dirigirse al norte y con remanentes realistas conformar un grupo armado conformado predominantemente por pastusos. Boves nombró teniente gobernador a Estanislao Merchancano, derrotó al contingente del gobernador Antonio Obando y proclamó su lealtad incondicional al rey español Fernando VII.

Dada la gravedad que ocasionaba la insurrección de Pasto a la campaña para la resolución de la guerra de la independencia, pues comprometía las líneas de comunicaciones con Bogotá y podrían constituirse en un efecto multiplicador para los desafectos a la causa libertaria, el Libertador que para ese entonces se encontraba en Quito, envió a pacificar Pasto al general Antonio José de Sucre, con el batallón Rifles y los escuadrones Guías, Dragones de la Guardia y Cazadores montados, todos ellos compuestos por tropas veteranas a las que posteriormente, ya en batalla, se sumó el batallón Bogotá bajo el mando del coronel José María Córdova.

Boves se había desplegado en las alturas que bordean el río Guáitara con aproximadamente mil quinientos hombres y en una posición geográficamente ventajosa. La conducción de Sucre los días 23 y 24 de diciembre fue magistral y demostró su capacidad táctica al actuar en un escenario difícil y con la población en su contra. La derrota de las fuerzas pastusas fue completa, habían muerto más de trescientos de sus hombres y los sobrevivientes huyeron hacia las montañas de Sebondoy, en la ruta hacia el Amazonas y hacia Juanambú. Las fuerzas de Sucre tuvieron ocho muertos y treinta y dos heridos. Cuando entraron a Pasto, sólo se encontraron con monjas y algunas mujeres en el convento; los habitantes habían huido hacia las montañas.

La venganza patriota fue inmediata y drástica; fue entonces cuando la ciudad de Pasto fue saqueada por las tropas del general Sucre y en pocos días más, con la llegada de Simón Bolívar en enero de 1823, las imposiciones fueron sin miramientos:

¹⁸ El 25 de noviembre de 1823, José de la Riva Agüero es obligado por sus oficiales a abandonar Perú, al conocer que el Libertador se dirigía hacia Trujillo.

¹⁹ El 10 de febrero de 1824, Simón Bolívar asumió los poderes dictatoriales del Perú, como “suprema autoridad política y militar”.

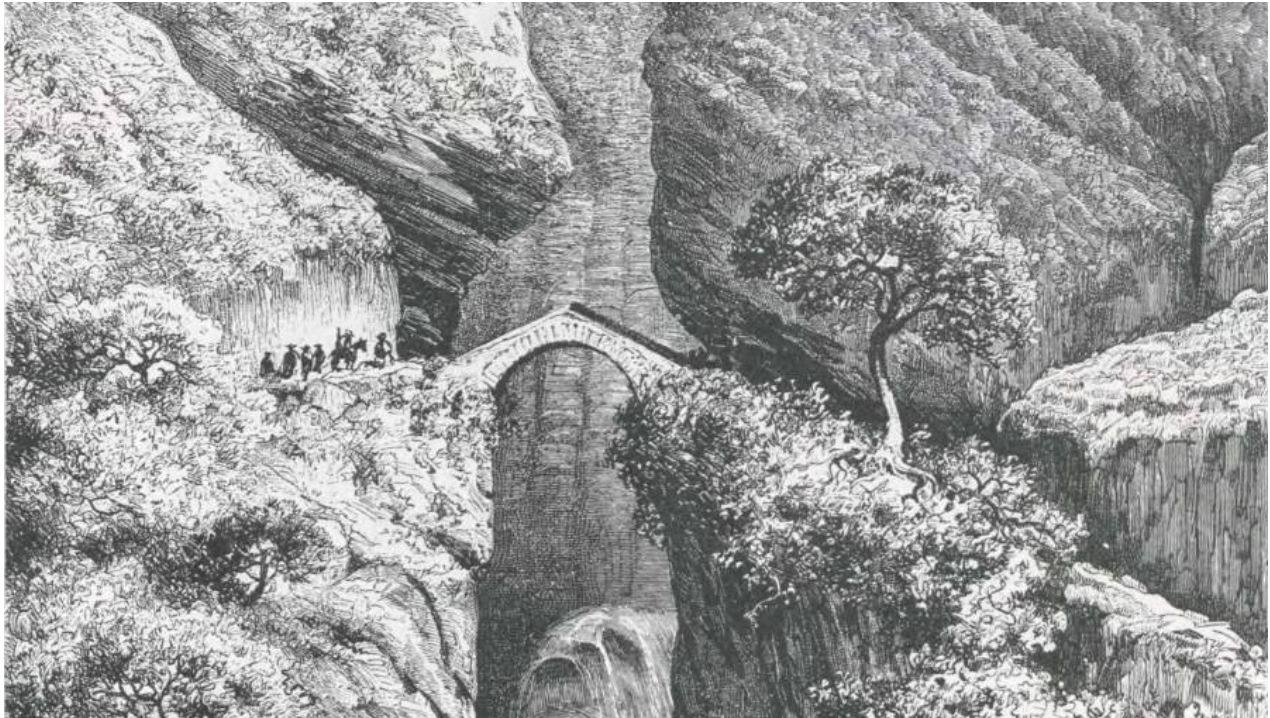


Ilustración 4 La difícil topografía de Pasto en el siglo XIX. Puente sobre el río Mayo
Fuente: Dibujo de Riou (Acevedo.1968).

“Bolívar [...] impuso a los pueblos rebeldes del cantón una contribución forzada de treinta mil pesos para la subsistencia de sus tropas; [...] Hizo que se reclutaran todos los hombres hábiles para las armas y a los más inquietos que sean llevados en calidad de presos. Mandó a confiscar los bienes de todos aquellos que participaron en la rebelión o que no se habían presentado a Sucre en seis días [...] Con tales decretos, casi todas las propiedades de los pastusos eran confiscables y se mandaron a repartir entre los militares de la república, en pago a sus servicios. El castigo de los habitantes de Pasto [...] dejó en sus corazones el resentimiento más profundo y duradero.”²⁰ (Restrepo, 1858, págs. 276, 277)

La situación en la ciudad de Quito era tensa; el 12 de abril de 1823, como nos refiere Óscar Efrén Reyes, se habían reunido los habitantes para presenciar la ejecución de cuatro hombres acusados de conspiración, entre ellos los coroneles Muñoz y Quiñonez; en esas circunstancias, el teniente coronel Ramón Chiriboga, comandante militar de la plaza, había dispuesto que después de la ejecución se realice un reclutamiento forzoso, aprovechando la masiva concurrencia de hombres. El resultado fue desolador: “El deseo de escaparse hizo que corrieran [...] muchachos, mujeres y hombres, [...] resultaron muertas 36 personas de todo sexo y condición, unas a sablazos, otras a culatazos, y otras, por opresión o sofocación.” (Reyes, 2017, págs. 29,30)

El 17 de mayo se amotinaron en el bergantín inglés Romeo, doscientos hombres reclutados en las costas de Esmeraldas, Tumaco, Barbacoas y el Chocó, los mismos que se habían embarcado con las tropas que debían reforzar el Callao. Los amotinados obligaron al capitán a dirigirse a la costa de Atacames, con la intención de tomar la ciudad de Esmeraldas y concentrar

²⁰ El general Antonio José de Sucre, cuyas tropas saquearon Pasto a finales de 1822, fue asesinado en las montañas de Berruecos, a 30 kilómetros de Pasto, el 4 de julio de 1830.

a los realistas, insurrectos y desertores para avanzar sobre Quito. El motín fue parcialmente controlado con el apoyo de un ballenero inglés, el “*Spring-Grove*”, tomándose ciento seis amotinados como prisioneros.

Sin embargo, setenta amotinados, armados y con pertrechos, lograron desembarcar en Atacames. Ante esto el Libertador dispuso a inicios de junio que el coronel Lucas Carbajal, se embarque en la goleta Guayaquileña con cien hombres armados y equipados hacia Atacames, en donde deberá perseguir y destruir a la facción insurrecta. Además, deberá destruir todas las facciones de la costa del Chocó, Esmeraldas, Tumaco, hasta Panamá. “No volverá a Guayaquil hasta no haber dejado pacíficas estas costas. [...] está autorizado para fusilar a todos los rebeldes y a los desertores de los ejércitos de Colombia y de los enemigos.” (O’Leary, 1883, págs. 86, 87)

La situación de la región de Pasto seguía complicándose para las fuerzas libertarias y para la propia causa de la independencia; si bien a finales de 1822 se había logrado la rendición de los grupos facciosos, para 1823, el ambiente no solo seguía inestable, sino que se tornaba más complejo, a pesar de las severas medidas adoptadas, las mismas que incluyeron la ejecución de los líderes y de desplazamientos poblacionales.²¹ En el poblado de Tunes, a orillas del Guáitara se había concentrado un importante grupo faccioso, ante esto, el general Salom, jefe de los departamentos del sur procedió a reforzar las fuerzas del coronel Juan José Flores, gobernador de Pasto.

El coronel Flores, como manifiesta Restrepo (1858:353), había tomado medidas drásticas para asegurar el apoyo de Pasto a la causa independentista y eliminar las actividades realistas; fue así como, además de reprimir resueltamente las acciones de guerrilla de Joaquín Enríquez, incendió las viviendas y contornos, ejecutando además veinte y tres de ellos. Estas medidas, no solo generaron el rechazo de la población pastusa, sino que determinaron un aumento en el número de insurrectos.

En abril de 1823 Simón Bolívar nombró al general Bartolomé Salom como jefe Civil y Militar²² de los tres departamentos del Sur de Colombia en substitución del general Antonio José de Sucre, quien había sido llamado a Guayaquil. Sobre la situación de Pasto, el general Salom daba cuenta por escrito al Libertador:

“No es posible dar una idea de la tenacidad y despecho con que obran los pastusos; [...] ahora es la masa total de los pueblos la que nos hace la guerra, [...] Hemos cogido prisioneros de nueve o diez años. [...] Los dos únicos medios adaptables para terminar la guerra de Pasto son o un indulto general y absoluto [...] o la destrucción total del país. En el día, estoy por este último exclusivamente”

En el escenario marítimo, en Guayaquil se disponía únicamente de tres buques de guerra y algunas cañoneras destinadas a la defensa del puerto. La corbeta Bomboná fue destinada a la campaña de Intermedios en el Perú; el bergantín Chimborazo se encontraba empleado en el transporte de abastecimientos a la 1 División Colombiana que se encontraba en Perú, y el bergantín goleta Guayaquileña en misión de pacificar las costas de Esmeraldas y el Chocó.

21 Cerca de mil trescientos reclutas fueron sacados a la fuerza de la región de Pasto y enviados a luchar en la campaña por la independencia (Restrepo, 1858, pág. 353).

22 El cargo de jefe Civil y Militar de los departamentos del Sur era uno de los más complejos e importantes en la Colombia de 1823, toda vez que se responsabilizaba por los tres departamentos del Sur con una inmensa extensión territorial terrestre y marítima, persistentes problemas internos y además, estaba a cargo de los esfuerzos en la preparación de la campaña del Perú.

Mientras tanto, escalaba la conflictividad en el norte de Quito. El 12 de junio Agustín Agualongo, al frente de algunas partidas campesinas de aproximadamente ochocientas personas, en su mayoría indígenas pastusos que estaban dotados de armas rudimentarias, pues sólo tenían doscientos fusiles y el resto consistía en machetes, lanzas y palos, se enfrentó a las fuerzas grancolombianas del coronel Juan José Flores, consistentes en seiscientos hombres, la mayoría reclutas, aunque bien armados y equipados. La victoria pastusa fue impensada y contundente; las fuerzas republicanas dejaron ciento cincuenta muertos y trescientos prisioneros, perdieron además casi quinientos fusiles.

Agustín Agualongo, motivado por su reciente victoria sobre las tropas colombianas, entró en Pasto y se proclamó comandante general a nombre de la monarquía española, en tanto que Estanislao Merchancano fue designado como gobernador. Inmediatamente organizó sus fuerzas y avanzó al sur del río Guáitara para tomar el territorio de los Pastos y fue así como acrecentó sus cuadros insurrectos hasta contar con aproximadamente mil doscientos hombres (Restrepo, 1858, pág. 355). En esos días, Agualongo lanzaba su proclama de insurrección de Pasto para liberarse de los colombianos y, además, enviaba comunicaciones a Otavalo para que le proporcionen apoyo y se sumen al inminente desplazamiento de sus tropas hacia el sur.

El 21 de junio el Libertador escribía al general Sucre, quien esperaba la presencia de Bolívar con importantes refuerzos para la campaña del Perú, sobre la difícil situación en el norte de Quito, explicándole que las fuerzas del coronel Juan José Flores fueron derrotadas en Pasto, por un contingente de más de seiscientos facciosos de esa localidad y el peligro era que entre Quito y Pasto solo había disponibles únicamente ciento cincuenta soldados entre infantería y caballería. Las comunicaciones con Bogotá fueron cortadas, con lo que no se sabrá la resolución sobre la autorización del Congreso para que Bolívar marche al Perú. Consideraba que requería por lo menos mil soldados para destruir la facción de Pasto; además tenía pendiente eliminar a los rebeldes en Barbacoas y Esmeraldas, antes de que se produzca algún evento negativo en Perú.

Bolívar tuvo que marchar inmediatamente en dirección a Quito y hasta que se decida el asunto pastuso, resolvió que no se podrá enviar refuerzos urgentes al Perú. Desde su puesto de mando en San José de Chambo, el Libertador, en conocimiento de la crítica situación imperante, el 23 de junio impartía al general Bartolomé Salom, entre otras disposiciones, las siguientes:

“Yo mando a que no se comprometa acción ninguna, ni que se aventure nada absolutamente, hasta nueva disposición mía, para evitar la desgracia [...] sin perder un momento vaya a ponerse a la cabeza de las tropas destinadas contra Pasto [...] que todas las tropas se reúnan en una sola masa mandadas por usted mismo. [...] Que tome usted posiciones muy ventajosas, de modo que no pueda ser sorprendido jamás ni mucho menos batido. [...] Que usted pueda retirarse hasta Ibarra, hasta esperar los nuevos refuerzos que están en marcha [...] Que es usted responsable de cualquier desgracia que suceda a nuestras tropas. [...] Yo estoy en marcha para Quito y desde allí daré las nuevas órdenes.” (O’Leary, 1883, pág. 146)

Ya en Quito, el 28 de junio, el Libertador dirige un resuelto y dramático mensaje al pueblo quiteño en el que afirma su resolución de solucionar definitivamente el problema pastuso de una vez por todas: “¡Quiteños! el infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre [...] Esta vez será la última de la vida de Pasto: desaparecerá del catálogo de los pueblos si sus viles moradores no rinden sus armas a Colombia antes de disparar un tiro.” (O’Leary, 1883, págs. 159,160)

Otro problema que se presentaba de manera recurrente a Simón Bolívar era la calamitosa situación de las finanzas públicas en los departamentos del Sur, agobiados por los años de guerra libertaria y en especial por la campaña del Perú. La débil economía de guerra seguía complicando a los gobiernos y los pueblos debían continuar aportando en reclutas, dinero, especies o ganado. Por ejemplo, a inicios de julio y en los días previos a la batalla de Ibarra, del cuartel general del Libertador se disponía al Jefe Político de Ibarra lo siguiente:

“S.E. El Libertador Presidente, en atención a las grandes urgencias del Estado para mantener el ejército que obra contra Pasto, ha tenido a bien mandar exigir cuatro mil pesos de donativo a este vecindario, [...] esta cantidad deberá distribuirse entre las personas pudientes o los desafectos conocidos, a quienes se les señalará el duplo o el triple con respecto a los que no lo son [...] Los cuatro mil pesos deben estar dentro de tres días en caja, contándose este término desde la hora en que se reciba este oficio. Los que se resistan a pagar esta contribución, sea con algún pretexto se pondrán irremisiblemente presos y se tomarán y venderán sus bienes hasta cubrir su asignación.” (O’Leary, 1883, pág. 182)

El 17 y 18 de julio el ejército libertador bajo el mando de Simón Bolívar derrotó a las fuerzas de Agualongo en la batalla de Ibarra y realizó una decidida persecución de los remanentes rebeldes. Se estima que, en el orden de ochocientos integrantes de las fuerzas pastusas murieron en los combates en torno a Ibarra. Sin embargo, todavía no se lograría pacificar la región de Pasto y recién en 1824, con el fusilamiento de Agustín Agualongo, se disiparon, de alguna manera, los temores de una masiva rebelión pastusa. La victoria de las fuerzas del Libertador significó la consolidación de los resultados de la Batalla de Pichincha y se alivió a Quito de la inminencia de un ataque realista y seguro saqueo; además, se abrió nuevamente las comunicaciones con Bogotá y esto permitió concentrarse en la decisión de la campaña libertaria en el Perú.

Simón Bolívar, luego del triunfo de Ibarra retornó presurosamente a Quito el 31 de julio y convocó a una reunión de notables, encaminada a la estructuración de dos comisiones; la primera estaba orientada a ubicar en la ciudad las personas simpatizantes de la monarquía española, con el propósito de expulsarlos de territorios grancolombianos. La segunda comisión tenía como tarea obtener una nueva contribución de veinte y cinco mil pesos mensuales de los habitantes, para ser usada en la conformación y mantenimiento de una fuerza de dos mil hombres, con la misión de defender sus territorios. Luego de esto, el Libertador partió a Guayaquil, en donde comenzó los preparativos para dirigirse al Perú, toda vez que el Congreso colombiano le concedió la licencia correspondiente.

El 7 de agosto de 1823, por pedido del Congreso peruano, Simón Bolívar salía del puerto de Guayaquil, rumbo al Callao, en el bergantín de guerra Chimborazo para dirigir personalmente la campaña en el Perú. A su llegada, a suelo peruano, el 1 de septiembre, fue recibido por el presidente José Bernardo de Tagle y el 2 de septiembre, el Libertador fue nombrado autoridad suprema del Perú.

“Con la derrota de las fuerzas de Santa Cruz y la retirada de Sucre de Arequipa hacia Lima, un país dividido entre dos centros políticos y militarmente derrotado quedó al mando de Simón Bolívar. [...] Frente a los fracasos y el nivel de polarización existente, el apoyo extranjero de las tropas colombianas fue indispensable para la causa independiente y jugó un papel decisivo en las últimas campañas de la guerra [...]” (PUCP, 2023)

A manera de conclusión

El año 1823 constituyó un puente entre la batalla de Pichincha de 1822, que desarticuló la presencia realista en el actual territorio ecuatoriano, cambiando el escenario de guerra por la independencia suramericana y la conclusión estratégica de diciembre de 1824, en la batalla de Ayacucho, en que se culminó exitosamente la guerra. Sin embargo, es importante relieves que 1823 fue un período difícil para la guerra libertaria en el Teatro de Guerra “Perú - Pacífico Sur”, ya que la situación inestable y adversa tanto en Pasto como en el Perú, puso en riesgo la campaña libertaria.

En el Teatro de Guerra “Atlántico-Caribeño”, 1823 fue un período favorable, ya que las victorias logradas en Maracaibo y Puerto Cabello significaron la derrota de las fuerzas realistas en el norte suramericano y permitieron al Libertador, en el siguiente año, mejorar sus capacidades estratégicas y operativas para decidir la guerra.

Este año 1823, fue particularmente difícil para los pueblos del sur grancolombiano: Quito, Azuay y Guayaquil, ya que tuvieron que soportar los pasos de los ejércitos libertarios hacia el Perú. Esto aumentó la pobreza y tuvo también importantes e inmediatos efectos sociales y económicos.

Tiempo después, los logros militares de la guerra por la independencia suramericana daban paso a la constitución de las nuevas repúblicas en un período de recalcitrante caudillismo; fue entonces cuando se postergaron los intentos por lograr una verdadera independencia de las naciones y dejaron abierto un espacio de peligrosa conflictividad futura. El gran Benjamín Carrión, sintetizaba esta situación:

“Los generales de la libertad [...] se lanzaron famélicos sobre la presa de la Gran Colombia moribunda. Páez, venezolano, el heroico y feroz llanero, se hizo pago de sus servicios con la presidencia de Venezuela y años de tiranía. Santander, neogranadino, se apropió de la Nueva Granada [...] Juan José Flores venezolano también, [...] se apropió del Ecuador [...] Mariscal José de La Mar se apropió de la mejor parte, el Perú. Y a Sucre, el más grande guerrero de la Independencia, le dejaron el Alto Perú, hoy República de Bolivia [...] En la avidez del reparto, todo lo hicieron mal: los límites no fueron bien señalados.” (1973:365)

Referencias bibliográficas

Albi de la Cuesta, J. (2019). *Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación de América*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones SLNE.

Acevedo E, (comp.). (1968). *Geografía Pintoresca de Colombia: La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX Charles Saffray y Edouard Andre*. Bogotá: Litografía Arco. Biblioteca Nacional de Colombia

Anna, T. (1986). *España y la Independencia de América*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.

Barroso, G. (2019). *Historia militar de Brasil*. Brasilia: Senado Federal.

Blaufarb, R. (2016). *Arms for Revolutions: Military Demobilization after the Napoleonic Wars and Latin American Independence*. (A. K. Forrest, Ed.) *War, Demobilization and Memory: The Legacy of War in the Era of Atlantic Revolutions, 100-118*.

Borrero, A. (1924). *Ayacucho*. Cuenca: Talleres Municipales.

Carrión, B. (1973). *El cuento de la Patria (Breve historia del Ecuador) (Segunda ed.)*. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Castañeda, M. (2023). *Francisco Valdivieso y Prada*. Obtenido de Museo del Congreso y la Inquisición: https://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/files/francisco_valdivieso.pdf

Cevallos, P. (1870). *Resumen de la historia del Ecuador. Desde su origen hasta 1845 (Vol. IV)*. Lima: Imprenta del Estado.

Chust, M. (2020). *Réquiem por ¡Vivan las cadenas! En M. Chust, ¡Mueran las cadenas! El Trienio Liberal en América (1820-1824) (págs. XI-XVII)*. Granada: Editorial Comares, S.L.

Cruz, G. (2022). *De Pichincha a Ayacucho: de la decisión operativa a la conclusión estratégica*. En Academia Nacional de Historia Militar del Ecuador, *Bicentenario de la independencia del Ecuador (págs. 387-416)*. Quito: ANAHIME.

De Haro, D. (2021). *El último virrey en la encrucijada del Trienio Liberal: guerra y liberalismo en el Perú de 1821*. En M. Chust, J. Marchena, & M. Schlez, *La ilusión de la Libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América (págs. 215-232)*. Santiago de Chile: Acción Cultural Española. Biblioteca de Historia de América.

Esparza, J. (2016). *Almanaque de la historia de España. Tal día como hoy*. Madrid: La Esfera de los Libros.

Espinoza Polit, A. (1954). *Temas ecuatorianos (Vol. VI)*. Quito: Editorial Clásica.

Foreign Service Institute. (2016). *Office of the Historian, Foreign Service Institute, United States Department of State*. Obtenido de *Monroe Doctrine, 1823*: <https://history.state.gov/milestones/1801-1829/monroe>

Frasquet, I. (2020). *Independencia o Constitución: América en el Trienio Liberal*. *Historia Constitucional: revista electrónica de Historia Constitucional*, 170-199.

Frasquet, I., Rújula, P., & París, Á. (2022). *El Trienio liberal en el umbral del bicentenario*. En I. Frasset, P. Rújula, & Á. París, *El Trienio Liberal (1820-1823) Balance y perspectivas (págs. 9-16)*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Gutiérrez, J. (2011). *Los indios de Pasto contra la república (1809-1824)*. *las rebeliones antirrepublicanas de los indios de Pasto durante la guerra de independencia*. (I. C. Historia, Ed.) *Anuario de historia regional y de las fronteras*, 16, págs. 383-388.

Hobsbawm, E. (2007). *La era de la revolución: 1789-1848 (Sexta ed.)*. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta / Critica.

Lynch, J. (2009). *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Buenos Aires: Paidós/Critica.

Madueño, J. (2012). El combate naval del lago Maracaibo. En I. d. Naval, La Independencia de América Española 1812 -1828 (págs. 71-81). Madrid: Servicio de Publicaciones de la Armada.

Maita, J. (2022). Poder Naval de la República de Colombia 1823-1830 (Vol. I). Bogotá: Fundación Editorial El perro y la rana.

Mitchell, K. (2016). *British diplomacy and the independence of South America*. Obtenido de *History of government*: <https://history.blog.gov.uk/2016/04/25/british-diplomacy-and-the-independence-of-south-america/>

Montoya, G., & Paredes, J. (2018). ¿Peruanizar la independencia? El golpe de estado de José de la Riva Agüero: 1823. Historia y cultura. Revista del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, 155-200.

O'Leary, S. (1883). Memorias del general O'Leary (Vol. XX). Caracas: Imprenta El Monitor.

OEA. (2023). OEA, SISE, Sistema de información sobre Comercio Exterior. Obtenido de Documentos de la Unión Centroamericana: <http://www.sice.oas.org/sica/Studies/DocUnionCentroamericana.pdf>

Osterhammel, J., & Jansen, J. (2019). Colonialismo. Historia, formas, efectos. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A

PUCP. (2023). Las campañas a puertos intermedios (1822-1823). (Pontificia Universidad Católica del Perú) Obtenido de Líneas del tiempo de la Independencia del Perú: <https://investigacion-lineasdetiempo.pucp.edu.pe/>

Restrepo, J. (1858). Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional. Tomo Tercero. Besanzon: Imprenta de José Jacquín.

Reyes, Ó. (2017). Historia de la República. Quito: Fundación Óscar Efrén Reyes.

Robertson, W. (1918). The Recognition of the Hispanic American Nations by the United States. *The Hispanic American Historical Review*, 239-269.

Rosas Lauro, C. (2021). La década decisiva. Los años veinte en el proceso de Independencia del Perú. En M. Chust, J. Marchena, & M. Schlez, La ilusión de la Libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América (págs. 195-214). Santiago de Chile: Acción Cultural Española. Biblioteca de Historia de América.

Ruiz-Domènec, J. (2017). España, una nueva historia. Barcelona: RBA Libros.

Sobrevilla, N. (2021). Las campañas a los puertos intermedios y la fase «peruana» de la independencia. Revista de Indias, LXXXI, 115-141.

Villalba, J. (1993). El General Juan José Flores. Fundador de la República del Ecuador. Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército. Biblioteca del Ejército Ecuatoriano.

La Batalla de Ibarra en contexto

Grae. Paco Moncayo Gallegos



Introducción

La Batalla de Ibarra tiene singular importancia en la historia ecuatoriana por haber sido la única victoria de las tropas libertarias, escenificada en territorios del actual Ecuador. Para una mejor comprensión de los trascendentes acontecimientos de los años 1822 y 1823, en el presente trabajo se presenta al lector una visión general de la situación que vivía el mundo iberoamericano en el primer cuarto del siglo XIX. Como el tema se encuentra centrado en los aspectos políticos militares vinculados al fin de la dominación colonial, se realiza también un análisis sobre los aspectos geográficos, económicos y sociales que actuaron como telón de fondo en la gran hazaña libertaria.

Comienza el relato con una revisión rápida de la situación de España en virtud de su alianza con Francia en el denominado ‘Pacto de familia’, la ocupación francesa de los territorios españoles, el cautiverio de Fernando VII, su reemplazo en el poder por José Bonaparte, la resistencia heroica del pueblo español, la lucha entre absolutistas y liberales, así como la influencia de todos estos acontecimientos en los territorios coloniales de América.

A continuación, se presenta una visión panorámica de los movimientos independentistas que surgen en casi la totalidad de la Sudamérica española y la forma como estos se aproximan y entrelazan para constituir finalmente una guerra de alcance continental que tiene como hitos culminantes las batallas de Pichincha y Ayacucho. Un lugar importante en el relato se otorga a la independencia de Guayaquil, llave maestra que abre las opciones estratégicas libertarias y es punto de inflexión para el decaimiento de las capacidades operativas de las tropas españolas; el contencioso geopolítico entre Colombia y Perú por la incorporación de esta ciudad y su rica región a sus respectivos Estados, luego se realiza una revisión de las campañas para la liberación de la totalidad de la Real Audiencia de Quito, la incorporación de ésta a Colombia y, finalmente, se describe la situación económica y social de los pueblos que culminan su proceso independentista como el Distrito Sur del gran Estado colombiano, conforme a la Ley de División Territorial de 1824.

Los acontecimientos de España

En el año 1807, Godoy (ministro de Carlos IV) y Napoleón, empeñado en el bloqueo comercial a Gran Bretaña, firmaron el Tratado de Fontainebleau con el fin de repartirse entre España y Francia la corona portuguesa. 24.000 hombres, al mando del general Pierre-Antoine Dupont ocuparon España como su base de operaciones. El 17 y 18 de marzo parte del pueblo de Madrid se dirigió a Aranjuez para oponerse al traslado de la Corte y proclamar a Fernando como nuevo rey. Las desavenencias entre Carlos IV y su heredero Fernando VII crearon las condiciones para que el emperador francés, con el pretexto de actuar como árbitro de la contienda, los reúna en Bayona y les obligue a abdicar en su favor, la noche entre el 5 y 6 de mayo de 1808.

Estos acontecimientos fueron fundamentales para el inicio de los movimientos autonomistas americanos, toda vez que, a falta del monarca legítimo, según la tradición escolástica, desde santo Tomás de Aquino hasta Francisco Suárez, revertía la soberanía al pueblo. Por lo tanto, para los americanos, los vínculos

existentes con la metrópoli se habían roto y era legítimo que asumieran su propio gobierno. En América se organizaron también Juntas Patrióticas como en España, pero el espíritu que las animaba era diferente al de las peninsulares.

España se levantó en armas y el 19 de julio de 1808. Las tropas francesas al mando del general Dupont, que contaba con 21.000 efectivos, fueron derrotadas por las españolas dirigidas por el general Castaños, al frente de 27.000 hombres, en la batalla de Bailén. Era la primera vez que el poderoso ejército napoleónico era vencido en una batalla abierta. Aunque la victoria fue de gran importancia estratégica y psicológica, sus efectos tuvieron corta duración. Napoleón se puso al frente de una gran campaña destinada a retomar el control de España y lavar la “deshonra” de Bailén.

Se creó una Junta Gubernativa para dirigir el Estado. El 22 de enero de 1809, a nombre del rey Fernando VII, dictó en el Alcázar de Sevilla una real orden, declarando a los territorios coloniales en América como parte integrante de la monarquía y que, como tales, debían hacer elecciones de diputados para tener representación en las Cortes. “Y, dado este paso como de satisfacción y acercamiento, la misma Junta dirigió una circular en la que manifestaba su convicción de que las Américas no prestarían jamás obediencia a un usurpador y la de que Fernando VII reinaba en el corazón de todos los americanos; incitando a éstos a no obedecer otras órdenes que las expedidas por la Junta Central a nombre de Fernando.”²³

Con la presencia del emperador, el Ejército español y sus aliados británicos fueron derrotados. Las tropas inglesas se retiraron y el Ejército español quedó desmembrado, pero la guerra no se detuvo. La reacción del pueblo español fue inmediata. Madrid inició la resistencia y pronto se sumó el resto del país. Se organizaron Juntas Patrióticas a lo largo y ancho del territorio que se integraron en una Junta Central, el 25 de septiembre del mismo año. Del mismo modo, aparecieron por todas partes bandas armadas que realizaban pequeñas operaciones de emboscadas y sabotajes. Los franceses llamaron a esta forma de combatir ‘la guerrita’, de la que derivó la palabra ‘guerrilla’. Las guerrillas obstaculizaron las comunicaciones entre los ejércitos franceses, fueron una valiosa fuente de información para los militares aliados y obligaron los franceses a destinar un número elevado de tropas a España.²⁴

Los grupos liberales aprovecharon la guerra contra la ocupación francesa para imponer los cambios que proclamaban, incluyendo acabar con el absolutismo. Tanto la Junta Central, como las Regencias y especialmente las Cortes de Cádiz realizaron profundas reformas políticas contenidas en la Ley de Libertad de prensa de 1810 y en la Constitución de 1812 que reformó al Estado, la Iglesia y las Fuerzas Armadas. Se terminó, al menos en la letra de la ley, con el régimen señorial e instituyeron la libertad industrial y comercial. El retorno de Fernando VII puso fin a todas aquellas reformas.

El enfrentamiento entre Francia y Rusia obligó a Napoleón a retirar parte de sus tropas de España, y el Ejército español inició una contraofensiva desde Portugal, donde se había organizado un ejército importante con la participación y

²³ Destruge, Camilo, (1920). Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-22, Biblioteca Nacional Eugenio Espejo, pp.127-128

²⁴ Moncayo, Gallegos Paco (2019), Seguridad y Defensa en la Historia Ecuatoriana. Ed. Casa de la Cultura, Quito, p. 322

apoyo de tropas inglesas y portuguesas. Las fuerzas al mando del general inglés Wellington avanzaron con facilidad y tomaron Madrid a fines de mayo de 1811. Aunque las hostilidades continuaron, a partir de este momento los franceses debieron retirarse. En 1814 el Ejército napoleónico firmó su rendición. La Guerra de la Independencia Española estaba ganada. El 24 de marzo Fernando VII retomó el poder. Esa confrontación supuso para España la pérdida de casi un millón de vidas y una economía destrozada. En esas condiciones, tuvo que enfrentar las guerras de la independencia americana. Esta vez España en el papel de potencia ocupante.

Como telón de fondo de estos acontecimientos se encontraba el sórdido conflicto entre absolutistas y liberales. Una consecuencia favorable para la independencia de América española, derivada de esta disputa fue el pronunciamiento del general Rafael del Riego en 1820, que impidió el embarque de las tropas españolas destinadas a combatir a los ejércitos patriotas, facilitando así el triunfo de éstos en las últimas campañas con las que se conquistó la libertad.

Si bien las condiciones externas impulsaron la independencia americana, las fundamentales devinieron de la realidad interna de las colonias. Entre estas, la rivalidad entre españoles criollos y peninsulares, las demandas insatisfechas de las distintas clases sociales oprimidas por la relación colonial y por la explotación interna, las reformas impuestas por los Borbones y el surgimiento de una nueva burguesía, vinculada al comercio exterior por sus exportaciones de bienes primarios, para quienes la independencia política haría posible la libertad mercantil.

Para comprender mejor la situación previa a la independencia es ilustrativo el contenido de la “Memoria Secreta” presentada por el conde de Aranda al Rey que critica la alianza con Francia conocida como el ‘pacto de familia’ que: “... nos arrastró desgraciadamente... a una guerra enteramente contraria a nuestra propia causa...”. Le parece irremediable la independencia de las colonias porque: “Jamás unas posesiones tan extensas, colocadas a tan grandes distancias de la Metrópoli se han conservado por mucho tiempo”; por varias razones como la dificultad de poderlas socorrer en caso de un ataque, por “las vejaciones de algunos de los Gobernadores en los desgraciados habitantes; la distancia de la autoridad suprema, a la que tiene necesidad de recurrir para que atienda sus quejas, lo que hace que pasen los años antes de que se haga derecho a sus reclamaciones; las venganzas que quedan expuestas por parte de las autoridades locales en este intermedio; la dificultad de conocer bien la verdad a tantas distancias...”.

Advierte el error cometido por Francia y España al sostener la independencia de Estados Unidos, porque: “Vendrá un día en que será gigante, un coloso temible en esas comarcas. Olvidará entonces los beneficios que ha recibido de las dos Potencias, y no pensará más que en engrandecerse... El paso primero de esta Potencia, cuando haya llegado a engrandecerse, será apoderarse de las dos Floridas para dominar el Golfo de Méjico”. Por esto le aconseja: “deshacerse de todas las posesiones que tiene sobre el continente de las dos Américas, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico”. Debería, además, “poner sus Infantes en América: el uno Rey de Méjico, el otro Rey del Perú; y el tercero de la Costa Firme. V.M. tomará el título de emperador...”²⁵. Un enfoque geopolítico visionario fuera de la capacidad de comprensión de los partidarios del absolutismo.

²⁵ Memoria Secreta, que el conde de Aranda presentó al Rey, en Historia de Cevallos, Tomo II, p.145

La independencia iberoamericana

El pensamiento ilustrado llegó por distintos medios y diferentes caminos a las colonias latinoamericanas. Posteriormente, la Revolución Americana, la Revolución Francesa, el advenimiento del imperio napoleónico, la invasión de las tropas galas a la Península Ibérica, la prisión de los reyes españoles y la abdicación del poder en manos de Napoleón Bonaparte, con el consecuente nombramiento de su hermano José para ocupar el trono de España; la guerra de la independencia española, la creación de las Juntas Patrióticas en todo el territorio metropolitano, además de los antagonismos políticos internos agudizados, impulsaron la maduración de antiguos sueños de autonomía y libertad en las élites criollas latinoamericanas.

Montevideo constituyó la primera Junta, el 21 de septiembre de 1808; en la Audiencia de Chacras perteneciente a la jurisdicción del Virreinato de la Plata, en la localidad de Chuquisaca, el 25 de mayo de 1809, un triunvirato formado por Bernardo de Monteagudo, Jaime de Zudáñez y Juan Manuel Lemoine apresó al presidente de la Audiencia, Ramón García de León y Pizarro y lo depuso. El brigadier Vicente Nieto controló la situación y aparentemente retornó la calma; sin embargo, la Junta de La Paz constituida el 16 de julio de 1809, con Pedro Domingo Murillo como presidente inició un nuevo proceso que fue derrotado por las tropas del general José Manuel de Goyeneche. Murillo fue ejecutado el 10 de enero de 1810. La Real Audiencia de Chacras pudo independizarse solamente en 1825, luego de las victorias de Junín y Ayacucho.

En Buenos Aires, la Junta Gubernativa presidida por Cornelio Saavedra, declaró la independencia el 25 de mayo de 1810. Inicialmente, las intendencias de Paraguay, Misiones y la Banda Oriental (Uruguay) desconocieron a la Junta Gubernativa y reiteraron su obediencia al Consejo de Regencia de Cádiz; sin embargo, en la Banda Oriental estalló una insurrección contra las autoridades españolas de Montevideo y solicitaron el apoyo de Buenos Aires que envió a Artigas, con el grado de teniente coronel, al mando de 180 hombres, a apoyar la insurrección. El 11 de abril emitió la Proclama de Mercedes, el 18 de mayo triunfó en la Batalla de las Piedras e inmediatamente puso sitio a Montevideo. En 1812 proclamó la Provincia Oriental.

Para entonces se hizo presente la amenaza de las tropas portuguesas, obligando a la Junta a declarar un armisticio con el virrey, con disgusto de Artigas que se retiró a la provincia de Entre Ríos en lo que se conoce como “éxodo Oriental”. Roto el armisticio, las tropas de Buenos Aires reanudaron el sitio de Montevideo y Artigas se sumó a esta operación, para pronto abandonarla por diferencias con el coronel José Rondeau. El gobierno bonaerense lo estigmatizó como traidor a la Patria. Seguidamente, Artigas organizó la Unión de Pueblos Libres de la que fue declarado ‘protector’. Por su parte, la expedición de Manuel Belgrano hacia Paraguay fue derrotada en Tacuarí, el 9 de marzo de 1811. El 14 de mayo siguiente un triunvirato, constituido por Pedro Juan Caballero, Juan Valeriano Zeballos y José Gaspar Rodríguez de Francia, proclamó la independencia de ese país.²⁶

La Junta de Buenos Aires decidió apoyar la independencia de la Audiencia de Chacras y envió una fuerza al mando del general Antonio Gonzales que alcanzó la victoria sobre las tropas realistas mandadas por Goyeneche, en Suipacha, el 7

²⁶ Moncayo, Gallegos Paco, Ob. Cit. p. 387

de noviembre de 1810. Luego de un transitorio armisticio, el comandante español derrotó a los patriotas en la batalla de Guaqui, en 1811.

Finalmente, las victorias de José de San Martín en San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813, y de Belgrano, tanto en Tucumán en septiembre de 1812, como en Salta en febrero de 1813, consolidaron la independencia rioplatense. El 9 de julio de 1816, el Congreso de Tucumán proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Posteriormente, el general San Martín creó un ejército en Mendoza, cruzó los Andes con dirección a Chile y obtuvo la victoria de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, con la ayuda de Bernardo O'Higgins. En respuesta, los realistas lograron las victorias de Talcahuano, en octubre del mismo año, y de Cancha Rayada, en marzo de 1818. Cuando se encontraban a punto de tomarse Santiago, la victoria patriota en Maipú, del 5 de abril de 1818, aseguró la independencia de ese país. "La victoria de Maipú, por su repercusión estratégica y política influyó en todo el ámbito del nuevo mundo vigorizando la lucha por la emancipación americana. Por su importancia trascendental, sólo puede compararse la batalla de Maipú a las de Boyacá y Ayacucho. Pero sin Maipú no habrían tenido lugar, seguramente, ninguna de las dos."²⁷

En Caracas, se constituyó una Junta el 19 de abril de 1810. El 5 de julio de 1811, los patriotas proclamaron la independencia de España y una República federal. En 1812, tropas realistas enviadas desde Puerto Rico, al mando de Domingo Monteverde, vencieron a los patriotas en Puerto Cabello, apresaron en La Guaira a Francisco de Miranda, líder del movimiento, y lo deportaron a España. Posteriormente, las tropas españolas de José Tomás Boves derrotaron a los patriotas en Maturín y Urica. Bolívar tuvo que huir rumbo a Jamaica. En mayo de 1815, las tropas realistas del general Pablo Morillo entraron en Caracas e iniciaron una dura represión; pero la victoria decisiva de José Antonio Páez sobre Morillo en la batalla de Las Queseras del Medio, abrió las puertas para que Bolívar, Presidente de Venezuela, nombrado por el Congreso de Angostura en febrero de 1819, pueda, luego de su épico cruce de los Andes, ocupar Tunja y vencer a las fuerzas realistas en las batallas del Pantano de Vargas y Boyacá, el 25 de julio y el 7 de agosto respectivamente. El libertador ingresó victorioso a Santafé de Bogotá, el 10 de agosto de 1819. En diciembre se constituyó la República de la Gran Colombia y Bolívar fue designado como su presidente.

En el caso de Santa Fe de Bogotá, la Junta Patriótica depuso al virrey Antonio Amar y Borbón el 20 de julio de 1810. Camilo Torres y José Acevedo Gómez vencieron en Bajo Palacé al gobernador de Popayán y, en diciembre del mismo año, se reunió el I Congreso en Cundinamarca que declaró la independencia de la república con el nombre de Provincias Unidas de Nueva Granada. En abril de 1811, fue nombrado presidente Jorge Tadeo Lozano, al que sucedió Antonio Nariño, en octubre del mismo año. La guerra se generalizó con significativa ventaja para los realistas, por lo que fue necesaria, como se explicó, la presencia victoriosa de Bolívar para consolidar la independencia de este país, en 1819.

El 18 de septiembre de 1810, en los territorios de la actual República de Chile, se conformó la Junta de Santiago que designó a Mateo Toro y Zambrano

²⁷ Picuolo, José Luis y otros (1998), Manual de Historia Militar. Escuela Superior de Guerra, Buenos Aires. p. 385

como primer presidente. Desde el inicio se enfrentaron dos bandos: José Antonio Rojas y Juan Antonio Ovalle, partidarios de España, enfrentados a los radicales Bernardo O'Higgins y Juan Martínez de Rozas. Inicialmente se impuso el primer grupo en abril de 1811; pero, en julio, apoyado por O'Higgins, asumió el poder José Miguel Carrera Verdugo y dictó un Reglamento Constitucional, en el que se establecía su dictadura personal. Chile declaró su independencia el 27 de octubre de 1812, pero las tropas libertarias fueron derrotadas en la batalla de Rancagua, en octubre de 1814.

En Perú, los realistas controlaron la mayor parte del territorio a raíz de las victorias de Joaquín de la Pezuela en Vilcapugio y Ayohuma, en octubre y noviembre de 1813, respectivamente. Con el apoyo de la Flota chilena, al mando del almirante británico Thomas Alexander Cochrane, San Martín inició la campaña de Perú, ocupó Lima el 9 de julio de 1821 y proclamó la independencia del país el 28 de julio siguiente. Nombrado "Protector de Perú", convocó un Congreso Constituyente en 1822. Viajó luego a Guayaquil para entrevistarse con Bolívar. La reunión de los dos libertadores tuvo lugar el 26 de julio de 1822 y los asuntos del Perú quedaron en manos del general venezolano, mientras que San Martín se retiró de la escena política.

Independencia de Guayaquil

Durante su permanencia en el Perú, varios oficiales del batallón español Numancia fueron denunciados por sus ideas afines a la independencia. Tres de ellos, el sargento mayor Miguel Letamendi y los capitanes Luis Urdaneta y León de Febres Cordero recibieron la orden de retornar a Nueva Granada y ponerse a órdenes del general Sebastián de la Calzada. Llegaron de paso a Guayaquil que vivía momentos de efervescencia libertaria y no pudieron "... seguir a su destino por no tener con que transportarse, pues el señor gobernador les había negado el auxilio."²⁸ Relata Martínez que los oficiales venezolanos tuvieron que vender sus armas y equipos para sostenerse. Esta circunstancia les permitió desempeñar un papel protagónico en los acontecimientos que culminaron el 9 de octubre de 1820. En cuanto a su batallón, el 3 de diciembre de ese año, abandonó la causa realista y se puso a órdenes de los libertadores.

José de Villamil, rico comerciante nacido en Venezuela y patriota ferviente, puso a sus paisanos en contacto con los conspiradores quienes les informaron sobre la situación y, en particular, sobre la inconformidad que existía en el personal del Granaderos de Reserva "... porque a pesar de haber reclamado repetidas veces los títulos de sus empleos, no se les había librado, ni menos los Reales despachos (siendo así que otros posteriormente ascendidos en el Ejército Real del Perú los obtuvieron)."²⁹

Cevallos refiere: "El teniente coronel don Gregorio Escobedo, segundo jefe del Granaderos, los jóvenes José Antepara, Juan Francisco Elizalde, José María Villamil, Lorenzo Garaicoa, Francisco de Paula Lavayen, Vicente Ramón Roca, José Vallejo Loro, Isidro Viteri, Navarro, Peña, Cepeda, los tres citados oficiales del Numancia, algunos del Batallón Granaderos y del de Artillería y otros menos

²⁸ Muñoz Larrea, Enrique (2010), Relación que hace D. Ramón Martínez de Campos sobre la Revolución del 9 de octubre de 1820, ANH, Quito, p. 20

²⁹ Ibidem

notables fueron los principales promovedores que, de su bella gracia o alentados por hombres más provecos o de mayor cuenta, tomaron sobre sus cabezas la responsabilidad del intento, con expectativa noble y lisonjera, por cierto, de darse patria, leyes y magistrados propios.”³⁰

En la noche del 2 de octubre tuvo lugar una reunión en la que los patriotas convinieron en poner al frente de la revolución al coronel Francisco Bejarano, pero este se excusó argumentando su avanzada edad y precaria salud; acudieron luego al doctor José Joaquín de Olmedo quien fue tajante en su respuesta: “Puede contarse conmigo para todo –dijo el poeta– mas no para caudillo de revolución, porque esto es para un militar y militar de arrojo.”³¹

Reunidos nuevamente el 4 de octubre, los patriotas decidieron recurrir al teniente coronel Rafael Jimena que rechazó también la oferta. Esta situación causó desasosiego en los conjurados. Las reuniones no habían pasado desapercibidas por las autoridades y el gobernador, brigadier José Pascual Vivero, dispuso medidas de seguridad muy estrictas en el Puerto. Como se había perdido la sorpresa, Febres Cordero propuso adelantar la fecha. Villamil no estuvo de acuerdo. Afirmó que las fuerzas realistas de Quito y Pasto superaban los 6.000 efectivos y en el Perú, España contaba con 22.000. Sin embargo, los sólidos argumentos de Febres Cordero se impusieron: “¿Cuál será señores el mérito que habremos contraído nosotros, al asociarnos a la revolución después del triunfo de los generales Bolívar y San Martín? Ahora que están comprometidos, o nunca. Un rol tan secundario en la independencia es indigno de nosotros.”³² Les hizo ver que Pasto era inabordable por el norte y que solamente con Guayaquil libre podían las tropas de Bolívar llevar la libertad a esos pueblos.”³³ Al respecto afirma Destruge: “Cordero con su clara inteligencia, se adelantó a los sucesos, juzgando matemáticamente de la situación y anunció, con poderosa clarividencia, lo que más tarde sucedió con rigurosa exactitud... Las poderosas razones por él expuestas, llevaron al convencimiento al ánimo de los concurrentes; y quedó resuelto que el movimiento se realizaría lo más pronto posible.”³⁴

Las fuerzas enviadas por el virrey Joaquín de la Pezuela para proteger Guayaquil, eran importantes. Una unidad de artillería con 200 efectivos; el Batallón Granaderos de Reserva con 600 hombres, al mando del coronel Benito García del Barrio y del teniente coronel Gregorio Escobedo como segundo comandante; el escuadrón Daule, con 150 jinetes; el Cuerpo de milicias Pardos Libres, al mando del coronel Pedro Carbo, con 200 milicianos; y, siete lanchas cañoneras con 350 tripulantes.³⁵

Según informe del teniente Ramón Martínez³⁶, los guayaquileños comentaban sobre la inminencia de una confrontación y muchas familias se habían trasladado al área rural. El gobernador había convocado a los comandantes por conocer que estaba a punto de producirse un levantamiento en que estarían complicados

30 Cevallos, Pedro Fermín (s/f), Historia del Ecuador, Ed. Ariel Tomo II, Quito, p. 30

31 Ibidem

32 Destruge, Camilo, Ob. Cit. p.173

33 Muñoz, Julio H. (1949), Doctrinas militares aplicadas en el Ecuador, Estado Mayor General, Quito, Ecuador, p.15

34 Destruge, Camilo, Ob. Cit. p. p.174

35 Reyes Quintanilla, Jesús (1984), Biografía del general León de Febres Cordero, Academia Nacional de Historia, Caracas, pp. 33-34

36 Muñoz Larrea, Enrique (2010), Relación que hace D. Ramón Martínez de Campos sobre la Revolución del 9 de octubre de 1820, ANH, Quito

Urdaneta y Cordero. Por tal razón, les dispuso reforzar los puertos fortificados del cerro de la Ciudad Vieja. Los oficiales le aseguraron que sus tropas se batirían hasta el último aliento por la causa del rey.

Escobedo informó a Villamil que todos los comprometidos en la acción habían faltado al encuentro y que solamente Lavayen se encontraba listo. Luego fue a su cuartel para continuar con lo planificado. El coronel García, comandante del Batallón Granaderos fue arrestado; el comandante del Cuerpo de Artillería, coronel Manuel Torres Valdivia fue llevado con engaños a una presunta reunión social y allí fue apresado. Se le informó que los oficiales y sargentos de su unidad se encontraban complotados con los revolucionarios y deseaban evitarle un enfrentamiento.

En la madrugada del 9 de octubre, conforme a lo planificado, Escobedo se hizo del mando del Cuerpo de Granaderos; Febres Cordero con cincuenta hombres se tomó el Cuerpo de Artillería; el capitán Luis Urdaneta con veinte y cinco soldados del mismo cuerpo, a los que se suman nueve voluntarios, se dirigió al escuadrón Daule que cayó en su poder gracias a la complicidad de los sargentos Vargas y Pavón. (El comandante Joaquín Magallar pretendió resistir, pero murió a balazos, junto a ocho soldados). Luego Urdaneta dispuso a Francisco de Paula Lavayen tomarse la batería de Las Cruces, ubicada al sur de la ciudad.

El teniente de granaderos, Justo Rivero detuvo al gobernador y al coronel José Elizalde, teniente de gobernador. Cuando el comandante de la Escuadrilla Joaquín Villalba, ignorante de los acontecimientos, desembarcó en Guayaquil a las 7 de la mañana, fue también tomado prisionero y los tripulantes de las lanchas se rindieron, con excepción de dos que luego fueron capturadas. La independencia de Guayaquil estaba asegurada.

El 12 de octubre elevó ancla la goleta “Alcance” con los comisionados Villamil y Letamendi para informar de los acontecimientos a San Martín. Cuando fueron avistados el día 14 por la escuadra de Lord Cochrane, éste les recibió con júbilo y les informó que el libertador argentino se encontraba en Ancón. Inmediatamente le solicitó embarcar las tropas para dirigirse a Lima. “Al fin logré se pusiese en movimiento. He ahí la enorme importancia de ese encuentro naval.”³⁷

Contagiados por los hechos del 9 de octubre, entre los días 10 y 23 se declararon independientes Daule, Babahoyo, Samborondón, Baba, Jipijapa, Naranjal, Portoviejo y Montecristi; el 3 de noviembre lo hizo Cuenca que nombró Jefe Civil a José María Vásquez de Noboa. Entre el 11 y 19 de noviembre se adhirieron a la independencia Machachi, Latacunga, Riobamba, Ambato, Alausí, Loja, Tulcán y Guaranda. La Revolución de Octubre había encendido la llama de la libertad en el resto del país.

Inmediatamente, los dirigentes del movimiento constituyeron una Junta de Guerra, que, presidida por Urdaneta, nombró Jefe Político accidental al doctor José Joaquín de Olmedo, el mismo que publicó inmediatamente un bando convocando a Cabildo Abierto a las 10 de la mañana, a fin de formar un gobierno con la participación del pueblo de Guayaquil. “Reunido el Cabildo, se resolvió confirmar el nombramiento de Jefe Político de la Provincia, recaído anteriormente en el señor Olmedo, así como de Jefe Militar en la persona del coronel Escobedo, continuando

37 Sánchez Bravo, Mariano (2009), Guayaquil y la Armada española en las postrimerías coloniales e instancias revolucionarias Boletín No.1, de la Academia Nacional de Historia Militar, Quito, p. 96 y sig.

sus funciones la Junta de Guerra presidida por Urdaneta.”³⁸ La Junta de Gobierno decidió ascender al grado de coronel a Urdaneta, Escobedo y Febres Cordero y a tenientes coroneles a José Villamil, Miguel Letamendi y José María Peña.

A continuación, el nuevo Jefe Político tomó el juramento a los miembros del Cabildo y a los funcionarios que continuaron en funciones. Al término del acta consta que: “Se acordó igualmente que se expidiesen dos expresos a los ayuntamientos de Quito y Cuenca, poniendo en su noticia la nueva forma de gobierno y operaciones, conducentes a la independencia general de América, y que esta providencia se extienda a todos los pueblos de esta jurisdicción por el Señor Jefe Político.”³⁹

El 14 de octubre, una Asamblea General nombró una Junta Provisoria de Gobierno Civil y Militar compuesta por Gregorio Escobedo, Manuel Espantoso, Rafael Jimena y Luis Fernando de Vivero, que tuvo corta vida pues el 8 de noviembre se reunió en el Ayuntamiento de la ciudad el Colegio Electoral en el que participaron 58 diputados, 16 por la ciudad de Guayaquil y los demás por las poblaciones de la provincia, entre ellas Babahoyo, Machala, Santa Elena, Montecristi, Jipijapa, Chone y Puná. En este cónclave se proclamó el nacimiento del nuevo Estado conocido como ‘Provincia Libre de Guayaquil’ y designaron a la nueva Junta de Gobierno conformada por José Joaquín de Olmedo como presidente, Rafael Jimena encargado de asuntos militares, Francisco María Roca de asuntos político-civiles y Francisco de Marcos y Crespo de la Secretaría.

El día 11 de noviembre fue aprobado el Reglamento de la Provincia Libre de Guayaquil. En el artículo 1 se declara: “La Provincia de Guayaquil es libre e independiente; su religión es la católica; su gobierno es electivo; y sus leyes, las mismas que regían últimamente en cuanto no se opongan a la nueva forma de gobierno establecida. El artículo 2 establece que “La Provincia de Guayaquil se declara en entera libertad para unirse a la grande asociación que le convenga de las que se han de formar en la América del Sur. El artículo 3 se refiere a un tema sustancial para el desarrollo de la provincia: “El comercio será libre por mar y tierra con todos los pueblos que no se opongan a la forma de nuestro gobierno”. El gobierno se conforma por tres individuos elegidos y un secretario y dos oficiales de secretaría. Entre sus atribuciones se encuentran: “imponer contribuciones, celebrar tratados de amistad y de comercio y levantar tropas y dirigirlas donde convenga”. El artículo 8 dispone: “En cualquier peligro de la Patria, el Gobierno, de acuerdo con el Jefe Militar, consultará la seguridad pública” y el artículo 9: “Desde la edad de dieciséis años nadie estará libre del servicio militar, cuando lo pida la seguridad y defensa del país.”

En lo que resta del articulado se conforma la función judicial, se organizan los ayuntamientos y se establecen sus atribuciones. Ese mismo día se nombró a las autoridades del Ayuntamiento de la ciudad, se ordenó la prisión del coronel Gregorio de Escobedo, Presidente de la Junta Provisional Civil y Militar a partir del 14 de octubre, por haberse opuesto a la convocatoria del Colegio Electoral y su envío desterrado al Perú. Se nombró en su lugar al coronel Juan Araujo que, tan pronto asumió el cargo, envió a Cuenca al capitán Francisco Morán, con dos tenientes y cuatro sargentos, llevando 60 fusiles para los patriotas cuencanos.

38 Reyes Quintanilla, Jesús, Ob. Cit., p. 50

39 Moncayo Gallegos, Paco, Ob. Cit. p. 403

Los hechos dieron la razón a Febres Cordero. Dice Cevallos: “Con esa revolución, Guayaquil privó a la Corona de España del único arsenal que tenía en todo lo largo del Pacífico, de los mil quinientos hombres que guarnecían la ciudad, de un cuantioso número de pertrechos, almacenados para distribuirlos por donde requiriesen las circunstancias, de 150.000 pesos que había en las cajas, reservados para Panamá y, en fin, de la comunicación de las fuerzas de la corona acantonadas entre Quito y Pasto.”⁴⁰

René Pozo Astudillo asegura que: “Por la Revolución de Octubre pudo el Gral. Simón Bolívar avanzar al océano Pacífico, atravesando la Cordillera andina desde Pasto cuyas puertas le eran infranqueables; además, esta noticia produjo un magnífico efecto en el ánimo de los soldados libertadores; las fuerzas marítimas de Lord Cochrane y las terrestres que partían de Chile tuvieron un puerto a sotavento donde podían entrar y abastecerse, mereciendo entonces Guayaquil el nombre de proveedor de armas para la libertad; los dos grandes ejércitos comandados por Bolívar y San Martín pudieron converger y unidos planificar la total independencia de América. Efectivamente, gracias a la emancipación de Guayaquil, se verificó la batalla de Pichincha de 1822, con el contingente de hombres y dinero guayaquileños.”⁴¹

Bartolomé Salgado consideró que: “Sin la insurrección de Guayaquil no se habría perdido el resto de Quito como también no se habrían perdido las fragatas Prueba y Venganza y no habría dejado de ser batida, si obligada a reembarcarse, la expedición de San Martín, muy luego que desembarcó. No obstante, de los desastrosos del que mandaba a los españoles, que sin la pérdida de Guayaquil no habrían sido tantos ni tan crasos, porque no habrían sido tan grande su atolondramiento y confusión y por consiguiente tan general la desconfianza de los que obedecían. Fueron tan extraordinarios los esfuerzos que se tuvieron que hacer en los años 21, 22, 23, 24, como fueron precisos para paralizar las consecuencias de la pérdida de Guayaquil...”⁴²

Independencia de Quito

Quito fue la primera ciudad que se pronunció por la independencia y creó una Junta Suprema de Gobierno de corta vida, el 10 de agosto de 1809. Los patriotas fueron tomados prisioneros y asesinados junto al 10% de la población de la ciudad, el 2 de agosto de 1810. Con el arribo al país del coronel Carlos Montúfar, Comisionado Regio, cobró ímpetu la revolución que luego de tres años de luchas incesantes fue definitivamente derrotada en 1812, en la Batalla de Ibarra.

El curso de la historia tomó un rumbo diferente cuando Guayaquil alcanzó su independencia e inmediatamente comenzó a preparar las fuerzas militares para liberar a la capital de la Real Audiencia y al resto de su territorio. La Junta de Guerra organizada en la madrugada del 9 de octubre, presidida por Urdaneta, en aproximadamente veinte días tenía organizada una unidad militar para defender a la ciudad y su provincia, con proyección a posteriormente iniciar una campaña para la independencia de Quito. De esa manera, nació la ‘División Protectora de Quito’, una importante organización militar apoyada por una Junta

40 Cevallos, Pedro Fermín, Ob. Cit., p.33.

41 Pozo Astudillo, René (2021), Batalla del Pichincha, H. Consejo Provincial de Pichincha, Quito, p. 92

42 Muñoz Larrea, Enrique, Ob. Cit., pp. 29-30



Óleo Batalla de Ibarra. Ministerio de Defensa Nacional

de Requisición y una Comisaría de Guerra, responsables de todos los aspectos logísticos y financieros.

Al mando de la división estuvo el coronel Luis Urdaneta, secundado por el coronel León de Febres Cordero, en condición de jefe de Estado Mayor. La división estuvo conformada por el Batallón Libertadores No. 1, al mando del sargento mayor Antonio Farfán; el Batallón Libertadores No. 2, comandado por el sargento mayor Hilario Álvarez; el Batallón de Pardos Libres con el teniente coronel José María Peña al mando; el Batallón Voluntarios de la Patria al mando del teniente coronel Ignacio de Alcázar; el Batallón Defensores, con el teniente coronel Dionisio Acuña, como comandante; el Escuadrón Daule al mando del teniente coronel Matías Tirapegui; el Cuerpo de Artillería comandado por el coronel Manuel Torres Valdivia. "... Cirujano primero fue nombrado el médico Manuel Herrán; cirujano del Batallón Libertadores, el médico José Sáenz; de las Fuerzas Marítimas, el médico Manuel Vera."⁴³

La fuerza se concentró en Babahoyo, considerando que allí convergen casi todos los caminos que van desde el centro y sur de la sierra hacia Guayaquil y contaba con el río para conectarse con la ciudad. Para financiar las operaciones, la Junta de Guerra impuso una contribución de 16.000 pesos a los españoles residentes en la provincia, a los que se sumaron varios aportes voluntarios.⁴⁴

La pérdida de Guayaquil obligó a medidas de emergencia por las autoridades realistas. El 19 de octubre salió de Pasto, con destino a Quito, el mariscal de campo Melchor Aymerich, con una fuerza de 1.000 efectivos y llegó a la capital de la audiencia el 30 del mismo mes. Inmediatamente dispuso que el teniente coronel Antonio Forminaya, con una fuerza de 500 milicianos, ocupe el sector de Camino Real, paso obligado para las tropas de Urdaneta. El comandante patriota

43 Muñoz Julio H., Ob. Cit., p. 20

44 Moncayo Gallegos Paco, Ob. Cit., p.407

avanzaba hacia Guaranda, cuando el 9 de noviembre fue informado por Josefina Barba, hija del alguacil local, de que los realistas habían montado una emboscada.

En el Diario de Operaciones el coronel Urdaneta deja anotado lo siguiente: “Satisfechos los enemigos de la seguridad que les ofrecía la ventajosa posición militar que ocupaban, y lo inexpugnable que figuraba en las avenidas de retaguardia, toda su atención la fijaron al frente, preparándose para hacer la más tenaz resistencia avivándose aún más, y más el fuego de fusil de los parapetados, y del cañón de la batería enemiga.”⁴⁵

Inmediatamente analizó la situación y organizó un operativo a la retaguardia del enemigo derrotando a los emboscados. En aquel combate participó meritoriamente el futuro héroe de la Batalla de Pichincha Abdón Calderón y fue ascendido al grado de teniente. Forminaya y los demás sobrevivientes se retiraron hacia Latacunga. Las fuerzas patriotas ingresaron el 11 de noviembre de 1820 en la ciudad de Guaranda.

El triunfo de Camino Real tuvo importantes repercusiones. El 11 de noviembre proclamaron su independencia Machachi y Latacunga, donde los patriotas atacaron el cuartel de Santo Domingo y forzaron el repliegue de las tropas realistas hacia Quito; los ambateños proclamaron su independencia el 12 de noviembre y el 13 Alausí, sitio estratégico para la comunicación entre la Sierra y la Costa.

Para entonces las fuerzas realistas del coronel Francisco González, conformadas por 1.000 efectivos, se habían organizado y avanzaban con dirección a Ambato. Urdaneta decidió organizar su división apoyando la defensa en la ribera derecha del río Ambato donde emplazó también sus tres piezas de artillería, para impedir cualquier intento de vadearlo. González llevó sus tropas hacia el sur, vadearon el río y obligaron a Urdaneta a mover su dispositivo hacia la llanura de Huachi, una llanura arenosa, ligeramente ondulada sin condiciones para organizar una buena defensa. Urdaneta erró al aceptar el combate en esas condiciones y fue totalmente derrotado el 22 de noviembre de 1820. El resultado: “Un campo de quinientos y más hombres tendidos, muertos o llenos de heridas, una infinidad de prisioneros, tres cañones reforzados, la mayor parte de una excelente caballada, armas, pertrechos, municiones, etc., fueron los trofeos de González.”⁴⁶ Después de su victoria las tropas realistas asaltaron y saquearon Ambato, Latacunga y Mulaló.

La Junta de Guerra se reunió en Guayaquil el 27 de noviembre y dispuso al coronel Toribio Luzuriaga organizar inmediatamente la defensa de Babahoyo y operar nuevamente para ocupar Guaranda. Además se dispuso que se realice una información sumaria sobre la conducta tanto del coronel Urdaneta como el de los demás comandantes, considerando especialmente el comportamiento del mayor Álvarez, del coronel García y de Francisco Elizalde por haber abandonado Guaranda “dejando a los dispersos en descubierto, sin un apoyo tan esencial.”⁴⁷ Urdaneta y Febres Cordero fueron arrestados por maliciosa maniobra de Toribio Luzuriaga, enviado por San Martín para gestionar la incorporación de la Provincia de Guayaquil al Perú, ansioso por deshacerse de los oficiales venezolanos.

⁴⁵ Macías Edison (2007), Historia General del Ejército Ecuatoriano, El Ejército en las guerras de la Independencia, Tomo 2, CDEHE, p. 15

⁴⁶ Ibidem, p. 40

⁴⁷ Reyes Quintanilla, Jesús, Ob. Cit., p. 68

Febres Cordero reclamó por la prisión de Urdaneta y suya, “...mientras los verdaderos culpables se pasean libremente... En el campo de batalla es donde deberían dar prueba de su fuego patriótico, estos autores de las reclamaciones hechas al Gobierno... contra sus libertadores, que, con el puñal en la diestra, rompieron sus cadenas, mientras ellos yacían, dulce y profundamente aletargados, en sus blandos lechos...”⁴⁸ Finalmente, los dos patriotas fueron puestos en libertad, abandonaron Guayaquil y fueron a incorporarse al Ejército libertador del Sur.

La independencia de Guayaquil motivó también la declaración de independencia por los patriotas cuencanos. Cuando el 3 de noviembre, en la plaza central de Cuenca, un funcionario leía las Reales Órdenes, acompañado de una fuerte escolta, nueve valientes cuencanos, comandados por el teniente Tomás Ordoñez, los atacaron y recibieron el respaldo de una muchedumbre que clamaba contra la opresión española. Se sumaron luego los sacerdotes José Peñafiel y Juan María Ormazza quien arengaba al pueblo a luchar por la noble causas de la libertad.

109 soldados fueron enviados a reprimir a la población que resistió heroicamente. En momentos en que parecía desfallecer, llegó a reforzarlos un grupo de patriotas de la población de Chuquipata, al mando del sacerdote Javier Loyola, con cuya participación se aseguró la victoria de los libertarios. Seguidamente vino la proclamación de la República de Cuenca y el 15 de noviembre de 1820 se aprobó su Constitución. La Junta Suprema de Gobierno quedó presidida por José María Vázquez de Noboa.

Corto fue el tiempo que el noble pueblo cuencano pudo disfrutar de su libertad. El coronel Gonzales, luego de la victoria en Huachi, avanzó hacia Cuenca y derrotó el 20 de noviembre en Verdeloma a las improvisadas fuerzas patriotas que ofrecieron feroz resistencia. Se calcula que quedaron en el campo de combate al menos 400 patriotas entre muertos y heridos. Cuando Gonzales entró a la ciudad, hizo ejecutar de manera cruel a 28 humildes hombres del pueblo, para escarmentar a los revolucionarios. Los que pudieron librarse de la represión huyeron hacia el sur y al puerto de Guayaquil donde participaron en las unidades patriotas. Relata Cevallos: “... De este modo los godos (empleando el lenguaje de ese tiempo) quedaron nuevamente dueños de todo el territorio de la presidencia.”⁴⁹

Conforme había decidido la Junta de Guerra, Toribio Luzuriaga inició en Babahoyo la reorganización de la División Protectora de Quito y desplazó hacia Guaranda fuerzas con la misión de impedir el avance de los realistas. El coronel García, al mando de esas fuerzas, llegó hasta el sitio de Guanujo, el 26 de diciembre y destacó tropas a Camino Real, San Miguel, Riobamba y Latacunga. Avanzaban los patriotas por los tortuosos caminos de la zona cuando fueron emboscados por las fuerzas del comandante Miguel Piedra y del cura Francisco Javier Benavides, el 2 de enero de 1821 en el sitio denominado Tanisagua, “Los patriotas perdieron cuatrocientos diez hombres, entre muertos y heridos, y ciento veintinueve prisioneros, con inclusión de García; los españoles dieciséis muertos y doce heridos.”⁵⁰ Al comandante García le juzgaron, ejecutaron y cortaron

48 Ibidem, pp. 72, 73

49 Cevallos, Pedro Fermín, Ob. Cit., p. 41

50 Ibidem., p. 42

su cabeza para enviarla a Quito y exponerla en el puente del río Machángara como escarmiento. Después de este revés, el 5 de enero de 1821 Luzuriaga embarcó con destino al Perú. Con un comportamiento ejemplar, las autoridades guayaquileñas no cejaron en sus afanes defensivos de la revolución y para mayo habían logrado reclutar alrededor de 1.000 efectivos que se encontraban recibiendo instrucción militar.

Preocupado por la situación, Bolívar envió a Guayaquil al general José Morales con 1.000 fusiles, 50.000 cartuchos, 8.000 piedras de chispa, 500 sables y 200 pistolas. El 12 de febrero de 1821, firmó un convenio de cooperación y auxilios recíprocos con la Junta Superior de Gobierno. A inicios de mayo de 1821, llegó el general Antonio José de Sucre a Guayaquil. Era un joven oficial de 26 años, con experiencia de una década de permanente campaña. Como era su primera misión como comandante superior de una fuerza, se mostró previsivo y cauteloso. Desembarcó sus 700 soldados de los batallones Albión, Santander y el Escuadrón Guías, en Santa Elena. Organizó su cuartel general en El Morro y fue a presentarse a las autoridades. Al tiempo de su llegada, la situación política era delicada e incierta. El coronel Morales en carta a Santander había informado: "... vine al hermoso puerto de Guayaquil, en donde encontré un partido por el Rey, otro por la independencia absoluta de aquella provincia, otro por su agregación al general San Martín, y otro por la dependencia de Colombia. Yo he sido bastante afortunado y no he omitido medio alguno para aumentar el último que lo forman los verdaderos patriotas, los hombres más sensatos y la parte más seria del pueblo."⁵¹

El 15 de mayo se firmó un Tratado entre la República de Colombia y la Junta Superior del Gobierno de la Provincia de Guayaquil que expresa no estar facultada para declarar la incorporación a Colombia, pero manifiesta que recomendará las ventajas de hacerlo a la Junta Electoral de la provincia; se declara a la Provincia de Guayaquil "bajo los auspicios y protección de la República de Colombia. En consecuencia, confiere todos los poderes a S.E. el Libertador Presidente para proveer a su defensa y sostén de su independencia y comprenderla en todas las negociaciones y tratados de alianza, paz y comercio que celebre con naciones amigas, enemigas y neutrales."⁵²

Sucre fue informado, el 29 de mayo, del avance de Gonzales desde Cuenca, hacia Guayaquil por la ruta de Naranjal y del movimiento de Aymerich desde Riobamba con dirección a Guaranda. Sucre concibió entonces una maniobra por líneas interiores que consistía en enfrentar sucesivamente, con la mayoría de los medios, a cada uno de los ejes realistas, impidiendo que al unirse se vuelvan invencibles. Decidió afrontar primero a Gonzales por considerarlo más peligroso, ya que podía llegar fácilmente a Guayaquil y cortar sus líneas de comunicaciones, para volverse después y enfrentar a las tropas de Aymerich.

Para engañar a Aymerich, a partir del día 15 de agosto, destacamentos patriotas realizaron demostraciones de fuerza y hostigamiento, en la vía a Guaranda, mientras que el día 17 toda la división marchó con dirección a Yaguachi a donde arribó en la noche. El coronel Morales, jefe militar de la plaza, por su parte, organizó la defensa de la ciudad, en previsión de que las fuerzas patriotas pudiesen sufrir

51 Muñoz, Julio H., Ob. Cit., p. 40

52 Salcedo-Bastardo, J. L. (1995), De mi propia mano Antonio José de Sucre, EFE, México, p.37

algún revés. Designó al coronel Juan Illingworth para que comande las precarias fuerzas navales y dispuso al Capitán de Puerto planificar una posible evacuación de la población. Finalmente, desarmó una red de quintacolumnistas y puso a la ciudad en condiciones de resistir cualquier invasión.⁵³

El 18 por la mañana, ordenó Sucre al teniente coronel Cayetano Cestari marchar con elementos de caballería a reconocer la ruta por la que avanzaría Gonzales y seleccionar el mejor sitio para enfrentarle. Le seguía el general Mires, con 440 hombres y luego el general cumánés con el grueso de las fuerzas. Cestari informó oportunamente sobre la ubicación del enemigo, de modo que Mires pudo montar un ataque el 19 de agosto de 1821, en el sitio denominado Cone, en las cercanías del pueblo de Yaguachi, logrando una gran victoria. Los patriotas capturaron seiscientos prisioneros, setecientos fusiles y otros pertrechos. Quedaron doscientos muertos enemigos en el campo de batalla, mientras que los patriotas sufrieron solamente 43 bajas, entre muertos y heridos. Inmediatamente, Sucre se movió hacia Babahoyo a donde llegó el 20 de agosto. Aymerich tuvo que emprender la retirada el 23 de agosto, con dirección a Riobamba.

José Joaquín de Olmedo escribió a Santander, destacando este acontecimiento: “Tenemos la satisfacción de anunciar una victoria de las más completas que podrá contar la historia de la revolución de América. Los enemigos invadieron la provincia por los puntos de Babahoyo y Yaguachi. El valiente general Sucre estaba situado en el primero y nuestra división expuesta a ser tomada entre dos fuegos: era preciso moverse a encontrar y combatir una de las divisiones enemigas antes de su reunión: Un movimiento rápido y bien concertado ha producido el efecto que se deseaba.”⁵⁴

Los patriotas fueron tras de Aymerich. Sucre destacó el 20 de agosto al coronel Illingworth, con 200 hombres del Batallón Voluntarios de la Patria y 60 del Escuadrón Guías con dirección a Pujilí para amenazar la retaguardia realista y, de ser factible, capturar Quito, aprovechando que había quedado desguarnecida. Igualmente, envió el día 29 al coronel Santiago Luco hacia Cuenca, con la misión de impedir que Gonzales acuda en apoyo de Aymerich.

El 1 de diciembre, inició su movimiento hacia Guaranda con 1.450 efectivos; el Batallón Libertadores de Guayaquil, con 400 hombres; el Santander con 550, el Albión con 350 y un escuadrón de Dragones con 150. Según relato del propio Sucre: “El señor general Mires ejecutó la marcha el 29 con la Infantería y Caballería...” Cuando las fuerzas patriotas llegaron a Guanujo, el 6 de septiembre, “La división había forzado sus marchas demasiado y sufrido sobre 200 bajas entre desertores y enfermos, y nuestra Caballería reducida a 70 hombres, absolutamente a pie...”⁵⁵

El coronel Illingworth llegó y ocupó Latacunga el 6 de septiembre, cortando las líneas de comunicación de los realistas con su base de operaciones en Quito; el coronel Lugo, en cambio, se quedó en Balao y de ahí envió al mayor Frías con un destacamento a tomarse Cuenca, lo que, en principio lo hizo el día 19, pero luego fue desalojado por las tropas del realista Aqualongo.

El 8 de septiembre de 1821, Sucre pasó a Totorillas y el 10 a Chuquipogyo. Le esperaban las experimentadas fuerzas de Aymerich y su jefe de Estado Mayor,

53 Carta del coronel Antonio Morales a Santander del 30 de agosto de 1821.

54 Romero Mendoza Eduardo (s/a), Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, Ministerio de Defensa, Venezuela, p. 65

55 Salcedo-Bastardo, J. L., Ob. Cit., p. 44

el experimentado coronel Carlos Tolrá. Comandaban 2.200 efectivos del Batallón Aragón (600), el Fernando VII (500), el Tanizagua (500); el escuadrón Guardia del Presidente (200), el Granaderos de la Reina Isabel (200) y el Granaderos de Granada (200).

Nuevamente el escenario de la batalla fue la llanura de Huachi y nuevamente el resultado una derrota. Ese fatídico 12 de septiembre de 1821, las fuerzas patriotas sufrieron 800 bajas, en su mayoría muertos (entre ellos, el prócer guayaquileño José de Antepara) y 50 prisioneros, incluido el general José Mires. Aymerich, luego de la sonora victoria en Huachi, hizo su entrada triunfal a Quito el 22 de noviembre de 1821 y envió al coronel Carlos Tolrá, con 2.000 hombres a Cuenca, con la misión de preparar la invasión de la Provincia de Guayaquil. El comandante realista, por el desgaste sufrido por sus fuerzas y conocedor de los avances logrados por Bolívar y San Martín, propuso un armisticio por noventa días al gobierno de Guayaquil que, por recomendación de Sucre, fue aceptado inmediatamente.

Una vez más un grave revés puso a prueba a los patriotas guayaquileños y a su líder Joaquín de Olmedo que iniciaron nuevos esfuerzos para reorganizar las fuerzas libertarias. En esas horas aciagas Olmedo demostró su visión esclarecida al asegurar: “Pensar que los pueblos pueden conquistar su libertad solo con triunfos y sin hacer grandes sacrificios es un delirio, desmentido en cada página de la historia”. Rumazo González asegura: “Guayaquil responde al fracaso con un contingente de 700 voluntarios, la misma noche del desastre y con amplias colectas de dinero.”⁵⁶

El fracaso de Huachi reanimó en el general San Martín su afán de incorporar Guayaquil a Perú. Envío al Puerto una embajada compuesta por el general Francisco Salazar, el general José de Lamar y el coronel Manuel Rojas. Traía Salazar una carta para Sucre enviada por el general Juan Antonio Álvarez de Arenales, muy cercano al general San Martín, anunciándole el envío de tropas de Piura, Trujillo y un escuadrón argentino de Granaderos. Sucre escribió a Bernardo Monteagudo: “Se me ha dicho particularmente que el señor general Arenales vendrá a esta expedición; siendo él más graduado que yo, tomará el mando de las tropas al reunirse, y nos será lisonjero que este ilustre jefe conduzca nuestros estandartes a la victoria.”⁵⁷

El general Lamar, nacido en Cuenca, tenía vinculaciones de parentesco con principales familias de la ciudad. Olmedo organizó una recepción en honor a la legación peruana, en su domicilio. Sucre se encontraba entre los invitados. Lastimosamente, mientras se desarrollaba el acto social, se produjo el levantamiento del Batallón de Infantería Vencedores, a favor de Colombia, al mismo tiempo que la Municipalidad de Portoviejo se pronunció en igual sentido. La Junta de Gobierno se valió de esos hechos para nombrar a La Mar como Comandante de Armas de Guayaquil. El gobierno del Perú le concedió el grado de Gran Mariscal.

Para enero de 1822 Sucre ya había organizado la nueva campaña. Su División contaba con aproximadamente 1.700 hombres, pocos de ellos veteranos. El 18 de enero notificó al mando español el rompimiento del armisticio, justificando

⁵⁶ Rumazo González, Alfonso (2021), Ocho Grandes Biografías, Italgráfica, Venezuela, p.744

⁵⁷ Ibidem p. 749

esta decisión con el argumento de que ni Aymerich ni el presidente Mourgeón habían ratificado dicho documento. Dejó una unidad de 300 soldados al mando de Illingworth para la seguridad de Guayaquil, envió al teniente coronel Cayetano Cestari con 200 hombres con dirección hacia Angamarca, para amenazar las líneas de comunicaciones del enemigo y al capitán Antonio Pontón con 20 jinetes a la población de Alausí sitio de gran importancia en la conexión hacia la Costa. El 23 de enero embarcó sus fuerzas con dirección a Machala.

Llegó a Saraguro el 9 de febrero y se detuvo en espera de la División peruana, compuesta también por patriotas chilenos, argentinos y alto-peruanos. La fuerza comandada por el coronel Santa Cruz estaba conformada por el Batallón Trujillo, con 600 efectivos, 125 de los cuales eran veteranos; el Batallón Piura con 400 hombres, 50 de ellos veteranos; el escuadrón Granaderos de los Andes, con 100 efectivos y, un escuadrón del Granaderos a Caballo de los Andes, comandado por Juan Lavalle, compuesto únicamente por veteranos.

Unidas las fuerzas patriotas, ocuparon Cuenca el 21 de febrero de 1822, sin necesidad de un solo disparo. En su permanencia en esta ciudad, Sucre reclutó quinientos soldados y recibió el refuerzo del Batallón Alto Magdalena, al mando del coronel José Córdova. Se incorporaron, además, el coronel Hermógenes Maza y el irlandés Daniel Florencio O’Leary. Según informe del gobernador el Azuay Tomás Heres: “Pude establecer la proveeduría, una maestranza bastante arreglada en que se rehabilitó el armamento. Se hicieron fornituras y vestuario para la División; pude dar sus haberes a los Cuerpos... Presenté al señor general Sucre, en menos de un mes, quinientos reclutas pedidos y cuatrocientos caballos.”⁵⁸

A finales de marzo se encontraban listas las unidades para moverse hacia Quito, cuando el coronel Santa Cruz informó a Sucre que había recibido instrucciones directas de San Martín para que se retire con sus fuerzas hacia Lima. Sucre rechazó firmemente esta pretensión con oficio del 31 de marzo. En la última parte de la misiva le advirtió: “Es el momento de decir a V.S. que los Granaderos a Caballo dispuestos para marchar hoy, han sido detenidos por una orden particular de V.S. Este suceso, y la junta de guerra celebrada en la casa de V.S. sin mi anuencia y consentimiento, me obliga a pedirle la observancia del orden y de la subordinación y constituir a V.S. responsable si me pone en caso de usar las medidas necesarias para hacer obedecer mis órdenes en una División que yo mando, y en unos Cuerpos que están bajo mi dirección para despachar los expresos de su gobierno.”⁵⁹ Sucre no llegó a esta severa admonición sin antes haber expresado, con minuciosidad, las razones que le asistían para negarse a permitir la marcha de las tropas peruanas. Santa Cruz atendió el pedido y continuó en la campaña.

El 12 de abril salió Sucre de Cuenca y el 15 arribó a Alausí. El coronel Nicolás López designado para reemplazar a Tolrá que había renunciado, ordenó ocupar posiciones para defender Riobamba en las márgenes del río Chambo, donde las tropas realistas se mantuvieron por dos días. El 19 de abril, a medio día, la vanguardia patriota tuvo un encuentro victorioso con las patrullas de caballería realistas; el día 20 los patriotas cruzaron el río Chibunga, protegidos

⁵⁸ Macías, Núñez Edison, Ob. Cit., p. 58

⁵⁹ Salcedo-Bastardo, J. L., Ob. Cit., pp. 58-59

por el escuadrón Dragones. El 21 de abril, mientras la vanguardia republicana, reconocía el campo enemigo, Lavalle, al mando del escuadrón Granaderos se encontró de frente con casi toda la caballería española y, sin inmutarse ordenó el ataque. Reforzado luego por cincuenta dragones colombianos, obligaron a la fuerza enemiga a abandonar el campo dejando veinte y cinco muertos y cuarenta heridos, frente a dos muertos y una veintena de heridos de los patriotas.⁶⁰ El general Sucre, en su informe enviado desde Riobamba al gobierno nacional, destacó el desempeño del coronel Ibarra, perteneciente a los Dragones de Colombia, el valor heroico del coronel Lavalle y el distinguido comportamiento del mayor Ruiz, el capitán Sovervit y los tenientes Latus y Olmos. Tras la retirada enemiga, entró Bolívar a Riobamba y designó como gobernador de la provincia al coronel León de Febres Cordero.

El 23 de abril continuó la marcha del Ejército libertador hacia Latacunga a donde llegaron el 2 de mayo de 1822. El día 12 se presentaron a Sucre los coroneles José María Córdova y Hermógenes Maza, con dos compañías del Alto Magdalena. Siguió la marcha por la cuenca del río Pita, para evitar las fuertes posiciones realistas en Jalupana y la Viudita en las cercanías de Quito. El día 17 descansaron las tropas en la hacienda del coronel Vicente Aguirre, cercana a Sangolquí. Allí se les unió el general José Mires, prisionero desde la derrota de Huachi, que había logrado escapar de los españoles e informó sobre la situación del Ejército realista y la llegada a Otavalo del Batallón Cataluña. Inmediatamente, Sucre ordenó al teniente coronel Cayetano Cestari, moverse con el escuadrón Dragones, a ubicarse al norte de la ciudad para impedir el acceso de esos refuerzos y nombró al general Mires comandante de la División colombiana. El día 20 salió la fuerza patriota de Los Chillos y alcanzó una zona de vivac en Puengasí, a escasos cinco kilómetros de las posiciones realistas. El 21 descendió a la llanura de Turubamba. El día 22 ubicó su puesto de mando en la población de Chillogallo, realizó los reconocimientos del dispositivo enemigo sólidamente apoyado en las elevaciones que cierran, por el sur, el acceso a Quito, provocó a los mandos españoles a aceptar la batalla, pero ellos no cayeron en el engaño.

Tomó entonces una decisión atrevida, rodear la ciudad por las faldas del Pichincha para llegar al valle de Iñaquito y dar allí la batalla. Descubierta el movimiento en la madrugada del día 24 de mayo se dio el enfrentamiento en las escabrosas peñas del volcán que culminó con el inobjetable triunfo patriota. Como resultado, según el propio general Sucre, tomaron prisioneros a 160 oficiales y 1.100 miembros de la tropa; capturaron 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas y cajas de municiones. En el combate murieron 500 españoles y 300 patriotas. Quedaron heridos 190 de los realistas y 140 de los libertadores.

La capitulación exigida a Aymerich fue más que honrosa. Las tropas españolas salieron del Panecillo con honores de guerra; los oficiales conservaron sus espadas, caballos y equipajes; Aymerich quedó en libertad de salir de Quito junto con su familia y con todas las consideraciones, con la escolta del coronel Juan Illingworth hasta Guayaquil y de allí a Panamá.⁶¹

El 16 de junio arribó a Quito el Libertador. Informado de los hechos de la Batalla de Pichincha, ascendió póstumamente a Calderón al grado de capitán y decretó que su sueldo fuera entregado a su señora madre. La compañía del Batallón

60 Cevallos Pedro Fermín, Ob. Cit., p. 130

61 Castellanos, Rafael Ramón (1998), Antonio José de Sucre, Ediciones GE, Caracas, p. 131

Yaguachi, a la que perteneció Calderón, no volvería a tener capitán y, en las revistas, al mencionarse su nombre, la tropa habría de contestar: “Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones”. La tradición se mantiene hasta la actualidad en el Ejército ecuatoriano, tal y como lo dispuso Bolívar.

Tres años después, Bolívar escribió en Lima sobre la Batalla de Pichincha: “La campaña que terminó la guerra en el sur de Colombia fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella mostró su talento y virtudes militares, superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado, en premio de sus servicios, general de división e intendente del departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del jefe que les era destinado que de la libertad misma que recibían de sus manos.”⁶²

Incorporación de la Audiencia de Quito a Colombia

El 15 de febrero de 1819, se reunió en la ciudad de Santo Tomás de la Nueva Guayana, en la Angostura del Orinoco, un Congreso conformado por 26 representantes de las provincias de Caracas, Cumaná, Margarita, Barinas, Barcelona y Guyana por el Estado de Venezuela, y de la provincia de Casanare por el Estado de la Nueva Granada. El 17 de diciembre de ese mismo año, este Congreso creó el Estado de Colombia, como fruto de la unión del Virreinato de Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela. Bolívar fue nombrado presidente provisional. “La reunión de Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas, el voto de los ciudadanos de ambos países y la garantía de la libertad de la América del Sur”, proclamó, en esa solemne ocasión, el Libertador.

Iniciada la guerra para independizar al virreinato de Nueva Granada, Bolívar pidió que esa región envíe sus delegados al Congreso y dispuso que la Presidencia de Quito, incluida como Estado de Quito, sea parte de la nueva República. Entre las principales decisiones tomadas el Congreso se designó a Santa Fe capital de Cundinamarca; a Quito capital del Estado de Quito; a Caracas, capital de Venezuela y, para capital de Colombia, se señalaría con posterioridad una ciudad que llevaría el nombre de Bolívar.

Colombia se organizó como una república presidencialista. El presidente y el vicepresidente serían elegidos por voto popular. Transitoriamente, Bolívar fue elegido presidente y recibió el título de “Libertador” y padre de la Patria; Francisco de Paula Santander fue nominado vicepresidente. Como Bolívar debía continuar al frente de los ejércitos de la libertad, Santander pasó a desempeñarse como presidente y Francisco Antonio Zea como vicepresidente encargado y presidente del Congreso.

En mayo de 1821 se reunió el Congreso en Cúcuta, presidido por Antonio Nariño. Las reuniones culminaron el 3 de octubre con la expedición de la Constitución del nuevo Estado. Participaron en el evento Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. A las 11 de la mañana, en el salón de sesiones, ubicado en la sacristía de la iglesia parroquial de Villa del Rosario, Bolívar, acompañado por

⁶² Romero Mendoza, E. Ob. Cit., p. 90

una comisión de diputados y su estado mayor general, juró como presidente de la naciente República de Colombia, conformada por Venezuela y Cundinamarca.

En su discurso, Bolívar se comprometió continuar la lucha hasta liberar a todos los pueblos del nuevo Estado y marchar “a las extremidades de Colombia a romper las cadenas de los hijos del Ecuador, a convidarlos con Colombia, después de hacerlos libres...” Terminó su inspirada alocución diciendo: “Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes. Cambiadme, Señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano...”⁶³

El tema de la situación de Quito mereció especial atención por parte de los congresistas. Unos defendían que la discusión era irrelevante porque, al ser parte del Virreinato de Nueva Granada, se daba por sentado que debería incorporarse al nuevo Estado; otros, en cambio, sostenían que la resolución debía ser fruto de la expresa voluntad de los pueblos del sur. “En la sesión del 18 de mayo de 1821, el neogranadino Fernando Gómez argumentó que había una “unidad territorial preexistente, sobre la cual debían organizarse los criterios político-administrativos más adecuados, con miras a que dicha unión continuase dentro del orden republicano.”⁶⁴ Finalmente, se argumentó que la incorporación de Quito debía ser refrendada por la voluntad soberana de su pueblo y no por la simple aplicación del principio del *uti possidetis iuris*. “Si los quiteños no tenían representación en el cónclave constituyente, no se podía incorporarlos nominalmente...”. Para el congresista Domínguez, no era posible “hablar de la Nueva Granada en general, porque Quito oprimida aún no ha manifestado su voluntad soberana de asociarse...”. Para constituyentes como Manuel María Quijano, el objetivo era lograr un texto general sobre la naturaleza de la unión que dejase a Quito y a otras entidades territoriales en libertad de agregarse, para que “no se coartase la libertad a los representantes en materia de tamaña importancia.”⁶⁵ Finalmente, el artículo 6 quedó redactado de esta manera: “El territorio de Colombia es el mismo que comprendían el antiguo virreinato de la Nueva Granada y Capitanía General de Venezuela”.

Finalmente, conforme a la Ley de División Territorial expedida por el Libertador Simón Bolívar el 25 de junio de 1824, “Art. 1°. Todo el territorio de Colombia se divide en doce departamentos, que con sus capitales son los siguientes... 10. El Ecuador, su capital Quito. 11. Asuay (sic), su capital Cuenca. 12. Guayaquil, su capital Guayaquil. Artículo 11°. El departamento del Ecuador comprende las provincias: 1° de Pichincha, su capital Quito; 2° de Imbabura, su capital Ibarra; 3° de Chimborazo, su capital Riobamba. Artículo 12°. El departamento del Asuay comprende las provincias: 1° de Cuenca, su capital Cuenca; 2° de Loja, su capital Loja; y 3° de Jaén de Bracamoros y Mainas, su capital Jaén. Artículo 13°. El departamento de Guayaquil comprende las provincias: 1° de Guayaquil, su capital Guayaquil y 2° de Manabí, su capital Puertoviejo.”⁶⁶

63 Simón Bolívar Discurso ante el Congreso de Cúcuta [https://es.wikisource.org/wiki/Discurso de Bolívar en Cúcuta](https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Bolívar_en_Cúcuta)

64 Cabrera Hanna, Santiago (2017), La incorporación del Distrito del Sur a la República de Colombia. Debates congresales y soberanía municipal Universidad Andina Simón Bolívar Quito, Ecuador, p. 70

65 Ibidem, p. 72

66 LEY (25 de junio) Sobre división territorial de la República. https://es.wikisource.org/wiki/Ley_del_25_de_junio_de_1824

Cinco días después de liberada Quito, se aplicó la tesis de la incorporación voluntaria. Los regidores municipales y los padres de familia expresaron la decisión de ser parte del nuevo Estado. El presidente del Cabildo José Félix Valdivieso, convocó a una asamblea general, que aprobó, con la firma de los representantes, la asociación a la República de Colombia, en nombre de todo el territorio que había correspondido a la Audiencia de Quito. De este modo, “El gobierno local quiteño retuvo su derecho a decidir la asociación a Colombia, la cual, según su manifiesto, era el colofón de un ciclo de luchas iniciado en 1809, mucho antes de las campañas militares bolivarianas. La liberación era vista como la culminación de un proceso enteramente protagonizado por quiteños.”⁶⁷

El texto de la declaración fue el siguiente: “En la ciudad de San Francisco de Quito, capital de las provincias del antiguo reino de este nombre, representada por su Excma. Municipalidad, el venerable Dean y cabildo de la Sta. Iglesia Catedral, los prelados de las comunidades religiosas, los curas de las parroquias urbanas, las principales personas del comercio y agricultura, los padres de familia y notables del país [...] ha venido en resolver y resuelve. 1.- Reunirse à la República de Colombia como el primer acto espontáneo dictado por el deseo de los pueblos, por la conveniencia y por la mutua seguridad y necesidad, y declarando las provincias que componían el antiguo reino de Quito como parte integrante de Colombia bajo el pacto expreso y formal de tener en ella la representación correspondiente à su importancia política”.⁶⁸

El Libertador exaltó en una misiva la importancia de esta declaración: “El acto augusto que tan espontáneamente hacen los representantes del pueblo de Quito, de reconocimiento, de adhesión y de amor à la república de Colombia, es para este pueblo un principio eterno de bien, y para Colombia un eterno motivo de gratitud hacia los primeros ciudadanos de la capital del Sur. Quito llevará consigo siempre el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento, y del conocimiento más perfecto de una política sublime, y de su patriotismo acendrado: [...] Puede contar el Sur de Colombia con que las facultades ilimitadas que el congreso jeneral (sic) me ha confiado, se extenderán ilimitadamente en beneficio de la tierra querida de la Patria, y de la última víctima del despotismo.”⁶⁹
(Se copia igual al original)

A Santander le escribió: “El departamento de Quito debe ser, según mi opinión, de todas las provincias del Sur: primero, porque está en la frontera; segundo para que sea fuerte; [...]; cuarto, porque está muy lejos del centro; quinto, porque Quito no debe perder su importancia; sexto, por economía; séptimo, para que Guayaquil no sea capital del departamento y no tenga influencia en las provincias subalternas, y por otros motivos que ahora no digo.”⁷⁰

Guayaquil celebró con legítimo orgullo el triunfo de los patriotas en las faldas del volcán Pichincha. La Junta Superior de Gobierno informó de la victoria, el 2 de junio, en los siguientes términos: “Guayaquileños: Este grande suceso es el sello de nuestra libertad, la consolidación de la independencia de

67 Ibidem, p.77

68 Acta de las Corporaciones, p. 77

69 Oficio del S.E. Libertador Presidente a la Ilustre municipalidad de esta ciudad, Gaceta de Colombia 41 [Santafé de Bogotá] jul. 28, 1822, p.80

70 <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/rt/printerFriendly/71027/67058>

“Carta de Bolívar a Santander, jun. 22, 1822”. Cartas del Libertador. T. III. Ed. Vicente Lecuna. Caracas: Tipografía del Comercio, 1929-1959.

la República de Colombia, un nuevo laurel a las armas del Perú, el presagio del tiempo que se prepara a la capital de los Incas sobre el resto de los enemigos que profanan su suelo y sacrificios de este Pueblo por su propia libertad y la de sus hermanos. Con tan plausible motivo se cantará un solemne Te Deum en acción de gracias al Todopoderoso; habrá triple salva de Artillería e iluminación general, por 3 días. Guayaquil, junio 2 de 1822. Firman; Olmedo. Jimena. Roca y Pablo Merino, como secretario.”⁷¹

El 9 de junio publicaron una nueva proclama:

“Conciudadanos:

Las fuerzas unidas del Perú, Colombia y Guayaquil han roto al fin las pesadas cadenas, que arrastraban nuestros hermanos en la segunda capital de los Incas; y aunque los tiranos las habían afianzado en los enormes montes y profundas quebradas de aquel país, ellas han sido deshechas a la presencia de los hijos de la Libertad. Las aguas del Plata, Magdalena, Rímac y Guayaquil se reunieron; formaron un torrente, que escalando el Pichincha ahogaron en su falda a la tiranía. Esas aguas han hecho reflorar el árbol de la Libertad, regando el 24 de mayo a la hermosa Quito, y confirmando que la Aurora del 9 de octubre, que rayó nuestro horizonte, fue la aurora del brillante día en que la libertad, con arte majestuoso, debía pasearse sobre las orgullosas cimas de los Andes.

Guayaquileños:

Cuando nos propusimos ser libres no podíamos dejar gemir en la opresión a los pueblos que nos rodeaban; la empresa era grandiosa, y los tiranos miraron con desdén nuestro noble arrojo. ¡Cruelles! Ellos, creyeron que vuestra sangre, que tres veces corrió en Guachi y Tanisagua, debilitaría y extinguiría la llama de vuestro amor patrio; pero se hizo más viva; y mientras vuestros hijos, hermanos y amigos corrieron a las armas, doblamos los esfuerzos y todos nuestros recursos fueron empleados para conducir en nuestro auxilio a los hijos de la inmortal Colombia.

Los libertadores del Perú no pueden ver con indiferencia nuestra suerte, y coronados de los laureles, que arrancaron en Lima, vuelan infatigables a nuestra defensa: así de ambos extremos vino la Libertad a vivificar sus cenizas en el centro que vio nacer en 1809, dejando a este Pueblo la satisfacción de haberle abierto la senda por donde burlase el formidable Juanambú.

Guayaquileños:

Quito es ya libre: vuestros votos están cumplidos; la provincia os lleva por la mano al templo de la paz, a recoger los frutos de vuestra confianza y de vuestros sacrificios.

Un pueblo tan digno de ser libre, lo será sin duda; y reposando bajo la sombra del opulento Perú y de la heroica Colombia, llenaremos la página que nos toca en los fastos de la historia americana, y cumpliremos los grandes destinos a que estamos llamados.

Para acelerar esta época feliz, el Gobierno, viendo asegurada la independencia de este pueblo y deseando asegurar del mismo modo su libertad civil, por medio de la representación general, que es el más

⁷¹ Pino Roca, G. (1906) Establecimiento de la imprenta en Guayaquil, p. 38

precioso de todos los derechos de un pueblo libre; prepara la reunión del Colegio Electoral, para que dé una forma estable a las instituciones que se adoptaron entonces y para devolverle cuanto antes y sin mengua el grave depósito de la autoridad, que nos confió desde el principio de la transformación.

Conciudadanos y amigos:

En vuestra sola felicidad está el premio de las fatigas, que hemos sufrido por la Patria. Sed moderados y virtuosos; vivid siempre cordialmente unidos y seréis siempre libres y felices. Bajo los auspicios de la Libertad y con la protección de los grandes Estados, que nos rodean, se abre una carrera inmensa a la prosperidad de este hermoso y rico Pueblo, que será llamado por todas las naciones de la tierra, La Estrella del Occidente.

Guayaquil, junio 9 de 1822.

Olmedo. Jimena. Roca.⁷²

El 11 de julio Bolívar llegó a Guayaquil. Conforme consta en la representación de Padres de Familia publicada en *El Patriota de Guayaquil*, la población del Puerto adhirió entusiasta a la incorporación a Colombia. Entre otros temas se dice en la citada publicación: “Hasta hoy hemos dado ante toda América las pruebas más relevantes de nuestro amor por el orden, sosteniendo con todos nuestros esfuerzos al gobierno constituido provisionalmente en el Estatuto extraordinario que promulgaron nuestros representantes. V.E. ha oído el voto libre de esta capital por su incorporación a la República de Colombia en el Cabildo del 31 de agosto de 1822, a que concurrió invitado el Jefe de la División del Sur... V.E. ha visto ayer la gloriosa entrada de S.E. el Libertador Presidente, vitoreada por toda la capital que proclamaba con entusiasmo a Guayaquil incorporado a Colombia... Finalmente, expresan su voluntad: “Queremos tener libertad respetada, seguridad inviolable y propiedad sin perturbaciones...”⁷³

Mientras esto sucedía en Guayaquil, el coronel realista Agualongo, se había sublevado en Pasto, el 12 de junio de 1823. El coronel Juan José Flores que recibió la orden de reprimirlo, fue derrotado. Aduñados los defensores de la monarquía española de la ciudad de Pasto, nombraron gobernador al teniente coronel Estanislao Merchán Cano y al coronel Agustín Agualongo comandante general. Agualongo, considerando que la ciudad de Quito había quedado desprotegida por el retorno de las tropas peruanas a su país y por la salida de otras fuerzas hacia Guayaquil, decidió marchar contra esa ciudad, para restituir el gobierno español. Para este fin, el 12 de julio ocupó Ibarra, sin enfrentar ninguna resistencia, con 1.500 infantes y 100 jinetes.

El Departamento del Sur de Colombia

Según resultados del censo colonial (1778-80), explica Michel Portais que en la sierra centro-norte de la Real Audiencia de Quito, el 70.7% de la población era indígena, los blanco-mestizos constituían el 26.3% y los afrodescendientes

72 Pino Roca, G. Ob. Cit., pp. 39-40

73 *El Patriota de Guayaquil*, No.10, con la firma de 226 padres de familia, en Cevallos Pedro Fermín, Ob. Cit., p.178

el 3%. En las ciudades se concentraba la población blanco-mestiza: en Quito, el 69%; en Riobamba, el 55%; y, en Latacunga, el 52%, de sus habitantes. En la sierra sur, jurisdicción de Loja, en cambio, la población de negros libres, pardos y esclavos constituían el 22.6%. La inmigración de origen africano llegó desde Piura, para trabajar en la minería y en los cultivos del subtrópico. Los indígenas tenían una mayor presencia en la parte norte de la provincia.⁷⁴

Habitaban la región litoral en 1765 alrededor de 20.000 personas, que constituían apenas el 5% del total de la Audiencia. Racialmente, la población estaba conformada por el 12.5% de blancos y mestizos, el 29.8% de indígenas, el 51.5% de pardos, y el 6.2% de esclavos de origen africano. Guayaquil era el puerto de exportación de los productos de la Sierra y mantenía contactos comerciales con el sur de Colombia y norte del Perú. Posteriormente ingresaron textiles catalanes y británicos por el Cabo de Hornos, con los que no podía competir la producción quiteña y, para el año 1737 la demanda peruana había llegado a niveles mínimos, perdiendo importancia en el movimiento del puerto guayaquileño.⁷⁵

En 1774, las reformas borbónicas liberaron la comercialización entre algunos puertos coloniales de modo que, entre 1790 y 1800, las exportaciones guayaquileñas casi duplicaron las de la década de los años setenta. Entre 1740 y 1810, las exportaciones crecieron sostenidamente, lo que "... convirtió a Guayaquil y su Hinterland, en una de las zonas más dinámicas del mundo colonial hispanoamericano."⁷⁶ Hugo Arias destaca que Guayaquil fue favorecida, de muchas maneras, por el reordenamiento de la economía mundial, el desarrollo del capitalismo en Europa y Estados Unidos y las reformas de comercio decretadas por los Borbones, que le abrieron el tráfico marítimo con México. "... El impulso que tomó Santiago de Guayaquil no tenía precedentes. Entre 1779 y 1790 entraron al puerto 111 barcos de categoría de fragata o superior y 358 de categoría inferior."⁷⁷ Esa situación decayó entre 1811 y 1816, pero se recuperó rápidamente con posterioridad. Otras exportaciones que salían por el puerto principal fueron suelas, pita, ceras, arroz, café y los famosos sombreros de paja toquilla. En consecuencia, con el auge exportador, también la importancia política de Guayaquil fue creciendo.

Michael Portais⁷⁸ realiza un análisis regional que coincide con las gobernaciones existentes a fines del período colonial: La Sierra Centro Norte, con las provincias de Imbabura, Pichincha, Cotopaxi y Chimborazo; la Sierra Centro Sur, con Azuay y Loja; y el Litoral con su centro estructurador, Guayaquil.

La primera de estas regiones, con Quito como su centro administrativo y de influencia, soportó una aguda crisis económica por el decaimiento de su industria textilera, desde fines del siglo XVIII; en la segunda, por lo contrario, Cuenca había alcanzado un desarrollo notable, a pesar de su relativo aislamiento

74 Portais, Michel (1990), La población en el espacio ecuatoriano: evolución histórica, en Transición Demográfica del Ecuador, IPGH, ORSTOM, IGM, P12-13

75 *Ibidem*

76 Contreras, Carlos (1994), Guayaquil y su región en el primer boom cacaotero (1750-1820), en Manguashca Juan Historia y región en el Ecuador: 1830-1930, Corporación Editora Nacional Quito, p. 198

77 Arias Palacios, Hugo (1980), Evolución socioeconómica del Ecuador. Biblioteca ecuatoriana. Vol. 24, Universidad de Guayaquil, p. 270

78 Delaunay, Daniel y otros (1990), Transición Demográfica en Ecuador, Tomo II, Volumen I, CEDIG, talleres IGM, Quito, p.4- 16

y Loja, como provincia de frontera, se encontraba más estrechamente vinculada al norte peruano, cuyos puertos le permitían conectarse con el exterior; finalmente, Guayaquil y su área de influencia, había cobrado cierta importancia gracias, tanto al inicio de la exportación cacaotera, como a su importante industria naviera. La Amazonía, en éste como en muchos estudios, apenas si es considerada.

La situación económica y social del Distrito del Sur empeoró desde el inicio de los procesos independentistas. A los problemas ocasionados por los desastres naturales, sanitarios y económicos se sumaron los efectos de las guerras de la independencia y los conflictos internos. Yves Saint-Geours, en su estudio sobre la demografía de la Sierra Centro Norte del Ecuador entre 1830 y 1925, mantiene que las luchas por la independencia y sus consecuencias: empréstitos forzosos, reclutamiento forzado especialmente de hombres jóvenes, y las requisiciones de dinero, productos y animales; sumados a los terremotos, erupciones y epidemias, “terminaron por dar el golpe de gracia a una región ya afectada.”⁷⁹

Para 1825, iniciaba su existencia el Departamento Sur de Colombia con la población concentrada a lo largo de la región interandina. En Quito vivían aproximadamente 64.000 habitantes, mientras que Cuenca, Latacunga, Riobamba y Guayaquil apenas superaban los 16.000 habitantes cada una. Gran parte de la región litoral y la Amazonía tenían una baja densidad poblacional. Finalmente, en el año de la referencia, solamente el 4,6% de la población era urbana.

La situación del flamante departamento era ruinoso, cuando Sucre fue designado por el Libertador como su primer intendente. No se disponía de recursos para afrontar los gastos de la última campaña. Solamente mantener la División del Perú había costado sobre los 80.000 pesos, sin tomar en cuenta el pago de las raciones; y el dinero egresado para sostener a la División de Colombia alcanzaba a montos muy superiores. Además, tenía que financiar una fuerza militar estacionada en su territorio que excedía los requerimientos de la seguridad interior. Sucre insistió ante las autoridades centrales que, si esas tropas eran necesarias para resguardar las fronteras, era responsabilidad de toda Colombia financiarlas.

El impuesto de las alcabalas (al volumen de las ventas) afectaba drásticamente a la población más pobre, por esta razón, Sucre solicitó autorización para suprimirlo, al menos en el caso de los artículos de primera necesidad. Las autoridades porteñas crearon el estanco de la sal y su precio se elevó de seis reales por arroba a más de cuatro pesos. Algo similar sucedió con la disminución de la renta producida por el aguardiente que, de producir hasta 30.000 pesos, sólo en el Cantón Quito, había bajado a apenas 600 pesos.

El principal ingreso que disponía el gobierno del Distrito del Sur era el proveniente del tributo que pagaban los indios. Cuando Sucre estuvo en Cuenca, camino a Pichincha, suprimió esta injusta contribución que solamente en esa jurisdicción rendía 45.000 pesos anuales, sin embargo, ya como Intendente se vio obligado a solicitar al gobierno central que se lo mantenga toda vez que,

⁷⁹ Maiguashca, Juan, Ob. Cit. p. 149 y sig.

si se extinguía esa renta, no habría con que otra reemplazarla. Las demás contribuciones no llegaban a la quinta parte del fruto del tributo. En 1823, como era necesario financiar los gastos públicos y los ricos no estaban dispuestos a asumir sus deberes fiscales, los miembros del Cabildo propusieron que se vendan los ejidos (propiedades comunales), como una manera de obtener los recursos que se solicitaban a la ciudad, lo que, en efecto, se hizo.

Como es evidente, el pueblo indígena financió la administración colonial, la independencia y lo seguiría haciendo en la Gran Colombia y República. Cuando Rocafuerte planteó la supresión del tributo, en 1835 la Asamblea, compuesta casi en su totalidad por terratenientes, votó por unanimidad en contra. Para entonces, el ingreso mayor provenía de los derechos de aduana (200 mil pesos) y del tributo pagado por los indígenas (197 mil pesos), pero la aduana recibía solamente la mitad en dinero efectivo. Lo injusto era que cada indígena varón pagaba 3,40 pesos al año, mientras que los demás ecuatorianos solamente 40 centavos.

En esas complejas circunstancias, el gobierno tuvo que enfrentar el primer conflicto armado interno, cuando los habitantes de Pasto proclamaron su lealtad a la monarquía española. Sucre envió una división para someter a los pastusos rebeldes. Nuevamente los pueblos tenían que financiar las operaciones militares, toda vez que los ejércitos vivían de explotar los recursos existentes en los lugares donde actuaban. Como un ejemplo, el Juez Político de Ibarra fue informado que el 1 de noviembre de 1822 llegarían las unidades militares, por lo que debería “tomar de los vecinos” los artículos necesarios para atender a mil efectivos militares. ¡Así de fácil!

Las relaciones entre Sucre y las autoridades locales fueron tensas. Su concepto sobre los miembros del Cabildo quiteño era, en términos generales, muy pobre. Aseguraba que, con la excepción de dos o tres, eran una partida de ociosos que, al no tener ocupación alguna, se empeñan en turbar el orden. Afirmaba que el partido de los anti colombianos, no tenía otra mira que ocupar los principales empleos, no obstante la ineptitud de quienes lo formaban.

Bibliografía

Arias Palacios, Hugo (1980), Evolución socioeconómica del Ecuador. Biblioteca ecuatoriana. Vol. 24, Universidad de Guayaquil

Delaunay, Daniel y otros (1990), Transición Demográfica en Ecuador, Tomo II, Volumen I, CEDIG, talleres IGM, Quito

Cabrera Hanna, Santiago (2017), La incorporación del Distrito del Sur a la República de Colombia. Debates congresales y soberanía municipal Universidad Andina Simón Bolívar Quito

Castellanos, Ramón Rafael (1998), *La dimensión internacional del gran Mariscal de Ayacucho*, Italgráfica S.A. Caracas

Cevallos, Pedro Fermín, *Historia del Ecuador*, Ed. Ariel Tomo II, Quito

Delaunay, Daniel, León Juan, Portais Michel (1990), Transición Demográfica en el Ecuador, IGPH, ORSTOM, IGM, Quito

Deler, Jean Paul, Nelson Gómez, Portais Michel (1983), El Manejo del Espacio en el Ecuador, Etapas claves, IPGH, ORSTOM, IGM, Quito

Destruge, Camilo (1920), Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-22: primera parte: Guayaquil. Imprenta Eizeviriana de Borrás. Barcelona. Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Macías, Edison (2007), *Historia General del Ejército Ecuatoriano, El Ejército en las guerras de la Independencia*, Tomo 2, CDEHE, Quito

Maignashca, Juan, editor (1994), Historia y Región en Ecuador, 1830-1930, corporación Editora Nacional, Quito

Moncayo Gallegos, Paco (2019), Seguridad y Defensa en la Historia del Ecuador, Tomo I, Casa de la Cultura, Quito

Muñoz, Julio H. (1949), *Doctrinas Militares Aplicadas en el Ecuador*, Estado Mayor General, Quito

Muñoz Larrea, Enrique (2010), Relación que hace D. Ramón Martínez de Campos sobre la Revolución del 9 de octubre de 1820, ANH, Quito

Picuolo, José Luis y otros (1981), *Manual de Historia Militar*. Escuela Superior de Guerra, Buenos Aires.

Pino Roca, G (1906), Establecimiento de la imprenta en Guayaquil

Pozo Astudillo, René (2021), *Batalla del Pichincha*, H. Consejo Provincial de Pichincha, Quito

Reyes Quintanilla, Jesús (1984), *Biografía del general León de Febres Cordero*, Academia Nacional de Historia, Caracas

Romero Mendoza, Eduardo (s/a), *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Ministerio de Defensa, Venezuela

Rumazo González, Alfonso (2001), *Ocho Grandes Biografías*, Italgráfica, Venezuela

Salcedo-Bastardo, J. L. (1995), *De mi propia mano Antonio José de Sucre*, EFE, México

Sánchez Bravo, Mariano (2009), Guayaquil y la Armada española en las postrimerías coloniales e instancias revolucionarias Boletín No.1, de la Academia Nacional de Historia Militar, Quito

Documentos

Archivo Metropolitano de Historia (2007), Epistolario Quitense del Gran Mariscal Antonio José de Sucre, Tomo 2, Quito

Bolívar Simón Discurso ante el Congreso de Cúcuta https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Bol%C3%ADvar_en_C%C3%BAcuta

Carta de Bolívar a Santander, jun. 22, 1822 Cartas del Libertador. T. III. Ed. Vicente Lecuna. Caracas: Tipografía del Comercio, 1929-1959

LEY (25 de junio) Sobre división territorial de la República. https://es.wikisource.org/wiki/Ley_del_25_de_junio_de_1824

Oficio del E.S. Libertador Presidente a la Ilustre municipalidad de esta ciudad, Gaceta de Colombia 41 [Santafé de Bogotá] jul. 28, 1822, p.80

<https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/rt/prINTERfriendly/71027/67058>

I barra a comienzos del siglo XIX

Amílcar Tapia Tamayo



Desde una perspectiva general, Ibarra perteneció a la Real Audiencia de Quito, la cual, a finales del siglo XVIII se hallaba conformada, entre otros gobiernos, por el de Quito, a cuya autoridad pertenecían los corregimientos de San Miguel de Ibarra, Otavalo, Latacunga, Riobamba, Chimbo o Guaranda, todos localizados en la región interandina, en una difícil geografía conformada por grandes cadenas montañosas y accidentados ríos que corrían por cañones que para cruzarlos demandaban de grandes esfuerzos, razón por la que el comercio, junto con la relación social, cultural, económica y política eran complicados, sobre todo en la temporada invernal.

Esta situación hacía que los pueblos se mantuvieron casi aislados por la que, si hoy en día se desea analizar su condición desde el punto de vista histórico será necesario comprender que cada uno de ellos guardaba su propia idiosincrasia, costumbres y tradiciones, sumado a ello las características geográficas que, a la postre, fueron las que identificaron la razón de ser de los habitantes, así como sus ocupaciones, oficios y formas de vida, mayormente dimensionadas por el trabajo agrícola y comercial. De esta manera, en los valles andinos floreció la producción sobre todo de dos cereales nativos: maíz y la quinua y dos de procedencia europea como el trigo y la cebada; así como tubérculos, raíces y hortalizas como papas, camotes, zanahoria blanca, ocas, mellocos, papa china, mashua, calabazas, zapallos y calabacines; leguminosas: fréjoles, chochos, lentejas y habas. De igual manera, en praderas, colinas y llanos prosperó la crianza de grandes hatos de ganado vacuno, porcino y caballar, mientras que en los páramos se podían observar numerosas manadas de ovejas.

La región ibarreña se destacó por su producción de clima subtropical, gracias a la presencia del valle del Chota, en donde prosperaron los cultivos de caña de azúcar, lo cual permitió el surgimiento de pequeñas industrias dedicadas a la elaboración de miel, azúcar, tanto negro como blanco, así como el aguardiente de caña, fabricación que permitió proveer de esta clase de bienes a la región de Quito y zona norte de la Audiencia con lo cual se evitó la especulación de azúcares peruanos que se introducían por Guayaquil, llegando a las tiendas quiteñas a elevados precios.⁸⁰

Desde el punto de vista social, la situación económica y geográfica dio lugar al apareamiento de una sociedad un tanto rígida, en donde prevalecían distintas formas de propiedad y diversa estructura de producción, las cuales eran la base del desarrollo de la región.⁸¹ Por lo tanto, a finales del siglo XVIII, la estructura de la gente ibarreña se fundamentó en las relaciones de parentesco, las que prontamente se verían disminuidas con el surgimiento de las guerras independentistas, en donde muchos ciudadanos se pronunciaron por la causa libertaria, con lo cual los vínculos familiares se vieron muy afectados como veremos más adelante.

La ciudad de San Miguel de Ibarra fue fundada el 28 de septiembre de 1606 por don Cristóbal de Troya, por así haberlo mandado el licenciado Miguel de Ibarra, presidente de la Real Audiencia de Quito.⁸² El fundador, cumpliendo esta disposición halló “el sitio y tierra es cual conviene por ser la parte más cómoda

⁸⁰ ALMEIDA, Ismael, La economía colonial ibarreña del siglo XVIII, (folleto) s/e, 1928, p. 24

⁸¹ Ibidem, p. 30

⁸² Archivo Municipal de Ibarra, Libro I de Cabildos, 1606.

y llana y de mejor temple que hay en el dicho valle (Caranqui) y su comarca”.⁸³ Como era costumbre, la ciudad adoptó el nombre de la autoridad y quedó bajo el amparo espiritual del arcángel San Miguel por lo que la urbe fue conocida como San Miguel de Ibarra.⁸⁴

En el siglo XVIII, Mario Cicala⁸⁵ refiere sus impresiones sobre este lugar: “La ciudad y villa de Ibarra está asentada en una bella llanura que comienza a los pies de un monte que se levanta, por decir así, a las espaldas de la ciudad y continúa a juntarse, por medio de una alta ceja de 6 leguas, al famoso y renombrado monte -altísimo, enorme y siempre blanco de nieve hasta su mitad- llamado Cayambe. Un riachuelo de aguas límpidas y cristalinas, delicadas y muy frías, lame por decirlo así el borde de la ciudad, en forma de semicírculo. Se orienta hacia occidente y se encuentra a 20 minutos de latitud septentrional y a una distancia de 30 leguas de la ciudad de Quito. Esta en el camino real que corre de Cartagena, Santa Fe, Onda, Popayán y Pasto, hasta Quito, Guayaquil. Cuenca, Loja, Piura y Lima.”

“La figura y planta de la Villa de Ibarra es más bien oval que circular. Tiene las calles principales muy largas y anchas bien empedradas: las demás callejuelas son estrechas y algunas tortuosas. Las construcciones son de adobe y tapia, de un solo piso o plano a causa de los continuos terremotos a que está sujeta la ciudad. Por dentro las casas de caballeros, comerciantes y ciudadanos están preciosamente adornadas; son muy sólidas y fuertes, aunque sean de adobe y tapia, por la buena calidad de la tierra. Las construcciones de las Iglesias son de cal y piedra; los Conventos, parte de adobe y parte de cal. Todas las Iglesias son suntuosas y hermosas: la Iglesia Matriz, la de las monjas y las de San Francisco, Santo Domingo y la Merced; pero la más noble, esbelta, majestuosa e imponente es la de la Compañía de Jesús, acabada totalmente hace pocos años. Es de una sola nave, larga, ancha y luminosa, con un crucero grandioso; al centro se levanta, sobre cuatros pilastras y arcos torales una magnífica cúpula...”

“La extensión del territorio de la Villa de Ibarra, que va de Oriente a Occidente, tiene la longitud de 100 leguas y la anchura, de Norte a Sur, de 40 leguas, aunque en las comarcas marítimas es en unas partes de 50, 60 y 70 leguas. Casi todo el territorio, excepto una sola cordillera de altas montañas y algunas pequeñas colinas esparcidas acá y allá, es de valles y llanuras interminables; y todas fertilísimas en frutas, granos, caña de azúcar o pastos. Por eso, en ese territorio están las más ricas y abundantes haciendas, cuales no hay en ninguna otra región de toda la Provincia de Quito. Dentro de su extensión hay otro gobierno, que los españoles llaman Corregimiento, en parte sujeto al Gobernador de la Villa de Ibarra, asignado por el Rey Católico, pero en parte está sometido al Presidente y Real Audiencia de Quito; llámese Otavalo...”

“Los ciudadanos de la villa de Ibarra son de robusta y fuerte corpulencia, por lo común de bellos rasgos y vivos colores. Son de carácter dócil e índole afable y amable: así mismo están dotados de generosa liberalidad, buenos ingenios, agudos y rápidos, muy aplicados al estudio de las letras. Ordinariamente destaca

83 NAVAS, Juan de Dios, *Ibarra y sus provincias de 1534 a 1932*, Otavalo, Ediciones Caracteres Impresos, 2008, p. 114.

84 TAPIA, Amílcar. *Ibarra, imágenes de un pueblo*. Ibarra, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura, Colección Tahuando, No. 47, 2006, p.7

85 CICALA, Mario. *Descripción histórico-topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús*. Traducción Julián Bravo Santillán. Quito, 2004

casi en todos un temperamento pacífico, inclinado a la seriedad y gravedad; es gente de gran honor y mantenedora de su palabra. Con los forasteros y pasajeros son benévolo y obsequiosos. Las personas nobles y civiles son muy urbanas, educadas y atentas...”

“Si hablamos del clima en todo su territorio, digo que es muy variado, según las diversas comarcas que hay en él. En algunas tierras y comarcas altas de montaña el clima es muy rígido y frío; en otras tierras más bajas de colinillas, es templado; en muchas es tibio; en muchísimas es muy caluroso especialmente en los valles y llanuras más bajas. El clima más caluroso de los valles en todas partes es insalubre, aunque en unos bastante más que en otros, en los que abundan las tercianas y cuartanas. Todos los demás son climas salubérrimos, muy aptos para la convalecencia de las enfermedades más graves, Por la gran variedad de temperaturas y climas conocerá cada uno cuán abundante y feraz sea en toda clase de alimentos aquel territorio, cuyas tierras son muy fértiles y pingues.”

“En la ciudad de la Villa de Ibarra florecen grandemente todas las artes serviles, particularmente las de los talladores y carpinteros. En las mujeres y aun en los hombres florece el arte de hacer calcetines, gorros y guantes de algodón, tan finos, tan bien trabajados y tan fuertes que no solamente son célebres y famosos en toda la Provincia de Quito sino aun en otros reinos muy distantes. Una persona a quien había hecho un pequeño obsequio me regaló un par de guantes de mujer hechos de algodón, pero tan finos y hermosos, con labores originalísimos tan delicados y bellos que sin ningún temor podían regalarse a una Reina. Y no se crea que estas manufacturas se consiguen a poco precio; los venden muy caras y a buen precio. Un par de calcetines ordinarios pero finos se venden a 12, 14 y 16 escudos; pero el comprador puede servirse de ellos durante muchos años. Tejen además varias clases de telas de algodón verdaderamente preciosas y delicadísimas. Hay también recamadores muy famosos de ponchos, que es una clase de vestido que suelen usar todos los viajeros para defenderse del sol y aun de la lluvia; en otro lugar describiré su forma. En cuanto a hacer dulces, secos, en azúcar confitada y en jarabe, en cajitas, son diestrisimos en grado sumo todos aquellos habitantes, especialmente las monjas.”

“Nada absolutamente nada le falta a la Villa de Ibarra. Hay gran abundancia de ganado ovino y sobre todo bovino. (...) También abunda en cebada, maíz o grano de Indias y demás granos, particularmente en trigo. También provee de éste, en parte, la Villa de Ibarra a la ciudad de Quito. Hay harinas de maravillosa calidad, blancas y muy sabrosas, tales las de las vastas comarcas de Cayambe, San Pablo, Cotacachi, Otavalo, etc., aunque las de Cayambe no tienen igual.”

“Todo ese territorio abunda igualmente (y son sus mayores productos) en azúcar, blanco y negro, miel y aguardiente de caña. Más de la tercera parte de la Provincia corresponde a interminables y hermosas haciendas de caña. Las comarcas llamadas Carpuela, Chamanal, Chillayacu, Santa Lucía, San Vicente, La Concepción, San Jaime, la Caldera, y muchísimas otras, son todas ellas comarcas con enormes fincas de caña. En cada finca hay dos o tres molinos de caña que trabajan durante todo el año: algunos de ellos son movidos por bueyes, pero la mayoría con agua. (...) Todos los valles y regiones de caña son de clima muy ardiente y abrasador, por lo que la caña madura en un año exacto.”

“Hay exorbitantes abundancias de la fruta propia de las tierras cálidas: plátanos, de todas clases, aguacates, de toda especie, piñas, de toda calidad, papayas, granadillas, taxos, púrpuros, chamburos, chiluganes, mameyes, ciruelas americanas, chirimoyas, naranjillas y toda clase de cítricos, de gran tamaño, melones de agua, etc., en tan exuberante calidad que provee a la ciudad y a muchísimas comarcas de Quito. Esto sin contar la gran abundancia de frutas europeas que se recogen tanto en la misma ciudad de la Villa y sus alrededores, como en varias regiones de ella, tales como uva, higos, duraznos, peras, membrillos, manzanas, toronjas, limones, naranjas agrias y dulces, albaricoques, granadas, etc.”

“La cosecha anual del algodón es muy grande, por lo que van a comprarlo en la Villa de Ibarra de muchísimas partes y aldeas de Quito, a buen precio, por ser de óptima y extraordinaria calidad y dureza.”⁸⁶

La ciudad de San Miguel de Ibarra es descrita en 1813 por el español Juan de Pineda, comerciante payanés, quien llegó a esa ciudad con el objeto de comprar cuarenta cargas de sal de las minas de Salinas, famosas en todo el norte de la Audiencia de Quito y sur de Nueva Granada. Su versión quedó registrada en una carta dirigida al corregidor de Ibarra José de Zaldumbide pidiéndole protección para llevar el producto que escaseaba en Popayán debido a la convulsión social y militar que había en esos tiempos en razón de la acometida de las tropas quiteñas en su afán independentista.

Zaldumbide asoma en la historia de las guerras independentistas, primero como miembro del Cabildo de Ibarra, luego en su condición de corregidor de Ibarra, a su vez protector del realista Sámano en 1814, quien fue capturado por patriotas del pueblo de Puntal (Bolívar) después de la derrota de Calivío, camino para Barbacoas, cuya libertad trató de conseguir llevando una escolta al mando del alcalde Joaquín Gómez de la Torre, del regidor José Espinosa de los Monteros y del procurador Esteban García, sin otro resultado que la captura de unos cuantos sospechosos, de cuyas declaraciones aparecen como principales responsables Silvestre Soberón, Juan Recalde, Miguel Mier, Elías Proaño y otros hacendados de Car, Puernal y Rinconada, secundado por muchos patriotas, como el cura de El Ángel, fray Ignacio Valencia.

Como resultado de su gestión ante la autoridad realista, informa del particular a Manuel Tascón, residente en Popayán, a quien le dice:

“Como es conocimiento de V.M, por recomendación de mi buen amigo Juan de Oñate, propio de Popayán, me aventuré a llegar hasta Ibarra con el fin de negociar las cuarenta cargas de sal que es de conocimiento de V.M. la cual tiene ahora un elevado precio en nuestra ciudad por razones de esta malhadada aventura de los quiteños que quieren desconocer a S.M., por lo que he recurrido al señor Corregidor de Ibarra, D. José de Zaldumbide, con quien he negociado la entrega de diez cargas para uso del ejército de la ciudad, a condición de que me otorgue guardia y protección hasta pasar el río Guáytara, en donde esperan gentes de mi confianza...”

“Me encantó mucho la ciudad de Ibarra, que a pesar de ser una ciudad pequeña de siete a diez mil habitantes, tiene algo de parecido a nuestra Popayán

⁸⁶ Ibidem. Cicala, pp. 295-303

por el clima abrigado y ameno que aquí se siente. Sus calles son bien trazadas, hay mucho comercio y algarabía sobre todo por la presencia de negros esclavos que acompañan a sus amos. Tiene varias y hermosas iglesias, así como casas lujosas y elegantes...”

“No he tenido problema para conectarme con el dueño de una de las minas de sal que está como a cuatro cinco leguas de Ibarra, con quien he realizado buenos negocios. De antemano le presenté copia de la carta que dirigí al señor Corregidor para que no tenga recelo alguno para tratar conmigo. Me ha dicho que debo tener cuidado de no tratar con cualquier gente porque hay muchos revoltosos que pueden causarme problemas, más aún si saben que soy granadino por mi forma de hablar. Ellos suponen que venimos a espiarlos por su activa participación en la campaña que hacen los quiteños para lograr sus protervos fines revolucionarios...”

“He debido actuar con mucha cautela para no hablar de guerras ni revueltas porque la mayoría de ibarreños son muy adictos a rebelarse contra las autoridades reales. (...) Por otro lado comento a V.M. que voy llevando novedades para ver si activamos el comercio entre Ibarra y Popayán, sobre todo por la gran variedad para presentar la sal, ya que hay medidas curiosas llamadas migllas, pucos, mazos y cargas. El producto es variado, y según la calidad es el precio...”

“ Me ha impresionado mucho la forma de trabajar de los ibarreños, ya que con la variedad de climas que tienen, se alcanza a comprender que poseen de todo, sobre todo azúcares que obtienen de los extensos cañaverales que hay en las proximidades de la Villa, particularmente del valle caliente que hay camino al norte...”⁸⁷

La Villa de San Miguel de Ibarra

Desde el punto de vista urbano, para finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la ciudad de Ibarra tenía las siguientes plazas.

La Plaza Mayor. Fue la primera plaza existente en Ibarra y sus orígenes se remontan a la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra el 28 de septiembre de 1606. “Reconocido como Juez poblador, Cristóbal de Troya recorrió una vez más el valle y halló que el sitio era cual convenía para asiento de la villa: llano, el de mejor temple; y señaló sus linderos formando un cuadrilátero de nueve cuadras por banda, a partir del río grande de Carangue. (...) luego se dirigió al centro de la Villa en trance de nacimiento, seguido por lucida cabalgata, el solar señalado para plaza mayor, donde se hincó un grueso madero a guisa de rollo, que serviría de horca y cuchillo, símbolo de justicia y regimiento.”⁸⁸

Una vez fundada Ibarra, alrededor de la plaza se erigieron los principales edificios conforme lo determinaban las leyes españolas y que eran propias de ciudades establecidas por la “cruz y la espada”, es decir que habían nacido de un mandato real, razón por la cual su estirpe se debía destacar en el escudo de armas de la ciudad. Estos edificios eran: al norte: casa cural junto a la iglesia mayor; al sur, casa de los corregidores, donde se incluía la cárcel para los infractores de la

⁸⁷ Archivo Histórico Ministerio de Cultura y Patrimonio, Ibarra, Sección Varios. 1810-1820, fol 35.

⁸⁸ VILLALBA, Jorge, en Monografía de Ibarra, Vol. 1 Grupo “Amigos de Ibarra”, Ibarra, Talleres La Verdad, 1995, p. 171

ley; al este, casa de las escribanías; y, el oeste, la casa del Cabildo y regimiento. Estas edificaciones se mantuvieron hasta el terremoto de 1868.

En una carta del viajero francés Richelieu Boyens, escrita en 1798 y dirigida al canónigo galo Luis de Brancé, le decía: "...he visitado la villa de San Miguel de Ibarra y me ha impresionado mucho su plaza mayor: todo bien definida y ordenada. Guarda perfecta armonía con los hermosos edificios que la circundan en donde funciona la administración del gobierno colonial. Tiene pila de agua pública, la única que existe en la ciudad y fue construida gracias a la diligencia de los padres jesuitas, quienes trajeron una paja de agua desde el río de Taguando para uso público."

"Los días domingos hay feria en donde se hallan los más variados productos de la zona que de suyo es rica y generosa. Allí se halla desde azúcar hasta frutas y verduras propias del medio. También en estos días se hacen grandes ceremonias religiosas, especialmente las de Corpus Cristi que es pomposa y llena de colorido conservando la tradición de la península (...) Los habitantes son industriosos y activos, de allí proviene la fama de este valle que es todo amplio y espacioso..."⁸⁹

A finales del período colonial, esta plaza fue conocida como "Constitución" seguramente por el mandato real luego de la invasión de los franceses a España, habiéndose promulgado la Constitución española el 19 de marzo de 1812, conforme lo señala un informe del corregidor Juan de la Sala de ese año.

Más tarde, una vez que el Libertador Simón Bolívar triunfó en la batalla de Ibarra el 17 de julio de 1823, este lugar fue conocido como "Plaza de la Independencia". Desde las casas del Cabildo localizadas en el lado occidental de la plaza, se leían las arengas y mensajes patrióticos. En igual forma, en sus puertas se exhibían las listas de soldados muertos y heridos, así como las nóminas de los combatientes y sus respectivos batallones. "Por mandato de mi coronel Juan de Ibáñez, he procedido a dejar la lista de los soldados que intervinieron en el combate de Tahuando el 17 de julio y se lo hizo a vista pública en las puertas de la iglesia mayor de la villa de Ibarra, de lo cual también se corrió bando desde el balcón de la casa de regidores localizado en la plaza mayor de la dicha villa."⁹⁰

En nuestros días se la conoce como Pedro Moncayo.

La Merced. Poco tiempo después de fundada la ciudad de San Miguel de Ibarra en 1606, llegaron a esta villa los religiosos de Nuestra Señora de la Merced, quienes fueron fundadores conforme lo señala fray Joel Monroy.⁹¹ "A raíz de la fundación de la ciudad de Ibarra -dice el Capitán Cristóbal de Troya-, fundé cuatro conventos el año de 1606. (...) Al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, la cuadra número doscientos y sesenta y cinco, toda la cuadra; con calidad de que si el dicho convento no fuese adelante y se deshiciere, queda vacante para disponer de ella como pareciere".

En un informe de fray Tomás de Manosalvas, comendador del convento de la Merced de Ibarra en 1640, señala "...Junto a la iglesia hay una plaza muy amplia, bien delineada, que el Cabildo destina para mercado mayor de los días domingos,

89 Archivo Curia Metropolitana Quito, Cartas, 1800-1850, No. 76 Cfr. Amílcar Tapia Tamayo, Ibarra: 400 años de historia y tradición, Ibarra, Caracteres Impresos, 2007, p. 16

90 Op cit. Tapia, p.17

91 MONROY, Joel, El convento de la Merced de Quito, 1534-1617, Quito, Editorial Labor, 1937, p.439

en donde además el Cabildo autoriza el juego de cañas y toros cuando de las fiestas mayores se trata y eso a pesar de que ciudad es pequeña y hay apenas necesidad de mitayos para edificar casas y edificios.”⁹²

El francés Boyens, dice: ...”hay junto a la plaza mayor otra espaciosa y tan amplia como la primera porque es considerada por los habitantes de la Villa como el lugar del mercado, así como de recreo y esparcimiento. En este sitio se llevaron a cabo las grandes mascaradas por los Santos Inocentes y es un contento mirar cómo se mantienen vivas las tradiciones españolas.”⁹³

“Luego de la batalla de Ibarra, varios prisioneros fueron fusilados en la llamada plaza del fortín de Ibarra que está junto a la iglesia de los padres de la Merced, por cuanto jamás se rindieron y daba vivas al Rey de España, demostrando su lealtad al coronel Agustín Agualongo quien logró darse a la fuga después de tan dura derrota...”⁹⁴

Hoy día es conocida como Parque Víctor Manuel Peñaherrera.

Plaza de los Dominicos o de las Bodegas. También de Santo Domingo

Cuando se fundó Ibarra, los frailes dominicos no recibieron solares como lo hicieron mercedarios, agustinos y franciscanos, sino que apenas se les asignó cuadras en 1611, debido a que tenían su convento en el sector de Caranqui, localizado al sur de la nueva villa. Esta entrega se hizo a petición del padre Pedro Bedón, quien urgió al Cabildo un espacio en el cual deseaba edificar el nuevo monasterio con el nombre antiguo de Nuestra Señora del Rosario de la Peña de Francia.⁹⁵

Una vez que la urbe comenzó a crecer, la llamada “Plaza de los Dominicos” fue conocida también con el nombre de “Plaza de las Bodegas” por cuanto era el lugar al que arribaban los viajeros provenientes del norte sobre todo de Pasto y Popayán trayendo y comprando toda clase de mercaderías. Por otro lado, junto al convento, existía el llamado “Molino del Tahuando”, propiedad de los frailes, causa por la que almacenaban grandes cantidades de maíz, trigo y cebada para la molienda.

En tiempos de la independencia, este sitio fue lugar de concentración de tropas independentistas, tanto de las que venían del norte por el camino real cuanto las que llegaban del sur, haciendo su entrada por el barrio conocido como “El Alpargate”, por lo que debían bordear el río Tahuando para llegar a este sitio, luego de lo cual se alojaban en una especie de galpones que habían sido construidos por los frailes, razón por la que varios religiosos fueron perseguidos por los realistas y muchos de ellos desterrados a lugares distantes como las Filipinas.⁹⁶

Cuando ocurrió la batalla de Ibarra, se registra en documentos del convento de Ibarra que se cavó una zanja de cuatro metros de profundidad por diez de largo para enterrar los cadáveres de los soldados realistas muertos en el combate,

⁹² Archivo Convento Máximo de la Merced de Quito, Iglesias y conventos de la Orden Militar de Nuestra Señora de la Merced de la Provincia de Quito, Convento la Merced de Ibarra, folio 103

⁹³ Ibid.em Tapia, Ibarra...p. 20

⁹⁴ ARTEAGA, José, Pasto y las guerras de la independencia, Pasto, s/e, 1924, p. 12

⁹⁵ Archivo del convento de Santo Domingo de Quito. Convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia de Caranqui, 1635, f. 95

⁹⁶ TAPIA; Tamayo, Amílcar, La Iglesia y su participación en las guerras de la Independencia, UTPL, Loja, 1912, vv.pp

que, en número aproximado de 600, en su mayoría fueron incinerados con paja y madera, razón por la que ciudad se inundó de un olor desagradable que duró aproximadamente quince días. Muchos restos calcinados quedaron a la intemperie, por lo que debió abrirse una nueva fosa en la esquina occidental de la iglesia a la que se llamó “Esquina de las Ánimas”⁹⁷ dando lugar a que la gente le conozca con el nombre de “Plaza de los Chamuscados”.⁹⁸

Hoy recibe el nombre de Plaza Boyacá.

Plaza del Sacrificio o de los Héroe. En las crónicas iniciales de la fundación de San Miguel de Ibarra, no consta la existencia de esta plazoleta; sin embargo, en 1718 el Cabildo de Ibarra dispone que “en la intersección de la primera cuadra que avanza hacia el sur y entre las casas que pertenecen a D. Juan Zeferino y Dña. Micaela Andrade se abra un espacio para implantar el madero de justicia en la cual serán ahorcados los delincuentes y todos quienes atentan contra la autoridad de nuestro amado rey, así como los herejes y apóstatas de nuestra Santa Fe Católica”.⁹⁹

Conforme la antigua usanza española, la viga de la horca era colocada con gran ceremonia y era la mejor advertencia para que los súbditos procedan de acuerdo a la ley, sobre todo desde el punto de vista religioso. Si bien en Ibarra no hubo una comisión del Santo Oficio, tanto el corregidor de la villa cuanto la autoridad eclesiástica debía cuidar que la fe se mantenga intacta entre los habitantes de la ciudad.

Esta pequeña plaza no habría tenido mayor importancia si no hubiese sido por los graves hechos ocurridos en tiempos de la independencia, en donde la autoridad española impuso graves penas contra los sediciosos quiteños que se levantaron contra la monarquía el 10 de agosto de 1809. Ellos fueron perseguidos por las autoridades españolas dirigidos por Toribio Montes, hombre cruel y sanguinario que conquistó Quito a sangre y fuego el 8 de noviembre de 1812, luego de lo cual los patriotas debieron huir al norte encabezados por el obispo Cuero y Caicedo, a su vez primer presidente de la Junta Soberana de Quito.

En San Antonio de Ibarra se libró un desigual combate en donde los revolucionarios fueron vencidos por las tropas realistas por lo que fueron tomados prisioneros, entre otros, el coronel Francisco Calderón, padre del futuro teniente Abdón Calderón, héroe en Pichincha, razón por la que fue fusilado junto con 75 compañeros en la llamada “Plaza de Ajusticiamiento” como un escarmiento por su atrevimiento contra el gobierno del rey. La gente, entonces, la llamó “Plaza de los Mártires”.

Hoy se la identifica como Plaza del Águila.

Plaza de los Mechones o del barrio San Agustín. Esta es otra plaza muy tradicional que corresponde al barrio San Agustín. Cuando se fundó la villa, los padres agustinos Pedro de San Agustín, prior del convento, Pedro de los Olivos y Gabriel de Saona, conventual, recibieron de manos de Juan Fernández de Recalde, Presidente de la Real Audiencia de Quito, “toda la cuadra número sesenta y nueve,

97 Ibidem. Archivo del convento de Santo Domingo de Quito, Ibarra, Notas e inventarios de comunidad, 1835, f. 70

98 Andrade, Manuel, “Cosas de mi tierra”, folleto., s/a, s/e, p. 11.

99 Archivo Municipal de Ibarra, Actas del Cabildo, año 1718, f. 106

con calidad que si dicho convento no fuere adelante y se deshiciere queda vacante la dicha cuadra, para disponer de ella como pareciere. Este hecho ocurrió el 8 de octubre de 1611.”¹⁰⁰

Una vez recibido el amplio solar, el padre Saona inicia en el año 1615 la construcción de su convento para lo cual pide al padre Juan de Lar, prior del convento de San Agustín, de Quito, “permiso para iniciar las obras con mitayos provenientes de la región de Pimampiro que en número de cincuenta ha proveído el Cabildo de Ibarra.”¹⁰¹

En el año de 1765, el padre José de Ribera, doctrinero de Urcuquí, informa: “desde que los padres de la religión de San Agustín no sirven a la iglesia por asuntos de su Orden, la iglesia es atendida por seculares y es alterna de la iglesia matriz sobre todo por razones de deterioro y vejez de su techo y tumbado. En la plaza que está frente a la iglesia se queman chamarascas, se tocan pífanos y arden mechones toda la semana que es fiesta de las vísperas de Ntro. Padre San Agustín y desde esta fecha no se admiten otros fuegos para otros días ni santorales, por eso la gente le conoce con el nombre de la plaza de los mechones...”¹⁰²

En tiempos de la independencia, luego del fusilamiento del coronel Francisco Calderón ocurrido el 3 de diciembre de 1812, en la madrugada del 6 del mismo mes, en la plazoleta de San Agustín amanecieron ardiendo cuatro mechones y en sus ramas colgaban sendos crespones negros como señales de dolor e impotencia por el injusto fusilamiento de los patriotas, por lo que las autoridades españolas desplegaron intensos rastreos de los responsables, sobre todo de D. Luis Cifuentes, por ser uno de los más entusiastas por la causa de la libertad...”¹⁰³

Actualmente se la conoce como Plaza de San Agustín.

100 Villalba, Jorge, S.I. “Fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra” en *Monografía de Ibarra, Colección “Amigos de Ibarra”, No. 1, Ibarra, Ediciones La Verdad, 1995, p. 192*

101 Archivo del convento de San Agustín de Quito, Convento de la Villa de Ibarra, Libro I, folio 94

102 Ibidem. Archivo san Agustín. Inventarios, Libro I., folio 63

103 Archivo Curia Diocesana de Quito. Informes de curatos de la Villa de Ibarra, Tomo II, folio 76 Cfr. Tapia, Ibarra...p.33

De la Batalla del Pichincha a la Batalla de Ibarra. Contexto de dos jornadas que sellaron la Independencia

Pablo Rosero Rivadeneira



De la Batalla del Pichincha a la Batalla de Ibarra. Contexto de dos jornadas que sellaron la Independencia.

Resumen: El presente artículo aborda la relación y el contexto entre dos episodios que marcaron la emancipación política del Ecuador: la Batalla del Pichincha ocurrida el 24 de mayo de 1822 y la Batalla de Ibarra suscitada poco más de un año después, el 17 de julio de 1823. El texto aborda cómo la insurrección de Pasto puso en entredicho al gobierno de la Gran Colombia y cómo el enfrentamiento ocurrido en Ibarra en julio de 1823 entre el libertador Simón Bolívar y el coronel realista Agustín Agualongo no fue una escaramuza aislada sino parte de una respuesta más amplia en la cual se movilizó todo el Departamento del Sur, actual República del Ecuador.

Esta respuesta buscaba garantizar la estabilidad del nuevo régimen acosado por diferentes frentes, principalmente disputas internas y los focos de resistencia realista el principal de los cuales estaba ubicado en Pasto, actual República de Colombia.

El artículo presenta hallazgos archivísticos realizados por el autor, principalmente en el Archivo Histórico del Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, muchos de los cuales por primera vez salen a la luz. A través de estos documentos, el autor ofrece una idea de la vida cotidiana en Ibarra e Imbabura en los meses previos a la batalla liderada por Bolívar. Analiza la población, la situación de los esclavos e indígenas, las obras públicas, la educación, la vialidad, la salud, entre otros aspectos de interés.

Palabras claves: Batalla de Ibarra, Independencia, Gran Colombia, Simón Bolívar, Ibarra, Historia de Ecuador.

From the Battle of Pichincha to the Battle of Ibarra. The context of two milestones that sealed the Independence

Summary: This article addresses the relationship and context between two episodes that marked the political emancipation of Ecuador: the Battle of Pichincha that occurred on May 24, 1822 and the Battle of Ibarra that occurred a little more than a year later, on July 17, 1823. The text discusses how the insurrection of Pasto challenged the government of Gran Colombia and how the confrontation that took place in Ibarra on July 1823 between the liberator Simón Bolívar and the royalist colonel Agustín Agualongo was not an isolated skirmish but part of a broader response in which the entire Department of the South, now the Republic of Ecuador, was mobilized.

This response sought to guarantee the stability of the new regime beset by different fronts, mainly internal disputes and pockets of royalist resistance, the main one of which was located in Pasto, today's Republic of Colombia.

The article presents archival findings made by the author, mainly in the Historical Archive of the Aurelio Espinosa Pólit Museum and Library, many of which come to light for the first time. Through these documents, the author offers an idea of daily life in Ibarra and Imbabura in the months prior to the battle led by Bolívar. He analyzes the population, the situation of slaves and indigenous people, public works, education, health, and other aspects of interest.

Key words: Battle of Ibarra, Independence, Gran Colombia, Simón Bolívar, Ibarra, History of Ecuador.

El día después de Pichincha

El efecto inmediato del triunfo obtenido por el ejército libertador en la Batalla del Pichincha fue la anexión del territorio de la antigua Audiencia de Quito a la Gran Colombia y el nombramiento de Sucre -de apenas 27 años- como intendente del Departamento de Quito. En esa demarcación quedaban incluidos las ciudades y pueblos de la Sierra norte, hasta Pasto inclusive que, como veremos, fue el último bastión de la resistencia realista.

El cambio de sistema político fue ciertamente dramático y complejo. Se trataba nada menos que del paso del Antiguo Régimen, basado en la monarquía, el derecho divino de los reyes y los fueros y privilegios de la nobleza, a un sistema republicano basado en la democracia, es decir en el poder y la supremacía del pueblo que expresa su voluntad a través del mecanismo de elecciones populares.

Desafortunadamente, esa ruptura fue más simbólica que práctica. Las mejoras de las condiciones de vida para la mayor parte de la población no pasaron de ser un anhelo, muchas veces frustrado por los intereses particulares de los nuevos detentadores del poder y por los problemas estructurales heredados del coloniaje.

En lo simbólico, además de la adopción del tricolor creado por Francisco de Miranda (1750–1816) y del diseño de las “armas de Colombia”, estuvo la eliminación de los escudos de armas, los títulos nobiliarios y las instituciones del Antiguo Régimen¹⁰⁴:

“Así, en la Constitución de Cúcuta de 1821 -a través de la cual se creó la República de Colombia y quedó institucionalizada como su ley fundamental- se abolieron los títulos nobiliarios, mayorazgos y demás privilegios hereditarios (...). Estas normativas rigieron en el Departamento del Sur de la República de Colombia, hoy República del Ecuador, desde 1822 hasta 1830, y sus previsiones abolicionistas fueron expresamente confirmadas por las posteriores constituciones ecuatorianas, de 1835 (artículo 100) y de 1843 (artículos 89 y 94).”¹⁰⁵

Décadas después de la independencia, don Juan León Mera, uno de nuestros mayores escritores y descendiente de una familia que luchó del lado patriota,¹⁰⁶ comentó lo siguiente sobre la transición del sistema monárquico al republicano:

“Por aquel tiempo no faltaron, como no faltan nunca, hombres veletas, que se mueven según el viento que sopla. Hubo quienes fueron realistas decididos hasta el 24 de mayo de 1822 y después de esta fecha se dieron maña de encuadernarse con los patriotas y aun consiguieron empleos. A uno de estos vividores, como los llama el pueblo, se fustigó con las siguientes décimas, que son, a su manera, página de historia:

104 El Dr. Álvaro Mejía comenta cómo el general Bartolomé Salom -quien en julio de 1823 cumplió un papel esencial en la Batalla de Ibarra- dispuso la destrucción de los escudos nobiliarios tallados en piedra en algunas casas y edificios de Quito. No sabemos si esta disposición abarcó también a otras ciudades como Ibarra, pero, felizmente, se salvó el escudo de armas que coronaba la portada de piedra del acceso lateral de la antigua iglesia de la Compañía de Jesús en esta ciudad. Dicho escudo y portada pueden verse hasta hoy en el ingreso a la capilla de la Unidad Educativa Oviedo.

105 Mejía Salazar, Álvaro. “Usos y costumbres del Antiguo Régimen tras la Independencia”, en *Pichincha. Más allá de la batalla*, Quito, Procuraduría General del Estado, 2022, p. 91.

106 En efecto, don Juan León Mera, por vía materna, era nieto de Tomás Martínez, comerciante y prócer ambateño; además, sobrino nieto del coronel Nicolás Vásquez, edecán de Bolívar y bisnieto del prócer Juan Manuel Vásquez (Ver: Fernando Jurado Noboa, *Juan León Mera Iturralde*, Banco Central del Ecuador, Quito, 2006, p.20).

“Paisano, ¿no es un primor
que quien fino sirvió al rey
hoy nos quiera dar la ley
metido a gobernador?
¿Que con banda tricolor
se muestre al público, ufano,
quien con un sable en la mano
entró a Quito tan orondo,
acaudillando a Arredondo¹⁰⁷,
nuestro opresor inhumano?”¹⁰⁸

Así las cosas, el panorama que enfrentó Sucre tras la victoria de Pichincha no fue nada fácil y estuvo marcado por la penuria económica derivada de los ingentes gastos de guerra, las sublevaciones y escaramuzas de los últimos focos de resistencia realista y hasta la falsificación de moneda. A esto se sumó la presencia intermitente de una epidemia de viruela y otras enfermedades que se extendió hasta 1824.

Sucre, sin embargo, gobernó. Destaca, en esos meses de mayo a noviembre de 1822, su preocupación por el estado de la educación, y de ahí su pedido de una estadística del número de escuelas y maestros en cada cantón del Departamento del Sur. Por alguna razón, los datos de Ibarra sólo se reportaron en 1826, como veremos más adelante.

Ibarra en la Gran Colombia

En Ibarra la situación no era mejor que en Quito. Es importante recordar que la ciudad venía de una grave crisis que ya fue descrita tanto por Espejo como por Caldas a finales del siglo XVIII. Mientras el primero hablaba de “resucitar Ibarra”, el segundo evocaba la antigua magnificencia de la que sólo quedaban “las tristes reliquias de una villa rica y floreciente”.¹⁰⁹

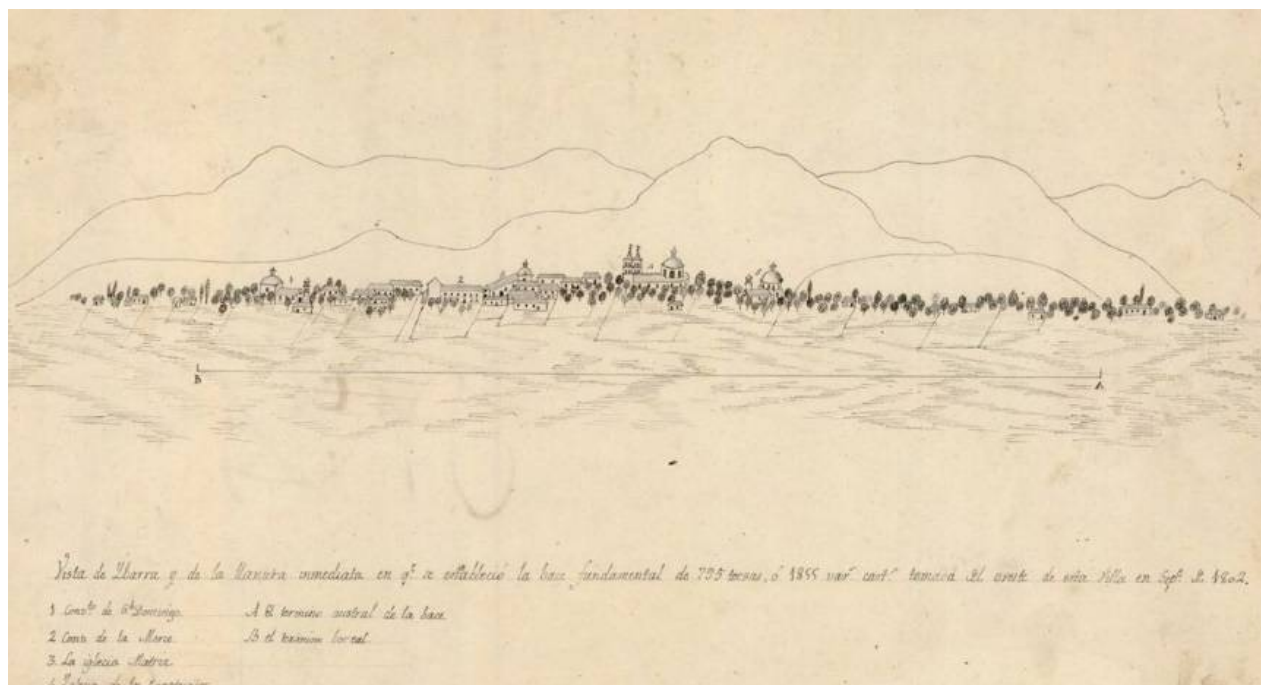
La pobreza generalizada, las enfermedades y el azote de la guerra dejaron su impronta en la ciudad. Empero, si hacemos una comparación de los datos del censo realizado en 1779 por el corregidor Juan Zarzana y Cuéllar con otro censo realizado en 1825 -ya en la época grancolombiana- veremos que mientras casi todos los pueblos de la jurisdicción de Ibarra aumentan su población, la de la villa como tal disminuye de 5.187 en el año 1779 a 4.458 en el año 1825.

Es probable que esa disminución de la población de la villa en un lapso de 46 años se deba a su posición geopolítica como escenario de dos cruentos enfrentamientos: la defensa por el Estado Libre de Quito en noviembre y diciembre de 1812 y la Batalla de Ibarra del 17 de julio de 1823, sin contar con varias escaramuzas que seguramente se produjeron en el ínterin. Súmese a esto su posición como paso obligado para las tropas que iban y venían entre Quito y la siempre realista Pasto.

107 Se refiere a Manuel Arredondo y Mioño (1774 – 1842) jefe de la soldadesca realista que arribó a Quito con la intención de sofocar el movimiento del 10 de agosto de 1809. Fue uno de los principales responsables de la masacre del 2 de agosto de 1810.

108 Michelena, Xavier. *Juan León Mera. Antología Esencial*, Banco Central del Ecuador - Abya Yala, Quito, 1994, pp.165, 166.

109 Rosero Rivadeneira, Pablo. “Ibarra en páginas de libertad, primera parte: rostros y figuras en los albores de la Independencia”, en *Revista Imbabura*, Ibarra, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura, 2022, n° 68, pp. 132, 137.



Vista de Ibarra. Francisco José de Caldas. Tinta sobre papel. Septiembre de 1802. Ministerio de Defensa de España.

Sea de esto lo que fuere, cuando Sucre -ya como intendente del Departamento de Quito- impuso al cabildo ibarreño una contribución de 4.000 pesos para sostener los gastos de la guerra, el Concejo interpuso el 17 de julio de 1822 -un año exacto antes de la Batalla de Ibarra- una petición para aportar solamente 3.000 pesos, pues “le era imposible la recolección de los cuatro mil pesos designados a este cantón y sus pueblos (...) [debido a] la lamentable situación, pobreza y ningunos arbitrios de estos lugares, porque las únicas personas de comodidad de este partido se hallan exceptuadas¹¹⁰ según la lista que acompañó con su oficio de 14 de junio último”.¹¹¹

Sucre accedió al pedido y el cabildo ibarreño le dio las gracias con oficio del 31 de julio de 1822 que se conserva, junto a una extensa y valiosa colección de documentos sobre la independencia, en el Archivo Histórico del Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit (CCBEAEP) de Quito.

Ese mismo cabildo recibió, el 8 de octubre de 1822, el diseño con el escudo de armas de la Gran Colombia: “Manifestó el señor juez político¹¹² un diseño de las armas creadas por nuestra grande República de Colombia que se le ha remitido por el señor general de división de los ejércitos libertadores, intendente del departamento de Quito, Antonio José de Sucre, con su superior oficio preventivo de que aquella insignia de soberanía que manifiesta nuestra libertad se archivare, para una memoria futura de la gloriosa revolución de América, en el libro de las actas capitulares.”¹¹³

110 Probablemente algunos terratenientes que tenían propiedades en Imbabura pero que ya habían dado su contribución económica en Quito.

111 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Petición del Cabildo de Ibarra al Exmo. Señor General Intendente de Quito*, Ibarra, 17 de julio de 1822. Se ha actualizado la ortografía del original y se han introducido palabras entre corchetes para comprender el sentido del texto.

112 Joaquín Gómez de la Torre y Tinajero (1785 – 1867), padre del coronel Teodoro Gómez de la Torre, fue nombrado juez político y presidente del ayuntamiento ibarreño luego de la Batalla del Pichincha.

113 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Acta del cabildo de Ibarra recibiendo el diseño del escudo de armas de la Gran*

Un día antes se habían realizado las primeras elecciones democráticas en el marco de la Constitución de la Gran Colombia de 1821¹¹⁴ y se había nombrado un nuevo cabildo para la ciudad:

“Los señores presidente y electores de la Asamblea Provincial, después del nombramiento de presidente y vicepresidente de la República y de senadores y diputados representantes, continuando con sus sesiones, procedieron a la instalación de los cabildos de todos los cantones en ejercicio de las facultades que le concede la Ley Orgánica de dos de octubre del año inmediato anterior (...). Se hizo la elección de los que corresponden al de Ibarra y quedaron nombrados de alcaldes los ciudadanos José Valentín Posse y Joaquín Ribadeneyra y Cuello; de regidores, los ciudadanos Mariano Yepes, Bernardo Román, Miguel Gangotena, Manuel Freire y Chiriboga, Fernando Grijalva, y Juan Antonio Pástor de alguacil mayor, y de procurador general el ciudadano José Viteri. En su virtud, ordenó la asamblea se ponga en conocimiento de los elegidos por el conducto del señor juez político de dicho cantón, para que inmediatamente entren al uso y ejercicio de sus funciones.”¹¹⁵

Como menciono en mi artículo publicado en el catálogo de la exposición *Memorias de un héroe*, realizada por el CCBEAEP en 2022, al leer estos valiosos documentos “emociona leer la palabra ‘ciudadano’ antepuesta a los nombres de las personas acaso por primera vez (...) [Este signo] da fe de la enorme y compleja ruptura que significó, hace doscientos años, pasar del poder divino de los reyes a la supremacía del pueblo.”¹¹⁶

Pocos días más tarde, y también desde Ibarra, Antonia Salgar, viuda de un caído en Huachi, encarecía a Sucre la emisión de un salvoconducto para volver a su país¹¹⁷, de donde había salido con su esposo por la causa de la libertad:

“Desde que se pensó en nuestra regeneración política, tomó partido en ella mi difunto marido. Empezó a servir tomando las armas contra el enemigo, levantó milicias y, por su distinguida adhesión al sistema, se le dio el grado de coronel de ellas; más, siendo adversa la fortuna y mayor el poder del enemigo, perdida que fue la plaza de Santa Fe¹¹⁸, se vio precisado a emigrar a estas provincias conmigo y todos sus hijos. Puesto aquí, volvió a formar su revolución en favor de la patria, fue perseguido por el tirano, hizo su fuga hasta que logró reunirse en la ciudad de Guayaquil con el ejército libertador y seguir su marcha a la de Quito, demostrando valor en las acciones contra el enemigo, hasta morir con las armas en la mano en los campos de Huachi¹¹⁹, de que Vuestra Señoría es buen testigo.”¹²⁰

Colombia. Ibarra, 8 de octubre de 1822. Se ha actualizado la ortografía del texto original. No sabemos si este diseño del escudo de armas de la Gran Colombia se salvó de la incuria del tiempo y de los estragos del terremoto de 1868. Si así fue, sería de esperar que se conserve en el Archivo Histórico del Ilustre Municipio de Ibarra.

114 El mecanismo de elecciones previsto por la Constitución de la Gran Colombia difería bastante de la modalidad electoral que conocemos hoy, pues, en esa época, por cada cantón se nombraban previamente “electores” que acudían a una asamblea electoral donde se nominaban y votaban las autoridades a elegirse.

115 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Acta de Instalación del cabildo de Ibarra en ejercicio de las facultades previstas por la Constitución de la Gran Colombia*. Quito, 7 de octubre de 1822. Se ha actualizado la ortografía del texto original.

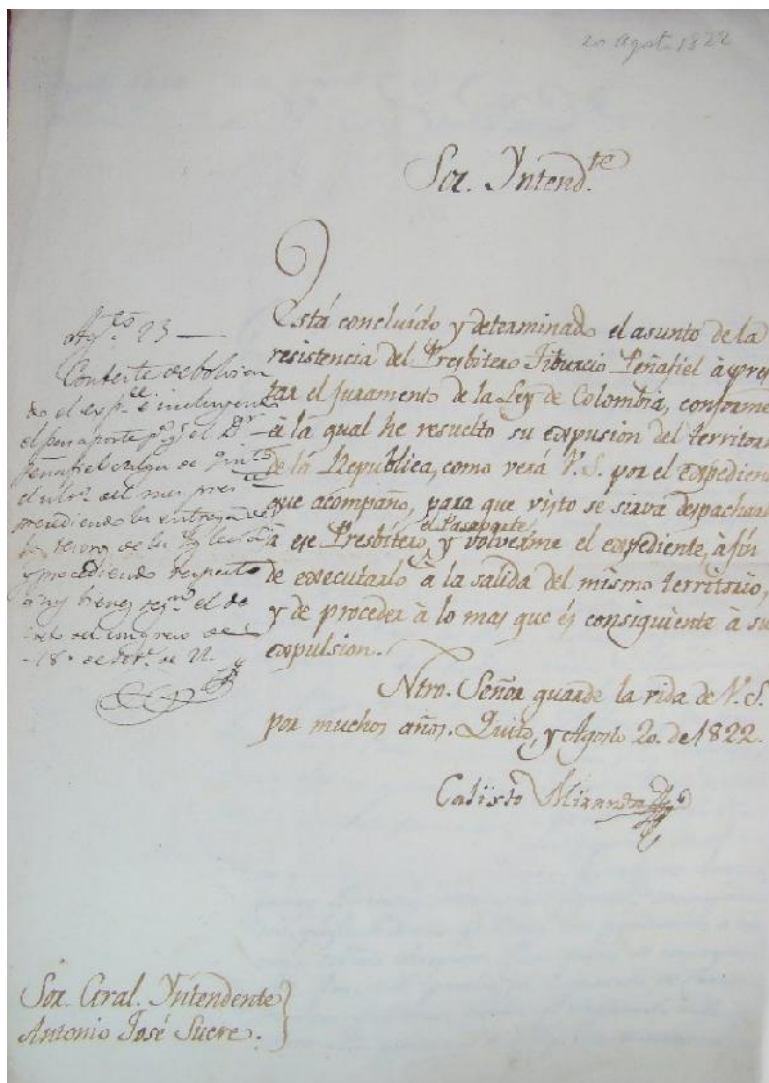
116 Rosero Rivadencira, Pablo. “Conservar el alma de la patria: el acervo bibliográfico y documental de la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit en el período de la Independencia 1809 -2022”, en *Memorias de un héroe. Homenaje al Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre*, Quito, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, 2022, p. 60.

117 Probablemente la Nueva Granada, actual República de Colombia.

118 Se refiere a Santa Fe de Bogotá.

119 La segunda Batalla de Huachi, ocurrida el 12 de septiembre de 1821.

120 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Carta al Intendente de Quito dirigida por Antonia Salgar, viuda de un caído en Huachi*. Ibarra, 16 de octubre de 1822. Se ha actualizado la ortografía del original y se han descifrado las abreviaturas.



Carta a Sucre acerca de la expulsión del clérigo realista Tiburcio Peñafiel. Calixto Miranda y Suárez. Quito, 20 de agosto de 1822. Manuscrito. Centro Cultural BEAEP

Las medidas contra los vencidos

Para comprender mejor el contexto de Ibarra y su provincia en el régimen grancolombiano vale la pena revisar las disposiciones que se tomaron contra los españoles que permanecieron en el territorio de la Gran Colombia. Como vimos líneas atrás, la capitulación luego de la Batalla del Pichincha favorecía que los vencidos pudieran pasar a Europa en condiciones honrosas.

Sin embargo, hay que recordar que uno de los primeros actos del nuevo régimen fue la jura de la Constitución de la Gran Colombia¹²¹ por parte de todos los habitantes de la nación incipiente, y que algunos españoles y partidarios del antiguo régimen que se habían quedado luego de la Batalla del Pichincha se negaron a hacerlo, lo que les valió su expulsión del territorio grancolombiano. Tal

121 En Otavalo, el gobernador del cantón, dispuso que “después que se publique la Constitución Colombiana, el 28 de julio, que se ilumine la ciudad, tenga lugar una corrida de toros y cuentas diversiones se inventasen por tres días consecutivos” (Juan de Dios Navas, *Ibarra y sus provincias de 1534 a 1932* 1935, Vol. II, Editorial El Correo, Quito, 1935, p.74).

fue el caso del clérigo realista Tiburcio Peñafiel quien se negó rotundamente al juramento y fue expulsado a sugerencia del constitucionalista ibarreño Calixto Miranda y Suárez¹²²: “Está concluido y determinado el asunto de la resistencia del presbítero Tiburcio Peñafiel a prestar el juramento de la Ley de Colombia, conforme a la cual he resuelto su expulsión del territorio de la República, como verá Vuestra Señoría por el expediente que acompaño, para que visto se sirva despacharle a ese presbítero el pasaporte y volverme el expediente a fin de ejecutarlo a la salida del mismo territorio y proceder a lo más que es consiguiente a su expulsión.”¹²³

Así también, desde el nuevo gobierno, se impartieron normas severas para los españoles y simpatizantes del Antiguo Régimen que, a pesar de todo, se quedaron, tales como la prohibición de vivir alejados de las cabeceras cantonales y la obligación de presentarse ante la autoridad local cada sábado, además de la imposición de multas y la enajenación de bienes.

El cambio del régimen monárquico al republicano se dejaba ver también en los cargos públicos, colocando a partidarios del nuevo régimen en lugar de los antiguos funcionarios realistas. Así sucedió, por ejemplo, con el antiguo administrador de correos de Otavalo: “Desde que me hice cargo de esta Administración General de Correos, de acuerdo con el señor general intendente del Departamento, Antonio José de Sucre, se separaron todos los sospechosos en el sistema o realistas que manejaban la renta en las estafetas subalternas, siendo uno de ellos Miguel Jaramillo, colocado en la de Otavalo, cuyo reemplazo se verificó en el ciudadano Marcos Alarcón, que es el actual administrador de aquel cantón; lo que servirá a Vuestra Señoría de gobierno para satisfacer a Su Excelencia el señor Libertador Presidente.”¹²⁴

Como recordaba Juan León Mera, muchos fervorosos realistas se dieron maña para mimetizarse en el nuevo régimen con la vieja estrategia del “cambio de camiseta”. Será por eso que el pueblo, tras la caída del régimen monárquico y el ascenso del sistema republicano acuñó aquella frase -también recogida por Mera- de “último día del despotismo y primero de lo mismo”.

El impulso de Bolívar y Sucre a la educación

Es digna de destacar la preocupación tanto de Sucre como de Bolívar por mejorar la educación en el Departamento del Sur, actual República del Ecuador. En el caso de Ibarra, es importante recordar que subsistía tanto la escuela de primeras letras como la cátedra de latinidad¹²⁵ que los jesuitas habían establecido con los intereses del legado otorgado en el siglo XVII por Manuel de la Chica Narváez. La expulsión de los hijos de San Ignacio en 1767, afortunadamente, no logró arrebatar esta escuela y cátedra que les pertenecía, por derecho propio, a los ibarreños.

122 El ibarreño Calixto Miranda y Suárez (¿1750? – 1829) fue un sacerdote que trabajó fervorosamente por la independencia. Fue autor de uno de los proyectos de constitución para el Estado Libre de Quito de 1812 y tras el triunfo en la Batalla del Pichincha se convirtió en una especie de interlocutor con el Estado sobre los asuntos eclesiásticos. Hacia el final de su vida y con el auspicio de Bolívar fue electo obispo de Cuenca, pero no llegó a posesionarse.

123 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Carta al Intendente del Departamento de Quito sobre la expulsión del clérigo realista Tiburcio Peñafiel*. Quito, 20 de agosto de 1822. Se ha actualizado la ortografía del original y se han descifrado las abreviaturas.

124 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Separación del administrador de correos de Otavalo por ser realista*. Quito 22 de noviembre de 1822. Se ha actualizado la ortografía del original y se han descifrado las abreviaturas.

125 La clase de latinidad de aquella época era parte de lo que hoy entenderíamos como educación secundaria (José Félix Heredia, *La antigua provincia de Quito de la Compañía de Jesús y sus misiones entre infieles, resumen sincrónico de su historia*, Centro Ignaciano Pedro Arrupe, Quito, 2001, p.53).



Iglesia de San Francisco Javier que la Compañía de Jesús tuvo en Ibarra. Luis Salas Garzón bajo la dirección de Mons. Elías Liborio Madera. Siglo XX. Xilografía.
Tomado del Volumen III de la Monografía de Ibarra

Sucre dispuso, en los primeros meses de su gestión como intendente del Departamento de Quito, levantar una estadística con el número de escuelas y de maestros en cada cantón. De Ibarra se conserva, en el CCBEAEP, una carta firmada por fray José Andrade en la que confirma que existe una escuela (sin duda se refiere a la que establecieron los jesuitas) atendida por un sólo religioso, pero que “con motivo de haberse ido retirando los jóvenes, ha cerrado la enseñanza”¹²⁶.

Bolívar, por su parte, en enero de 1823, se preocupó de dotar de una mayor remuneración a la cátedra de latinidad que subsistía desde el tiempo de los jesuitas. Dispuso que se agregasen 120 pesos al salario del catedrático¹²⁷ con cargo a las rentas que producían las haciendas de Pisquer y Guaquer, que pertenecían a la Junta de Temporalidades¹²⁸.

Empero, parece ser que los datos exactos que pedía Sucre sobre el estado de las escuelas en Imbabura sólo llegaron en 1826. Por un documento de ese año confirmamos que el aumento de 120 pesos a la renta del catedrático de latinidad permitió que ese docente tuviera un salario anual de 300 pesos.¹²⁹ Así, también podemos saber que la escuela de primeras letras tenía 65 estudiantes varones y ninguna mujer;¹³⁰ que la renta del maestro era de 200 pesos anuales que se pagaban 110 de las rentas municipales y 90 del ramo de temporalidades, y que a la cátedra de latinidad asistían 26 jóvenes.¹³¹

126 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Informe al ayuntamiento de Ibarra sobre la existencia de una escuela*, 1822.

127 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Oficio al juez político de Ibarra sobre el decreto del Libertador agregando ciento veinte pesos a la cátedra de Latinidad de Ibarra*. Quito, 22 de enero de 1823.

128 La Junta de Temporalidades fue el organismo creado por la Corona española para administrar los bienes de los jesuitas expulsos. Fue una verdadera ave de rapiña que, en pocos años, dilapidó y destruyó la productividad de esos bienes. Hasta 1767 las haciendas de Pisquer y Guaquer fueron de los jesuitas.

129 Es decir, antes del aumento hecho por el Libertador, la remuneración anual de este catedrático era de 180 pesos.

130 Sin embargo, a las escuelas de Caranqui y San Antonio asistían 3 mujeres en cada caso.

131 Archivo particular, *Estado que manifiesta el número de escuelas que hay en la provincia de Imbabura*. Ibarra, 10 de julio de 1826.

Más adelante, y a pesar que el proyecto de la Gran Colombia empezaba a hacer agua por todas partes, Bolívar continuó apoyando la educación en Imbabura y fundó el Colegio de San Basilio el 16 de febrero de 1828.¹³² Este colegio, cuyo financiamiento provenía de los legados de Martín Sánchez y José Manuel Cifuentes, funcionó en el convento de La Merced, subsistió hasta los primeros años de la República y fue el germen del Colegio Seminario de San Diego -hoy Academia Militar-.

Las obras públicas y la salud en el período grancolombiano

Como mencioné en mi artículo sobre la vida cotidiana en Ibarra en el siglo XVII, el acceso al agua fue una de las necesidades de la villa durante la época colonial. Aunque en 1652 el cabildo dispuso la construcción de una fuente en la plaza Mayor, pensamos que esta nunca llegó a edificarse debido a la penuria del erario municipal. Afortunadamente, los jesuitas habían dotado a los solares que poseían al sureste de la plaza Mayor, de agua traída por cañería desde el Tahuando, y entregaban una paja de agua gratis al pueblo.¹³³

Como tras la expulsión de los jesuitas en 1767 el edificio de su colegio en Ibarra se vendió¹³⁴, es probable que, asimismo, se suspendiese la entrega de agua gratis al pueblo. Esto explicaría que, en tiempos de la Gran Colombia, el acceso al agua potable siguiera siendo una clamorosa necesidad de los habitantes de Ibarra; y por eso mereció aplauso y gratitud cuanto hizo el primer gobernador, Eusebio Borrero¹³⁵, por la construcción de una cañería que a la población llevase agua. En febrero de 1825 la Gaceta Nacional de Colombia (N° 173) elogiaba su patriotismo y celo por “la cañería y establecimiento de una fuente en la villa de Ibarra”, encareciendo a la vez la “generosidad patriótica” del coronel Manuel Larrea, que para la obra dio quinientos pesos.¹³⁶

Borrero también se preocupó de dotar de un local a la casa de Gobierno de Ibarra, y para este fin pidió autorización para comprar el edificio que fue del antiguo colegio jesuita. El 5 de enero de 1825 se le concedió dicha autorización¹³⁷. También se interesó por proporcionar un local a la escuela de primeras letras que subsistía desde el tiempo de los jesuitas.¹³⁸ Probablemente, este local se emplazaba en el convento de La Merced, habida cuenta del escaso número de religiosos y de las disposiciones del Libertador para suprimir aquellos conventos

132 Villalba, Jorge. “Expulsión de los jesuitas del Colegio de Ibarra - Destino de sus bienes”. En Vol. III de *Monografía de Ibarra*, de Sociedad Cultural Amigos de Ibarra. Talleres Offset Diario La Verdad, Ibarra, s.f, p. 385.

133 Rosero Rivadeneira, Pablo. “Carne, cereales y libros: el costo de la vida en la Ibarra del siglo XVII”, en <https://apuntesdelbaul.blogspot.com/2023/01/carnes-cereales-y-libros-el-costo-de-la.html> (19-02-2023).

134 El P. Jorge Villalba, S.J., menciona que en 1825 el edificio pertenecía al presbítero Vicente Carbo Unzueta (P. Jorge Villalba, S.J., “Expulsión de los jesuitas...”, cit., p. 385).

135 El coronel granadino Eusebio Borrero (1790–1853) participó desde muy joven en la lucha por la independencia. Cooperó con los patriotas del Estado Libre de Quito de 1812, y por esta causa fue condenado a muerte por el jefe realista Toribio Montes. Escapado de la condena, más tarde se unió a la División Protectora de Quito y estuvo presente en la primera derrota de Huachi. Combatió en la Batalla del Pichincha y, tras esta, fue nombrado secretario del mariscal Sucre mientras este se desempeñaba como intendente del Departamento de Quito. Luchó también en la Batalla de Ibarra del 17 de julio de 1823 y, después de la Batalla de Ayacucho, en 1824, fue nombrado gobernador de la recién creada provincia de Imbabura, siendo el primer ciudadano en desempeñar tal cargo. En honor a este patriota, hoy lleva su nombre una de las calles de Ibarra.

136 Madera, Luis F. *Cabos Suelos*, Imprenta Municipal Pedro Moncayo, Ibarra, 1975, p. 11.

137 Villalba, Jorge. “Expulsión de los jesuitas...”, cit., p. 385).

138 Anónimo, *Eusebio Borrero*, Cali, 1854, p. 6.

que tuvieran menos de ocho religiosos con la finalidad de destinar sus edificios para fines educativos.¹³⁹

También en 1825 el gobernador Borrero concibió un plan insólito para mejorar la salubridad en Ibarra, frecuentemente azotada por el paludismo y otras enfermedades. Se trataba, nada menos, que de desecar la laguna de Yahuarcocha:

“La laguna de Yahuarcocha es, en sentir de hombres inteligentes, muy perjudicial a la sanidad de gentes de Ibarra, pues se atribuye a su inmediación, con bastante fundamento, la insalubridad del clima de esta villa. No sería difícil desaguarla en el río Tahuando, del que dista muy pocas cuadras, que está muy inferior a ella y que tiene un cauce bastante ancho y profundo. Así estuvo resuelto antiguamente por el Gobierno español, a solicitud de los padres de San Agustín, que poseen una hacienda¹⁴⁰ en las márgenes de esta laguna, y que pretendían se les adjudicase el terreno que ocupa la laguna para sembrar caña de azúcar: bien que el Gobierno español lo permitió por el interés de aprovechar de los tesoros que, por una tradición vulgar, desmentida por la historia de las conquistas de estos países, se dice estar ocultos en su fondo.”¹⁴¹

El plan de los “hombres inteligentes”, que, de haberse llevado a cabo, hubiera tenido consecuencias ecológicas y sociales¹⁴² que deploraríamos hasta hoy, felizmente no se realizó. Quedó asimismo frustrado el proyecto de los agustinos para sembrar de caña de azúcar el fondo de la laguna desecada y a la vez encontrar tesoros tan fabulosos como inexistentes. Ibarra tuvo que esperar 125 años más para encontrar una solución eficaz al paludismo, de manos del Dr. Jaime Rivadeneira.¹⁴³

En cuanto a la salud pública, resulta interesante saber que el 17 de abril de 1823, tres meses exactos antes de la Batalla de Ibarra, se había dispuesto “desocupar las casas de Ayuntamiento con el objeto de que sirviesen de hospital a los enfermos del Batallón Bogotá”.¹⁴⁴ Así, también resulta curioso saber que el 6 de julio de 1823, desde el Puntal¹⁴⁵, Pablo Barrera, subteniente de la compañía de granaderos del Batallón Yaguachi, solicitó al general Bartolomé Salom licencia temporal para recuperarse en “la capital de Quito o en la villa de Ibarra” de “las continuas calenturas y fríos¹⁴⁶ que me acometen diariamente”.¹⁴⁷ Por el lugar desde el que escribe la carta y por la fecha, podemos inferir que Barrera participaba en la campaña contra Pasto que culminó con la Batalla de Ibarra. A escasos días de la ocupación por Agualongo, Ibarra era quizás el lugar menos indicado para restablecer la salud.

139 Madera, Elías Liborio. “La trayectoria del San Diego”. En Vol. VI, de *Monografía de Ibarra*, Ibarra, Sociedad Cultural Amigos de Ibarra, 2006, p. 208.

140 Casi cincuenta años después, en 1874, la hacienda aún era propiedad de los agustinos (Ver: Manuel Alejandro Pasquel, *Memorias de un maestro. Para que lean mis hijos*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1992, p.116).

141 Madera, Luis F. *Cabos Sueltos*, cit., p. 22.

142 El cultivo de caña de azúcar en una zona tan cercana a Ibarra, con la consiguiente producción de aguardiente, habría incrementado aún más el vicio de la embriaguez, que ya en el siglo XVIII era un grave problema social.

143 El Dr. Jaime Rivadeneira (1907–1978) fue un eminente médico y científico que investigó en profundidad las causas que producían el paludismo y creó el método de la “ingeniería de drenajes”: un barrido de las aguas estancadas que servían de hábitat al mosquito *Anopheles*, transmisor de la enfermedad. En 1950 acudió al llamado del cabildo ibarreño para erradicar el paludismo que, desde la Colonia, era el azote de la capital de Imbabura.

144 AHCCBEAEP, Serie Independencia, *Carta al intendente interino del Departamento de Quito con motivo de haber hecho desocupar las casas del Ayuntamiento para que sirvan de hospital*. Ibarra, 17 de abril de 1823.

145 Actual cantón Bolívar, provincia del Carchi.

146 Nombres con los que el pueblo denominaba al paludismo.

147 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Solicitud de licencia temporal dirigida al general Bartolomé Salom*. Puntal, 6 de julio de 1823.



Simón Bolívar. Anónimo. Siglo XX. Óleo sobre tela. Centro Cultural BEAEP.

Así también, por el testimonio del gobernador Eusebio Borrero, recogido por el P. Jorge Villalba, S.J., sabemos que hacia 1825 en Ibarra había “un mal cirujano y un regular médico”. Además, fungía como hospital “una mala casa, abandonada, porque no tiene rentas.”¹⁴⁸

Lo anterior demuestra una necesidad que fue apremiante hasta bien entrado el siglo XIX: la de un hospital para la ciudad. Si bien se habilitaron, como hemos visto, locales improvisados para atender a los heridos de guerra, y aunque, hacia 1860, existió un precario establecimiento sostenido por los padres filipenses, el hospital de Ibarra tuvo que esperar hasta el último cuarto del siglo XIX para hacerse realidad.

Bolívar y el proyecto del camino hacia el mar

El 1 de julio de 1823, apenas dos semanas antes de la Batalla de Ibarra, el Libertador emitió un decreto por el cual concedió varias exenciones para estimular la construcción del camino a Esmeraldas. Años después, en 1828, y con base en este decreto, emitió otro para autorizar el establecimiento de una compañía para la ejecución de esta obra.¹⁴⁹

Empero, la ruta escogida por Bolívar no fue el camino de Malbucho al que me referí en mi artículo *Ibarra en páginas de libertad*¹⁵⁰, sino la ruta que, en el siglo XVIII, había trazado Pedro Vicente Maldonado, a saber, desde Quito hacia Cotacollao, Nono y el noroccidente de Pichincha, hasta llegar al “embarcadero” en el río Esmeraldas y continuar por vía fluvial hasta el puerto del mismo nombre.

148 Villalba, Jorge. “Ibarra: del rey Fernando VII al libertador Simón Bolívar”, en *Homenaje al Libertador*, Ibarra, Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura, 1983, p. 40.

149 AHCCBEAEP, Sección Simón Bolívar, *Decreto sobre el establecimiento de una compañía para abrir el camino de Esmeraldas.*, Bogotá, 13 de febrero de 1828.

150 Rosero Rivadeneira, Pablo. “Ibarra en páginas de libertad”, cit., pp. 141, 142.

La elección de esta ruta en detrimento del camino de Malbucho se dio muchos años antes, cuando la élite quiteña¹⁵¹ prefirió el camino de Maldonado por su cercanía con Quito y por el “buen clima, pocos ríos que atravesar, buen caudal del río Esmeraldas; condiciones contrarias se encontraban en la ruta por el río Santiago.”¹⁵²

Además de lo anterior, las élites quiteñas “dejaron de ver a esa ruta como un simple espacio que permite el paso del camino, para ser considerada como una posible fuente generadora de productos susceptibles de exportación, como lo era Guayaquil”.¹⁵³ Bolívar, amigo de muchas personas de influjo social en Quito, seguramente se hizo eco de los intereses de esa élite y apoyó la creación de la compañía para abrir el camino por esa ruta y no por Malbucho.

Para entonces el camino de Malbucho había recibido dos golpes fatales en la primera década del siglo XIX: la muerte en 1806 del Barón de Carondelet, que tanto trabajó por esta ruta, y las intrigas del cabildo de Guayaquil que “apelaba a España para la clausura del camino y del puerto de La Tola por ser entrada del comercio ilegal”.¹⁵⁴

No sería de extrañar que estas maquinaciones hubieran matado el comercio incipiente que se estaba dando por la ruta de Malbucho y que la falta de mantenimiento y la naturaleza la hayan borrado en poco tiempo. De manera que, en la época grancolombiana, ya no quedaba nada de ese gran esfuerzo de vialidad hecho a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, y era más práctico impulsar la ruta de Maldonado, que estaba más acorde con los intereses de la élite quiteña.

Ibarra y el norte del país tuvieron que esperar hasta 1957¹⁵⁵ para tener una salida al mar a través del ferrocarril, que, empero, no tuvo el impacto deseado y no significó una mejora significativa ni en el comercio ni en las condiciones de vida de las poblaciones por las que pasaba.

La manumisión de los esclavos y la situación de los indígenas

Uno de los ideales de la independencia fue conseguir la libertad de los esclavos que existían en su territorio. Sin embargo, esta noble aspiración chocó de lleno con los intereses de las élites que habían apoyado esa lucha, y por eso el gobierno de la Gran Colombia cumplió solamente en parte ese cometido:

151 Rueda Novoa, Rocío. “La ruta a la Mar del Sur: un proyecto de las élites serranas en Esmeraldas (s. XVIII)”, en *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1992, n° 3, p 52. De acuerdo a esta autora, entre los miembros de esa élite que preferían el camino de Maldonado se encontraba el segundo marqués de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar quien cumplió un papel clave en el movimiento del 10 de agosto de 1809. Varios miembros de su familia, como sus hijos Rosa y Carlos o su hermano Pedro, lucharon abiertamente a favor de la independencia.

152 Rueda Novoa, Rocío. “La ruta a la Mar del Sur...”, cit., p. 52. El camino de Malbucho partía desde Ibarra, se adentraba hacia Lita y remontaba la cordillera hasta llegar al río Santiago, navegando el cual se podía llegar hasta el puerto del Pailón (actual cantón San Lorenzo).

153 Ibidem p. 52.

154 Rocío Rueda Novoa, “La ruta a la Mar del Sur...”, cit., p. 51.

155 La infraestructura para el puerto de San Lorenzo nunca se construyó, y en apenas 30 años el ferrocarril estaba en franco deterioro. Si bien en la década de 2010 se rehabilitó el tramo Otavalo–Ibarra–Salinas con fines turísticos, el proyecto no logró generar sostenibilidad, y en el gobierno de Lenin Moreno (2017–2021) se decretó la disolución de la Empresa Pública Ferrocarriles del Ecuador.



Documento con la firma del Libertador Simón Bolívar. 1822. Manuscrito. Centro Cultural BEAEP

Bolívar introdujo, sobre todo después de 1816, la idea de liberar a los esclavos que se enrolaron en los ejércitos independentistas. Con ello buscaba contrarrestar los reclutamientos que los españoles efectuaban sobre la población negra. Sin embargo, la libertad de los negros adquirió cada vez más una connotación económica que se ocultaba en el radicalismo de las argumentaciones ideológicas. La defensa de un patrimonio y del principio de la propiedad privada se erigían como obstáculos a toda pretensión idealista de otorgar por razones humanitarias la libertad a los negros.¹⁵⁶

El 19 de julio de 1821 el Congreso de la Gran Colombia decretó la libertad de todos los hijos de esclavos que nacieran a partir de la promulgación de esta ley, que contemplaba, además, la creación de juntas de manumisión cantonales. En Ibarra, dicha junta se posesionó el 17 de marzo de 1823, cuatro meses exactos antes de la batalla entre Bolívar y Agualongo. Estuvo integrada por Joaquín Gómez de la Torre y Tinajero, juez político y presidente del Ayuntamiento; Pablo de Santa María y Montesdeoca, vicario foráneo eclesiástico; José Valentín Posse, alcalde primero municipal; Fernando Grijalva, regidor; Francisco Xavier de Velasco, juez de policía; Bernardo Román, tesorero, y Alejo de la Vega, secretario.¹⁵⁷

Un mes antes el juez político, Joaquín Gómez de la Torre, había hecho publicar la ley del 19 de julio de 1821 y había “puesto oficios a todos los curas de esta comprensión, a que los hijos de los esclavos que hayan nacido desde el 25 de mayo último en que las tropas libertadoras ocuparon esta provincia, son libres, anotándolo así en sus partidas de bautismo en los libros parroquiales”.¹⁵⁸

¹⁵⁶ Tovar Pinzón, Hermes. “La manumisión de esclavos en Colombia, 1809- 1851, Aspectos sociales, económicos y políticos”, *Banrepcultural: La red cultural del Banco de la República en Colombia*. En <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-59/la-manumision-de-esclavos-en-colombia-1809-1851> (20-02-2023)

¹⁵⁷ AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Acta de posesión de la junta de manumisión de esclavos de Ibarra*. Ibarra, 17 de marzo de 1823.

¹⁵⁸ AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Carta al señor intendente de Quito sobre la aplicación de la ley de manumisión de esclavos*. Ibarra, 16 de febrero de 1823. Se ha actualizado la ortografía del original.

La junta de manumisión de Ibarra, como las de los demás cantones de la Gran Colombia, tropezó con múltiples obstáculos para conseguir sus propósitos. De acuerdo al censo de 1825 existían 1.844 esclavos en Ibarra y los pueblos de su jurisdicción: 639 esclavos más que los reportados por el censo de 1779. Los afrodescendientes debieron esperar hasta 1852 para conseguir, al menos en el papel, su total libertad.

En contraste, poco se hizo en el siglo XIX por mejorar la situación del indio, sujeto a las veladas formas de esclavismo que eran el concertaje¹⁵⁹ y la cuota de trabajo obligatorio. La imagen que las autoridades tenían del indio la revela una carta del alcalde primero municipal de Ibarra, José Valentín Posse, al intendente de Quito, Vicente Aguirre, con motivo de la aprehensión de desertores de las tropas epublicanas. Para Posse, los indígenas eran “gente inútil para estas empresas”.¹⁶⁰ Esto lo decía el alcalde tres meses antes de que un indígena, Agustín Agualongo, en nombre del rey, ocupase la ciudad y pusiera en jaque la independencia conseguida con la Batalla del Pichincha.

Simón Bolívar en Ibarra

El viernes 14 de junio de 1822, hacia el mediodía, entró Bolívar por primera vez en Ibarra, y permaneció hasta la mañana del sábado 15. Venía desde el norte y pasó su estancia “aturdido de gozo, tratando de atraer a su causa a los vecinos más connotados.”¹⁶¹

De acuerdo con Fernando Jurado Noboa, Bolívar se alojó en la casa secundaria¹⁶² de la familia Gómez de la Torre y “se prendó del juicio y de la inteligencia de doña Rosa [Gangotena]. Allí mismo dio grado militar y nombró como su edecán a Teodoro¹⁶³, de apenas trece años”.¹⁶⁴

Precisamente el coronel Teodoro Gómez de la Torre, en sus memorias autobiográficas, nos deja el siguiente testimonio de la primera vez que Bolívar llegó a Ibarra: “En los meses de mayo y junio de 1822 saboreé los días más agradables de mi vida, porque quedó definida y sellada la independencia de Colombia con el triunfo completo de la República en las gloriosas y grandes batallas del Pichincha y Bomboná, y porque tuve la gloria de conocer al gran Bolívar, que se alojó en nuestra casa con un lúcido y fastuoso recibimiento que

159 En 1918, en la presidencia de Alfredo Baquerizo Moreno, se suprimió de la legislación ecuatoriana la “prisión por deudas”, base del concertaje. Sin embargo, la situación de semi esclavitud del indio persistió hasta bien entrado el siglo XX y fue superada paulatinamente merced a la toma de conciencia, organización y lucha de los pueblos y nacionalidades indígenas.

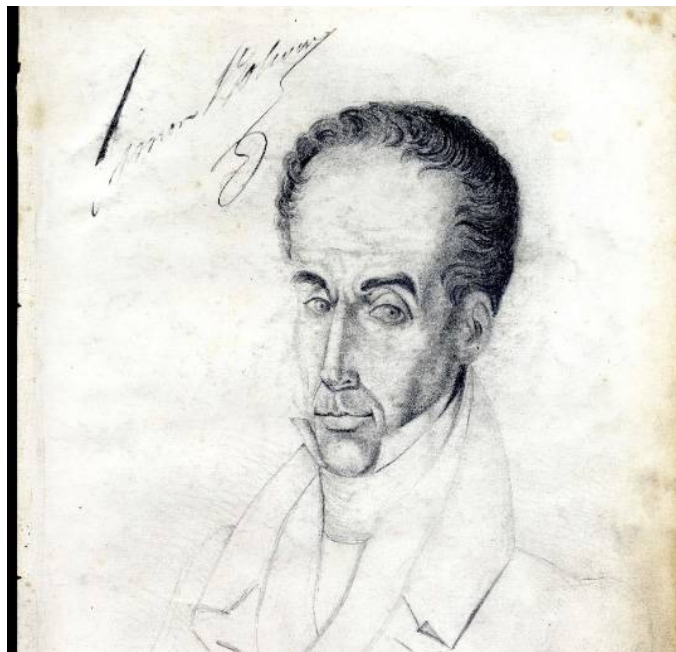
160 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Carta al intendente de Quito sobre la aprehensión de desertores*. Ibarra, 17 de abril de 1823. Parece que el alcalde Posse ignoró u omitió el aporte de los caciques de Cayambe, que pusieron a todos sus hombres a disposición de Sucre en diciembre de 1822 para la campaña contra Pasto. Sucre aceptó solamente 50 hombres “*que supieran castellano y fueran solteros*” (P. Jorge Villalba, S.J., *Ibarra: del rey Fernando VII al libertador Simón Bolívar*, cit., pag. 38).

161 Jurado Noboa, Fernando. *Las noches de los libertadores*, Vol. 1, Ediciones del Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello, Quito, 1991, p. 151.

162 El Dr. Jurado afirma que dicha casa secundaria de los Gómez de la Torre estuvo ubicada donde fue el Hotel Turismo, es decir, en la intersección de las actuales calles Bolívar y Oviedo.

163 El coronel Teodoro Gómez de la Torre (1809 – 1885) acompañó durante algún tiempo a Bolívar y tuvo un destacado papel en la política ecuatoriana del siglo XIX. Fue gobernador de Imbabura, congresista y propietario de varias haciendas en Imbabura y Carchi. Fue testigo presencial del terremoto de 1868, a consecuencia del cual contrajo una parálisis nerviosa. Tanto él como sus hermanos contribuyeron generosamente a la reconstrucción de la ciudad. En especial, se destaca la donación del coronel del “*solar, escombros y tienda*” sobre el que se levantó el Colegio Nacional de San Alfonso, que más tarde tomó su nombre; además de la contribución que él y sus hermanos dieron para el establecimiento del Hospital de Caridad en Ibarra.

164 Jurado Noboa, Fernando. *Las Quiteñas*, Dinediciones, Quito, 1995, p. 197. Entre corchetes se colocó el apellido de doña Rosa Gangotena, esposa del juez político de Ibarra, Joaquín Gómez de la Torre y madre del coronel Teodoro Gómez de la Torre. Los esposos Gómez de la Torre – Gangotena fueron anfitriones en la primera visita del Libertador a Ibarra.



Simón Bolívar. Alberto Urdaneta. ¿1876? Lápiz sobre papel. Biblioteca Nacional de Colombia

le hicieron mis padres. Su entrada triunfal fue preparada y solemnizada por el vecindario y cabildo de la villa.¹⁶⁵

En la mañana del sábado 15 de junio, Bolívar avanzó a Otavalo. Allí, “don Vicente Troya Paredes¹⁶⁶, pintor joven de apenas 22 años, le hizo un óleo¹⁶⁷ que pasó a poder de D. César Vásquez Fuller, quien lo obsequió al Museo Municipal de Guayaquil hacia 1940.”¹⁶⁸

Luego de almorzar, el Libertador se encaminó a Tabacundo, donde pernoctó. Al amanecer del domingo 16 salió de esta población, pasó por Guayllabamba y entró a Quito hacia las 4 de la tarde. Desde el balcón de una casa que estuvo ubicada del lado norte de la actual calle Chile, intersección con la Venezuela, en Quito, Manuela Sáenz le arrojó la corona de laurel que marcó el inicio de su célebre romance.

La segunda vez que Bolívar estuvo en Ibarra fue entre el 12 y el 29 de diciembre de 1822, cuando se dirigía a Pasto -que ya se había insurreccionado- para reforzar las acciones de Sucre que se había adelantado a sofocar la revuelta realista. En esta segunda visita “el Libertador atendió con solicitud varios problemas de la villa, tales como la formación de la Junta de Manumisión de Esclavos y la atención al problema de los desocupados, que ya Ibarra los tenía.”¹⁶⁹

Del tercer paso de Bolívar por Ibarra, al regreso de Pasto, tenemos el testimonio de un funcionario del corregimiento de Otavalo, Joaquín Tinajero:

165 Gómez de la Torre, Teodoro. *Carrera de la vida. Memorias autobiográficas del señor coronel don Teodoro Gómez de la Torre*, en Vol. V de *Monografía de Ibarra*, Ibarra, Sociedad Amigos de Ibarra, 2003, p. 114.

166 Vicente Troya Paredes fue padre del pintor Rafael Troya Jaramillo (1845–1920), una de las cumbres del arte ecuatoriano.

167 Habida cuenta del corto tiempo -apenas horas- que el Libertador permaneció en Otavalo, es muy probable que Troya Paredes solamente haya esbozado los rasgos de Bolívar para terminar el óleo días después. También cabe la posibilidad de que el pintor haya preparado el óleo con anticipación a la llegada de Bolívar, basándose en las descripciones de terceros.

168 Jurado Noboa, Fernando. *Las noches de los libertadores*, cit., p. 152.

169 Zumárraga, Pedro Manuel. “El valor histórico de Pilanquí. La Batalla de Ibarra”, en *Cartillas de divulgación ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1988, n° 51, p. 7.

Gobierno Político

Cantón de Otavalo, enero 17 de 1823, 13°

A los alcaldes de Cayambe:

Hoy he recibido aviso del señor juez político de Ibarra en que me dice llega a dicho cantón Su Excelencia el Señor Libertador mañana sábado a comer ahí; y, como las miras de Su Excelencia son pasar en derechura por Pesillo a dar en Cayambe, lo comunico a ustedes para que sin pérdida de tiempo hagan componer los caminos, puentes, entradas y más arreos que consideren útiles.

El domingo que contaremos 19 llegará a Cayambe, donde le deben preparar la comida más decente que se pueda. Hoy camina el reverendo padre Justo Abril, quien ha quedado en lugar del señor cura de ese pueblo, a preparar la comida, como que es muy propio; así ahí esté R. como al señor coadjutor, los ayudarán en cuanto fuere preciso para dicha recepción. Ustedes necesitan aprontar casa limpia, compuesta de los trastos necesarios, y será la misma del señor Ascázubi; le prepararán arcos y cuantas diversiones se puedan, a fin de que se conozca el júbilo de los vecinos. Yo salía mañana a ese pueblo a la cobranza y he suspendido hacerlo porque hoy mismo paso a Ibarra a encontrarlo a Su Excelencia, y es preciso lo acompañe yo hasta Cayambe. De cualquiera omisión en este particular los haré responsables, y, como han de pasar por mi vista, nada pasará por alto.

Ustedes alzarán gentes de las haciendas, administradores, mayordomos, a fin de no quedar mal en un asunto tan interesante.

Dios guarde a ustedes.

Tinajero.¹⁷⁰

Sabemos también que en esta tercera visita a Ibarra el Libertador aumentó en 120 pesos el salario del catedrático de latinidad, como vimos líneas arriba.

La cuarta ocasión que Bolívar estuvo en Ibarra fue en la célebre batalla contra Agualongo del 17 de julio de 1823. En aquella ocasión no pudo hospedarse con los Gómez de la Torre “pues, temiendo ataques de los pastusos, la familia se había trasladado temporalmente a Quito.”¹⁷¹

En la quinta vez que el Libertador pasó por Ibarra sucedió un hecho que vale la pena traer a colación para resaltar la humanidad de los héroes y lo innecesario de elevarlos a seres cuasi sagrados. Ocurrió que, hospedado en Pílanquí, su anfitriona, doña Rosa Gangotena, observó un cierto malestar en Bolívar: no podía sentarse. Ciento cuarenta mil kilómetros a caballo, de 1812 a 1830, habían dejado sus huellas, y tenía enormes callos en las posaderas. Doña Rosa notó la incomodidad del gran hombre y le dijo:

- “Su excelencia, a usted le pasa algo, algo tiene usted en salve Dios la parte”, pero él se negaba. Ella insistió hasta que él aceptó la enfermedad.

-”Yo le curo, con mis manos; en cuatro días le pongo sano y bueno”.

Y así fue. Lo que no pudo Manuela, lo pudo doña Rosa.

¹⁷⁰ AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Carta a los alcaldes de Cayambe para preparar la recepción a Bolívar*. Otavalo, 17 de enero de 1823. Se ha actualizado la ortografía del original y se han descifrado las abreviaturas.

¹⁷¹ Jurado Noboa, Fernando. *Las Quiteñas*, cit., p. 197.

Desde ahí, en Pílanquí, se tenían como reliquias la cama, la banca, la silla, las tazas, los vasos, las cortinas, todo lo que probó y tocó el héroe.¹⁷²

En la sexta visita a Ibarra, en marzo de 1829, el Libertador se dirigía a Guayaquil a verificar la entrega de esa plaza por parte de los peruanos tras el triunfo de Sucre en la Batalla de Tarqui. Allí firmó un tratado de paz con el Perú el 22 de septiembre de dicho año.¹⁷³

Al regreso de Guayaquil, y luego de pasar por Quito, Bolívar arribó por séptima y última ocasión a Imbabura: “Venía del sur, quizá viejo y cansado de tanto guerrear. Tal vez ya decepcionado de su obra libertadora. Pero aun en tal estado de ánimo venía atendiendo las necesidades de los pueblos que le vitoreaban. La villa de Otavalo lo recibió con palmas y, como correspondiendo a tanta generosidad, la elevó a la categoría de ciudad el 31 de octubre de 1829. A los dos días¹⁷⁴, en llegando a Ibarra, decretó para esta villa también el ascenso al rango de ciudad, aunque Ibarra ya lo tuvo en virtud del decreto de la Junta de Gobierno de Quito en noviembre de 1811.”¹⁷⁵

Fue el inicio del viaje final del Libertador hacia el ocaso y disolución de la Gran Colombia y hacia su desilusión y muerte en San Pedro Alejandrino el 17 de diciembre de 1830.

La campaña de Pasto

Tras la Batalla del Pichincha, la Gran Colombia enfrentaba dos serios problemas: la amenaza de una insurrección en la fervorosa ciudad realista de Pasto y la organización de tropas para apoyar la independencia del Perú. El triunfo del 24 de mayo de 1822 obligó a los habitantes de Pasto a aceptar a regañadientes al nuevo gobierno republicano. Así pues, Bolívar entró en Pasto a las 5 de la tarde del sábado 8 de junio de 1822. El coronel realista Basilio García, que había sido vencido en la Batalla de Bomboná¹⁷⁶, recibió al Libertador con estoica dignidad y lo acompañó a la iglesia matriz, donde Bolívar entró bajo palio.¹⁷⁷

Desde Pasto, el Libertador se dirigió a Quito atravesando los pueblos del actual sur de Colombia además de Tulcán, Huaca, Puntal (actual cantón Bolívar), Ibarra, Otavalo, Tabacundo y Guayllabamba, como hemos visto. Aparentemente, Pasto había sido pacificada, pero en octubre de 1822 el coronel realista Benito Boves se levantó en armas y con él toda la ciudad. Sucre, que se desempeñaba como intendente del Departamento de Quito, “voló a sofocar aquel fuego que podía volverse hoguera abrasadora”.¹⁷⁸

172 Jurado Noboa, Fernando. *Las Quiteñas*, cit., p. 197.

173 Zumárraga, Pedro Manuel. “El valor histórico de Pílanquí...”, cit., p. 11.

174 El 2 de noviembre de 1829.

175 Zumárraga, Pedro Manuel. “El valor histórico de Pílanquí...”, cit., p. 11.

176 Batalla ocurrida el 7 de abril de 1822 en el punto denominado Bomboná o Cariaco, a 50 km de Pasto, Colombia.

177 Jurado Noboa, Fernando. *Las noches de los libertadores*, cit., pp. 137, 138. El palio es una “especie de dosel colocado sobre cuatro o más varas largas, bajo el cual se lleva procesionalmente el Santísimo Sacramento, o una imagen, y que es usado también por el papa, algunos prelados y algún jefe de Estado” (Real Academia Española de la Lengua, Diccionario de la lengua española, 2019, en <https://www.rae.es/> (21-02-2023)). Cuando Pasto se insurreccionó en octubre de 1822, Agualongo puso una multa de 3.100 pesos a los cuatro curas que portaron el palio en el recibimiento a Bolívar (Fernando Jurado Noboa, *Las noches de los libertadores*, cit., p.138).

178 De Gangotena y Jijón, Cristóbal. *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra con la narración histórica de la campaña de Pasto*, Talleres Tipográficos Nacionales, Quito, 1923, p. IX.



Antonio J. Sucre. Presidente de Bolivia. Gran Mariscal de Ayacucho, vencedor en Pichincha. L. Turgis Jne. Impr. Editr.París, 1876. Litografía. Centro Cultural BEAEP.

En noviembre Sucre y su ejército sufrieron un revés en la Cuchilla del Taíndala¹⁷⁹, pero “el 22 de diciembre, bajo el mortífero fuego del enemigo, los aguerridos soldados de la libertad, atraviesan el Guáitara¹⁸⁰ y el Batallón Rifles, guiado por el coronel Sandes¹⁸¹, toma la fortísima Cuchilla del Taíndala, en donde un mes antes aquel mismo cuerpo había sido rechazado.”¹⁸²

El 24 de diciembre, víspera de Navidad, “tras una batalla desesperada de hora y media, Sucre pudo entrar en la ciudad desierta [de Pasto]; trescientos facciosos cayeron en la lucha; los habitantes del baluarte huyeron por los campos. Los soldados vencedores, ahítos de venganza, saquearon la ciudad.”¹⁸³

La situación era tan delicada que el propio Bolívar tuvo que hacerse presente, pero “las promesas de indulto y de perdón de nada sirvieron; los pastusos continuaron rebeldes. Tomó entonces Bolívar medidas enérgicas para castigarlos: contribuciones forzosas en dinero y en ganados, reclutamiento de todo hombre hábil para llevar las armas, confiscaciones de bienes, deportaciones, cambios de curas godos¹⁸⁴ por sacerdotes patriotas”.¹⁸⁵

Tras imponerse a la fuerza, Bolívar retornó a Quito dejando como comandante general de Pasto a Juan José Flores, quien, con el apoyo del coronel Bartolomé

179 Sitio cercano a la población de Yacuanquer, Nariño, Colombia.

180 El río Guáitara nace en el volcán Chiles y a lo largo de 45 km delimita la frontera entre Ecuador y Colombia. Al socavar la montaña formó el puente natural de Rumichaca. En territorio ecuatoriano es conocido como Carchi (Wikipedia 2022).

181 Se refiere al coronel irlandés Arthur Sandes (1793–1832), miembro de las fuerzas británicas que participaban en el ejército libertador.

182 De Gangotena y Jijón, Cristóbal. *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra...* cit., p. IX.

183 De Gangotena y Jijón, Cristóbal. *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra...* cit., pp. IX, X.

184 El término “godo” era una forma despectiva de referirse a los españoles peninsulares. Posiblemente se origina en los godos, antiguo pueblo germánico, fundador de reinos en España, Italia y el sur de Francia. Al aplicarse a una persona, la palabra “godo” significa “rica y poderosa, originaria de familias ibéricas que, confundida con los godos invasores, formó parte de la nobleza al constituirse la nación española” (Real Academia Española de la Lengua, Diccionario de la lengua española, 2019, en <https://www.rae.es/> (21-02-2023)).

185 De Gangotena y Jijón, Cristóbal. Ob. cit., p. X.

Salom¹⁸⁶, pacificaría la región. Sucre, mientras tanto, comenzó los preparativos para avanzar a Lima a reforzar la lucha por la independencia del Perú.

El “descalabro” de Flores

Flores tuvo que lidiar con nuevos levantamientos a los que reprimió con dureza. Sin embargo, “los facciosos, más enardecidos que nunca, se presentan, en número de 800, capitaneados por Agustín Agualongo y Estanislao Merchancano¹⁸⁷ ante la ciudad de Pasto, ocupada por Flores, que tenía a su mando 600 hombres armados, aunque reclutas”.¹⁸⁸

El 12 de junio de 1823, en Catambuco, sitio apenas a 6 km de Pasto, se enfrentaron Flores y Agualongo. La caballería del primero no pudo maniobrar en ese terreno y “los indios del caudillo realista, armados, en la mayor parte, de palos y armas blancas, derrotaron completamente a los soldados de la República”.¹⁸⁹

Agualongo recogió “500 fusiles”, ocupó Pasto y empezó los preparativos para avanzar hacia Quito y recuperar para la corona los pueblos del camino.¹⁹⁰ “El 17 de junio llegaba a Quito, escapado del desastre de Pasto, el mayor Pachano, portador de la noticia del descalabro del ejército de Flores”¹⁹¹ y entonces cundió la alarma en todo el Departamento del Sur.

Desde Cuenca, el 28 de junio de 1823, la autoridad local contestó así al oficio del intendente del Departamento de Quito que llevó la mala nueva: “El acontecimiento desgraciado de Pasto, sucedido el 13 del corriente, transporta de ira a los sensatos, a la vista de que un puñado de facciosos intenten perturbar la paz que goza toda la República. Ellos serán destruidos por los fuertes que defienden la libertad, y sucederá el más duro castigo a que se hacen acreedores con tan reiteradas sublevaciones. Es mi deber mantener esta provincia libre de la intriga y la seducción; velaré más que nunca (...) para que se presten los auxilios que fuesen absolutamente necesarios”.¹⁹²

Se pidió al gobernador de Loja el acuartelamiento de “una compañía de milicias de 140 hombres”. A Cuenca se le pidió “la formación de un batallón de milicias que debe hallarse organizado en 30 días a lo más tarde”. Desde esta ciudad se remitieron también 6.000 pesos que Bolívar había solicitado a través del intendente del Departamento de Quito.¹⁹³

186 El general Bartolomé Salom (1780 – 1863) cumplió un papel fundamental en la campaña de Pasto y en la Batalla de Ibarra. Participó también en la campaña del Perú y por eso hoy tiene levantado un monumento en el puerto peruano de El Callao.

187 De Estanislao Merchancano (?- 1824) es poco lo que se sabe. Según la página web de la fundación que lleva su nombre, Merchancano fue hijo natural de Blas de Villota (el mismo personaje en cuya casa trabajó Agualongo de joven como aguador) fue, además, el “último teniente de gobernador de la nación española de los Pastos y murió asesinado en 1824” (Fundación Estanislao Merchancano en <https://pagina10.com/web/fundacion-estanislao-merchancano/>). Así también se sabe que Bolívar lo nombró escribano y que, a raíz de la insurrección de Pasto en octubre de 1823, el coronel realista Benito Boves lo designó como gobernador militar y político de Pasto. El vicario de Pasto, Aurelio Rosero, partidario de Bolívar, excomulgó a Merchancano (Gutiérrez Ramos, Jairo. Los indios de Pasto contra la República (1809 - 1824), Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, Bogotá, 2007, pp. 216, 217).

188 De Gangotena y Jijón, Cristóbal. *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra...* cit., p. XI.

189 Ibidem

190 Antes de partir de Pasto, Agualongo dirigió una comunicación al concejo de Otavalo solicitando “*a nombre del rey, nuestro señor, que reunamos nuestras voluntades y fuerzas para así conseguir más pronto y a menos costa el buen éxito a que aspiramos (...). Serán tratados con la debida amistad y fraternidad sin que de nuestra parte experimenten la menor opresión ni hostilidad en sus personas ni bienes, pues sólo se les tomará (...) algunos víveres que son indispensables para el alimento del ejército*” (Cristóbal de Gangotena y Jijón, *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra...* cit., pp. 5,6). No sabemos si cursaron una comunicación similar al concejo de Ibarra.

191 De Gangotena y Jijón, Cristóbal. *Documentos referentes a la Batalla de Ibarra...* cit., p. XII.

192 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Copiador de comunicaciones*, 1823. Se ha actualizado la ortografía del original y se han descifrado abreviaturas.

193 AHCCBEAEP, Sección Independencia, *Copiador de comunicaciones*, 1823.

Agualongo, el “indio intrépido”

Agustín Agualongo Almeida había nacido en 1780 en algún pueblo de las cercanías de Pasto. Era hijo de Manuel Agualongo y Gregoria Almeida, “indígenas montañeses (...) que le enseñaron a leer, escribir y el arte de la pintura al óleo, con cuyo oficio comienza a ganarse la vida en un taller de Pasto, aunque con anterioridad, de joven o de niño, trabajaba de aguador en la casa de Blas de Villota”.¹⁹⁴

Con marcado sesgo racista, el presbítero Juan de Dios Navas dice que Agualongo era un “indio ignorante¹⁹⁵ pero de buen sentido, de valor acreditado y de suma actividad; hízose merecedor de que sus compatriotas le pusieran a la cabeza de la fracción, y Agualongo correspondió cumplidamente a la confianza que en él tuvieron”.¹⁹⁶

Los sobresaltos de la guerra de independencia trocaron al posible artista en aguerrido militar al servicio del rey. Se sabe que en 1816 estuvo presente en la Cuchilla del Tambo, donde fue derrotado el ejército patriota a manos del sanguinario Juan de Sámano, a consecuencia de lo cual fueron fusilados Carlos Montúfar y Francisco José de Caldas. También combatió en la primera batalla de Huachi bajo las órdenes de Aymerich.

Después de su derrota en la Batalla de Ibarra y de escapar a la furia de los vencedores, Agualongo volvió a Pasto, pero al año siguiente desafió de nuevo a la Gran Colombia intentando tomarse el puerto de Barbacoas. Derrotado, en esta ocasión fue apresado por el general José María Obando y fusilado en Popayán el 13 de julio de 1824. Al mirar al pelotón, se dice que sus últimas palabras fueron “viva el rey”.¹⁹⁷ Con él moría el último bastión de la resistencia realista en esta parte de América.

Epílogo y conclusión

La campaña del Perú concluyó con el triunfo en las batallas de Junín y Ayacucho. En Ayacucho, Sucre dio grado militar de sargentos a dos mujeres de Pillaro que, vestidas de hombre y con nombre de hombre, combatieron en la batalla. Se llamaron Gertrudis Esparza y María Inés Jiménez, y usaron los nombres de Manuel Esparza y Manuel Jiménez respectivamente. Ya antes, en la Batalla del Pichincha, había ocurrido lo mismo con Rosa María Robalino, que combatía bajo el nombre de Manuel Jurado.¹⁹⁸

El P. Coba Robalino también nos cuenta que “para la guerra contra Pasto y el coronel Agualongo fueron contingentes de pillareños, ambateños y de otras poblaciones del centro¹⁹⁹”, lo cual prueba la gravedad del enfrentamiento, cuyas consecuencias adversas hubieran afectado a todo el Departamento del Sur.

Años más tarde, en 1828, el Libertador refirió el combate en Ibarra en estos términos:

194 Fernández Carrión, Miguel Héctor. “Agustín Agualongo Almeida”, Real Academia de Historia, en. <https://dbe.rah.es/biografias/5291/agustin-agualongo-almeida> (21-02-2023).

195 Discrepamos de este criterio, pues, como señala Fernández Carrión, Agualongo sabía leer y escribir; además parece ser que conocía el arte de la pintura. Por otra parte, sus méritos militares fueron apreciados por las autoridades españolas, que lo ascendieron a coronel de milicias. Todo esto contradice el juicio a priori de Navas.

196 Navas, Juan de Dios. *Ibarra y sus provincias...*, cit., p. 76.

197 Fernández Carrión, Miguel Héctor. “Agustín Agualongo Almeida”, cit.

198 Coba Robalino, José. *Monografía General del Cantón Pillaro*, Tipografía de La Prensa Católica, Quito, 1929, pp. 296, 297, 298.

199 Coba Robalino, José. *Monografía General...* cit., p. 298. Se refiere al centro de la Sierra.

Mi primer proyecto no fue atacar de frente al enemigo en la fuerte posición que ocupaba, pero, habiéndome puesto a almorzar con las pocas y malas provisiones que tenía entonces, y con la última botella de vino que quedaba en mi cantina y que mi mayordomo puso en la mesa sin mi orden, mudé de resolución. El vino era bueno y espirituoso; varias copitas que tomé me alegraron y entusiasmaron de tal modo que al momento concebí el proyecto de batir y desalojar al enemigo: lo que antes me había parecido imposible y muy peligroso se me presentaba ahora fácil y sin peligro.

Empecé el combate, dirigí yo mismo los varios movimientos y se ganó la acción. Antes de almorzar (...) estaba de muy mal humor, la divina botella de madeira me alegró y me hizo ganar una victoria.²⁰⁰

Aunque debemos agradecer el triunfo a esa última botella de vino de Bolívar, no es menos cierto que el éxito de la batalla se debió a un ejército de más de 1.500 soldados de toda condición y a una red de personas involucradas ya como postas que llevaban las noticias de tambo en tambo, ya como clérigos comprometidos con la causa independentista, ya como hombres y mujeres anónimos que contribuyeron con comida, alojamiento, forraje de los animales y un sinnúmero de actividades logísticas sin las cuales no se entendería la victoria. Detrás del gran héroe estuvo todo un pueblo que se movilizó por un ideal.

Por otra parte, vale tener presente que el triunfo en Ibarra de alguna manera trajo un periodo de relativa estabilidad en la siempre compleja dinámica de la Gran Colombia. Así, en 1824 se promulgó la Ley de División Territorial que creó la provincia de Imbabura, que en aquel entonces abarcaba también la actual provincia del Carchi. La estabilidad permitió también que gobernadores como Borrero pudieran desarrollar una incipiente obra pública y, finalmente, que todo el territorio fuera paulatinamente adaptándose al gobierno republicano.

Por desgracia, las disputas intestinas fueron poco a poco minando el proyecto bolivariano. Tanto Páez en Venezuela como Santander en Nueva Granada y Flores en Ecuador crearon haciendas propias de lo que fueron los departamentos de la Gran Colombia. Flores tuvo el cinismo de invitar a vivir en el Ecuador a Bolívar cuando sabía que todo estaba perdido para el Libertador, y a pocos días de hacerse proclamar como jefe supremo por una junta de notables en Quito. Su participación en el crimen de Sucre, por otra parte, nunca fue del todo esclarecida.

La naciente República del Ecuador tuvo que lidiar durante quince años con la omnipresencia y el pretorianismo del descalabrado de Pasto. Su gobierno lleva manchas indelebles como la Carta de la Esclavitud; el asesinato de Francisco Hall, José María Sáenz, Ignacio Zaldumbide²⁰¹ y otros ideólogos de *El Quiteño Libre*; la ley de los tres pesos, entre otras tropelías y abusos a los que puso fin la revolución del 6 de marzo de 1845.

200 Perú de Lacroix, Louis. *Diario de Bucaramanga o vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Librería Paul Ollenforff, París, 1912, pp. 124, 125.

201 El coronel inglés Francisco Hall, con otros miembros de *El Quiteño Libre*, fueron asesinados por el Gobierno floreal en 1833. El cadáver de Hall amaneció desnudo y colgado de un poste en la plaza de San Francisco en Quito. Sáenz —hermano de Manuelita— y Zaldumbide, luego de haber luchado por la independencia, fueron perseguidos y finalmente asesinados en Pesillo, cerca de Cayambe, en 1834. Ignacio Zaldumbide fue padre de Julio Zaldumbide, uno de los mayores poetas románticos del siglo XIX ecuatoriano, quien pasó largas temporadas en sus haciendas de Pimán y Malbucho, cercanas a Ibarra.

Pero el episodio más vergonzoso fue su ofrecimiento a la reina María Cristina de España de recuperar para la Corona el territorio del Ecuador a cambio de ser nombrado Príncipe de la Reconquista. La oportuna acción diplomática y el respaldo de las nacientes naciones sudamericanas lograron que una vez más se descalabrasen las ambiciones floreas.

Más allá de esto, la vida siguió su curso para los hombres y mujeres que lucharon por la libertad. Con el pasar de los años las relaciones entre el norte del Ecuador y el sur de Colombia superaron el conflicto de 1823 y se tornaron francamente amistosas y colaborativas. Muchas familias ibarreñas tienen sus raíces en Pasto y viceversa, e, incluso en el aspecto de la investigación histórica, es Pasto la que más ha profundizado en la complejidad de los años de la independencia.

En todo caso, cuando en el fatídico 1830, desengañado y enfermo, el Libertador terminó sus días en San Pedro Alejandrino pronunciado la amarga frase “he arado en el mar”, una mujer del Chota, Fernanda Barriga, lo acompañó en esos últimos momentos, quizás como símbolo de la pluralidad de los nuevos pueblos que despertaban a la vida democrática. Pueblos donde la semilla de los ideales de la independencia aún espera fructificar en una sociedad mejor, más inclusiva, con derechos, obligaciones y oportunidades para todos.²⁰²

202 Agradezco profundamente la corrección de estilo de este trabajo a mi buen amigo, el filólogo hispano ecuatoriano José María Sanz Acera.

Fuentes de archivo

Archivo Histórico Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit – CCBEAEP (Quito):

Sección Independencia, *Documentos relativos a la campaña de Pichincha. 1821 – 1824, Carta al obispo de Popayán Dr. Salvador Jiménez. 1822*

Sección Independencia, *Informe al ayuntamiento de Ibarra sobre la existencia de una escuela . 1822.*

Sección Independencia, *Petición del cabildo de Ibarra al Exmo. Señor General Intendente de Quito. Ibarra, 17 de julio de 1822.*

Sección Independencia, *Carta al Intendente del Departamento de Quito sobre la expulsión del clérigo realista Tiburcio Peñafiel. Quito, 20 de agosto de 1822.*

Sección Independencia, *Acta de instalación del cabildo de Ibarra en ejercicio de las facultades previstas por la Constitución de la Gran Colombia. Quito, 7 de octubre de 1822.*

Sección Independencia, *Acta del cabildo de Ibarra recibiendo el diseño del escudo de armas de la Gran Colombia. Ibarra, 8 de octubre de 1822.*

Sección Independencia, *Carta al señor Intendente del Departamento de Quito por Antonia Salgar, viuda de un caído en Huachi. Ibarra, 16 de octubre de 1822.*

Sección Independencia, *Separación del administrador de correos de Otavalo por ser realista. Archivo Histórico Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Quito, 22 de noviembre de 1822.*

Sección Independencia, *Copiador de comunicaciones, 1823*

Sección Independencia, *Carta a los alcaldes de Cayambe para preparar la recepción a Bolívar. Otavalo, 17 de enero de 1823.*

Sección Independencia, *Oficio al juez político de Ibarra sobre el decreto del Libertador agregando ciento veinte pesos a la cátedra de Latinidad de Ibarra. Quito, 22 de enero de 1823.*

Sección Independencia, *Carta al señor intendente de Quito sobre la aplicación de la ley de manumisión de esclavos. Ibarra, 16 de febrero de 1823.*

Sección Independencia, *Acta de posesión de la junta de manumisión de Ibarra. Ibarra, 17 de marzo de 1823.*

Sección Independencia, *Carta al ayuntamiento de la villa de Ibarra ordenando un contingente de reclutas. Ibarra, 15 de abril de 1823*

Sección Independencia, *Carta al intendente de Quito sobre la aprehensión de desertores. Ibarra, 17 de abril de 1823.*

Sección Independencia, *Carta al intendente interino del Departamento de Quito con motivo de haber hecho desocupar las casas del Ayuntamiento para que sirvan de hospital. Ibarra, 17 de abril de 1823.*

Sección Independencia, *Solicitud de licencia temporal dirigida al general Bartolomé Salom. Puntal, 6 de julio de 1823.*

Sección Independencia, *Acta del cabildo de Ibarra eligiendo un responsable de las cárceles públicas. Ibarra, 22 de julio de 1823.*

Sección Antonio José de Sucre, *Proclama a los habitantes del Departamento de Quito. Guayaquil, 20 de enero de 1822.*

Sección Antonio José de Sucre, *Carta a Vicente Aguirre. Lima, 19 de julio de 1823.*

Sección Simón Bolívar, *Carta al intendente de Quito, Vicente Aguirre. Quito, 23 de julio de 1823.*

Sección Simón Bolívar, *Decreto sobre el establecimiento de una compañía para abrir el camino de Esmeraldas. Bogotá, 13 de febrero de 1828.*

Archivo Histórico Nacional del Ecuador (AHNE):

Padrón hecho en el año de mil setecientos setenta y nueve del número de almas con distinción de sexos, estados, clases y castas que habitan en la jurisdicción de Ibarra. Fondo Corte Suprema, Serie Empadronamientos, Caja 20, expediente 2, Ibarra, 13 de abril de 1779.

Censo de la población de la provincia de Imbabura, Fondo Corte Suprema, Serie Empadronamientos, Caja 20, expediente 2.

Archivo particular:

Estado que manifiesta el número de escuelas que hay en la provincia de Imbabura. Ibarra, 10 de julio de 1826.

Historias de la Batalla de Ibarra

David Andrade Aguirre



El 19 de junio de 1823, mientras el general Simón Bolívar busca descanso para su exhausta humanidad, reposando en la hacienda El Garzal, en las inmediaciones de Babahoyo, tras doce años de guerrear por los territorios americanos en procura de la libertad de sus pueblos, el Ejército Expedicionario Español comandado por el general José de Canterac, ocupa Lima y la saquea. El gobierno de Riva Agüero se refugia en la fortaleza del Real Felipe del Callao, para luego huir hacia Trujillo.²⁰³

Ese mismo día, el Congreso entregó el poder militar del Perú al general Antonio José de Sucre que había arribado a Lima en mayo de ese año al frente de las primeras tropas colombianas enviadas por Bolívar para la campaña de liberación definitiva del Perú. El Congreso concede a Sucre facultades iguales a la del presidente mientras dure la crisis.²⁰⁴

Días antes, el Libertador, en carta remitida al Secretario de Guerra de Colombia, fechada en Babahoyo, el 14 de junio, advertía sobre la situación en el Departamento del Sur de la Gran Colombia: “Después de la rendición de Pasto, en diciembre del año último, no ha podido establecerse en aquel cantón una completa tranquilidad a pesar de la vigilancia, actividad, firmeza y severidad con que se ha tratado a los facciosos. Estos, en mayor ó menor número, siempre han estado reunidos y con designios hostiles contra la República...”²⁰⁵

Hacia referencia a una nueva revuelta de los pastusos, tras el período de tensa calma que siguió a la *Navidad Negra* del año 22, cuando la ciudad fue tomada por las tropas colombianas al mando del general Sucre. Por orden expresa del Libertador, se tomaron duras represalias contra las tropas que buscaban volver al antiguo régimen y se consideraban defensoras de su “amado rey Fernando VII”. La ciudad fue saqueada y un millar de sus habitantes reclutados forzosamente y desterrados a Guayaquil. Apenas 300 llegaron al puerto. Los restantes murieron en el camino, muchos de ellos despeñados en las abruptas vertientes de la cordillera en su intento de escapar o de inmolarsse antes que servir a una causa en la que no creían.²⁰⁶

La toma de Pasto

Una segunda rebelión de Pasto contra la República se inicia en los primeros meses de 1823, comandada por el coronel Agustín Agualongo, quien logra reunir una fuerza estimada en 1.500 hombres²⁰⁷, de los cuales apenas un tercio combatían con fusiles; el resto, con lanzas y armas blancas de diverso tipo.²⁰⁸

No dejaban de tener razón en levantarse contra el gobierno, los habitantes de San Juan de Pasto, los campesinos de la región y los negros y zambos del Patía, por la forma en que fue saqueada la región al finalizar el año 22; las medidas que adoptó

203 Vargas Ugarte, Rubén. *Historia General del Perú. Emancipación (1816-1825)*. Lima-Perú: Editorial Milla Batres, 1981

204 Chirinos Soto, Enrique. *Historia de la República (1821-1930)*. Lima: AFA Editores Importadores S.A. 1985.

205 O’Leary, Daniel. *Memorias del general O’Leary*. Publicadas por su hijo Simón O’Leary. Tomo XX. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883.

206 Gutiérrez Ramos, Jairo. *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2012.

207 No existe acuerdo sobre el número de la tropa levantada por Agualongo para enfrentar al bien estructurado ejército comandado por el coronel Juan José Flores. El mismo jefe militar venezolano estimó en unos “800 facciosos mal armados” a los que enfrentó y por los cuales fue derrotado a pesar de la veteranía y preparación de sus tropas. Así lo afirma Luis Espinosa en su obra “Conducta y operaciones del coronel Juan José Flórez, durante su permanencia en Pasto”, editada en Popayán ese mismo año 1823, la cual juzga de manera muy crítica al que sería el primer presidente del Ecuador, por su incapacidad para gobernar a una provincia autodefinida como “leal servidora de su Majestad” y por las severas deficiencias de la campaña militar, en la cual no aprovechó la superioridad en número y preparación de sus tropas, vencidas por “una desorganizada partida de indios y pardos”.

208 Obando, José María. *Apuntamientos para la Historia*. Lima: Imprenta del Comercio, 1842.



Ejército de Pasto

Bolívar para lograr su pacificación y la forma despótica y cruel que Salom usó para implementarlas. Las tropas colombianas buscaron imponer respeto a la República mediante el despojo y el terror, pero produjeron el efecto contrario.²⁰⁹

Desde el mes de febrero del año 23, los campesinos empezaron a organizarse para protestar por el maltrato dado por los soldados colombianos; las levass forzosas que se llevaban a los jóvenes, muchos de los cuales jamás regresaron; las duras contribuciones para mantener a las tropas republicanas y el despotismo de los jefes colombianos que se habían aliado con las élites económicas de la ciudad. Los jefes de la revuelta eran Estanislao Merchancano (Merchán Cano), Joaquín Enríquez, el negro Francisco Angulo, Juan José Polo, el cabecilla patiano Jerónimo Toro y los antiguos caciques indígenas José Canchala y José Calzón. Por su experiencia en el Ejército Español, Agustín Agualongo fue designado jefe militar de la revuelta.²¹⁰

Conocida la noticia, se plegaron al movimiento numerosos campesinos que habían escapado de la masacre del mes de diciembre anterior, a los que se sumaron aquellos descontentos de la opresiva situación económica y los fieles católicos dispuestos a luchar contra los “herejes” republicanos.²¹¹

El coronel Juan José Flores, designado gobernador de la región por Bolívar, es derrotado por los aguerridos pastusos en Catambuco el 12 de junio. Las noticias de la rebelión llegarían a Quito el 20 de ese mes y unos días después a oídos del libertador.²¹²

Tras la toma de San Juan de Pasto, el teniente coronel Estanislao Merchancano es designado gobernador, mientras Agualongo, con el rango de coronel es el comandante de las tropas proclamadas realistas. De inmediato realizan una proclama a los habitantes de la ciudad:

209 Gutiérrez Ramos, Jairo. *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, 2012.

210 Díaz del Castillo, Emiliano. *Agualongo: caudillo pastuso y prócer colombiano*. Pasto, Casa Mariana, 1982.

211 Gutiérrez Ramos, Jairo. *Obra citada*. P. 226

212 Restrepo Vélez, José Manuel. *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. Besanzón: 1858.

“Moradores de la fidelísima ciudad de Pasto: Desapareció pues de nuestra vista el llanto y el dolor. Si, vosotros habéis visto y palpado con alto dolor y amargura de vuestro corazón, la desolación de vuestro pueblo; habéis sufrido el más duro yugo del más tirano de los intrusos, Bolívar. La espada desoladora ha rodeado vuestros cuellos, la ferocidad y el furor han desolado vuestros campos, y, lo que peor es, el fracmasonismo y la irreligión iba sembrando la zizaña (sic) (...)

En vista de esto, ¿qué esperáis fieles pastusos? Armaos de una santa intrepidez para defender nuestra santa causa, y consolaos con que el cielo está de nuestra parte... (para que) ...vivamos felices en nuestro suelo bajo la benigna dominación del más piadoso y religioso Rey Don Fernando Séptimo.”²¹³

El 20 de junio, el coronel Vicente Aguirre le informa al general Bolívar que ha recibido los partes del comandante Martínez que hablan de “la derrota del señor coronel Flores” en Pasto. Aunque duda de la noticia, comunica a S. E. el Libertador que ha dispuesto que el resto del contingente del Yaguachi, cien milicianos, dos piezas de artillería y el resto del Escuadrón Guías, “que llevarán tirados sus caballos, porque no hay sillas”, bajo el mando del coronel Calderón, se junten en Puntal con el contingente del comandante Martínez, para “marchar juntos a los Pastos”.²¹⁴

Por su parte, el general Salom le informa al Libertador que ha dispuesto que marchen, de Ambato y Tacunga, 600 hombres, de modo que, “con los que reclute en Otabalo (sic) é Ibarra, llevaré sobre Pasto 1.000, aunque por ahora irán mal armados”.²¹⁵

Al día siguiente, el coronel Vicente Aguirre, comandante general de armas de la Provincia de Quito, confirmada la noticia de la derrota de Flores, ordena la presentación obligatoria de “todos los hombres, forasteros ó del país, desde 16 hasta 45 años de edad, capaces de tomar las armas, llevando las que tuvieren...”²¹⁶ Agrega que los que no lo *verificaren*, es decir, que no se presenten, “serán considerados como traidores á la Patria y tratados como tales”.

La proclama del jefe militar autoriza a todo ciudadano a arrestar a “cualquiera persona que, con ánimo de desalentar á los pueblos, divulgue noticias falsas sobre las ventajas y progresos del enemigo... ó profiera especies de esta naturaleza, que paralicen o retarden la ejecución de las medidas que dicte el Gobierno para proveer a la defensa del país y destrucción de los facciosos”.²¹⁷

El mismo 21, en carta a Sucre, el Libertador le confirma la noticia de la derrota de las tropas colombianas del coronel Flores y le comenta: “Yo marchó inmediatamente a Quito, con el objeto de dar impulso á las operaciones y á levantar tropas contra Pasto. Así es que no podrán ir por ahora más tropas al Perú, cuando menos antes de dos meses, si la fortuna nos favorece.”²¹⁸

213 Gangotena y Jijón, Cristóbal. Documentos referentes a la campaña de Ibarra. Quito, Talleres Tipográficos Nacionales, 1923.

214 O’Leary, Daniel. Memorias del general O’Leary. Publicadas por su hijo Simón O’Leary. Tomo XX, p. 130. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883.

215 Ibidem

216 O’Leary. Obra citada. P. 134

217 Ibidem

218 O’Leary, Daniel. Memorias del general O’Leary. Publicadas por su hijo Simón O’Leary. Tomo XX, p. 135. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883.

Quito vuelve a combatir

La ocupación de Pasto por parte de las fuerzas realistas de Agualongo era el presagio de una nueva campaña contra Quito, amenazando de esa manera la independencia del Departamento del Sur de la Gran Colombia. Así lo entendió el general Bartolomé Salom, quien permanecía en la ciudad por orden de Bolívar. Dirigió una proclama a los habitantes del departamento concebida en los siguientes términos:

“Quiteños! Los facciosos de Pasto, usando de la atroz perfidia que forma su carácter perverso, y á favor de la pequeñez de nuestra guarnición que cubría aquella plaza, han logrado apoderarse de ella el 12 del corriente, y se atreven á turbar otra vez vuestro reposo...

“Quiteños! A vosotros toca castigar esta audacia. Desplegad ese entusiasmo heroico que os hizo ser los primeros en dar el ejemplo ilustre que formó la cuna de la independencia...”²¹⁹

El 23 de junio Bolívar se encontraba ya en San José de Chimbo, desde dónde envía instrucciones al general Juan Paz del Castillo para formar una columna compuesta de dos compañías de 100 hombres cada una y marchar a Quito. Le recomienda que las integre con venezolanos, colombianos e incluso españoles, pero no con quiteños “pues al llegar aquí, desertan todos”.²²⁰

Ese mismo día el Libertador escribe al general Salom y le dispone ponerse a la cabeza de las tropas destinadas contra Pasto; que levante 800 hombres de milicias en Quito y les proporcione instrucción; que espere la llegada de los Granaderos a Caballo que ya se pusieron en marcha y de los fusiles que se enviaron desde Guayaquil. De manera terminante le dispone que “no se comprometa acción ninguna, ni se aventure nada absolutamente hasta nueva disposición mía para evitar una desgracia general”.²²¹

El 25, ya en Riobamba, el general Bolívar da instrucciones al general del Castillo y al coronel Diego Ibarra, para que conformen una columna de reserva de 700 hombres y apresuren el embarque de cuatrocientos fusiles, veinte mil cartuchos y dos mil piedras de chispa, destinados al contingente que se encaminaría a la reconquista de Pasto.

Simón Bolívar llega a Quito el 28 de junio. De inmediato dirige una proclama a los capitalinos en la cual les dice:

“Quiteños! La infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre.

El ejército de Colombia no ha desaparecido del todo de vuestro hermoso país. Muchos de nuestros batallones han ido ciertamente á dar libertad al Perú, mas ignoran los pérfidos pastusos, que aún quedan á Colombia en el Sur dos Batallones y cuatro Escuadrones de la invencible Guardia. Estos bravos dirigen sus pasos en este momento sobre los torrentes del Guáitara y Juanambú...

Esta vez será la última de la vida de Pasto: desaparecerá del catálogo de los pueblos si sus viles moradores no rinden sus armas a Colombia...

219 O’Leary, Daniel. Obra citada. P. 142

220 Ibidem, p. 143

221 O’Leary, Daniel. Memorias del general O’Leary. Publicadas por su hijo Simón O’Leary. Tomo XX, p. 135. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883. P. 145

Quiteños! Reposad tranquilos, héroes de Colombia están entre vosotros y su valor ningún poder visible puede resistir. Yo os ofrezco por mis compañeros de armas esta próxima victoria.”

Cuartel General Libertador en Quito, á 28 de Junio de 1823. Bolívar.²²²

Previamente había dispuesto al comandante de la goleta de guerra “Guayaquileña”, teniente coronel Carlos Wright, transportar y desembarcar las tropas comandadas por el coronel Carvajal, en el puerto de Barbacoas o en el de Esmeraldas, para luego dirigirse a Panamá y embarcar fusiles y municiones destinadas al Departamento de Guayaquil.

La campaña contra Pasto

Mientras se realizan los preparativos de la ofensiva contra los rebeldes, el Libertador, advirtiendo que el Departamento de Quito, “no puede mejorar de su actual estado de miseria sin dar salida á las producciones de su industria y agricultura”, y considerando el puerto de Esmeraldas como el más adecuado para el comercio de exportación, decreta el primero de julio de 1823 la fundación de dos pueblos, uno con iglesia parroquial en el embarcadero (puerto) y otro, a mitad del camino, “trasladando al efecto allí la parroquia de Cocaniguas con su anexo en Mindo”.²²³ Admirable decisión de Bolívar preocupado por el progreso económico del departamento y sus habitantes.

El 3 de julio, el Libertador le escribe al vicepresidente Santander desde Quito: “Imagínese usted el conflicto en que yo estaré, habiéndose levantado los pastusos el 12 de junio, y habiendo entrado Canterac en Lima en 19 del mismo mes... Quiere decir que estos determinados malvados pueden invadir la provincia de Quito, y tomarla si yo mismo no me les opongo con dos pequeños escuadrones y los pocos veteranos que nos quedan de Yaguachi y Vargas.”²²⁴

Ese mismo día, el general Bolívar dispone al Intendente del Cauca para que tome las medidas “más activas y enérgicas” para que una columna de tropa avance para atacar a Pasto, por el lado de Juanambú, “de modo que el enemigo sea invadido por ámbas partes á la vez”. Le anuncia que en quince días empezará a moverse la división comandada por el general Salom.

En carta dirigida al Secretario de Guerra de Colombia, el coronel Carlos Eloy Demarquet, secretario general interino del Estado Mayor del general Bolívar le informa de los preparativos que se realizan para la campaña de Pasto. Le ratifica que el coronel Flores debió retirarse hacia Popayán con apenas 100 hombres de los 600 que custodiaban la ciudad. Le anuncia que el general Salom se encuentra en Puntal con 500 hombres pero que no se empleará esa fuerza sino hasta que se sumen las restantes unidades del Departamento del Sur, la mayoría integrada por personal sin experiencia de guerra. Da a conocer el secretario que: “La fuerza que obrará contra Pasto no bajará de 2.000 hombres, á saber: dos pequeños Escuadrones de caballería, 400 hombres veteranos del Yaguachi y Várgas, cuatro piezas de artillería, y algunos zapadores, al mando de un Oficial de Ingenieros, y el resto de milicias de la Provincia de Quito. S. E. (Su Excelencia) piensa operar según todas las reglas que previene el

²²² O’Leary, Daniel. Memorias del general O’Leary. Publicadas por su hijo Simón O’Leary. Tomo XX, p. 135. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883. Pp. 160 y 161

²²³ Obra citada, p. 161

²²⁴ “Bolívar a Santander, Quito, 3 de julio de 1823”, en: *Cartas Santander-Bolívar 1823-1825*, tomo IV: pp. 84-85.

arte de la guerra, porque siendo desgraciado el suceso de esta campaña, se unirán los pastusos con los enemigos del Perú y llegarán hasta Popayán.²²⁵

Como se puede advertir, en ese momento el general Bolívar estaba más preocupado por un posible avance de las tropas realistas y sus aliados hacia el norte, por lo que consideraba a Popayán amenazada por los insurrectos. Al parecer consideraba que la presencia del contingente de Salom en Puntal era suficiente para contener un improbable desplazamiento de los pastusos contra las provincias quiteñas.

Finalmente, el 4 de julio Simón Bolívar anuncia a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas del departamento de Quito, que al día siguiente marchará a oponerse a “los intentos insensatos de los facciosos de Pasto. Encarga el gobierno de la ciudad al coronel Tomás de Héres.”²²⁶

La toma de Ibarra

Finalmente, Bolívar, con una fuerza de unos mil quinientos hombres, salió de Quito el día 6, descansando al atardecer en Guayllabamba. El 8 de julio llega a Otavalo, en donde permanece hasta el 11.

Desde Otavalo, a través de su secretario Demarquet comunica al Juez Político del Departamento de Ibarra que “dentro de seis ú ocho días llegarán á esa villa más de 1.500 hombres que, se encaminan a reunirse con el señor General Salom”. Por disposición de su excelencia el Libertador, el secretario le pide que “tenga preparados los víveres para racionarlos (alimentarlos), los bagajes en el mayor número posible y todo cuanto US. Sabe que se necesita en tales casos.”²²⁷ La misiva insiste en la urgencia de recolectar 300 reses para mantener al ejército.

El mismo día ocho, en otra comunicación dirigida al Juez Político de Ibarra, Bolívar le ordena exigir al vecindario de la villa un donativo de cuatro mil pesos, a entregarse en un plazo de tres días, cantidad que “debe distribuirse entre las personas pudientes ó los desafectos conocidos, á quienes se les señalará el duplo ó el triple con respecto á los que no lo son. Entienda U. por desafectos á los que tuvieron relaciones con el Gobierno español, por sus familias, por sus empleos ó por persecuciones del Gobierno patriota.” Incluye entre los desafectos a los oficiales Román, Pose y Gangotena, “por no haber ido al ejército como debieron”.²²⁸

Un día más tarde, mientras Bolívar y su estado mayor permanecen aún en Otavalo, se remite una respuesta urgente al parte enviado por el general Salom comunicando que el enemigo había sobrepasado Guaca (consta así en el original). Ordena a Salom y a sus tropas “atraer al enemigo y venirse en retirada, pues la intención de S. E. es batirlo en campo abierto y lejano de Pasto, para que no pueda volver uno sólo”.²²⁹ La disposición, ratificada el 10, es que Salom se retire a la villa de Ibarra o más al sur si es conveniente.

El 11 de julio se ordena a las tropas del coronel Payáres (Pallares) y a las que estaban en Ibarra, se retiren hacia Guayabamba (sic). Horas más tarde, se ordena

225 O’Leary, Daniel. Obra citada. P. 170

226 Ibide., P. 174

227 O’Leary, Daniel. Memorias del general O’Leary. Publicadas por su hijo Simón O’Leary. Tomo XX, p. 135. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883. P. 181

228 O’Leary, Daniel. Obra citada, p. 182

229 O’Leary, Daniel. Obra citada, p. 190



Ibarra siglo XIX

lo mismo al general Salom y a todos los jefes que estén mandando tropas.²³⁰ Es decir, la estrategia de Bolívar era atraer al ejército realista hacia una zona más favorable para presentar combate, al mismo tiempo que le limitaba o impedía el abastecimiento y la logística. Ese día el Libertador instala su cuartel general en Guayllabamba, esperando novedades de la retirada de las tropas, pero en especial, acerca de la llegada de los refuerzos que venían de Guayaquil y de las zonas cercanas a Quito.²³¹

Las avanzadillas de las tropas colombianas y pobladores de la zona, pronto avisaron que un contingente de unos mil pastusos avanzaban hacia el sur engrosando sus fuerzas en cada pueblo. Así pasaron sin ningún tropiezo de Túquerres a Tulcán; avanzaron sin oposición por Puntal y el valle del Chota y el 12 de julio se tomaron y saquearon Ibarra, en ese momento indefensa, pues las tropas republicanas se encontraban en Otavalo y Guayllabamba. Cuando llegó a Ibarra, el ejército campesino de Agualongo ya contaba con mil quinientos hombres, valientes hasta el sacrificio, pero sin formación militar y mal armados.²³²

La villa calmada y quieta

Expuesta a los ardientes rayos del sol veraniego, la Villa de San Miguel de Ibarra, dormía la siesta ese jueves 17 de julio de 1823. Sus habitantes sin embargo, resguardados tras las celosías, atisbando por las ventanas o por las rendijas de las puertas, habían decidido pasar por alto el descanso del mediodía, que observaban religiosamente, dada las condiciones del clima en el valle en que se levantaba la villa.

Durante la siesta, obligatoria tras el almuerzo de las doce, las casas encaladas reflejaban en su blancura el brutal resplandor del astro rey. Erigida en un valle

²³⁰ Ibidem. P. 192

²³¹ Gutiérrez Ramos, Jairo. Los indios de Pasto contra la República (1809-1824). Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, 2012. P.233

²³² Gutiérrez Ramos, Jairo. Obra citada. P. 234

semi pantanoso, Ibarra era azotada periódicamente por epidemias de malaria, combatidas con tisanas de cascarilla (quinina), la mágica corteza que venía de las lejanas regiones del sur del departamento. Las casas, en su mayoría de adobe o de chocoto y paja, unas pocas de piedra bola en el cimiento y ladrillo, estaban pintadas de blanco, totalmente o en su base, para alejar al peligroso zancudo que provocaba las fiebres, los estremecimientos y los fríos propios del paludismo.

Ese mediodía, el silencio pesaba como una lastra, interrumpido apenas por los gritos de unos cuantos pastusos, que intentaban forzar las puertas de las casas que aún no habían logrado desvalijar en la borrachera de pillaje y salvajismo que siguió a la ocupación de la ciudad el día doce.

Convencido que los soldados colombianos habían huido hacia Quito, el coronel Agualongo decidió descansar en la ciudad por unos días, autorizando a sus leales a tomar los bienes, vituallas y animales que se requerirían para intentar la toma de la capital del departamento, la aún lejana Quito, para de esa manera recuperar para su majestad, los territorios que “por derecho le correspondían”. Un saqueo en toda la regla.

El sopor de la tarde recién estrenada se había apoderado también de la guardia. Un par de pastusos, colorados por el calor, sufriendo aún los coletazos de la borrachera del día anterior, sentados en el pasto reseco del ejido de la ciudad, contemplaban con ojos adormilados el camino que serpenteaba entre las chilcas para perderse en el pequeño collado de la Florida para luego bajar por El Milagro, tomar la subida de Moras y desembocar en San Antonio. Estaban seguros que los veteranos de la tropa realista que aseguraban el camino hacia Otavalo cumplirían su labor con eficiencia y advertirían de cualquier movimiento de un enemigo que se hallaba lejos, muy lejos en las alturas andinas. Finalmente, se taparon con el sombrero de lana cruda y terminaron por quedarse dormidos.

En la otra vertiente del Imbabura, pasando la quebrada que bajaba zigzagueante desde el pajonal, una pequeña partida de soldados patianos, contemplaba con ojo avizor cualquier movimiento sospechoso en la calle angosta, el callejón que se empinaba hacia el cerro, hasta llegar a la vieja Caran, el sitio de descanso de los antiguos pobladores de estas tierras, que debieron rendirse ante el poderío militar de los incas, no sin antes hacerles pagar con sangre su intento de dominar el amplísimo valle tutelado por las montañas sagradas, el taita Imbabura y la mama Cotacachi.

En la mañana, los desconfiados mulatos, habían recibido la consigna de notificar cualquier movimiento sospechoso en la zona. Desde un pequeño collado, habían pasado la mañana, contemplando con ojo avizor tanto las alturas de Caranqui como el sendero que serpenteaba rodeado de matas de chilca, desde el Cubilche, en dirección al valle, trazando una línea casi paralela con el río, el Tahuando cuyo caudal, escaso ya en esa época, discurría plácido entre los enormes barrancos que el tiempo había excavado a lo largo de los siglos. Esa madrugada, mientras escuchaban en el fondo de la cañada el murmullo del río, habían decidido que “por aquí no logra pasar ningún cristiano” y prosiguieron su camino sin dejar vigía alguno, para avanzar en busca de alimento, pues no tenían en sus míseras alforjas nada más que un pedazo de pan de munición, la “piedra” sin levadura que había que remojar con agua de la quebrada para poder comerlo. Dejando a sus espaldas, los tejares, momentáneamente abandonados por sus trabajadores, se encaminaron hacia el

ejido de la ciudad, donde su sola presencia bastaría para provocar pánico en los campesinos y de esa manera obtener lo necesario para un almuerzo succulento: leche, alguna gallina, maíz...

Una maniobra audaz

La presencia de Bolívar en Otavalo, generó expresiones de enorme regocijo de sus pobladores, que lo recibieron como al héroe que era, con banda y arco a su ingreso, el saludo de las autoridades y la calidez de los otavaleños en su entrada triunfal a la población. En la noche, la timidez de las apenas púberes señoritas, se transformó en audacia, ante la disposición del militar para los placeres del baile y el coqueteo.

Sin embargo, el general tenía en su cabeza dos graves preocupaciones, la primera de las cuales era descifrar la manera de derrotar a las cuadrillas de pastusos que avanzaban hacia Quito, amenazando la paz y la libertad del territorio y la otra, la guerra en el Perú, que no tenía buen cariz. Confiaba en Sucre, su valentía y capacidad de mando, pero no estaba seguro del apoyo que podría recibir, dadas las emponzoñadas disputas entre los líderes militares peruanos, acostumbrados a la deslealtad y el arribismo que siempre caracterizó a la Lima virreinal.

Tras conversar con sus oficiales y, con enorme astucia, indagar entre las autoridades y los habitantes de las zonas aledañas a Ibarra, Bolívar se convenció que no era posible un ataque directo contra las tropas de Agualongo, que tenía gente posicionada en los caminos que bajaban hacia la planicie, en Tuntaqui, en Ilumán, en San Antonio, en Chorlaví, así como las previsiones que había tomado el astuto jefe militar del contingente del ejército realista en el ejido de la ciudad, con unas cuantas piezas de artillería que harían muy difícil la aproximación por esa vía.

Otras alternativas, como la de rodear el río Ambi, por la vieja ruta de los arrieros, bajando por Cobuendo y Santiago del Rey hasta llegar a las salinas y de allí volver a subir por el lado del Priorato y la laguna de Yaguarcocha a Ibarra, además de la enorme distancia y la dificultad del camino, en que la columna debía avanzar en fila de uno en ciertas secciones, exponía demasiado a sus tropas, que llegarían extenuadas a su objetivo, sin contar con el elemento sorpresa, pues sería visible su movimiento en varios tramos de la tortuosa ruta.

Finalmente, tras escuchar al viejo taita Pedro, que tras esperar, paciente y sabio, acucillado en la puerta exterior del cabildo otavaleño, por horas, para hablar con él, Bolívar tomó las trascendentes decisiones que puso en práctica pocos días más tarde.

Nadie supo que le dijo el anciano al militar de pelo ensortijado. Los edecanes y secretarios del Libertador, contemplaron a distancia el chapurreo del indígena, en un español casi incomprensible. Bolívar asentía con su cabeza, intentando entender el parloteo aderezado de “taitico”, “amo patrón” y “alabados” del viejo, cuya reputación de curandero era bien conocida en la zona. Solo pudieron advertir que, concluida la perorata, el curtido militar, que había permanecido expectante, con los ojos semicerrados, asintió fuertemente con la cabeza, le expresó un contundente “Dios se lo pague” al indígena y lo acompañó, unos pasos, en dirección a la puerta.

A lo mejor fue información sobre algún camino distinto al que normalmente llevaba hacia el amplio valle de Tuntaqui: o, como ya había ocurrido otras veces en la vida del venezolano, era una conjetura del taita sobre su futuro, en el lenguaje insondable de dos espíritus que se conectan.

Sea cual fuere el sentido de esa breve entrevista, Bolívar tomó una decisión: retornaría con sus tropas a Guayllabamba. Al mismo tiempo, ordenó a Salom, dejar sin protección a Ibarra, que un par de días más tarde, sería asolada por las tropas pastusas que luchaban por defender a su rey y a su religión.

En su mente prodigiosa de estratega, pero también de visionario, se estaba forjando un engaño con intención de victoria. Replegarse, de manera visible, pues estaba seguro que los terratenientes que añoraban los aún cercanos tiempos de la audiencia; los funcionarios del antiguo régimen; los indígenas temerosos siempre de sus patrones; e incluso algunos clérigos realistas, no tardarían en enviar mensajes a los rebeldes pastusos, advirtiéndoles que el “zambo Bolívar” se había regresado a Quito y que tras él se iban también el resto de tropas.

Sin embargo, el Libertador había concebido un repliegue táctico que no permitía prever un inmediato retorno de las tropas colombianas sobre un objetivo que le obsesionaba y no le permitía dormir en las largas noches en que pasaba, tendido sobre la vieja hamaca de algodón trenzado, que le acompañaba desde las noches terribles de las campañas en los llanos de su amada Venezuela. En su cabeza, ya por entonces atormentada por las fiebres, el único pensamiento era exterminar a la desleal Pasto y a los pastusos...

La noche previa

La tarde del 16 de julio, las tropas libertarias avanzaban trabajosamente por el viejo camino de herradura utilizado por los arrieros y comerciantes para llevar los productos agrícolas de la fértil Imbabura hacia la capital del Departamento del Sur. A pesar que el temible arenal había desgastado las energías de los soldados de a pie, había esperanza de llegar esa misma noche a su destino. La caballería avanzaba en la vanguardia, vigilando cualquier presencia de adelantadas enemigas. Subían hacia las alturas de Mojanda, por el camino de Tabacundo, acompañados por el viento sibilante de las tardes andinas y unos cuantos campesinos, que presenciaban impasibles el cansino caminar de los soldados. La jornada aún era larga, pues no bajarían desde el páramo rumbo a Otavalo, sino que enrumbarían hacia la laguna de San Pablo, para rodearla y acampar en su parte suroriental.

El Libertador, jinete experto, había ya explorado, junto a sus ayudantes y un par de guías, el sendero que utilizarían para llegar a su destino. El objetivo era ubicarse en la pequeña altura de Agato para avanzar hacia Ibarra por el lado suroriental, evitando el camino de Otavalo, en donde era previsible que el enemigo hubiese colocado avanzadas para informarle de cualquier movimiento de las tropas colombianas.

No podrían avanzar por la extensa planicie tutelada por el adusto Imbabura. El viejo combatiente de tantas batallas no estaba dispuesto a exponer a sus tropas a campo abierto. Intuía –como lo había hecho Sucre un año antes- que la sorpresa sería su mejor cómplice para destruir al enemigo. Después de tantas acechanzas de los pastusos, un odio visceral a los rebeldes lo impulsaba a considerar el

enfrentamiento que se avecinaba como definitivo. Más que el patriotismo, de su cuerpo se había corazon el odio. Sentía en las tripas un ansia brutal: la de iniciar la lucha, volver a sentir el olor a pólvora, el trajín de los cuerpos sudorosos, la decisión de lanzarse a una aventura necesariamente mortal.

Sin embargo, mientras trajinaba por el sendero que descendía hacia el lago, las dudas lo atormentaban. En Guayllabamba, en la noche apenas iluminada por la mortecina luz de las estrellas, atormentado por los mosquitos “realistas” que no le habían permitido dormir, había decidido tener todos los refuerzos posibles, para rodear con sus tropas experimentadas a la villa de Ibarra y rendirla por cansancio o por hambre. Sin embargo, la mañana siguiente, decidió avanzar. Era el hombre del movimiento perpetuo. La palabra esperar no estaba en su vocabulario. Al amanecer, despertó a sus ayudantes y les impartió órdenes precisas: había que avanzar contra los infames pastusos. Pero ahora, cuando el sol del atardecer rielaba sobre las frías aguas del lago, la incertidumbre se abría paso. Sus tropas avanzaron por las escasas viviendas del pueblito de San Pablo y se ubicaron en una planicie más alta donde harían vivac. Desde allí, podían tomar el antiguo camino de Peguche, evitando entrar en Otavalo, avanzar por Ilumán, bordear el Imbabura, salir por Pucahuaico hasta Tanguarín y el ejido de la villa de Ibarra. Con eso podrían eludir -en lo posible- las avanzadas de los pastusos y a los espías que aún soñaban con el retorno de la administración realista. “Pérfidos”, pensó Bolívar, en referencia a los hacendados, a los curas, a los antiguos funcionarios, a los campesinos que odiaban a Colombia. “No entienden lo que significa la libertad”, dijo en voz alta, lo que sobresaltó a Barreto que caminaba a su lado. Con un gesto, el Libertador le advirtió que no necesitaba respuesta. Contemplaba ensimismado la mole adusta de la montaña y pensaba en la dura jornada que tendrían que cumplir al día siguiente. Las casi seis leguas²³³ que separaban a sus tropas de la ciudad tomada por los pastusos, implicaban una larga caminata, retardada por el lento paso de la artillería de campaña y por las precauciones a tomar para evitar ser avistados por el enemigo.

Su semblante se ensombrecía a medida que analizaba los riesgos de una campaña en la cual no tendría a la sorpresa como aliada. El escenario natural de la guerra es el campo, pensaba, no una ciudad tomada por las tropas. Caminaba con pasos cortos y enérgicos, mirando sin mirar, el barullo del campamento. A su paso se hacía el silencio. Los soldados conocían bien el talante de su comandante.

De pronto, el mensaje susurrado, días atrás, por el taita Pedro, se abrió paso en su cerebro febril: “chaquiñán taitico, chaquiñán del cerro huahua.”²³⁴ No había entendido el mensaje ni su intención. Pero en su visión de estrategia se iban abriendo paso las palabras del anciano. Mandó llamar al guía. Don Camilo Limaico se presentó, con el sombrero en la mano, respetuoso ante la presencia del caudillo. “Cómo se llama ese monte más chico”, le preguntó sin preámbulos. “Cubilche” le contestó el arriero, que por su conocimiento de los caminos de la zona, había sido reclutado por el general Salom. Bolívar lo tomó del brazo y lo condujo a un costado para seguir la conversación, a solas. Inquirió si existía un

233 Legua: medida itineraria, variable según los países o regiones, definida por el camino que regularmente se anda en una hora, y que en el antiguo sistema español equivale a 5572,7 metros. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

234 Huahua. Ec. Bol. Guagua, niño de pecho. Diccionario de Americanismos. Asociación de Academias de la Lengua española.

paso entre las dos montañas. “Si –le contestó el baqueano- por el abra para caer a Rumipamba.” “Y, crees que podemos pasar por ahí”, insistió el militar. “Si, patrón general. Es camino de mulas, pero pasar, se puede pasar”, explicó el campesino originario del pueblo de San Antonio. Bolívar le pidió detalles de la ruta para llegar a Ibarra. La explicación que recibió le pareció satisfactoria: por un camino practicable, que pasaba por San José de Cacho, La Esperanza, Chaupiestancia, se podía llegar a Caranqui para de allí bajar a la villa por el sur, o rodear por los Tejares para entrar por la cañada del río en la zona este de la ciudad. El general palmeó la espalda del arriero en señal de agradecimiento y ordenó que le provean de una ración del glorioso aguardiente de las tierras bajas de la zona, para que “tenga fuerzas” para la jornada del día siguiente.

El 17 amaneció gélido, como suelen ser los días previos al verano en los Andes. Una tenue neblina daba un tono fantasmal a las aguas del lago. Apenas clareaba cuando Bolívar ordenó la marcha. “Hacia arriba”, dispuso el general. Demarquet, su secretario del momento, advirtió el error y le marcó el camino que iba hacia Otavalo. “No -reafirmó Bolívar-, vamos por el otro lado”. Limaico, sin esperar más, enrumbó a su mula en la dirección del abra.

Barranca abajo²³⁵

Las cuatro leguas de camino hasta la Villa de Ibarra se volvieron largas para las tropas republicanas. Al frío de la madrugada le sucedió un sol reparador que otorgó energía a las tropas, aún cansadas de las dos jornadas previas desde la partida en Guayllabamba. Pero luego se trocó en ardiente enemigo, que castigaba impiadoso, especialmente a la infantería. A pesar de los ruegos de los oficiales, Bolívar no ordenó parar sino hasta divisar Ibarra desde los altos de la Esperanza. Allí, en una casita con techo de teja, portal y patio solariego, a la usanza española, hizo su cuartel general.

Tiempo después, al recordar el enfrentamiento con los pastusos de Agualongo, el Libertador recordaba el momento en que tomó la decisión que decidió la batalla y la suerte de la libertad en las tierras quiteñas: “Mi primer proyecto no fue atacar de frente al enemigo en la fuerte posición que ocupaba”, le contó en Bucaramanga, en el año 28, al coronel francés Louis Peru de Lacroix²³⁶, que se había convertido en su ayudante y confidente. Junto a las escasas provisiones disponibles para el almuerzo, su mayordomo colocó una botella de vino de Madeira.

“El vino era bueno y espirituoso –recordó Bolívar-; varias copitas que tomé me alegraron y entusiasmaron de tal modo que al momento concebí el proyecto de batir y desalojar al enemigo: lo que antes me había parecido imposible y muy peligroso se me presentaba ahora fácil y sin peligro”.

Fiel a su temperamento, Bolívar reunió a sus oficiales y les explicó el plan de batalla. Debían acercarse por el sur lo máximo posible a la ciudad, sin que el enemigo los detecte. La sorpresa era indispensable para poder ingresar en

235 No existe información suficiente sobre el desarrollo de la batalla de Ibarra. Datos aislados han sido tomados de diversas fuentes, en especial del Boletín del Ejército Libertador de la República de Colombia, Cuartel General de Ybarra, 18 de julio de 1823. Lo suscribe el ayudante del Libertador Simón Bolívar, el general Visente González (así aparece el nombre en el original).

236 Peru de Lacroix, Louis. Diario de Bucaramanga o vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar. Madrid: Editorial América, 1924.



Oficial de caballería. Siglo XIX.

la ciudad ocupada. Una vez en las inmediaciones de la villa, constatadas las posiciones de las tropas realistas, daría las órdenes finales.

La patrulla de patianos, que aún permanecía a la sombra, en el ejido cercano a la antigua población de Caranqui, fue totalmente sorprendida por la avanzada patriota. El objetivo estaba entonces a menos de un cuarto de legua, sus casas resplandeciendo al sol del mediodía.

Tras las posiciones de vanguardia, iba la caballería, lista para el empleo. Una patrulla pastusa que custodiaba el “camino largo” que iba de Ibarra a las alturas de Caranqui, fue emboscada y sus integrantes lanzados... Excepto dos, que lograron escapar despavoridos rumbo a las primeras calles de la ciudad. La sorpresa se había perdido.

Bolívar recibió de inmediato el reporte de la fuga y, sin dudarlo, ordenó formación cerrada, la infantería a los costados y la caballería en el centro de la calle larga, el camino que se dirigía en línea recta hacia las primeras calles de la urbe, para iniciar la carga. El avance simultáneo pronto devino en una **carga de caballería**, que lanzada al galope en persecución de los fugados, arrolló la débil defensa de las tropas pastusas ubicadas precariamente a unas cuatro cuerdas de la plaza central de la villa o parapetadas en los blancos paredones de las casas que daban al camino.

Los salvajes gritos de los lanceros, provocaron tal confusión en las filas del ejército realista, que pronto se produjo una desbandada, en dirección de la orilla del río Tahuando, donde podían reagruparse y enfrentar de mejor manera al enemigo.

Las calles empedradas, pronto se tiñeron de la sangre de los bravos pastusos que intentaban evitar la toma de la ciudad. Seguían combatiendo a pesar de sus heridas y eran rematados por los lanceros. Poco después llegaron los infantes que concluyeron la tarea de los jinetes. El estruendo de los disparos se confundía con los ayes de los caídos y la andanada de insultos de los atacantes.

Pasada la una de la tarde, encerrados tras los muros encalados de las casas, los ibarreños escuchaban el fragor de un combate breve pero intenso. Apenas minutos bastaron para que las tropas patriotas ingresen en la ciudad en persecución de los realistas.

Agualongo, contemplando el resultado del primer enfrentamiento, ordenó el repliegue hacia la orilla opuesta del río, intentando posicionar a sus tropas en el escarpado barranco, más fácil de defender al tener un estrecho puente de por medio. Sin embargo, la caballería patriota, a galope tendido, se lanzó barranca abajo, cargando contra los pastusos que defendían el puente, desbaratando su intento de defenderlo.

El intercambio de fusilería también fue breve. Bolívar y su estado mayor se ubicaron en una pequeña altura desde donde se podía contemplar el movimiento de las tropas y esperar el desenlace de la batalla.

Una nueva carga de caballería y el empuje de los soldados que trepaban por el barranco tomando las posiciones enemigas, bastó para decidir el combate. El enorme coraje de los pastusos en retirada y su decisión de no rendirse, generó escaramuzas en el camino de Los Olivos, Yahuarcocha hasta Aloburo, dejando decenas de muertos.

La orden de Bolívar había sido clara: exterminar totalmente la resistencia del ejército comandado por el coronel Agualongo. Y las tropas colombianas la cumplieron con ferocidad. Además de dos centenas de pastusos muertos en las calles de Ibarra, otros seiscientos pagaron con su vida la osadía de invadir el departamento del Sur de la Gran Colombia.

Sus cadáveres, quedaron regados en la ruta desde la villa de Ibarra hasta el valle del Chota e incluso más allá. “La mayor parte de ellos han muerto, y los que pudieron escapar dispersos no pueden llegar al Guaitara, sin ser presos de nuestra caballería, que los sigue...” escribe el general Vicente González, ayudante de Bolívar, en el Boletín del Ejército Libertador.

En esa publicación, fechada el día posterior a la batalla, se pondera la audacia y determinación de las tropas colombianas y sus jefes. Elogia el arrojo y valor en el combate, de los generales Salom y Barreto, recomendando su conducta. Destaca además el comportamiento del coronel Ybarra, primer edecán del Libertador; la de sus otros edecanes, coroneles Álvarez y O’Leary; la del bravo teniente coronel Medina; la del comandante de Guías Martínez y del comandante de Granaderos a caballo Paredes; la de los capitanes Santana, Sandoval y Pío Díaz; el teniente Camacaro y los alféreces Sanoja y Jirón.²³⁷

El informe del ayudante del Libertador Simón Bolívar, general Vicente González, es totalmente enfático en relación al desarrollo de la batalla y el papel que le cupo a la caballería: “Nuestra Infantería, aunque no pudo entrar en combate, toda ella manifestó los más vivos deseos de combatir”.²³⁸ Detalla además que el ejército colombiano solo tuvo trece muertos y ocho heridos...

El recuerdo de los ibarreños en torno a la batalla, terminó unido por siempre a su memoria olfativa: el olor de los cuerpos de los pastusos caídos en el combate, que fueron incinerados en una fosa común, en el campo ubicado tras de la iglesia de Santo Domingo, tras ser rociados con cal para evitar epidemias. La hedentina permaneció por varios días. Los ibarreños cambiaron entonces el nombre del parque ubicado junto al convento: “la plaza de los chamuscados”.

²³⁷ Boletín del Ejército Libertador de la República de Colombia, Cuartel General de Ybarra, 18 de julio de 1823.

²³⁸ Ibidem.

Epílogo

Parte oficial de la Batalla de Ibarra

El 18 de julio, el coronel Charles Eloy Demarquet, militar francés nombrado poco antes secretario interino del Libertador, eleva el parte de la Batalla de Ibarra a los intendentes de Quito y Guayaquil.²³⁹ En sus aspectos esenciales señala:

“A las seis de la mañana del día de ayer, S. E. el Libertador, salió del pueblo de San Pablo con todo el ejército sobre este cuartel general y por la dirección de Cochicaranqui, con el objeto de sorprender al enemigo que se hallaba en esta plaza en número de mil quinientos hombres y lleno de confianza, muy descuidado y solo tenía sus avanzadas sobre el camino principal de San Antonio. A las dos de la tarde, S. E. en persona con su Estado Mayor y algunos guías se acercó a las primeras calles de esta villa y al momento que se convenció que el enemigo estaba efectivamente en la plaza, mandó atacarlo con tal acierto y violencia que la dispersión fue total, la mortandad horrorosa y el número de fusiles, lanzas y demás elementos de guerra tomados en muy grande cantidad.

Todo el Ejército del Libertador se ha portado con un valor y un entusiasmo que no tiene ejemplo; pero la caballería sobre todo se ha distinguido haciendo prodigios como nunca. El señor General Salom se ha batido como el más valiente soldado y el señor general Barreto con su valor acostumbrado.

El señor general Barreto ha marchado con toda la caballería en persecución de los dispersos y por todas partes y direcciones se han mandado partidas con el mismo objeto, para acabar de destruir esa facción y no hay la menor duda que ningún pastuso conseguirá repasar el Guáytara.

Es con una satisfacción muy particular que se ha visto cumplir el día de ayer la profecía de S. E. el Libertador de que era por última vez que los infames pastusos se habían levantado y ciertamente puedo asegurar a U.S. que jamás se ha visto un triunfo más completo y conseguido contra hombres más resueltos que los pastusos, pues su resistencia después de haber salido de esta villa y en todo el camino hasta el Chota fue muy tenaz, que se debería admirar si hubiera sido empleada en defensa de una cosa justa.”

Concluye el parte de Demarquet elogiando el patriotismo de los pueblos de la región y anunciando que se recomendará a los bravos oficiales y soldados que se distinguieron en la batalla. Anuncia a los intendentes que el Libertador saldrá al día siguiente para Quito y les pide comunicar la noticia a quienes corresponda.

²³⁹ Chiriboga N. Ángel Isaac. Documentos históricos oficiales sobre las campañas de la Libertad. Talleres Gráficos del Estado Mayor General. Quito, 1948.

Carta de Bolívar a Santander²⁴⁰

Quito, Julio 21 de 1823.

Mi querido amigo General:

Logramos, en fin, destruir a los pastusos. No sé si me equivoco como me he equivocado otras veces con esos malditos hombres, pero me parece que por ahora no levantarán más su cabeza los muertos. Se pueden contar 500 por lo menos; mas como tenían más de 1.500, no se puede saber si todos los pastusos han caído o nó. Muchas medidas habíamos tomado para cogerlos a todos y realmente estaban envueltos y cortados

por todas partes. Probablemente debíamos coger el mayor número de estos malvados. U. sabrá por el General Salom los que hayan cooperado, y lo más que haya sucedido después de la victoria. Yo he dictado medidas terribles contra ese infame pueblo, y U. tendrá una copia para el Ministerio, de las instrucciones dadas al General Salom.

Pasto es la puerta del Sur, y si no la tenemos expedita, estamos siempre cortados, por consiguiente es de necesidad que no haya un solo enemigo nuestro en esa garganta. Las mujeres mismas son peligrosísimas. Lo peor de todo, es que cinco pueblos de los pastusos son igualmente enemigos, y algunos de los de Patía también lo son. Quiere decir esto, que tenemos un cuerpo de más de 3.000 almas contra nosotros, pero una alma de acero que no plega por nada.

Desde la Conquista acá, ningún pueblo se ha mostrado más tenaz que ese. Acuérdesse U. de lo que dije sobre la capitulación de Pasto, porque desde entonces conocí la importancia de ganar esos malvados, Ya está visto que no se pueden ganar, y por lo mismo es preciso destruirlos hasta en sus elementos.

Soy de usted de corazón, y déle muchas memorias a Briceño y a los demás amigos.

Bolívar.

Tropas de la Gran Colombia²⁴¹

Bolívar organizó las tropas de la campaña para liberar a Ibarra en tres divisiones:

I. Infantería

Comandante: general Bartolomé Salom

Unidades: Batallones Yaguachi; y Guías de la Guardia

II Caballería

Comandante: general Manuel de Jesús Barreto

Unidades: Batallón Vargas de granaderos a caballo

III Reserva

Comandante: Coronel Hermógenes Maza

Unidades: Batallón de Milicias de Quito y compañía de artillería

240 De Gangotena y Jijón. Cristóbal. Documentos referentes a la batalla de Ibarra. Quito, Talleres Tipográficos Nacionales, 1923.

241 Macías Núñez. Édison. Historia General del Ejército Ecuatoriano, tomo II. El Ejército en las guerras de la independencia. Quito, CEHE, s.a.

Bolívar, el Libertador

Gral. Fernando Dobronski Ojeda





Simón Bolívar

Bolívar creador de la Gran Colombia

La campaña que culminó victoriosamente en el Puesto de Boyacá (7 de agosto de 1819), fue decisiva para la suerte de América. No queda otra tarea que la de instaurar el gobierno sobre las bases de la autoridad, de la justicia, de la democracia y de la ley. Bolívar encarga de esta labor histórica a Francisco de Paula Santander y, se dirige a Angostura. A su paso los pueblos lo ovacionan con delirio y lo reciben bajo arcos triunfales. “Este el sentimiento de los bienes que trae consigo la libertad”, escribe el mismo Bolívar en carta a Santander.

El 14 de diciembre de 1819 Bolívar se presenta ante el Congreso, reunido para oír el relato de sus hazañas y las razones para optar por la creación de Colombia (la Grande), idea obsesionante que persistió en el espíritu del Libertador.

En su discurso de ese día dice que la unión en un solo país de la Nueva Granada, Venezuela y el Ecuador “es garantía de la libertad de la América del Sur”. Francisco Zea, presidente del Congreso, hombre de estudio y brillante expositor, contesta al héroe en el tono que requiere este momento singular: “Entre tantos días ilustres y gloriosos que Vuestra Excelencia ha dado a la República, ninguno tan dichosos como el de hoy, en que Vuestra Excelencia viene a poner a los pies de la representación nacional los laureles de que lo ha coronado la victoria”. El cuerpo legislativo acoge unánimemente el proyecto de ley, y en la sesión del 17 de diciembre lo aprueba en forma solemne. Con esta sobria fórmula que Zea pronuncia, se aclama la unión: “¡La República de Colombia queda constituida! ¡Viva la República de Colombia!”.

La creación de la República de Colombia (que históricamente se denomina la Gran Colombia) es un plan político de Bolívar a quien interesa realizar con ella dos fines: el primero, ofrecer ante el mundo, para lograr respeto internacional,

una república de grandes recursos; compuesta por una confederación de pueblos que buscan los mismos ideales; el segundo, contar con un solo gobierno para no hallar trabas a las conveniencias de la guerra, que no estaba terminada y había que llevar a su total victoria.

Sin reposo, viaja de nuevo a su patria. En la metrópoli española, la rebelión de Rafael de Riego y Núñez así como una nueva expedición que se preparaba para salir de la península a respaldar a Morillo fracasaron. Estos sucesos políticos de allá y la avasalladora decisión de todos los americanos, crean un ambiente favorable a la causa de la libertad.

El pacificador (Morrillo), por orden de su gobierno, concierta con el Libertador, a quien por primera vez llama, en reconocimiento implícito de la existencia jurídica de la nueva nación, “Su Excelencia el Presidente de la República”, un armisticio para regular las hostilidades, protocolo que se firma el 25 de noviembre de 1820, en Trujillo (Venezuela), allí mismo donde en la campaña de 1813 se había decretado la guerra a muerte. Su cláusula principal fija la suspensión de la guerra por seis meses.

El Pacificador admiraba a Bolívar, y tan bien impresionado queda de su nobleza y valor, que después de este encuentro renuncia su alto cargo, regresa a España y escribe a su rey un informe donde elogia al Libertador con este concepto: “Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo... El es la revolución”. En el mando le sucede don Miguel de la Torre.

Carabobo

Carabobo (24 de junio de 1821), rompe los últimos recios eslabones que subyugaban a la heroica Venezuela, la nación más sufrida en la guerra de la independencia y la que soportó el oprobio de los más sanguinarios conmlitones españoles. Ninguna victoria colma tan íntimamente el gozo de Bolívar como éste que hizo tremolar la bandera de la libertad en su propio suelo nativo.

Su llegada a Caracas despierta en esta ocasión encontrados sentimientos. Su pueblo se halla desolado, con sus hogares deshechos, llorando seres queridos. Su presencia aviva el recuerdo de lo irreparable aunque consuela el abatimiento de huérfanos y viudas y trueca la pena general en emocionado júbilo de fervorosa gratitud.

El primer Congreso constituyente de la Gran Colombia, como lo había dispuesto el de Angostura, estaba reunido en la Villa del Rosario de Cúcuta para consolidar por medio de las leyes el triunfo de las armas. Así va estructurándose la conciencia democrática de la Patria, ya que concurren una gran batalla y un gran Congreso: batalla de Boyacá, Congreso de Angostura; batalla de Carabobo, Congreso de Cúcuta.

Este cuerpo legislativo nombra Presidente de la República de la Gran Colombia a Bolívar y vicepresidente a Santander. En el acto de posesión, verificado el 3 de octubre de 1821, el Libertador pronuncia, en brevísimo discurso, la más radiante exaltación republicana y civilista, entre otras cosas dice: “...Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes. ¡Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano!”

Viaja a Bogotá el 22 de octubre del mismo año de 1821 y aquí, ayudado eficazmente por su vicepresidente Santander, amplía la efectividad de las leyes, organiza con más solidez la administración pública, le da prestigio a la diplomacia y regulariza la guerra que sostienen las naciones suramericanas por su propia supervivencia.

Bogotá, capital de la Gran Colombia, se siente ufana porque vive en su seno el Padre de la Patria. Pero bien pronto el 13 de diciembre, le ve partir para las tierras del sur. El Ecuador, el Bajo y el Alto Perú (esta última hoy Bolivia) están aún sometidos al poder español. Libertarlos es ahora su propósito inmediato.

Con él salen los últimos pelotones que van a reforzar a los que ya están en el sur, 3.000 hombres en total, llevarán el nombre de la Patria allende las fronteras. Visita algunas poblaciones del Valle del Cauca y solaza su espíritu en la contemplación de la pródiga naturaleza que ya veía aprovechada por el trabajo de hombres libres.

Su idea en un principio es la de seguir al Ecuador por Buenaventura, vía marítima, mas como en la región de Pasto se halla congregado un aguerrido núcleo de españoles al mando de Basilio García, avezado militar que opera en connivencia con los realistas del país vecino, se impone la ruta por tierra, aunque supremamente escabrosa: hay que destruir esos guerrilleros desafiantes.

El 1 de enero de 1822 se pone al frente del ejército en Cali y después marcha en guerra por el camino de Popayán, ciudad que le brinda sus mejores recursos.

Se cumple en este tiempo un hecho vital en la historia diplomática del país: el 8 de marzo de 1822, los Estados Unidos reconocen a la Gran Colombia, como nación independiente. Dan así el apoyo moral más codiciado por Bolívar, pues se define en esta forma el derecho internacional de la república.

Batallas de Bomboná y del Pichincha

Cerca de 2.000 combatientes de cada bando se disputan el predominio de las regiones de Pasto. El encuentro de las fuerzas se realiza el 7 de abril de 1822 en Bomboná, explanada situada en la falda occidental del volcán de Galeras. Para prevalecer sobre la resistencia tenaz de los españoles, los colombianos se ven obligados a pelear con heroísmo, y su cuerpo de oficiales sufre valiosas bajas. El triunfo impide a García unirse con su jefe Melchor Aymerich, derrotado el 24 de mayo de 1822 en Pichincha por el ejército comandado por Sucre.

Para enero de 1822, Sucre en Guayaquil había organizado su ejército que constaba de aproximadamente de 1.700 hombres, entre veteranos de sus campañas y nuevos reclutas. Entre otras unidades: el Batallón Yaguachi con gente de la zona y voluntarios que provenían de la Sierra; también había soldados neogranadinos y venezolanos enviados por Bolívar, unos cuantos oficiales y soldados españoles que habían cambiado de bando, un batallón de voluntarios británicos el Albión e incluso unos cuantos irlandeses y franceses.

El 18 de enero el ejército patriota se dirigió a Machala. El 9 de febrero, tras haber cruzado Los Andes, Sucre entró en Saraguro, donde se juntó con los 1.200 hombres de la División peruana, el contingente que San Martín había prometido. Esta fuerza "Expedición Auxiliar de Santa Cruz a Quito" estaba conformada en su mayoría por reclutas peruanos, existía también alto-peruanos (bolivianos),

el propio Andrés de Santa Cruz nació en el Alto Perú, tenía también oficiales argentinos y chilenos y un Escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes (argentino) al mando del coronel Juan Lavalle.

Al enfrentar esta fuerza multinacional de alrededor de 3 000 hombres, el destacamento realista de caballería de unos 900 hombres, que defendía Cuenca se retiró hacia el norte, siendo perseguido a distancia por la caballería patriota. Sin embargo, el 21 de abril se produjo un feroz encuentro entre las fuerzas de caballería en Tapi, cerca de la ciudad de Riobamba. Al final del día los realistas nuevamente se retiran, mientras que el ejército principal de Sucre procedió a capturar Riobamba. Quedándose ahí hasta el 28 antes de reanudar su marcha hacia Quito.

Pichincha es una de las grandes batallas de la independencia; su gloria inmediata corresponde a Sucre. El valor queda allí personificado en el ecuatoriano Abdón Calderón, quien lucha con denuedo, a despecho de sus heridas, hasta caer exánime.

¡Bomboná y Pichincha: dos nombres y un honor: Libertad del Ecuador! Quito fue la primera, en haber dado el grito de revolución el 10 de agosto de 1809.

Bolívar sufre penalidades en las montañas que forman la cordillera de los Andes en su región más escarpada y volcánica. Espera refuerzos y en seguida acomete a Pasto cuyos habitantes se muestran hostiles; pero los reduce.

Se dirige al Ecuador para asentar la libertad y definir su situación política. Quito, la capital, lo acoge con una de las más gratas y encendidas manifestaciones que recibe en su carrera. Ese día conoce a Manuelita Sáenz, esposa de un médico inglés; joven morena, ardiente, de ojos hechiceros; al paso del guerrero, ella desde el balcón que ocupa le arroja un manojo de flores, y por la noche en el baile de rigor comienza un vedado entendimiento. Mujer de sugestivo natural, sigue al vencedor, la acompaña en sus luchas y después guarda con austeridad su memoria en los 29 años que le sobrevive.

Ya en dominio de la codiciada porción que integrará la Gran Colombia, busca conexión con Guayaquil, próspero puerto donde la opinión ecuatoriana se expresa más ostensiblemente.

Entabla aquí relación con los hombres importantes con quienes pone en juego una táctica de acercamiento a sus ideas. José Joaquín de Olmedo es, entre los civiles, la figura ecuatoriana de mayor relevancia: político, escritor y poeta, será el cantor de Bolívar y su interlocutor ilustre en las lides del pensamiento. Su poema “La Victoria de Junín”, soberbio himno épico, vivirá eternamente a la par con la gloria del guerrero.

Entrevista de Bolívar y San Martín

Seguido de 1.500 hombres llegó Bolívar a Guayaquil el 11 de julio de 1822, y entró a la ciudad bajo arcos triunfales; el pueblo, que veía en él un símbolo de la revolución democrática de América, le aclamó con emoción auténtica, mientras que la Junta de Gobierno guardaba actitud de equívoca reserva y el patriado de Guayaquil, más cercano del “monarquismo” de San Martín, disimulaba difícilmente su hostilidad por las fuerzas colombianas, en las cuales presentía una amenaza para sus privilegios. Estas circunstancias

llevaron al Libertador, el 13 de julio, a notificar a la Junta de Gobierno “que acoge bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose del mando político y militar de esta ciudad y su provincia”.

Grande fue por tanto, la sorpresa del general San Martín, cuando al acercarse a Guayaquil y anclar en las cercanías de la isla de Puná, llegaron los edecanes de Bolívar, enviados por él cuando conoció su proximidad, a invitarle a desembarcar en territorio colombiano. “El Libertador nos ha ganado por la mano”, le diría en carta confidencial a Guido.

El 26 de julio de 1822, tiene lugar la histórica entrevista de los dos Libertadores: Bolívar y José de San Martín. Proceden de puntos opuestos de la América y vienen animados del mismo ideal de libertad. Deben decidir dos cuestiones trascendentes: el sistema de gobierno para el Perú y la unidad del comando militar del ejército aliado.

San Martín es partidario de la monarquía independiente con un príncipe de familia real europea. Bolívar es partidario de la república soberana y democrática.

El sistema de gobierno para una nación tan importante e influyente desde el imperio colonial, tiene repercusiones políticas internas e internacionales para la suerte de América.

La unidad de comando, ante el caso de que ellos son jefes de Estado y no podían por dignidad estar el uno bajo el mando del otro ni operar al mismo tiempo, es imprescindible en la milicia e impostergable en estos momentos cuando el Perú solicita ayuda y los españoles tienen allí su último reducto.

Sin dilación, la misma noche del encuentro, a puerta cerrada, como árbitros autónomos y máximos, San Martín deja libre la intervención a Bolívar al ceder su ejército y la meta de finalizar la liberalización del Perú. Este pacto de caballeros honra por igual a entrambos personajes: proceder sin protocolos que desvíen su criterio; razonar a solas con hidalgo ademán; dirimir en trascendente cita la continental alternativa; adopta la secreta decisión y cumplirla, el uno, San Martín, sin pretender discordia, sin retrasar su cumplimiento, tal vez venciendo su personal aspiración; el otro, Bolívar, con honda perspicacia, con absoluto dominio del momento y con enfática resolución de triunfo, son actos henchidos de visión del porvenir, fruto del propio conocimiento que los libertadores tenía de sí mismos, actos que irradian grandeza moral y viven aún en la conciencia de las posteridad, plenos de admiración como dechados de lealtad a la causa de América.

Se presentan ahora delicados problemas de orden político sobre todo en Guayaquil, que pensó constituirse en Estado único o anexarse al Perú, pero Bolívar los salva con éxito y logra que representantes del pueblo promulguen la unión de las provincias del Sur a la Gran Colombia.

Queda así integrada esta inmensa nación con los territorios del Ecuador, Venezuela y Nueva Granada, tal como lo había proclamado el Congreso de Angostura.

Síntesis cronológica

- 1783 Nacimiento. 14 de julio.
- 1798 Obtiene el grado de subteniente: 4 de julio.
- 1799 Primer viaje a España, pasa por México y Cuba.
- 1802 Matrimonio en Madrid con María Teresa Rodríguez del Toro: 26 de mayo.
- 1802 Retorna a Venezuela.
- 1803 Muere la esposa: 22 de enero.
- 1803 Segundo viaje a España: 23 de octubre.
- 1804 En París, presencia la coronación de Napoleón.
- 1805 Juramento en el Monte Sacro, en Roma: 15 de agosto.
- 1806 Retorna a Venezuela, pasando por Estados Unidos.
- 1810 Sale hacia Londres en misión diplomática: 6 de junio.
- 1810 Encuentro de Bolívar, Bello y Miranda en Londres.
- 1810 Regresa a Caracas: 5 de diciembre.
- 1811 Discurso en la Sociedad Patriótica. Declaración de Independencia: 4 de julio.
- 1811 Interviene en la toma de Valencia.
- 1812 Asume el mando de Puerto Cabello. Después cae en poder de los realistas.
- 1812 Logra salir para Curazao.
- 1812 Llega a Cartagena: 27 de noviembre.
- 1812 Redacta y suscribe el Manifiesto de Cartagena
- 1813 Triunfos en Cúcuta: febrero.
- 1813 Inicia la Campaña Admirable: 1 de marzo.
- 1813 Aclamado Libertador, en Mérida: 23 de mayo.
- 1813 En Trujillo, proclama la guerra a muerte: 15 de junio.
- 1813 Entra en Caracas. La Municipalidad lo nombra Capitán General y le da el Título de Libertador: 7 de agosto.
- 1813 Batalla del Bárbula (Girardot): 30 de septiembre.
- 1814 Combates en San Mateo: febrero y marzo.
- 1814 Primera de Carabobo: 28 de mayo.
- 1814 Derrota en La Puerta: 15 de junio.
- 1814 Emigración rumbo al Oriente de Venezuela.
- 1814 Se ausenta del país.
- 1814 Tunja. Comparece ante el Congreso de la Nueva Granada: 24 de noviembre.
- 1815 Escribe en Kingston la famosa Carta de Jamaica. Intento de asesinato. Viaja a Haití y se entrevista con el presidente Petion: 6 de septiembre.
- 1816 Sale de Los Cayos con su expedición libertadora: 21 de marzo.
- 1816 Desembarca en la isla de Margarita: 3 de mayo.
- 1816 Decreta en Carúpano la libertad de los esclavos: 2 de junio.
- 1816 Derrota en Ocumare. Regresa a Haití.
- 1816 Sale con la segunda expedición libertadora auxiliada por Haití: 21 de diciembre.
- 1816 Desembarca en Barcelona. Combates en Clarines: 31 de diciembre.
- 1817 Llega a río Orinoco: 3 de abril.
- 1817 Toma de Angostura: 17 de julio.
- 1817 Aclamado Jefe Supremo: 24 de julio.
- 1817 Campaña del Guárico. Nueva derrota en La Puerta.
- 1818 Encuentro con Páez: 31 de enero.
- 1818 Carabobo. Triunfo sobre el Pacificador Morrión: 12 de febrero.
- 1819 Instalación del Congreso de Angostura. Discurso: 15 de febrero.

- 1819 Empieza la Campaña para Nueva Granada: 27 de febrero.
- 1819 Paso de los Andes por el páramo de Pisba: 5 de julio.
- 1819 Triunfo en Pantano de Vargas: 25 de julio.
- 1819 Batalla de Boyacá y liberación de Bogotá: 7 de agosto.
- 1819 Ejerce funciones de presidente que venía investido por el Congreso de Angostura: 10 de agosto.
- 1819 El Congreso de Angostura crea la República de Colombia y elige a Bolívar presidente: 14 de diciembre. Históricamente se denomina la Gran Colombia.
- 1820 Reabre la Campaña de Venezuela en septiembre.
- 1820 Entrevista con el general Morillo en Santa Ana: 27 de noviembre.
- 1821 Vuelve a Bogotá: 10 de enero.
- 1821 Reemprende la campaña definitiva de Venezuela: 1 de marzo.
- 1821 Batalla de Carabobo: 24 de junio.
- 1821 Entrada triunfal a Caracas: 29 de junio.
- 1821 Escribe al general San Martín y se ofrece para la liberación del Perú: 23 de agosto.
- 1821 Ante el Congreso de Cúcuta recibe poderes extraordinarios: 29 de septiembre.
- 1821 El Istmo de Panamá se acoge por propia voluntad al escudo de Colombia: 22 de octubre.
- 1822 Cali. Camino a Popayán: 1 de enero.
- 1822 EE.UU. reconoce a la Gran Colombia como nación independiente: 8 de marzo.
- 1822 Batalla de Bomboná: 7 de abril.
- 1822 Sucre gana la Batalla del Pichincha: 24 de mayo.
- 1822 Entrada en Quito. Conoce a Manuela Sáenz
- 1822 Llegada a Guayaquil: 13 de julio.
- 1822 Entrevista con el general José de San Martín: 26 de julio.
- 1823 Batalla de Ibarra: 17 de julio.
- 1823 Llegada a Lima: 2 de septiembre.
- 1824 El Congreso lo hace dictador: 1 de febrero.
- 1824 Enferma gravemente en Pativilca: marzo
- 1824 Campaña del Perú. Viaja por los Andes: junio.
- 1824 Batalla de Junín: 6 de agosto.
- 1824 Convocatoria, del Congreso Anfictiónico de Panamá: 7 de diciembre.
- 1824 Sucre gana la Batalla de Ayacucho: 9 de diciembre.
- 1825 Gira administrativa por los departamentos del sur del Perú: abril.
- 1825 Creación de Bolivia: 16 de mayo.
- 1825 Entrada en El Cuzco: 25 de junio.
- 1826 Vuelve a Lima: febrero.
- 1826 Instalación del Congreso de Panamá: 22 de junio.
- 1826 Llegada a Bogotá en tránsito hacia Venezuela: 14 de noviembre.
- 1826 La Gran Jornada inicia el 4 de diciembre vía Lima-Callao-Guayaquil-Quito-Popayán-Bogotá-Caracas. Termina el 10 de enero de 1827. En el recorrido contempla el Chimborazo, escribe “Mi delirio sobre el Chimborazo”.
- 1827 Entrada a Caracas donde para seis meses: 12 de enero.
- 1827 Otra vez en Bogotá: 10 de septiembre.
- 1828 Llegada a Bucaramanga mientras dura la Convención de Ocaña: marzo.
- 1828 En pueblo de Bogotá lo aclama dictador: 13 de junio.
- 1828 Vuelve a Bogotá, convoca a elecciones para enero de 1830: 24 de junio.
- 1828 Intento de asesinato en Bogotá: 25 de septiembre.
- 1829 Guerra con el Perú. Batalla de Tarqui: 27 de febrero.

- 1829 De nuevo en Quito: 18 de marzo.
- 1829 Gravemente enfermo en Guayaquil: agosto.
- 1830 Retorna a Bogotá: 15 de enero.
- 1830 Instalación del Congreso, ante éste renuncia al mando el 27 de abril.
- 1830 Último viaje. Sale de Bogotá y se dirige Bolívar a la costa del Atlántico con el deseo de seguir a Europa: 8 de mayo.
- 1830 Asesinato de Sucre: 4 de Junio de 1830.
- 1830 Llegada a Santa Marta: 1 de diciembre. Hacia San Pedro Alejandrino llega el 6 de diciembre.
- 1830 Muerte de El Libertador a la una de la tarde: 17 de diciembre.

Bibliografía

Liévano Aguirre, Indalecio. Bolívar (1783-1830). Caracas: Biblioteca Familiar, 1950.
Bernal Medina, Rafael. Ruta de Bolívar. Bogotá: Editorial Lumen, 1949.

El legado del Libertador

Crnl. Iván Borja Carrera



En el discurso de Angostura pronunciado el 15 de febrero de 1819, el libertador expresaba la siguiente interrogante “¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual?” Y trazaba las líneas generales de donde debíamos investigar y decía “Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional²⁴².” Esta afirmación la hacía con sobradas razones y demostrando un profundo conocimiento global de la situación y la historia de más de trescientos años de nuestra América india y mestiza.

Para cumplir este mandato del libertador, debemos entonces analizar cuál era la situación social, económica, política y militar antes de nuestra independencia, para ello remitamos a una fuente que es, por casi todos conocida, la misión geodésica hispano francesa que llegó al Ecuador en 1735 y realizó los estudios para medir un grado de longitud en el ecuador terrestre. Y así comprobar la forma de la tierra. Regresando en 1748.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa dos oficiales de la Armada española escribieron un informe al rey de España²⁴³ que narraba el estado naval, militar, y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile: gobierno y régimen particular de los pueblos de indios.

David Barry, el editor de la obra, nos comenta sobre esta expedición científica “Ellos viajaron de pueblo en pueblo, indagando por todas partes cuanto podía conducir a su intento, tomando informe de las personas más desinteresadas, inteligentes y rectas, sobre aquellas cosas cuyo conocimiento no podían adquirir por su propia experiencia, y procurando siempre descubrir la verdad con la calificación de las noticias, y con la repetición ó examen de los sucesos.”

El editor agrega: “Estos ilustres viajeros, no obstante lo que habían oído en Europa sobre la opresión de los indios del Perú, quedaron asombrados al ver el trato inhumano que sufrían aquellos infelices bajo el poder de los corregidores, curas y hacendados en los pueblos, campos, fábricas y minas. Las causas de estas injusticias se presentaron luego á su vista: países distantes del asiento del gobierno; tiempos en que se pasaban años enteros sin comunicación oficial ni mercantil con España; gobernados por personas que solo atendían sus intereses privados, sin reconocer fuerza ni tribunal que pudiera contener sus excesos, ni opinión pública que temer; todo concurría á abrir las puertas á la corrupción y opresión. La inobediencia a las leyes, la rapacidad de los empleados, la avaricia de los mineros, las extorsiones de los curas, y la corrupción general de todos habían viciado á aquellos pueblos de tal modo, que no era fácil pudiera el gobierno hallar medios de efectuar una reforma, no pudiendo nadie informar a la superioridad sin acusarse á sí mismo.”²⁴⁴

Simón Bolívar tenía el conocimiento y la información completa de estas injusticias, por ello su empeño en conseguir la libertad, cuando decía, “El amor a la Patria, el amor a las leyes, el amor a los magistrados son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano. Los venezolanos

242 Discurso de Angostura. Bolívar 15 de febrero de 1819.

243 *Relación histórica del viaje a la América meridional*, Jorge Juan and Ulloa, 1748.

244 *Relación histórica del viaje a la América meridional*, Jorge Juan and Ulloa, 1748.

aman la patria, pero no aman sus leyes; porque éstas han sido nocivas, y eran la fuente del mal; tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inicuos, y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la Patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo: es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo.”²⁴⁵ Bolívar ponía énfasis en la calidad del pueblo y de sus líderes para que puedan gobernar y ser gobernados. “Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!”²⁴⁶

De una forma magistral refuerza las ideas de autonomía y justifica el hecho de que los criollos no tenían experiencia en la administración pública, cuando dice “Por el contrario, América, todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa; no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo, en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno.”²⁴⁷

La influencia napoleónica

Al iniciar el siglo XIX era tal la injusticia y el desgobierno en el que se encontraban los pueblos americanos, que en todos los rincones se comenzó hablar de libertad. Es en estos años que el aparecimiento de Napoleón, cambia el mapa geopolítico de Europa y tiene lógicas repercusiones en América.

Las autoridades españolas que desempeñaban sus funciones de manera temporal, con falsa fidelidad a la monarquía argumentaban la situación de España ante Bolívar y él con argumentos históricos respondía “La felonía con que Bonaparte -dice usted- prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esta nación, que tres siglos la aprisionó con traición a dos monarcas de la América meridional, es un acto manifiesto de retribución divina y, al mismo tiempo, una prueba de que Dios sostiene la justa causa de los americanos, y les concederá su independencia”. Parece que usted quiere aludir al monarca de Méjico Moctezuma y a Atahualpa, inca del Perú. Existe tal diferencia entre la suerte de los reyes españoles y los reyes americanos, que no admiten comparación; los primeros son tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono; mientras que los últimos sufrieron tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos.”

Este es el discurso, esta es la filosofía de Bolívar que de forma resumida está en la carta de Jamaica en la que establece las distancias entre España y América. Lo hace sustentado en los hechos y de esa forma toma fuerza lo indetenible y lo ineludible que era la lucha por la libertad.

245 Discurso de Angostura. Bolívar, 15 de febrero de 1819.

246 Ibidem

247 Discurso de Angostura. Bolívar, 15 de febrero de 1819.



Simón Bolívar en Carabobo

La importancia de Guayaquil

En las noticias secretas de América, Jorge Juan y Antonio de Ulloa mencionan la importancia geopolítica del puerto de Guayaquil: “Astilleros que hay en las costas del mar del sur, y con particularidad de el de Guayaquil, que es el principal donde se fabrican y carenan casi todos los barcos que navegan en aquellos mares. El puerto de Guayaquil es de suma importancia en aquellos mares, porque además de ser la llave del comercio de las provincias de Quito, con todas las demás del Perú y costas de Nueva España, así como paso forzoso para su comunicación, es también el mejor astillero que se reconoce en toda la costa del mar Pacifico... Estas circunstancias de que no gozan otros puertos de astilleros ni en las costas de Chile, ni en las de Nueva España, hace temer siempre la desgracia de que se apodere de Guayaquil alguna de las potencias extranjeras que con tanta solicitud procuran formar colonia en aquel mar; pues poseyendo este puerto, se harían dueños de todo el comercio del Mar del Sur... Por otra parte, la abundancia de algodón que produce aquel país les facilitaría lonas, y así no les faltaría nada para completar sus intentos, de los que necesariamente habían de seguirse muy malas consecuencias para el dominio Español en aquel mar.”²⁴⁸

Tomando en cuenta que este informe recién fue publicado en 1826, lo que queremos anotar es que el libertador Simón Bolívar, sabía de la importancia que en esos momentos representaba Guayaquil por lo cual en la construcción de la gran Colombia consideraba imprescindible el contar con esta provincia como parte de su territorio. Otra demostración de los conocimientos cabales no solo históricos sino geopolíticos de nuestro libertador.

Las gestas de las provincias quiteñas y el Libertador

En el proceso de la independencia del Ecuador existen tres momentos significativos que constituyen los referentes de América española, es la gesta del 10 de agosto de 1809; la inmolación de los próceres el 2 de agosto de 1810; y la expedición de la primera Constitución ecuatoriana el 15 de febrero de 1812. Unidas son la simiente de nuestra independencia, porque son vocación, esfuerzo y conciencia de querer ser libres, es decir el terreno para sembrar y conquistar la independencia estaba construido.

Así lo entendió el Libertador Bolívar, al fundamentar su declaración de guerra a muerte en el famoso “Manifiesto a las Naciones del Mundo”, suscrito en Valencia el 20 de septiembre de 1813, dice: “En los muros sangrientos de Quito fue donde España, la primera, despedazó los derechos de la naturaleza y de las naciones. Desde aquel momento del año 1810, en que corrió sangre de los Quiroga, Salinas, etc., nos armaron con la espada de las represalias para vengar aquéllas sobre todos los españoles...”

Al iniciar 1820 las luchas por la independencia se desarrollaban en la mayoría de los lugares de Hispanoamérica, circunstancia que es aprovechada para que las ciudades de Guayaquil y Cuenca proclamen su independencia el 9 de octubre y el 3 de noviembre respectivamente, pero las dos con el ineludible compromiso de libertar Quito. Con ese propósito, Guayaquil conformó la División Protectora de Quito.

²⁴⁸ Noticias secretas, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1826.

A los pocos meses, el 6 de abril de 1821, Antonio José de Sucre, llega a Guayaquil, nombrado por Bolívar comandante del Ejército del sur y con la consigna especial de que la provincia de Guayaquil se adhiera a Colombia y, más adelante, asegurar la independencia de las provincias quiteñas.

El 24 de mayo de 1822 se libra la batalla de Pichincha, Antonio José de Sucre se cubre de gloria y sella la independencia del Ecuador. Al héroe Abdón Calderón se le rinde todos los honores, se le asigna un lugar especial en la estructura de las unidades del ejército y es una de las más firmes tradiciones de la institución militar.

Bolívar llega a Quito desde Pasto el 15 de junio. El 18, Bolívar asciende a general de división al vencedor de Pichincha y lo nombra intendente del departamento de Quito. El 11 de julio está en Guayaquil y espera la llegada del Protector del Perú, José de San Martín, la que se da el 26 de julio de 1822. En esta reunión se decidió de forma definitiva la anexión total de Quito, Guayaquil y Cuenca a la Gran Colombia.

Un año más tarde, el 17 de julio de 1823, conduce en persona a las tropas colombianas que arrollan al ejército español liderado por el coronel Agualongo e integrado en su mayor parte por voluntarios pastusos, sellando de esa manera la libertad definitiva de lo que más tarde sería el Ecuador.

Comenzaba el año de 1829, nuestra patria era invadida, el mariscal de Ayacucho y el general Juan José Flores tenían el encargo de defender y desalojar al ejército del sur. La conmemoración de la victoria militar en Tarqui, el 27 de febrero, es hoy el día del ejército ecuatoriano, es el día del civismo y de la unidad nacional una fecha gloriosa que fortalece la identidad del Ecuador.

Bolívar nos dio otra lección cuando es asesinado Antonio José de Sucre; expresa sus sentimientos más sinceros y hace notar su lealtad con uno de los mejores generales de su Estado Mayor. Sucre es el hijo predilecto de la patria ecuatoriana. Honrados estamos los ecuatorianos de velar sus restos porque al igual que Bolívar son los constructores de esta patria ecuatoriana.

Bolívar escritor

El libertador escribió más de 3.500 documentos entre cartas, discursos, proclamas y decretos. Todas ellas de gran lucidez, erudición y contundencia, destacándose cuatro documentos: “Manifiesto de Cartagena”, escrito el 15 de diciembre de 1812; “Carta de Jamaica”, escrita el 6 de septiembre de 1815; “Discurso de Angostura” pronunciado el 15 de febrero de 1819 y “Mi delirio sobre el Chimborazo”, escrito en Loja el 13 de octubre de 1822.

“Mi delirio sobre el Chimborazo, obra de excepción en los escritos de Bolívar... la única obra escrita por Bolívar con una finalidad esencialmente poética... en él se logra dar la impresión de la pequeñez humana delante de lo infinito.”²⁴⁹

En esencia es un poema que une al libertador con el Ecuador, obra que generó y se presta para la búsqueda de símbolos y referentes, tomando en cuenta que el Chimborazo es la montaña más alta de la Gran Colombia. El único poema que se conoce del Libertador.

²⁴⁹ Serrano Sánchez, Raúl. “Mi delirio sobre el Chimborazo”: anuncios y fundación. En Revista Quipus N. 26, 2009. Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

Este nexo de unión, se verá reforzado cuando en diciembre de 1824 le pide al poeta guayaquileño José Joaquín de Olmedo cantar los triunfos de la Patria, el 30 de abril de 1825 los más de 900 versos del poema épico “Canto a Bolívar: la victoria de Junín”, estaban concluidos. Fue publicado el 15 de mayo en Guayaquil y en 1826 en Londres. El Bolívar de la acción, el Bolívar de la guerra, el Bolívar de la obra constructora, el creador de patrias, es el Bolívar de Olmedo.

Dos trabajos dos poemas, para unir de forma permanente al Ecuador con su libertador. Los ecuatorianos agradecidos por haberse inspirado en nuestros Andes, y Bolívar agradecido mientras vivía por esta singular e inigualable forma de reconocimiento.

Manuela

Hay un lazo o mejor dicho hay un puente metafóricamente hablando que une al Ecuador y su libertador, y es Manuela Sáenz. Sobre ella dice el doctor Hernán Rodríguez Castelo: “Con tranquila certeza sentimos que estamos ante esa mujer como fue. Y fue, hemos de concluir, una personalidad de extraordinario relieve. En el horizonte americano de la primera mitad del siglo XIX no hallamos otra mujer tan grande y de tanta significación histórica.” Y en otra parte señala: “Comprende como nadie –como solo una mujer podría comprender, cordial y visceralmente– la grandeza de Bolívar y lo decisivo de su tarea de libertador de cinco patrias americanas y de constructor de un proyecto político para su futuro.”

“Manuela fue mucho más que amante del Libertador: fue su colaboradora, su consejera, su celosa y valiente defensora frente a cuantos lo negaban y buscaban descreditar su obra, disminuir su figura y hasta marginarlo del curso de la nueva historia de América.”²⁵⁰

El legado de Bolívar

La filosofía del libertador se podría resumir en cuatro conceptos: la integración, la justicia social, la educación y la autonomía. Ese es su legado y el reto de nuestros pueblos que deben continuar sembrando las ideas de Bolívar.

250 Rodríguez Castelo, Hernán. Manuela Sáenz. Quito, CCE, 2011

Agustín Agualongo Sisneros

Gral. Juan Francisco Donoso Game





Agustín Agualongo caudillo del ejército realista-imágen realizada con inteligencia artificial

Agustín Agualongo Sisneros, militar realista y líder mestizo conocido como el ‘león de Pasto’, durante la guerra de independencia de la Nueva Granada. Fue y así se dice: “ídolo de un pueblo aguerrido y exaltado, es hoy símbolo de esperanza de un pueblo defraudado”. Durante trece años hizo férrea oposición armada a los ejércitos republicanos en los territorios del sur de Colombia; sus fuerzas se batieron con las del propio Libertador, en la cruenta Batalla de Ibarra, en la que salió perdiendo, hasta perderse en su propia muerte...

Hijo de Manuel Agualongo y Gregoria Sisneros Almeida, nació el 25 de agosto de 1780 en el pueblo de indios de Anganoy, muy cerca de Pasto²⁵¹. A los tres días, fue bautizado por el padre Miguel Ribera en la pila de la Iglesia de San Juan Bautista.

La ciudad está situada en el denominado Valle de Atriz, al pie del volcán Galeras, en medio de la Cordillera de los Andes en el macizo montañoso denominado nudo de los Pastos, en el sur occidente de Colombia. Región andina con una altitud de 2530 y un temperatura promedio de 14°. Se encuentra al pie del volcán Galeras la precipitación y la nubosidad son bastante altas, teniendo un promedio de 211 días lluviosos al año.²⁵²

No existe unanimidad y certeza entre los historiadores y cronistas sobre el fundador y la fecha exacta de fundación de la ciudad que inicialmente se llamó Villaviciosa de la Concepción de la Provincia de Hatunllacta.²⁵³ Lo más aceptado, basados en lo anotado por el cronista Pedro Cieza de León y la información en el Libro Verde de Cabildos de Quito, es que el fundador fue el adelantado Sebastián de Benalcázar en 1537 en el sitio que hoy es ocupado por la población de Yacuanquer.²⁵⁴ Su traslado posterior a su situación actual la llevó a cabo

251 Pasto formó parte del Virreinato de la Nueva Granada y de la Real Audiencia de Quito en diversos momentos de la historia colonial.

252 <http://www.gestiondelriesgopasto.gov.co/new/index.php/cartografia>

253 Pérez Silva, Vicente. San Juan de Pasto. En Revista Credencial N. 226. Banco de la República. 2017.

254 Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. Juan Steelsio, Amberes, 1554.

Lorenzo de Aldana cuando llegó a pacificar la región en 1539. Otros historiadores mencionan a Pedro de Puelles como el fundador, quien es el primer teniente de gobernador de la ciudad y se menciona también al capitán Rodrigo de Ocampo.²⁵⁵

Pasto durante las guerras de la independencia adoptó la causa realista. Este hecho sumado a su situación geográfica propicia para una acción bélica, la mantuvo aislada configurándose una actitud conservadora, tradicionalista y de ensimismamiento cultural con respecto al resto del país

Agustín Agualongo, según sus escasos e imaginativos biógrafos, en su infancia y juventud desempeñó diversos oficios propios de su clase y raza, tales como aguatero o “pintor de brocha gorda”, aunque no falta quien haya intentado “blanquearlo” y mejorar su estatus social: de este modo se ha pretendido metamorfosear al “cholo casi analfabeto” que describen los generales patriotas, en un gallardo mestizo, dedicado a la pintura artística al óleo, con el cual disque se empieza a ganarse la vida en un taller de Pasto.²⁵⁶ (En el convento de las Hermanas Conceptas en Pasto, existe un cuadro de formato grande y sin firma, titulado La huida a Egipto y atribuido a Agustín Agualongo).

Cuando tenía 21 años de edad, contrajo matrimonio con la señora Jesús Guerrero, el 28 de enero de 1801, divorciándose legalmente años más tarde. De esa unión quedó María Jacinta, su única hija.

Cuando Agualongo se acerca a los treinta años de edad, estalla la insurrección quiteña del 10 de agosto de 1809. El 7 de marzo de 1811, Agualongo se presenta voluntariamente para formar parte del contingente reclutado por el Cabildo de su ciudad, ingresando a la milicia con la jerarquía de soldado, con el fin de defender a Pasto y al gobierno de su rey Fernando VII, amenazado por la Junta de Gobierno de Quito. Desde entonces, es parte de todos los ejércitos realistas que desde el sur del Virreinato de la Nueva Granada defienden la monarquía.²⁵⁷

Sus rasgos físicos quedaron reseñados en su ficha militar de la Tercera Compañía de Milicias del Rey: “De baja estatura, sólo mide un metro con cuarenta centímetros; pelo y cejas negras, ojos pardos, nariz regular, poca barba y una mancha como carate debajo de los ojos; cara ensanchada, color prieto y bastante abultado el labio superior. Estas características y apellidos de origen español, le clasificaban como mestizo.”²⁵⁸

Cabe dejar como primicia que los habitantes de Pasto que estuvieron en el bando de la monarquía desde principios de las guerras independentistas, en varias ocasiones se enfrentaron a los gobiernos republicanos de Quito y Santafé para defender sus intereses económicos y políticos. Esto significó diferentes duelos en las inmediaciones de la ciudad y sus calles, y por ende, la destrucción de parte de sus casas e iglesias y la muerte de muchos de sus habitantes. Inclinarsse por el rey y no por la República le valió a los pastusos ser catalogados por los colombianos e historiadores del siglo XIX como brutos, bárbaros y fanáticos. En casi todos estos hechos registrados por la historia participa Agualongo, y su carrera militar, tardía y de pocos años y en jerarquías que van subiendo conforme los hechos bélicos, en que participa.

255 Donoso Game, Juan. Boletín de la Academia Nacional de Historia Militar N. 8. 2015

256 Gutiérrez Ramos, Jairo. El fugaz pero fatal encuentro del indio Agualongo con el coronel Mosquera. En Revista Credencial N. 211. Banco de la República, Bogotá, 2017.

257 https://www.ecured.cu/Agustín_Agualongo. Consultado el 24 de abril de 2023.

258 Ibidem

Su primera actuación como soldado es en la victoria realista en la Tarabita del Paso Funes, sobre el río Guáitara, río que luego toma el nombre de Carchi cuando atraviesa Ecuador. En esta acción de armas y en las posteriores, Agustín Agualongo deja su pincel de mediocre pintor para tomar la valiente arma y pelear por la defensa de su querida Pasto y con bravura y tozudez por sus ideales y creencias. Jamás ni en óleos ni referencias le conoció al rey de España, mas siempre estuvo dispuesto a morir por él.

El 16 de octubre de 1809 los pastusos tuvieron el enfrentamiento bélico contra los patriotas quiteños que intentaron someter la ciudad y su distrito a su causa. En el Paso de Funes se batieron con las fuerzas de la Junta de Quito, mandada por Pedro Montúfar y Larrea²⁵⁹, que venía desde Quito para intentar que sus habitantes plieguen al movimiento revolucionario. Montúfar designa una vanguardia de ciento ochenta y tres hombres, la misma que alcanza al otro lado del río Guáitara el día 13 de octubre. Esta vanguardia tiene la misión de identificar al adversario y dar aviso temprano, para que no sea sorprendido el grueso del ejército que venía de Ipiales por Chapa. Los pastusos improvisados en mandos efectivos al mando del capitán Miguel Nieto Polo y temiendo que la vanguardia cambie de sitio a otro mas ventajoso, deciden cruzar el río a como dé lugar y atacarles por sorpresa

Cerca de doscientos hombres, valientes y audaces pasan al otro lado del Guáitara. Usando la única tarabita o como pudieron, alcanzan la otra orilla, para ir contra el enemigo, que se había situado en una meseta a distancia de tiro de fusil. Para el ataque llevan tres cañones, doce fusiles, varios pares de pistolas y el resto de la gente armada con lanzas y otras armas blancas.

Al aproximarse las tropas pastusas, pusieron bandera blanca los quiteños, con cuyo motivo se adelantó el teniente Juan María de la Villota, previniéndoles rindiesen las armas. Como no aceptan los quiteños las condiciones de rendición, se inicia el combate. Luego de casi una hora de lucha vencen los pastusos. Los derrotados tuvieron tres decenas de muertos, ciento siete prisioneros hombres y ocho mujeres 'guarichas' con dos hijos. Además, perdieron sus balas de cañón y de fusil, pólvora y estopines, fusiles, pistolas, lanzas, sables y algún dinero. Caballos, monturas, acémilas de carga y otros pertrechos de boca y guerra, pasaron a ser botín o trofeo de guerra.²⁶⁰

Después de la victoria del Paso de Funes, las gentes de Pasto, vuelven a sus actividades cotidianas esperando que nada perturbe la tranquilidad en que siempre han vivido. Aunque todavía preocupados de los acontecimientos de Quito y su Junta Suprema de la que casi no se conoce nada. Sin embargo, todo indica que renace el interés por defender Pasto y su gente. El día 7 de marzo de 1811, se convoca a todo el personal de varones que estén voluntariamente dispuestos a prestar servicio militar en defensa de la ciudad. Se presentan de todas las clases sociales, de todas las profesiones alrededor de setecientos hombres para conformar siete compañías; entre ellos Juan Agustín Agualongo.

259 Pedro de Montúfar y Larrea-Zurbano fue un militar y funcionario público de la Real Audiencia de Quito. Junto a su hermano mayor Juan Pío, II Marqués de Selva Alegre, y su sobrino Carlos, fue parte de la llamada Revolución de los Marqueses, reunión entre varios nobles quiteños que tuvo lugar la noche de Navidad de 1808 en la hacienda Chillo-Compañía, en la cual se decidió constituir la Junta de Gobierno que se haría realidad el 10 de agosto del año siguiente.

260 Bastidas Urresty, Edgar. Las guerras de Pasto. En Logos, Revista de Humanidades. Universidad de la Serena. 1973.

En Santa Fe de Bogotá, nada se supo lo de Pasto por las distancias que lo separa a más de que poco preocupa su situación estando de por medio Popayán, residencia permanente del gobernador de la provincia. El 20 de julio de 1810 en Santafé, capital del Nuevo Reino de Granada, propiciado por el incidente del Florero de Llorente, se inicia el proceso que culminará con la independencia definitiva de la Nueva Granada en 1819.²⁶¹

Una vez instalada la Junta Suprema, durante las horas finales de la tarde del 20 de julio y el amanecer del 21 de julio, se redactó el acta que se conoce con el nombre de Acta de Independencia.

En Popayán, el gobernador español Miguel Tacón y Rossique, al tener conocimiento de los acontecimientos del 20 de julio de 1810 en Santafé, convoca un cabildo abierto para examinar la situación. Tras ella se instala una Junta Provisional de Seguridad, presidida por el propio Tacón, evitando así que le den un golpe de mano como aconteció en Quito.²⁶²

El llamamiento para que se integren a esta Junta se hizo a las demás ciudades cercanas a Popayán, sin que se tenga en cuenta a Pasto, pensando tal vez que la lealtad de los pastusos a sus principios y el juramento que hicieron, no hacía necesario involucrarlos en un movimiento que podría ser peligroso para la estabilidad gubernativa del hábil gobernador, dejándolos como reserva hacia futuras acciones.

No en vano previniendo acontecimientos de insurrección en Popayán, envía secretamente a Pasto a Francisco Ignacio de Urquinaona, contador mayor de las reales cajas de Popayán, con todo un cargamento de oro de muy apreciable valor, para que se guarde a buen recaudo.

Miguel Tacón y Rossique no se equivocó frente a esta apreciación de la lealtad de los pastusos, cuando fracasó militarmente en el combate de Palacé, el 28 de marzo de 1811, ante las tropas de Cali al mando de Anastasio Girardot y Antonio Baraya. El desastre lo aterró tanto que sólo pensó en regresar a Popayán y a marchas forzadas seguir hacia Pasto, olvidándose de su esposa e hijos, a quienes dejó abandonados.

A Pasto llega Miguel Tacón, el 3 de abril de 1811, en compañía de su secretario José Nicolás de Uriguen y su diezmada escolta personal. Lo primero que hizo fue preguntar sobre los valores que había remitido, intentando en principio trasladarlos hasta Barbacoas con el objeto de disponer de ellos a su antojo. Como encontrara oposición a ese traslado, logró sacar una parte con el pretexto de atender compromisos de guerra y el resto quedó bajo la protección de las autoridades de Pasto.

Esos valores que dentro de la historia se conoce como “El tesoro de Tacón”²⁶³, fueron ocultados entre las paredes del templo de Santo Domingo, bajo gravedad del juramento que no contarán a nadie este hecho. Consistía en cuatrocientas trece libras de oro. La búsqueda de tan codiciado tesoro sería meses después, el mayor dolor de cabeza que tuvo que soportar la población de Pasto.

261 Acero Torres, Nidia Esperanza. Bicentenario de la independencia de Colombia. Archivado el 4 de marzo de 2016 en Wayback Machine.

262 Prado Valencia, David Fernando. Del cabildo a la plaza. Popayán 1809-1810. Universidad de la Rioja, 2009.

263 Medina Patiño, Isidoro. El tesoro de Tacón. Memorias en Pasto, Popayán y Cuba. Bogotá, Editorial Solar, 2017.

El cobarde comportamiento de Miguel Tacón en Popayán y el desastre de Palacé, fue ampliamente cuestionado por las autoridades de Quito en carta que suscriben el 19 de abril de 1811, al Cabildo de Pasto; a quién además previenen sobre el manejo que debe darse y responder en cuanto a los tributos recaudados por Tacón, que se sabe están en Pasto:

“El Señor Gobernador Tacón, no contento con haber sacrificado el vecindario y perdida la Provincia que el rey le encomendó, para que manteniendo el equilibrio social y armonía recíproca de sus territorios, la rigiese en paz, pretenda tal vez, abandonando los límites de aquel gobierno, llevar consigo los caudales que anticipadamente extrajo de las reales cajas y Casa de la Moneda y dirigió a esta ciudad, en que se comprenden más de doscientos mil pesos pertenecientes a esta provincia (la de Quito) que con destino a la de Cartagena, se remitieron con el situadista en el año pasado de 1809 y quedaron depositados en las cajas de Popayán.”²⁶⁴

Una situación similar a la propuesta por Quito se presenta en Popayán contra la ciudad de Pasto, cuando Antonio Baraya y Joaquín Caicedo y Cuero, dueños ahora de esa ciudad ante la derrota y cobarde huida de Miguel Tacón, también previenen al Cabildo de Pasto de las consecuencias de estar protegiendo al susodicho gobernador y el famoso tesoro que será en últimas el motivo principal de su venida a Pasto. Tanto payaneses como quiteños nada hablan respecto a la libertad o independencia de España, por el contrario, se hace énfasis en el reconocimiento y acatamiento al augusto soberano. Como plantean los quiteños cuando dicen: “Reasumiendo nuestros derechos naturales, para tratar en virtud de ellos del establecimiento de nuestro Gobierno y de la guerra eterna que hemos declarado y declaramos a los enemigos de nuestro augusto Soberano, el Señor Don Fernando Séptimo, por quien y para lograr nuestra independencia de todo yugo extranjero, derramaremos hasta la última gota de sangre.”²⁶⁵

Y los payaneses enfatizan: “Conservar ilesa nuestra Sagrada Religión Católica, sostener los derechos del Señor Don Fernando Séptimo y precaver la patria del impío yugo Francés a quien intentan someterla los nefastos godoyes y sus execrables hechuras, de que es uno el Caballero Tacón, por más que sus prostituidos apóstoles prediquen lo contrario.”²⁶⁶

Para Pasto y su gente el tener en sus manos el maldito Tesoro de Tacón, que aunque no se sabe a cuanto asciende pero nadie discute su valía, amen de la presencia del propio Miguel Tacón en la región, es un grave problema que tendrá que afrontar ante la movilización militar de dos fuerzas enemigas: las del sur con los quiteños y las del norte, conformadas por Popayán, Cali y demás ciudades.

El Cabildo de Pasto, convoca al pueblo a un Cabildo Abierto el 16 de septiembre de 1811, para analizar la situación que se presenta al tener dos fuerzas militares amenazando con invadir y sacrificar a la ciudad. La sensatez de la gran mayoría de sus dirigentes está de acuerdo con pactar “honrosas y cristianas capitulaciones”. Emisarios parten a los dos frentes para hacer conocer la decisión adoptada a quienes tienen la responsabilidad de salvaguardar los pasos tanto en el Juanambú al norte como en el Guáitara al sur. El mensaje llega tarde por cuanto las fuerzas quiteñas ya han cruzado el río y se aprestan a tomar la ciudad de Pasto.

264 Barona Mesa, Armando. Cali precursora. Cali, El Bando Creativo, 2018.

265 Cevallos, Pedro Fermín. Resumen de la Historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845. Quito, Imprenta La Nación, 1887.

266 Barona Mesa, Armando. Obra citada.

Los coroneles quiteños Pedro Montufar y Feliciano Checa²⁶⁷, encabezan los tres mil soldados quiteños que luego de sangrientos enfrentamientos con los pastusos en Funes, Telles, Guapuscal, El Cebadal y demás sectores cercanos a Pasto, hacen su ingreso a sangre y fuego a la ciudad el 22 de septiembre de 1811.

Cuando entra el caleño Joaquín Caicedo y Cuero a Pasto, dice José Manuel Restrepo que: “Halló Caicedo la ciudad, como una plaza que hubiera sido ocupada por enemigos a viva fuerza, fugitivos sus habitantes y ocultos en los bosques y retiros. Dedicase Caicedo a consolar a los que habían sufrido y a llamar a sus casas a los fugitivos y escondidos. A todos ofrecía seguridad en sus personas y propiedades, lo que se cumpliera religiosamente.”

El caleño don Joaquín de Caicedo y Cuero, llegó a un acuerdo con el coronel quiteño Pedro Montúfar, para que él y sus tropas abandonaran la ciudad a fin de entrar a reconstruirla e invitar a sus pobladores a regresar. Montúfar y sus tropas se llevan el tesoro que creían suyo y retornan a Quito.

Las lúgubres acontecimientos protagonizados por las huestes quiteñas el 22 de septiembre de 1811 en Pasto, son sin lugar a duda el comienzo de una actitud defensiva en contra de la violenta represión que se ejerce desde afuera con las gentes de Pasto, quienes no pueden concebir cómo se procede de manera tan criminal, contra una población que por desgracia y la responsabilidad de Miguel Tacón, tenía entre los muros de un templo un codiciado tesoro que reclamaban los quiteños como producto de los impuestos que ellos habían enviado para el rey en 1809 a Cartagena. Este tesoro encontrado a sangre y fuego por las tropas quiteñas, al llegar a la ciudad es recibido con entusiasmo y entregado a la Junta de Gobierno.²⁶⁸

En Pasto, el domingo 13 de octubre de 1811, se lleva a efecto el Cabildo Abierto. Se cumple con los requisitos de reconocimiento a Fernando VII, como es habitual en los documentos de esa época; así lo hizo Quito, Popayán, Santafé de Bogotá, Lima, Caracas, etc. Por considerarlo a Caicedo un vecino respetable le es encomendado la misión de viajar a Quito a recuperar las cuatrocientas trece libras de oro. Su tarea fue infructuosa pues el gobierno quiteño decidió no devolver el dinero y aprovecharlo para su propia causa.

La ausencia de Joaquín de Caicedo y Cuero al viajar para Quito, fue notoria cuando la soldadesca comenzó a maltratar al pueblo. Algo más de cuatrocientos hombres de Caicedo y Cuero estaban acabando con huertas y haciendas en busca de comida y demás servicios.

Un día de mayo la tensión en la ciudad es alarmante al conocerse la llegada por el norte de un contingente de patianos al mando del ‘sucho’ Juan José Caicedo y que ya estaban merodeando por los lados de Aranda. De esta gente del Patía se sabía que actuaban en contra de la tropa comandada por Joaquín de Caicedo y Cuero, por cuanto a su paso por el pueblo del Patía, el coronel Eusebio Borrero había dado la orden de quemar sus casas con la gente adentro, asesinando a mujeres, ancianos y niños que no pudieron escapar oportunamente de ese infierno.

267 Feliciano Checa y Barba: Prócer de la Independencia. Participó en la primera reunión patriota en Chillo en 1808. Encabezó una de las tres columnas comandadas por Francisco Calderón sobre Cuenca. Defendió Riobamba ante el avance de Toribio Montes y se replegó a Mocha donde perdió la batalla. Tras el descalabro fue remplazado por el coronel Antonio Ante. Con el restablecimiento español fue confinado a Loja. Juan José Flores en 1831 le nombró Prefecto del Departamento de Quito y gobernador de Latacunga. Padre del arzobispo de Quito José Ignacio Checa y Barba.

268 Cevallos, Pedro Fermín. Resumen de la Historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845. Quito, Imprenta La Nación, 1887.

Sintiéndose aliados a la desgracia, las gentes de Pasto entraron a engrosar sus filas, atendiendo el llamado que hicieran algunos presbíteros a cuya cabeza se encontraba el cura Pedro José Sañudo y el capitán Ramón Zambrano. Los patianos al mando del ‘sucho’ Caicedo se tomaron la ciudad y también causaron toda clase de desmanes. Pasto no dejaba de sufrir.

Apenas retorna Joaquín de Cuero y Caicedo de su encomienda en Quito es tomado prisionero con sus principales oficiales y la tropa y reclusos en grandes casas acondicionadas como cárceles. Para Pasto y su gente fue grave salir de un problema con los invasores quiteños y tener ahora que soportar a los rencorosos ‘patianos’ maltratando a los soldados presos en venganza por las atrocidades de Eusebio Borrero.

Ante el desastre de la incursión a Pasto y la desgracia del cautiverio de Joaquín de Caicedo y Cuero, Popayán, los criollos patriotas al norte deciden organizarse convenientemente para ir en rescate de los prisioneros, nombrando al coronel José María Cabal como jefe del gobierno en reemplazo de Caicedo y Cuero. Le acompañará el norteamericano Alejandro Macaulay²⁶⁹, personaje pintoresco y aventurero nacido en Nueva York e incorporado al ejército patriota. Un mes tardaría en organizar la nueva tropa que llevaría a Pasto y luego su intención es llegar a Quito. El verdadero motivo por el cual este personaje estaba en la región en actitud beligerante, es el amor a Claudina, hija del futuro presidente de la Real Audiencia de Quito, don Toribio Montes, a quien conoció en Cádiz cuando ella se hospedaba con su familia en el Hotel Americano.

Alejandro Macaulay, situado en las afueras de Pasto, el 26 de julio de 1812 da el ultimátum de rendición. El Cabildo de Pasto entra en conversaciones con Macaulay y decide celebrar un acuerdo, mediante el cual se acepta hacer entrega de Joaquín de Caicedo y Cuero y la totalidad de oficiales prisioneros, con el firme compromiso de que salgan de la ciudad y regresen a Popayán.

En primera instancia se cumple lo pactado; mas Macaulay con desaprobación de Caicedo y Cuero y otros oficiales, en vez de continuar replegándose al norte, pasa subrepticamente por las afueras de la ciudad, rumbo al sur, pretendiendo no ser descubierto. En Catambuco las tropas de Pasto, le salen al paso y luego de un combate inesperado es derrotado, huyendo para luego ser localizado en Buesaco, en tanto había dejado abandonado a Caicedo y Cuero.

Estando prisioneros en Pasto, se sigue un juicio al comandante Alejandro Macaulay. Para infortunio del procesado, Toribio Montes padre de Claudina su enamorada, que había asumido la presidencia de la Real Audiencia de Quito, ordena: “El presidente de la Junta de Popayán Joaquín de Caicedo y Cuero y el inglés-estadunidense Alejandro Macaulay merecen pasarlos por las armas.”²⁷⁰

El fusilamiento tuvo lugar el 26 de enero de 1813. A Joaquín de Caicedo y Cuero se lo sepultó en el templo de La Merced y a Macaulay bajo el umbral de la puerta principal del templo de San Agustín, pues se tenía desconfianza de que sea en verdad católico, apostólico y romano. Claudina Montes, murió de dolor al conocer el fusilamiento de su enamorado.

²⁶⁹ Alejandro (Alexander) Macaulay, fue un aventurero norteamericano enrolado en las luchas de la independencia de Colombia. Murió fusilado en Pasto el 26 de enero de 1813.

²⁷⁰ Referencia biográfica de Joaquín Caicedo y Cuero. Bogotá, 1884.

En este periplo, Agustín Agualongo combatió en Buesaco, en mayo de 1812 al lado de los realistas pastusos y los campesinos patianos de origen indígena y mestizos, que recuperaron la ciudad de Pasto de manos de los republicanos. Por sus servicios prestados, Agualongo fue ascendido a cabo.

Pero la paz para la ciudad de Pasto no fue duradera, ya que se inicia la campaña del sur por el Presidente del Estado de Cundinamarca Antonio Nariño²⁷¹ con unos 1.500 hombres en septiembre de 1813. Juan Sámano²⁷² está al frente de las tropas realistas.

Tras un primer encuentro bélico con éxito patriota sobre las fuerzas realistas en Popayán a finales de marzo de 1814, Antonio Nariño sale rumbo a Pasto con el fin de reestablecer el republicanismo, en tanto que Sámano derrotado retorna a Quito. Empero, la ruta para Nariño no sería nada fácil, pues a su paso son hostilizados por las guerrillas realistas del valle del Patía y recibidos por una férrea resistencia en el paso del río Juanambú y en los Altos de Tacines y Cebollas. Su éxito inicial de la campaña que Nariño condujo victoriosamente hasta las puertas de la ciudad de Pasto, se vio sorprendentemente interrumpido en 11 de mayo de 1814 cuando de manera inexplicable la avanzada que el mismo general en jefe comandaba resultó superada por un tropel de paisanos que, sin instrucción militar alguna ni armas diferentes a palos y piedras –allí está Agualongo como sargento primero- pusieron en apresurada y desordenada fuga a los republicanos, cayendo prisionero Antonio Nariño y puesto a disposición las autoridades españolas. Los realistas decidieron enviarle preso a Cádiz a “purgar culpas”.

Agualongo en agosto de 1815, llegó a Quito, llevando presos a los sacerdotes José Casimiro de la Barrera y Fernando Zambrano, acusados de predicar en favor de Nariño y la independencia. En 1816, ingresa como subteniente del Batallón Pasto y marcha en la tropa del brigadier Juan de Sámano, a la reconquista de Popayán. El 29 de junio de 1816 se enfrentaron las tropas en inmediaciones al pueblo de El Tambo, en el actual departamento del Cauca. Las tropas realistas estaban comandadas por Sámano (futuro virrey de Nueva Granada), con un ejército de 1.400 hombres y el ejército independentista, contaba solo con 770 soldados al mando del coronel Liborio Mejía. Los españoles atrajeron las tropas republicanas hasta una pendiente de la Cuchilla del Tambo, posición alta y fuertemente resguardada con artillería. En el intento de tomar el sitio los neogranadinos lucharon encarnizadamente por espacio de 3 horas, pero sucumbieron fácilmente ante el fuego enemigo y finalmente fueron rodeados, y obligados a rendirse, logrando escapar Mejía acompañados de algunos hombres. Al final del combate, en el campo de batalla yacían 250 independentistas muertos; y en poder de Sámano 300 prisioneros y todo el material de guerra.²⁷³

271 Antonio Nariño, Precursor de la Independencia de Colombia. Militar neogranadino de destacada actuación en los albores de la independencia del [Virreinato de Nueva Granada](#). Periodista, autor en 1794 de la traducción y publicación clandestina de la [Declaración de los Derechos del Hombre](#), cuya circulación había sido prohibida en las colonias españolas por el [Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición](#), que lo llevó a prisión en Santafé y posteriormente al exilio como ‘reo de alta traición’. Nariño no fue militar, pero comandó, en su calidad de presidente de Cundinamarca, a las tropas que marcharon a reconquistar Popayán. Tras el fracaso de la expedición fue apresado y permaneció otros seis años en prisión. En 1821 retornó a América, siendo elegido vicepresidente de Colombia. Dos meses después renunció y se retiró a Villa de Leyva, donde falleció en 1823.

272 Juan José Francisco de Sámano y Uribarri de Rebollar y Mazorra fue un militar español sin escrúpulos, lujurioso y ambicioso. El sueño de toda su vida fue ser Virrey. Le encanta la adulación, la fama, el dinero. Herido en Francia en ambos muslos es cojo y algo jorobado, de apariencia desagradable. Definido como un militar brusco, de carácter díscolo, irascible, regañón y muy cruel con los patriotas. En el año 1813 fue nombrado por el gobernador [Toribio Montes](#), como jefe de la expedición para recuperar el control del sur del virreinato de Santafé, alcanzando la ciudad de [Popayán el 1 de julio de 1813](#). Ascendido a brigadier, proclama allí mismo la [Constitución de Cádiz](#) e intimida a los rebeldes para que [Cundinamarca](#) y su capital prestaran de nuevo obediencia a España.

273 Henaó, Jesús María y Arrubla, Gerardo. Historia de Colombia para la enseñanza secundaria. Bogotá, Voluntad, 1952.¹

El 1 de julio de 1816, el ejército de Sámano se apoderó de Popayán. Entre los prisioneros se encontraba el prócer y aristócrata quiteño Carlos de Montufar, quien fue capturado, condenado a muerte y ejecutado en Buga poco tiempo después.

La victoria en la Cuchilla del Tambo fue decisiva para la carrera de Juan de Sámano. El Pacificador Pablo Morillo lo nombró comandante general de la Nueva Granada, cuya sede era Santafé de Bogotá. Sámano arribó a esta ciudad el 23 de octubre de 1816. Con la derrota de los neogranadinos en la cuchilla del Tambo se dio fin a la República de la Nueva Granada.

Agustín Agualongo posteriormente acompañó a Sámano a Santafé, como su guardia de confianza y con el grado de teniente. Al volver a Popayán, lo hizo en la segunda Compañía de Milicias de Pasto. Luego del 7 de agosto de 1819, los derrotados jefes españoles se dirigieron a Pasto, el refugio de la monarquía en los grandes reveses. El teniente Agualongo retorna a su tierra y reagrupó a los efectivos del ejército realista. Cuando Melchor Aymerich pidió desde Quito al gobernador y comandante general en Pasto, don Basilio García, ayuda para sofocar a los insurrectos guayaquileños del 9 de octubre de 1820, Agualongo tuvo que marchar a la Real Audiencia de Quito.

Todo esto porque el 9 de octubre de 1820 un golpe independentista recibe la corona española. Guayaquil declara su independencia y quiere avanzar a Quito a liberarla. Inmediatamente del 9 de octubre de 1820, sus líderes organizaron la División Protectora de Quito, para ir al interior de la presidencia y alejar todo intento hispano contra la victoriosa jornada. Luis Urdaneta y León de Febres-Cordero fueron los primeros jefes de la División.

El 9 de noviembre de 1820 se da el combate de Camino Real. Tras el triunfo las fuerzas patriotas penetraron en la Sierra, llegando a ocupar en primera instancia en Guaranda, hecho que alentó en gran medida al coronel Rafael Urdaneta, comandante de la fuerzas guayaquileñas, quien avanzó y ocupó en fechas posteriores la ciudad de Ambato.

En Quito el comandante realista, Melchor de Aymerich, se entera de este movimiento de Urdaneta y comprendiendo que la situación político-militar española se torna grave solicita refuerzos a Pasto, desde donde le envían al batallón Aragón –allí viene Agustín Agualongo– y organiza una columna realista bajo el mando del coronel Francisco González, con la disposición de avanzar hasta Ambato y combatir a los rebeldes.

La Primera Batalla de Huachi, fue un enfrentamiento bélico que se desarrolló el 22 de noviembre de 1820. Este combate se libró en el sector de Huachi, cerca de la ciudad de Ambato. Ya en batalla, las malas decisiones de los patriotas en el despliegue y las retiradas de varios elementos de algunos batallones, produjeron el rompimiento de las filas lo cual condujo a una de las peores derrotas para los patriotas, provocando significativas bajas.

Después de la victoria en la Batalla de Huachi, Agualongo asciende a la jerarquía de capitán. A fines del mismo año es nombrado Jefe Civil y Militar de la ciudad de Cuenca, por cerca de un año. En 1822, Cuenca es tomada por Sucre y Agualongo repliega a Quito. En 1822, no toma parte en la Batalla de Pichincha por encontrarse en el campamento de Iñaquito a órdenes del coronel

Sebastián de la Calzada, con el Batallón Constitución. Después del combate el coronel Calzada unió su batallón al Tiradores de Cádiz y a los restos del Cataluña y a marchas forzadas retornó a Pasto. Agualongo se retiró a las montañas y recibió a los oficiales Benito Boves, Juan Muñoz y Estanislao Merchancano, reiniciando las operaciones militares, en una guerra de guerrillas que contó con el apoyo de las comunidades indígenas de los contornos. Cuando Simón Bolívar se puso a la cabeza de la expedición del sur, tuvo un encuentro bélico con los pastusos dirigidos por el coronel Basilio García en la Hacienda de Bomboná el 7 de abril de 1822. Ambos bandos salieron muy maltrechos; mientras García se retiró a Pasto, el Libertador lo hizo hacia el Trapiche. Bolívar sugirió una capitulación generosa que respetaba la persona y bienes del clero y la elite, lo que le permitió entrar pacíficamente a la ciudad el 8 de junio del mismo año. Pero el componente popular del Ejército Realista, conformado por campesinos indígenas, se negó a aceptar el pacto expresando su inconformidad con las autoridades civiles y religiosas, y retirándose con sus armas a sus casas sin rendirle honores al Libertador y sus tropas. Dejemos que la pluma del Libertador narre, desde Pasto el 9 de junio, los acontecimientos de 1822:

“Había pensado no escribir a Vd. sino de Pasto, o el otro mundo, si las plumas no se quemaban; pero estando en Pasto tomo la pluma y escribo lleno de gozo, porque a la verdad hemos terminado la guerra con los españoles asegurando para siempre la suerte de la república. En primer lugar, la capitulación de Pasto es una obra extraordinariamente afortunada para nosotros, porque estos hombres son los más tenaces, más obstinados, y lo peor es que su país es una cadena de precipicios donde no se pueda dar un paso sin derrocar. Cada posición es un castillo inexpugnable, y la voluntad del pueblo está contra nosotros, que habiéndoles leído públicamente aquí mi terrible intimidación, exclamaban que pasaran sobre sus cadáveres; que los españoles los vendían y que preferían morir a ceder. Esto lo sé hasta por los mismos soldados nuestros que estaban aquí enfermos. Al Obispo le hicieron tiros porque aconsejaba la capitulación. El coronel García tuvo que largarse de la ciudad huyendo de igual persecución. Nuestra división está aquí, y no hace una hora que me ha pedido una guardia de Colombia, por temor a los pastusos...

Yo estaba desesperado de triunfar y sólo por honor he vuelto a esta campaña.”²⁷⁴

Luego que Bolívar reinició su camino a Quito, el español Benito Boves se fugó de sus captores tras ser atrapado en la Batalla de Pichincha y reunió en el distrito de Pasto a los hombres dispersos para formar una guerrilla. El 28 de octubre de 1822 tomó la ciudad de Pasto, restauró el orden monárquico y se alistó para recibir con las armas y apoyo de los pastusos a los republicanos. Claramente ofendido, Simón Bolívar encargó al Intendente de Quito, Antonio José de Sucre, marchar a sofocar este nuevo levantamiento pero fue derrotado el 24 de noviembre en la Cuchilla del Tambo y volvió a Quito. Sin embargo, el 22 de diciembre logró forzar el paso del río Guáitara y con nuevos soldados enfrentó a los realistas. El encuentro se produjo el 23 en las llanuras de Yacuanquer. Sucre intimó la rendición de Pasto y el 25 la tomó tras hora y media de feroces combates

²⁷⁴ Borda, José Joaquín. Compendio de Historia de Colombia. Bogotá: Librería Colombiana, 1890.

callejeros. A sangre y fuego tomó la ciudad dejando cerca de 400 pastusos muertos y unos 1300 realistas deportados. Enseguida dictó un indulto general y volvió a Quito dejando a Bartolomé Salom de jefe militar. Numerosos bienes fueron confiscados y se decretó una contribución de treinta mil pesos en ganado vacuno y caballar.

Cuando el Libertador llegó a Pasto en enero de 1823, decretó duras sanciones económicas, deportaciones, reclutamientos forzados de indígenas, fusilamientos sin juicio y la disolución de los resguardos y supresión de los conventos menores ordenados por el Congreso. Estas medidas ocasionaron un profundo odio contra el republicanismo en lugar de escarmentar a los pastusos.

Pero la paz republicana impuesta por terror también fue esquiva. El mestizo Agustín Agualongo logró levantar una milicia guerrillera de campesinos indios, mestizos y patianos, quienes golpearon vigorosamente al régimen republicano el 12 de junio de 1823, recuperando Pasto. Los realistas nombraron a Estanislao Merchancano jefe en lo civil y a Agustín Agualongo en lo militar.

Desde Quito, el general Bolívar dispuso la estrategia militar a seguir para aplastar definitivamente a los pastusos, tal como lo expresó en una carta a Santander del 3 de julio de 1823:

“Imagínese usted el conflicto en que yo estaré, habiéndose levantado los pastusos el 12 de junio, y habiendo entrado Canterac en Lima en 19 del mismo mes. Los pastusos derrotaron 600 hombres nuestros que tenía Flores en su país, y nos tomaron las armas y las municiones, etc., según todas las noticias que hay; ellos tenían antes 200 fusiles y más de 600 hombres; quiere decir que estos determinados malvados pueden invadir la provincia de Quito, y tomarla si yo mismo no me les opongo con dos pequeños escuadrones y los pocos veteranos que nos quedan del Yaguachi y Vargas. Por supuesto que he traído 1.700 fusiles de Guayaquil con 300 veteranos, y se están levantando todas las milicias del país para quitarles la provincia de Los Pastos, y después pasar al Guáitara, que es lo más difícil de todo, con gente de Bochalema. Llevaré cuatro piezas de cañón, zapadores y un buen oficial de ingenieros que hay aquí, para observar las reglas de la guerra con más exactitud que nunca, porque las circunstancias lo demandan así, pues si tenemos un revés se unen los pastusos con los enemigos del Perú, y llegan hasta Popayán, sin contar para nada Morales y sus tropas, que de ese caballero nada sé.

He tomado cuantas medidas ha dictado el caso, y espero que será con fruto. El pueblo de este departamento ha mostrado mucho patriotismo; principalmente los ricos que se han mostrado dignos colombianos; así espero que lograremos destruir a Pasto.”²⁷⁵

Vencidas las fuerzas realistas en Bomboná (Colombia) por el Libertador Simón Bolívar, el 8 de Junio de 1822 toma Pasto pero casi a finales del mismo año ocurre la primera insurrección con carácter realista de los coroneles Benito Boves y Agualongo.

En un inicio el general Sucre los derrotó en tres choques consecutivos los días 22, 23 y 24 de diciembre de 1822 en Taindala, en Yacuanquer y finalmente,

²⁷⁵ Gutiérrez Ramos, Jairo. Los indios de Pasto contra la República (1809-1824). Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, 2012.

en Pasto; finiquitada la campaña de pacificación Sucre regresa a Quito designando como comandante zonal al general Juan José Flores, que tendría que enfrentarse a otra revuelta dirigida, una vez más, por el coronel Agustín Agualongo y por Estanislao Merchancano, el 12 de junio de 1823.

Los sediciosos Agualongo y Merchancano, al mando de 800 hombres vencen a Flores en Calambuco y ocupan la ciudad de Pasto en donde se reabastecen y aumentan su fuerza.

Estas noticias llegan a oídos del Libertador Bolívar que se encontraba en la Hacienda El Garzal cerca de Babahoyo y dispone, ante la gravedad de la situación, la suspensión del viaje de las fuerzas libertadoras a Perú, el alistamiento de todas las tropas posibles en Guayaquil, ordena la adhesión a las tropas quiteñas que estaban a punto de partir hacia Pasto del Gral. Barreto y de los Crnl. Heres y González, remite un comunicado al Gral. Sucre, que en ese preciso momento, se encontraba en Lima con la finalidad de dirigir la campaña de liberación del Virreinato y por último parte con destino a Quito a dirigir personalmente la nueva campaña. Bolívar capta toda la gravedad de la situación y se pone en marcha para aplastar la sublevación y levantamiento de los pastusos, pues les conoce que son hombres tenaces, luchadores y capaces de sacrificar todo su ideal realista

El Libertador llega a Quito el 27 de junio e inmediatamente organiza y prepara la nueva expedición militar. Enterado de la situación, el general Bartolomé Salom, Jefe del Departamento de Ambato y Latacunga, recluta 600 hombres.

Agualongo, a su vez desde el norte, publica una exhortación pidiendo a los habitantes de la región que se unan y defiendan la causa del “queridísimo” rey Fernando VII, movilizandolos con dirección a Ibarra para posteriormente tomar la capital y restablecer el poder monárquico en la Presidencia de Quito.

El general Salom recibe la orden de Bolívar de no confrontar a sus enemigos, puesto que este jefe había desplegado sus tropas de vanguardia entre Ibarra y el Puntal, y más bien solicita a Salom que se encargue de atraer a esta fuerza hostil hasta territorio propio para así poder aniquilarlos.

Simón Bolívar decide tomar el comando de las acciones personalmente y parte de Quito el 6 de julio de 1823 con un contingente de 1.500 soldados, acampando en Guayllabamba para continuar su marcha al norte, pasa por Cayambe y destaca en esta población al capitán Urbina con la disposición de requisar 150 mulas y regresar a la columna.

El Libertador prosigue su marcha y llega hasta Otavalo en donde permanece desde el 8 hasta el 11 de julio en este poblado, dialoga con las autoridades locales y confirma su orden de no entablar enfrentamiento alguno con los rebeldes hasta encontrar un lugar propicio para batirlos.

Bolívar se retira y retorna a Guayllabamba situación que es aprovechada por el Crnl. Agualongo que ocupa el 12 de julio la ciudad de Ibarra. Puesto en conocimiento el Libertador acerca de esta acción, ordena la movilización del Ejército en pleno. El 15 de julio de 1823 las milicias grancolombianas toman la ruta de Tabacundo; atraviesan las estribaciones del Imbabura; llegan a San Pablo, permanecen allí el 16 de julio; bordean el lago Imbacochoa y toma rumbo a el Abra y Cochicaranqui.

La madrugada del 17 de julio de 1823, el Libertador junto arriba a los alrededores de Ibarra con los miembros de su estado mayor y una patrulla de



Retrato imaginario de Agualongo, del maestro José Ordóñez

guías, más tarde, al mediodía llega a un caserío cercano a Caranqui en donde pone en marcha su plan de batalla.

Días antes, durante su retorno a Guayllabamba, el Libertador había dispuesto una figura de combate para sus tropas que contemplaba un agrupamiento táctico de tres cuerpos, en el primer cuerpo iba el batallón Yaguachi y el escuadrón Guías de la Guardia bajo el mando del general Bartolomé Salom, el segundo cuerpo estaba compuesto por el batallón Vargas y el escuadrón Granaderos a Caballo bajo el comando del general Manuel de Jesús Barreto y el tercer cuerpo conformado por los batallones Milicias de Quito y de Artillería.

Las huestes rebeldes al haber tomado la ciudad de Ibarra casi 5 días antes se habían dedicado al pillaje y al saqueo factor que favoreció a los patriotas. Agualongo al percatarse de la llegada de las milicias libertarias agrupa sus fuerzas en la margen derecha del río Tahuando y adopta posición de batalla.

Según lo dispuesto por Bolívar las brigadas del ejército libertador se acercaban con la infantería en orden abierto de derecha a izquierda del camino que lleva a la ciudad, la caballería dispuesta al centro, en orden cerrado con la misión de adelantarse hacia la ciudad, tomarla por asalto al mismo tiempo que la infantería y detrás la artillería, con el fin de cubrir a las dos primeras.

Sorprendidos por Bolívar las huestes rebeldes se ven atacadas desde el sureste de la ciudad, pero Agualongo resiste debido a la posición en la que se ubicó, pero una carga conjunta entre la infantería, que vadea el río y “envuelve” a los realistas mientras que la caballería irrumpe en la plaza principal con Bolívar, Barreto y Salom a la cabeza acabando con varios efectivos forajidos, a la vez otro grupo de infantería al mando del coronel Maza cruza la llanura e ingresa en la ciudad por el lado oeste.

El combate dura dos horas y, pese a los esfuerzos realistas por rehacer sus tropas, no pueden evitar la derrota debido a la intensidad de las cargas rompen sus líneas y comienza la retirada rebelde con dirección al norte, quedando en el campo de batalla 800 cadáveres rebeldes, aplastando con esta victoria cualquier intento de insurrección favorable a los intereses monárquicos españoles por estas tierras.

Según O' Leary, “mientras los rebeldes andaban de fiesta en las calles de Ibarra, sus avanzadas fueron sorprendidas y acuchilladas. Agualongo agrupó a los suyos en el lado derecho del cercano río Tahuando, pero no pudo hacer cortar el puente, que pudo ser cruzado a tiempo por los patriotas y así, perseguido de cerca, aunque intentó reagrupar a su ejército en la localidad de Aloburo, no lo consiguió y con doscientos de sus hombres más fieles regresó a la región de Pasto, donde la población civil soportaba las más denigrantes vejaciones, a cargo de los patriotas, que la habían retomado.”²⁷⁶

El resultado fue una auténtica masacre propinada por los patriotas, cayendo en el campo de batalla unos 800 pastusos muertos. El informe de la batalla enviado por el Libertador al general Santander desde Quito, el 21 de julio, dice:

“Logramos, en fin, destruir a los pastusos. No sé si me equivoco como me he equivocado otras veces con esos malditos hombres, pero me parece que por

276 O'Leary, Daniel. Memorias del general O'Leary. Caracas, Imprenta del Monitor, 1883.

ahora no levantarán más su cabeza los muertos. Se pueden contar 500 por lo menos; mas como tenían más de 1.500, no se puede saber si todos los pastusos han caído o no. Muchas medidas habíamos tomado para cogerlos a todos y realmente estaban envueltos y cortados por todas partes. Probablemente debíamos coger el mayor número de estos malvados. Usted sabrá por el general Salom los que hayan cooperado, y lo más que haya sucedido después de la victoria. Yo he dictado medidas terribles contra ese infame pueblo, y usted tendrá una copia para el ministerio, de las instrucciones dadas al general Salom. Pasto es la puerta del sur, y si no la tenemos expedita, estamos siempre cortados; por consiguiente, es de necesidad que no haya un solo enemigo nuestro en esa garganta. Las mujeres mismas son peligrosísimas. Lo peor de todo, es que cinco pueblos de los pastusos son igualmente enemigos, y algunos de los de Patía también lo son.”²⁷⁷

Como Agualongo logró huir con los sobrevivientes, el Libertador ordenó al general Salom exterminar en dos meses a los bandidos levantados contra la República, pero no le resultó cómodo, peor fácil...

Considerado un traidor por los republicanos, quienes no entendieron que Agualongo y los indígenas de la época jamás consideraron a los criollos como sus libertadores, sino como perturbadores y enemigos de un orden que venía de lo alto. Además, Agualongo no consideraba a los patriotas como líderes confiables y por lo tanto capaces de garantizar a los indígenas el derecho antes garantizado por la corona española.

Agualongo reunió una nueva guerrilla en los alrededores de Pasto que hostilizó a los patriotas. Desde el 18 de agosto y durante la semana siguiente las tropas de Salom quedaron sitiadas, hasta que se vieron obligados a retirarse de Pasto rumbo a Túquerres. Una vez más Pasto fue recuperado para el rey entre el 23 de agosto de 1823 hasta mediados de septiembre. Dados los fatales resultados de Salom para defender a Pasto de las guerrillas realistas, fue sustituido en la comandancia por José Mires, quien de inmediato comenzó su campaña de pacificación por Pupiales. Se enfrentó a los realistas en Pasto haciéndolos escabullirse hacia el Patía, donde en su huída derrotaron al coronel José María Córdoba en octubre, obligándolo a retroceder a Popayán.

Un nuevo ataque a la ciudad de Pasto sucedió entre el 6 y 7 de febrero de 1824 por guerrilleros realistas que entraron por el ejido hasta la plaza principal con el objetivo de tomarse el cuartel patriota. Esta conquista no duró mucho, pues semanas después, las tropas patriotas retomaron Pasto. Agualongo y sus principales jefes quedaron en el interior del convento de las monjas Conceptas que Juan José Flores cercó, pero ante la intervención del Vicario de la ciudad se iniciaron conversaciones que duraron dos días solamente, pues Agualongo y los suyos huyeron a Barbacoas, donde el joven coronel Tomás Cipriano Mosquera²⁷⁸

²⁷⁷ O’Leary, Daniel. Obra citada.

²⁷⁸ Tomás Cipriano Mosquera Arboleda nació en Popayán en 1798, en cuna de oro, y como miembro de la más opulenta y linajuda familia de la ciudad. Tuvo por ello Tomás Cipriano una esmerada educación y la permanente protección y respaldo de su extensa y poderosa parentela. Al parecer hizo sus primeras armas, contra el querer de su familia, en el ejército de Nariño, en 1814. Pero, pese a las veleidades políticas de algunos de sus hijos, la prestancia social y el abultado patrimonio de su padre, hicieron que tanto los comandantes realistas como los patriotas, quisieran contar con su respaldo. Bolívar no fue la excepción, y cuando llegó por primera vez a Popayán, en 1822, procuró ganarse su amistad haciendo del joven Tomás primero su edecán, poco después su secretario privado, y dos años después, cuando este apenas contaba con 26 años, le confió el gobierno civil y militar de la provincia de Buenaventura.



Cripta del general Agustín Agualongo Sisneros, en la Capilla del Cristo de la Agonía, Iglesia de San Juan Bautista, en la ciudad de Pasto

pudo derrotarlos y herir a Agualongo en una pierna, no sin antes recibir un tiro que le atravesó la mandíbula inferior de lado a lado, dejándole una cicatriz en el rostro y una dificultad para hablar que le valdría el apodo de ‘Mascachochas’, poniendo así fin a las guerrillas de Pasto.

Finalmente, Agualongo fue capturado por el antiguo militar realista José María Obando el 24 de junio de 1824 y es llevado prisionero a Popayán. Allí se le ofreció respetarle la vida, a condición de que jurara fidelidad a la Constitución de la República de Colombia, su respuesta fue un tajante ¡Nunca! Entonces fue juzgado y condenado a morir por fusilamiento. Al ser condenado a muerte, pidió y se le concedió la gracia de vestir uniforme de coronel realista. El 13 de julio de 1824, en Popayán, ante el pelotón de fusilamiento exclamó: “Si tuviese veinte vidas, estaría dispuesto a inmolarlas por la Religión Católica y por el Rey de España”.²⁷⁹

En conclusión, la estratégica ubicación de Pasto como puerta de entrada a Quito y el Perú, y su férrea posición realista, la enemistaron con los patriotas neogranadinos y quiteños. Desde el principio de la independencia, los pastusos supieron que defenderían la monarquía hasta la muerte. Durante un proceso de aproximadamente 15 años, los vecinos blancos recibieron el valioso apoyo de los campesinos de los pueblos de indios circunvecinos y de los patianos. Este auxilio convirtió a Pasto en una zona realista casi inexpugnable que resistía los ataques de los ejércitos republicanos. Pero cuando las élites decidieron someterse al gobierno de la República instalado por Bolívar, indígenas, mestizos y negros tomaron la bandera del rey para defender sus derechos adquiridos en tres siglos de monarquía. En efecto, Pasto se ganó el odio y una constante amenaza bélica

279 López Jiménez, José Enrique. *La lealtad olvidada: Agustín Agualongo y la ciudad de Pasto*. Institut De Ciencies Politiques I Socials, Barcelona, 2016.

que dejó sus huellas en su recinto urbano: tropas de un bando y otro corriendo por las calles, casas e iglesias destruidas y semidestruidas, huecos provocados por balas de fusil y cañón, y sementeras y hatos saqueados. Ciudad que tuvo que reconstruirse total o parcialmente en más de una ocasión.

Anotemos algunas citas sobre Agualongo de personajes de la historia y las letras.

“Fue ídolo de un pueblo aguerrido y exaltado, es hoy símbolo de esperanza de un pueblo defraudado”. Jaime Álvarez, historiador jesuita.

“Agualongo, caudillo famoso, griego por su astucia, romano por la fuerza de su carácter.” Juan Montalvo, escritor ecuatoriano.

“Agualongo supera la miseria moral conduciendo a su pueblo a vencer o morir por lo que creía deber único y sagrado.” Roberto Morales Almeida, historiador ecuatoriano.

“Por el valor rayano en la temeridad que jamás soldados pastusos se han rendido, prefiriendo la muerte a la humillación del vencimiento, como lo hizo Agualongo.” Ignacio Rodríguez Guerrero, escritor colombiano.

“Que tu valor fue inmenso, lo dice el panfletario de Ambato: Con los patricios griegos él te niveló por tus talentos y virtudes ciudadanas. La santidad de tu nombre brilla en el Calendario de Nuestros Mártires. Porque fuiste santo en la inmodificable soberbia de tus convicciones, en la energía demoledora de tu coraje y en el ardor incontenible de tus jornadas. Santo en la más austera expresión de la valentía. Santo en la perfecta síntesis de tu nombre.” Alberto Quijano Guerrero, Oración Laica.

“Blanco o mestizo, indio o español, hidalgo o gañán -muy poco nos importa- El general Agualongo encausó y dignificó hasta el heroísmo en épocas amargas, el honor pisoteado del pueblo pastuso. Fiel a su raza y leal a sus ideas, Agustín Agualongo cumplió la misión sagrada de lavar con sangre las afrentas de un pueblo subyugado.” Franco Jesús Apráez, historiador colombiano.

Bibliografía

Alarcón Costta César Augusto.- Diccionario Biográfico Ecuatoriano.

Álvarez, Jaime, Agustín Agualongo, Manual de Historia de Pasto, Academia Nariñense de Historia, Graficolor, 1996.

Antonio Cacua Prada. “La Batalla de Ibarra: Un hito en la libertad de América”. Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. XCIII. No. 832. Marzo de 2006.

Díaz Del Castillo, Emiliano, El Caudillo-Semblanza de Agualongo, Pasto, Biblioteca Nariñense de Bolsillo, Tipografía Javier, 1983.

Granda Paz, Osvaldo (2010), Agualongo y los realistas de Pasto, Editorial Travesías (Colección ensayo histórico), [Barranquilla](#), Colombia.

Montezuma Hurtado, Alberto, Banderas solitarias: Vida de Agualongo, Bogotá.

Wikimedia. Agustín Agualongo.

Documentos de la Historia.
La primera semblanza de
Bolívar



SERIE
DI
VITE E RITRATTI
DE'
FAMOSI PERSONAGGI
DEGLI ULTIMI TEMPI
OPERA

DEDICATA A SUA ECCELLENZA IL SIGNOR CONTE

ENRICO DI BELLEGARDE

*Giambellano e Consigliere Intimo di Stato di S. M. I. R. A.,
Commendatore dell' Ordine Militare di Maria Teresa,
Gran Croce dell' Ordine di Leopoldo, e della Corona di Ferro,
Cancelliere di questo Ordine, Cavaliere dell' Annunziata,
Gran Croce dell' Ordine Militare di Massimiliano Giuseppe
di Baviera, Colonnello Proprietario di un Reggimento di
Cavalleggeri, Feld-Maresciallo e Luogo-Tenente del Vice
Re nel Regno Lombardo-Veneto, ec.*

Simon Bolívar

“Serie di vite e ritratti de’ famosi personaggi degli ultimi tempi”, vol. III, Milano 1818.

“Serie de vidas y retratos de los personajes famosos de los últimos tiempos”, tomo III, Milán 1818.

Nacido en Caracas en 1785. Nació, este célebre caudillo de los independentistas de América, de una familia noble e inmensamente rica. Sus padres (el coronel Don Juan Vicente Bolívar y Doña Concepción Soto) lo enviaron durante algún tiempo a España para que allí se educara. Posteriormente, marchó él a París, donde fue bien recibido en los principales círculos. Tenía entonces veintidós años: su semblante muy expresivo, sus ojos negros, vivos y ardientes, sus facciones regulares y su gran facilidad de palabra, lo convirtieron en el centro de todas las miradas. Dotado de imaginación riquísima y de gran firmeza de espíritu, en extremo ávido de aprender, asistía con regularidad a las lecciones de los mejores maestros y se deleitaba instruyéndose en los descubrimientos modernos.

Amigo íntimo del ilustre Humboldt y de Bonpland, con los que viajó durante largo tiempo, recorrió Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y gran parte de Alemania. A su llegada a Madrid, casó con la hija del Marqués de Ustaris, que murió pocos años antes de la revolución de Caracas; posteriormente, no contrajo nuevas nupcias.

Desde su primera juventud había sido oficial de milicias; cuando se instauró la República de Venezuela, en 1810, fue ascendido al grado de coronel y,

posteriormente, se le asignó una importante misión ante la corte de Londres, que cumplió a sus expensas. El general Miranda lo nombró, a la vuelta, comandante de Puerto Cabello, donde aún se hallaba en el momento del horrible terremoto que asoló Caracas en 1812 y supuso para los prisioneros españoles la posibilidad de sublevarse. Estando detenidos casi todos en la fortaleza de Puerto Cabello, se apoderaron de ella por sorpresa; Bolívar, al no disponer de fuerzas para resistir, se salvó en una barca superando mil peligros bajo el fuego enemigo y se protegió en Caracas.

Cuando el general Miranda se rindió al Virrey Monteverde, Bolívar decidió pasar a las colonias inglesas para caer en manos de los españoles; viendo que Miranda, quien quería huir solo, se oponía a su partida, reunió a algunos amigos, se lanzó en pos de este general y lo hizo prisionero en un castillo, de donde posteriormente pasó al poder de los españoles, quienes lo condujeron a Cádiz. Pero, mientras tanto, Monteverde entraba en Caracas y sus tropas marchaban hacia la Guayana. Bolívar, entonces, tras conseguir un pasaporte del gobierno español, se trasladó a Curazao, donde concibió el proyecto de liberar la República.

Partió entonces rumbo a Cartagena y allí se puso al frente de una división; arrebató a los realistas las orillas del Magdalena y obtuvo del Congreso de Nueva Granada, gracias a su ascendiente y a su crédito, un refuerzo de seis mil hombres, con los que pudo proseguir la empresa. Derrotados los realistas, se apoderó del departamento de Mérida, y fue entonces cuando la conducta inhumana del gobernador español de Barinas hizo enfurecer de tal forma a Bolívar, quien hasta entonces se había mostrado sumamente humano con los prisioneros enemigos, que lo impulsó a declarar que haría uso, en el futuro, del derecho de represalia. El éxito de sus armas muy pronto le abrió el camino de Caracas: el 14 de agosto de 1813 hizo su entrada solemne en esa ciudad, donde fue recibido con expresiones de júbilo y agradecimiento. Sitió posteriormente Puerto Cabello e hizo generosas ofertas a los españoles, quienes las rechazaron para defenderse obstinadamente.

Algún tiempo después, habiéndose producido algunas quejas contra el gobierno militar, Bolívar convocó una asamblea general (enero de 1814) en que dimitió de su autoridad civil; pero, a propuesta de Mendoza, se acordó por unanimidad que el libertador de Venezuela sería investido nuevamente de los poderes de dictador y nombrado jefe supremo de la República. A partir de entonces triunfó sucesivamente sobre varios generales españoles, hasta que halló en Boves, que había sublevado a los esclavos, a un antagonista realmente formidable. Tras once meses de escaramuzas continuas, Bolívar, cuyo ejército había quedado reducido a unos pocos soldados, fue derrotado en las llanuras de la Puerta y obligado a ceder territorio a aquel enemigo feroz. Se dirigió entonces, con lo que quedaba de sus tropas, a la provincia de Barcelona, pero de nuevo fue derrotado en Araguaita; y embarcó inmediatamente rumbo a Cartagena, seguido por algunos oficiales.

Lejos de dejarse atemorizar por los desastres, Bolívar, redoblando las pruebas de valor y perseverancia, elabora nuevos proyectos, obliga a la ciudad de Santa Fe de Bogotá a reconocer la autoridad del Congreso de Nueva Granada



Simón Bolívar

y, con tres mil hombres, se pone en marcha para apoderarse de la provincia de Santa Marta. Cartagena, de acuerdo con lo que había establecido el Congreso, tenía que suministrar refuerzos para ese ataque; pero el gobernador de esa ciudad se opuso por enemistad contra Bolívar, quien marchó contra Cartagena para obligar a éste a obedecer. Estalló entonces una guerra civil de la que supieron aventajarse los españoles, quienes pronto amenazaron Cartagena.

En medio de todo eso, Bolívar se alejó del ejército y se trasladó a Jamaica, donde tenía intención de organizar una expedición para volver a salvar aquella ciudad, pero la encontró tomada. Esta circunstancia modificó sus designios y los impulsó a llevar ayuda a los independentistas de la isla Margarita. De allí volvió sus velas hacia Carúpano, expulsó a los realistas de Cumaná y llegó (el 16 de julio de 1816) a Ocumare, de donde dirigió un bando a los habitantes de la provincia de Caracas, aboliendo la esclavitud y anunciando moderación con los prisioneros.

Poco después Morales asaltó el lugar en que se encontraba y lo obligó a embarcar de nuevo. En diciembre, Bolívar llevó nuevos refuerzos a la isla Margarita. Otro bando de Bolívar convocó a los representantes de Venezuela a una asamblea general; luego marchó a Barcelona, donde constituyó un gobierno provisional que él mismo encabezó. Aproximadamente en ese período fue atacado por Real y Morales, a los que rechazó vigorosamente, produciéndoles numerosas pérdidas.

De esa forma, y a lo largo de varios años, Simón Bolívar libró una guerra dura contra los españoles y mantuvo la independencia de su patria, a pesar del coraje y de los continuos asaltos del valiente Morillo, quien no cejó en sus ataques, hasta que los acontecimientos en España propiciaron una tregua. Las repúblicas americanas de tierra firme se unieron en una sola, que tomó el nombre de Colombia y que actualmente posee un territorio igual que el de los Estados Unidos de América del Norte. Bolívar es generalísimo de los ejércitos de esa República, que, si alcanza algún día una independencia estable, se lo debería, en primer lugar, a los esfuerzos incansables de este intrépido guerrero.

Uniformes de las guerras independentistas

CrnI. Jaime Anda Sevilla





Uniforme de los Tercios en el siglo XVII

Por el año 1582 con Felipe II como soberano, España inicia una fase más o menos de orden y disciplina en las fuerzas de su ejército, lo que permite uniformar a los soldados de alguna manera.

Felipe III, en 1600, establece una reglamentación, en donde dispone el orden jerárquico para las fuerzas, determinando que el rey es la máxima autoridad, seguido por la Casa de Contratación, la Real Hacienda y el Consejo de Indias.

La Real Hacienda asume el financiamiento de las unidades y nace la palabra **milicias**²⁸⁰ para identificar a estos ciudadanos dedicados a la profesión de las armas. Esta palabra proviene de una larga y gloriosa prosapia, por sucesivas deformaciones lingüísticas del latín *militas*, que a su vez deviene de otras del mismo origen; *miles*, *milites*.²⁸¹

Su origen es romano. Antiguas leyendas nos hablan de la decisión de Rómulo de elegir uno entre cada mil ciudadanos para servir como soldado. Sin embargo más cercana a la realidad parece ser la versión de que los ciudadanos estaban obligados a prestar servicio por un determinado número de años en la *militia*, es decir, el ejército.

En el marco del proceso absolutista de los monarcas de la casa de Borbón, entre 1762–1783, se promulga la primera reglamentación de milicias y unidades en ultramar conformando batallones y regimientos, seleccionando la gente ya con derecho a un sueldo, (de donde se deriva la palabra soldado), con uniforme, entrenamiento adecuado y sobretodo disciplinados donde se puede observar que mantienen la vestimenta tipo mosquetero.

Los españoles llevaron consigo a América lana de oveja, seda y lino a principios del siglo XVI y desde esa época se puede ya apreciar como los indígenas adaptan estas fibras a su indumentaria, siendo el traje de los hombres con mayor

280 Servicio o profesión militar. Tropa o gente de guerra. Según la definición del Diccionario de la Real Academia Española.

281 Etimológicamente vienen del latín “mille” que significa soldado.



Coronel de Estado Mayor; General en Jefe; General de Brigada; Coronel de Caballería; Coronel de Infantería y Coronel de Artillería.



Soldado de Caballería Ligera; Soldado de Caballería de Línea; Soldado de Infantería de Línea; Soldado de Infantería Ligera; Soldado de Artillería de Línea y Soldado de Artillería Ligera.



Soldado de Infantería de Cuartel; Alumno de la Escuela Militar; Coronel de Ingenieros; Soldado del Cuerpo de Zapadores; Tambor de Infantería Ligera y Tambor de Infantería de Línea.

influencia hispana, a quienes ya se los puede observar con atuendo que constaba de camisa y pantalón, además, también se introdujo el sobre pantalón, prenda que en nuestro país se lo conoce con el nombre de zamarro y sirve para proteger las piernas de los jinetes cuando cabalgan a campo través.

Es interesante observar como la indumentaria llegaría a afectar psicológicamente a la población colonial americana y marcar una diferencia social entre los individuos. Entre los siglos XVI y XIX, la manera de vestir permitía medir la ubicación social del individuo, ya sea por diferencia cultural, de nacimiento, procedencia e incluso racial y esto no apartaba a los soldados de esta clasificación.

Durante las guerras de la independencia y posteriores conflictos, se identifica con más claridad la influencia de los uniformes españoles y franceses; se pone en auge la manufactura local; sin embargo, no siguen una reglamentación estricta o precisa por la velocidad de cómo se presentan los eventos. En esta época resaltan más los uniformes de color azul, porque se consideraba que este permitía a los soldados confundirse con el medio ambiente de mejor manera.

Los uniformes que, a la sazón las tropas del rey utilizaban en territorio americano, ya estaban dispuestos en la Real Resolución y reglamentados expedido en Madrid el 1 de diciembre de 1814. Uniformes para las unidades de infantería, artillería y caballería de línea, cazadores, dragones y húsares.

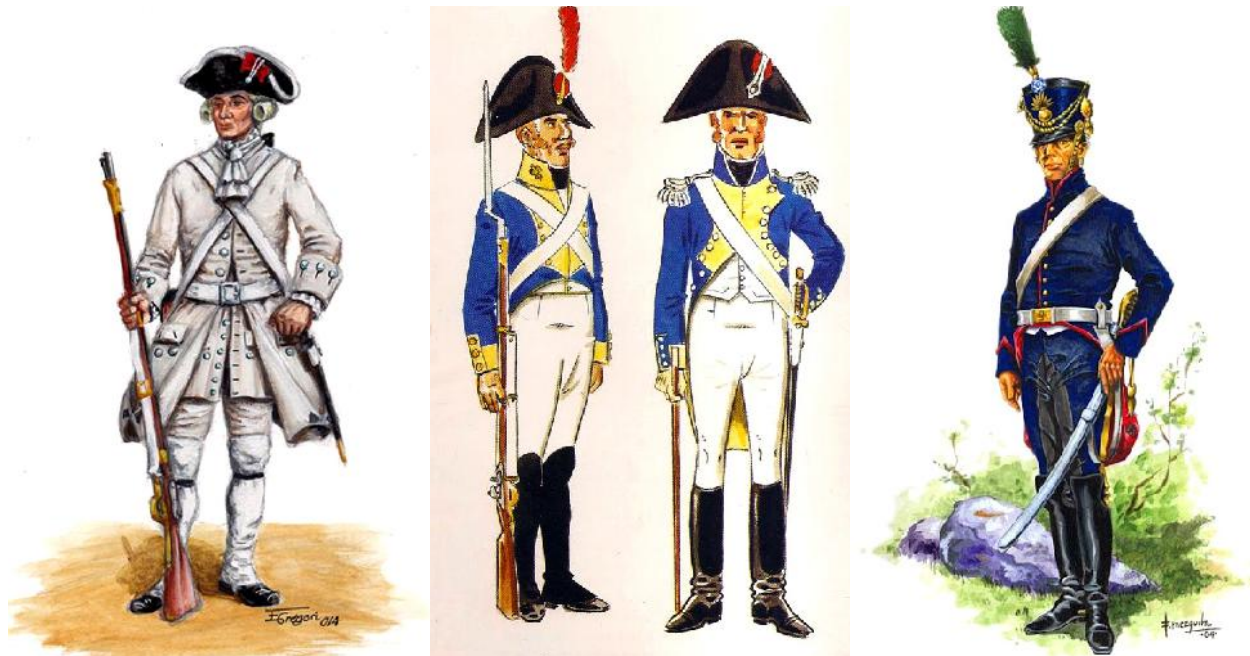
Las vestimentas para uniformar a las tropas realistas en su mayoría llegaban de la península Ibérica, pero, como debían repartirse entre numerosos soldados y en tantas locaciones, no siempre alcanzaba para todos, además, se daba prioridad a los españoles peninsulares y los indígenas o mestizos que apoyaban a la corona debían procurarse personalmente de ellos con sastres o costureras locales, resultando en muchos casos ni parecidos.

De todas maneras, las tropas realistas mal o bien estaban uniformadas y eso a los comandantes les prestaba una gran ventaja en el campo de batalla, porque les permitía observar con claridad el despliegue de las mismas en el terreno.

En esta época de tanta agitación política regional, no siempre era sencillo que ni oficiales tengan uniformes adecuados peor aún la tropa en ninguno de los dos bandos, por lo tanto, había combatientes que el único uniforme que disponían lo usaban hasta que esté en hilachas para poder reemplazarlo y era la prenda de vestir para el día, la noche, el combate o el descanso. Así que podemos imaginar las condiciones en que estos soldados vestían.

Concentrándonos en los patriotas y por ser milicias organizadas de acuerdo a las circunstancias, cada soldado vestía como podía o con lo que tenía; los oficiales generalmente utilizaban uniformes españoles, porque en su mayoría habían servido para la corona antes de pasarse al lado independentista con una u otra variante para mejor identificación y diferenciarse del enemigo.

Las condiciones de vestimenta de los soldados antes, durante y posterior a la independencia siempre fue calamitosa; no existía un sistema de abastecimiento de ninguna clase y había otras prioridades antes que los uniformes, así que no se preocupaban los jefes en este sentido, sin darse cuenta que la vestimenta es tan fundamental como la alimentación y la munición.



Uniformes para las unidades de infantería, artillería y caballería de línea, cazadores, dragones y húsares

No es de sorprenderse que las tropas en muchos casos caminaban descalzos. El que tenía suerte calzaba alpargatas o zapatillas de cáñamo. Las botas estaban reservadas para uso exclusivo de los oficiales y lo que más se utilizaba sobre todo para las tropas de caballería eran las polainas, que no eran sino, pedazos de cuero que cubrían las pantorrillas y sujetados con correas, para proteger las piernas del jinete de las cinchas de las monturas.

Bolívar siempre tuvo la preocupación de uniformar correctamente a sus tropas para poder identificarlos, ya que, tanto los libertadores cuanto los realistas, reclutaban gente de la población civil en unos casos y en otros los terratenientes disponían que sus trabajadores conformaran las diferentes unidades para el combate, por lo tanto, estos nativos vestían igual y muy pobremente, tanto que no se alcanzaba a distinguirlos ni diferenciarlos.

En Las mismas condiciones se encontraban los soldados en la batalla de Ibarra, porque no había transcurrido más de un año desde Pichincha, por lo tanto, el coronel Juan José Flores, quien se encontraba al mando de las tropas en Pasto tenía iguales necesidades con respecto al resto del ejército y así tuvo que enfrentarse a Agustín Agualongo y sus renegados.

En 1825, ya liberada Colombia, Bolívar ordena que se dicte un reglamento de uniformes para el ejército, mientras se encontraba en el Perú y ya como Presidente de Colombia.

Las buenas intenciones del Libertador, solo quedaron en eso; las condiciones socio políticas y económicas especialmente, no permitían cumplir con lo planificado; así que el soldado apenas podía vestir con telas rústicas o lienzo, que se conseguía en la sierra producto de los obrajes.

Del calzado ya lo mencionamos que en el mejor de los casos usaban alpargatas, la mayoría marchaba descalzos y muchos obtenían zapatos despojando a los muertos en combate.



Uniformes de las tropas independentistas

En el reglamento de uniformes que Bolívar propuso en 1825, constaba que, todos debían ser iguales tanto para oficiales como para la tropa con una única diferencia, que para los oficiales el tipo de tela o paño a utilizar en la confección sea de la mejor calidad.

Cierto es y en los retratos o pinturas que existen se ve coloridos uniformes, especialmente en los jefes, pero esto no era igual para todos. Generalmente los oficiales que usaban estas prendas era porque habían pertenecido a las fuerzas realistas antes de unirse a las libertarias o por que viajaban a Europa o los encargaban de esa parte del mundo. Aquí es importante recordar que muchos de los militares de la época estudiaron en el viejo continente, especialmente en España, Francia o Inglaterra de donde trajeron sus prendas militares y es por ello que normalmente no coinciden unos con otros.

Existen algunas obras de arte las que exponen las heroicas batallas o combates durante la independencia y posteriores a esta, en donde tratan de expresar la valentía de estos soldados quienes utilizaban vistosos uniformes, pero la realidad fue diferente, nuestros valerosos soldados de la época vestían muy pero muy humildemente.

El atuendo de un soldado de la época de la batalla de Ibarra como los anteriores, simplemente constaba de un sombrero, una camisa, pantalón de jerga o lienzo, sandalias o alpargatas y un poncho que servía para todo; porque no solo protegía del frío de los páramos o de la serranía, sino que pasaba a ser en las noches el colchón y cobija, en la costa para protegerse del sol abrasador y de los insectos; de pelero si montaban a caballo o simplemente de poncho de aguas.

En Europa ya habían tenido mucha experiencia con el uso de uniformes y la necesidad de identificarse para saber cuáles son las fuerzas amigas o enemigas desde tiempo atrás y es así como nacen en los ejércitos. En el nuevo mundo



Uniforme Coronel Carlos Montúfar

las cosas no fueron sencillas, tanta era la falta de estas prendas en las tropas, que en los combates no se identificaban bien si eran tropas propias o no, lo que causo muchas bajas por confusión especialmente en la lucha cuerpo a cuerpo. Se comenta que tanto era el desorden durante el combate que el uso del santo y seña era vital e inclusive se llegó a usárselo en pleno enfrentamiento.

Posteriormente y formando parte de la Gran Colombia, se llegó a organizar de mejor manera el uso de uniformes e insignias de acuerdo al grado, jerarquía o especialidad. Se adoptaron diferentes diseños y muy coloridos siguiendo sobretodo la influencia francesa. Con los clásicos morriones muy grandes cuya finalidad era el de que el soldado tenga una imagen de mayor estatura ante el enemigo lo que psicológicamente constituía una ventaja táctica.

Como es de conocimiento el 13 de mayo de 1830, nuestro país se separa de la Gran Colombia y tres años después se emite el Registro Autentico Nacional, mediante una circular, con título de “Arreglando la dotación de prendas de vestuario del Ejercito Nacional”, con fecha 26 de abril de 1833. Es a partir de esta etapa de la vida nacional y militar donde verdaderamente inicia la auténtica regulación de uniformes del ejército.

Como hemos mencionado anteriormente y regresando a la época de este relato, la Batalla de Ibarra, podemos darnos cuenta que desde antes de la independencia y durante las controversias posteriores, esto incluye al periodo en mención, las tropas combatientes vestían con lo que disponían a mano o lo que sus jefes estaban en condiciones de entregarles. Por lo tanto, no se puede hablar de verdaderos uniformes militares de la época.

Armamento individual

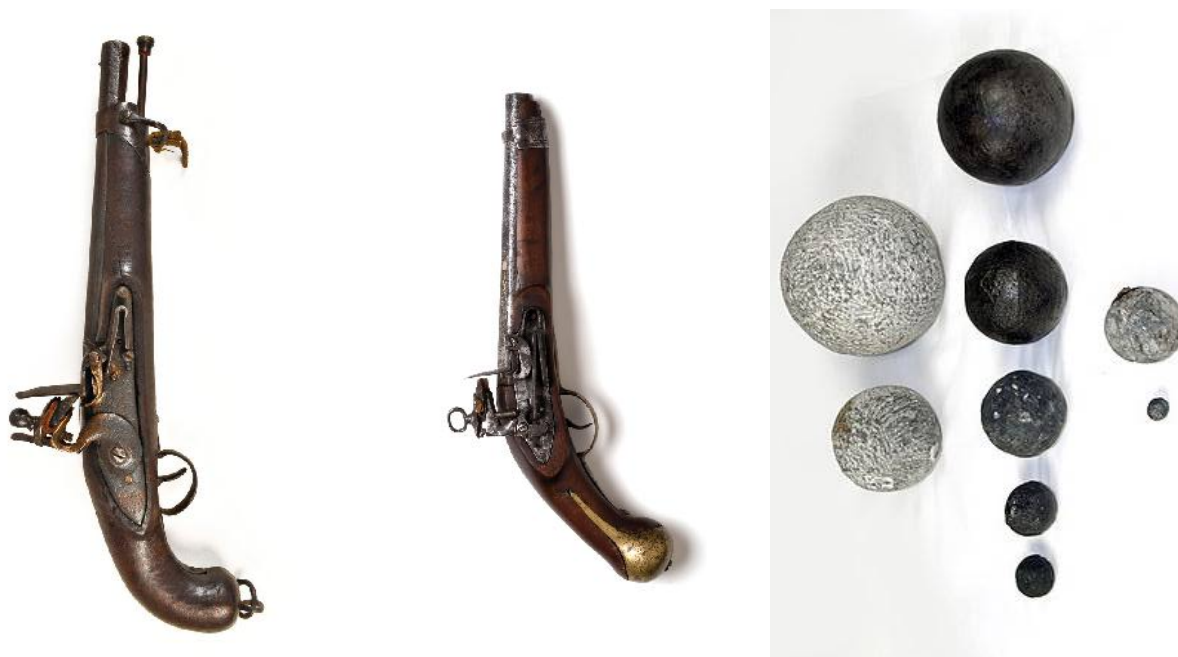
La infantería española o realista, disponía de fusiles y carabinas de avancarga, estas armas necesitaban de 14 operaciones para poder ser disparadas y además de la ayuda de una baqueta. La imprecisión de la trayectoria del proyectil obligaba a que la tropa dispare en grupos para que sea efectiva y más o menos se necesitaba de 2 minutos entre cada disparo.

Las armas más frecuentes utilizadas en este periodo fueron el fusil español modelo 1801, con llave de patilla, el fusil británico “Land Pattern”, y el francés “Charleville”. Además, cada soldado portaba una bayoneta que se acoplaba al fusil y que servía de arma blanca para el taque como para defensa.

Los fusiles arcabuces, fueron utilizados tanto en Europa como en América, posteriormente en Tarqui y las batallas subsiguientes. Tienen dos sistemas de disparo: de pedernal y fulminante. Eran disparados con munición de piedra, plomo o acero. Cuando llovía, la pólvora se mojaba quedando inservible; cuando esto ocurría, era necesario calar la bayoneta e iniciaba la lucha cuerpo a cuerpo.

Era exclusividad de los oficiales en las tropas realistas, el portar pistolas. Estas eran utilizadas en combate o para defender su honor, por ello también se las conocía como pistolas de duelo.

El sistema de carga era similar a las del fusil o carabina, por lo tanto, muy lenta su recarga. Por este motivo muchos jefes tenían siempre a la mano su ayudante u ordenanza que era la persona que recargaba las armas. También



Pistola, fusil trabuco y munición de piedra

se las conocía como pistolas de montar, porque en la montura había un lugar específico para colocarlas debido a su gran tamaño y resultaba incomodo llevarlas en la cintura.

El fusil trabuco, era otra de las armas que se utilizó en aquella época que, a diferencia de los anteriores, tenía el cañón ancho y terminaba en forma de trompetilla, lo que causaba más daño al enemigo. Por su corto tamaño se les conocía con el nombre de armas traicioneras porque eran fáciles de esconderse bajo el poncho.

La munición de estos tipos de arma, tanto del trabuco como de las pistolas eran de acero, plomo, hierro o de piedra.

Adicionalmente a las armas de fuego, las tropas realistas contaban con armas blancas adicionales entre ellas tenemos el espadín de tropa de infantería y artillería; el sable de dotación para los oficiales como símbolo de mando; el famoso sable de caballería que era más cóncavo que el de los oficiales y de mayor alcance, lo que permitía al jinete hacer cortes al galope y a mayor distancia sin que el viento afecte su trayectoria.

Las espadas utilizadas por los oficiales granaderos a caballo, se diferencian del sable, porque son rectas, de doble filo y sirven para cortar o estocar. Por otro lado, el sable es un arma más pesada y su finalidad es el corte a gran velocidad y tienen un solo filo.

Las lanzas de 3 filos, era otra de las armas muy utilizadas por ambos bandos. Eran armas corto punzantes y utilizadas sobre todo en la Batalla de Tarqui y posteriores.

El Libertador adquirió estas armas a Inglaterra y doto a todas las fuerzas patriotas en América. Estas armas pasaron a formar parte de la deuda externa de casi todos los países, que en el caso de Ecuador fue cancelada en el año de 1970, en el gobierno militar del general Guillermo Rodríguez Lara.



Cuchillos-Centro Cívico Cultural Museo y Biblioteca Mariscal Sucre



Espadas, hachas y dagas-Centro Cívico Cultural Museo y Biblioteca Mariscal Sucre

A diferencia de las tropas realistas, los soldados del ejército libertador, dedicaban su tiempo para elaborar sus propias armas, entre ellas, lanzas de palma de abanico con punta quemada, también machetes, cuchillos puñales, espadas, sables, bayonetas y también pistolas haciendo copias de las que llegaban a sus manos sobre todo de las pistolas españolas o francesas.

A pesar de todos los inconvenientes que Bolívar tenía para armar y uniformar a sus tropas, su principal preocupación fue la de estandarizar su vestimenta, pero cometió el error de uniformología de copiar a los franceses con uniformes tipo Napoleón, lo que complicó más su confección en este sector del mundo y que a la final no se diera cumplimiento a su disposición.

No obstante, el Libertador, siempre estaba pendiente que, a sus soldados se los viera bien uniformados y no les digan pordioseros como lo solían llamarlos los realistas.

Con todo lo anotado podemos notar la clara diferencia entre las fuerzas que se enfrentaron durante la independencia y posteriormente en los conflictos locales como el que se está analizando en lo concerniente a uniformes y el armamento individual.

Referencias Bibliográficas

- Duran Alemán, Luis Felipe. Uniformes de la época de la Independencia 4/11/2011
Román, Galo. Ecuador Nación soberana 1973
Andrade, Hernán y Tapia, Amílcar. 1991. Documentos para la historia de la ESMIL
Toyos. Sergio y Alonso, Jorge. Milicias, de galeras, morriones y otras hierbas.
Argentina – Abreu Xavier Antonio de la pasión criolla del siglo XIX Caracas 2011
Jiménez Díaz, M de Jesús Tradiciones de tradiciones y tejidos prehistóricos y virreinales de los Andes 2009
<http://heroesenuniforme.blogspot.com/2013/01/los-uniformes-del-ejercito-de-la-gran.html>
<https://www.primicias.ec/noticias/bicentenario/heroes-desconocidos-claves-batalla-pichincha/>







Con el auspicio de